

## El Valle del Silencio



LIBRO III TRILOGIA DEL CIRCULO  
NORA ROBERTS



A mi propio círculo, amigos y familia

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: Valley of silence

Jove Books, The Berkey Publishing Group, un sello  
de Penguin Group (USA) Inc., 2006

© Nora Roberts, 2006

© de la traducción, Gerardo Di Masso, 2008

© Editorial Planeta, S.A., 2008

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: abril de 2008

ISBN: 978-84-08-07620-9

Fotocomposición: Tiffitext, S.L.

Depósito legal: NA.765-2008

Impresión y encuadernación: RODESA (Rotativas de Estella, S.L.),  
Villatuerta, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain

El bien y el mal, lo sabemos, crecen  
juntos casi de manera inseparable en el  
campo de este mundo.

John Milton

No supongas que soy aquello que fui.

William Shakespeare

## PRÓLOGO

Había figuras en el fuego. Dragones y demonios y guerreros. Los niños las veían, igual que él. El anciano sabía que los muy jóvenes y los muy mayores a menudo eran capaces de ver cosas invisibles para los demás. O que éstos no querían ver.

El ya les había contado gran parte de la historia. Su narración había comenzado con el hechicero que fue llamado por la diosa Morrigan. Los dioses le dijeron a Hoyt de los Mac Cionaoith que debía viajar hacia otros mundos, hacia otros tiempos, y formar un ejército para enfrentarse a la reina de los vampiros. La gran batalla entre humanos y demonios se libraría en vísperas de Samhain, en el Valle del Silencio, en la tierra de Geall.

Les había hablado del hermano del hechicero Hoyt, asesinado y transformado en vampiro por la artera Lilith, la cual ya llevaba existiendo un millar de años antes de convertir a Cian en uno más de su especie. Habrían de pasar casi mil años más antes de que Cian pudiera unirse a su hermano Hoyt y a la bruja Glenna para iniciar el círculo de seis. Los siguientes miembros del mismo fueron dos gaellianos: el que adopta muchas formas y la erudita, que viajaron entre los mundos para reunirse con ellos en aquellos primeros días. Y la última en llegar al círculo fue la guerrera, una cazadora de vampiros de la sangre de los Mac Cionaoith.

Las historias que les había contado eran relatos de batallas y coraje, de muerte y amistad. Y también de amor. El amor que había florecido entre el hechicero y la bruja, y entre el que adopta muchas formas y la guerrera, había fortalecido el círculo igual que lo hace la verdadera magia.

Pero había mucho más que contar. Triunfos y derrotas, miedo y valor, amor y sacrificio... y todo ello acompañado de la luz y la oscuridad.

Mientras los niños esperaban la continuación de la historia, el anciano se preguntó cuál sería la mejor manera de comenzar a relatar el final de la misma.

— Ellos eran seis — dijo, sin apartar la vista del fuego, mientras los niños dejaban de susurrar y de moverse, anticipando lo que se avecinaba —. Y cada uno de ellos tenía la posibilidad de aceptar o rechazar la misión. Porque incluso cuando los mundos están en tus manos, puedes elegir entre enfrentarte a aquello que quiere destruirlos o escapar. Y según esa elección — continuó él — muchas otras elecciones deben ser hechas.

— Ellos eran valientes y leales — exclamó uno de los niños —. Eligieron luchar.

El anciano esbozó una sonrisa.

— Sí, eso hicieron. Pero aun así, cada día, cada noche del tiempo que les habían concedido, esa elección debía ser renovada, tenía que volver a hacerse. Uno de ellos, como recordaréis, ya no era un ser humano, sino un vampiro. Cada día, cada noche del tiempo que les habían concedido, él recordaba que ya no era humano. No era más que una sombra en los mundos que había elegido proteger.

— Y entonces — dijo el anciano — el vampiro soñó.

## CAPÍTULO 1

Soñó. Y, en su sueño, era todavía un hombre. Joven, alocado tal vez, sin duda imprudente. Pero entonces vio lo que creyó que era una mujer; enormemente bella y fascinante.

Llevaba un bonito vestido rojo intenso, más elegante de lo que merecía aquel pub en el campo, de mangas largas y amplias. Como un buen clarete, se ceñía a sus formas realzando su piel blanca y brillante. Su pelo era dorado y sus rizos destacaban en contraste con el tocado.

El vestido, su porte, las joyas que resplandecían en su cuello, en sus dedos, le confirmaban que era una dama acomodada y con estilo.

A la luz tenue del pub, él pensó que aquella mujer era como una llama que ardía en la oscuridad.

Dos criados habían dispuesto una habitación privada para que ella cenara y, cuando llegó, su sola presencia había silenciado las conversaciones y la música. Pero sus ojos, azules como el cielo de verano, se habían encontrado con los suyos. Sólo con los suyos.

Cuando uno de los criados había salido del reservado y se había dirigido a él para decirle que la dama solicitaba que la acompañase durante la cena, él no había dudado ni por un instante.

¿Por qué debería haberlo hecho?

Lo estaba pasando bien escuchando los comentarios bienhumorados de los hombres con los que estaba bebiendo, pero se marchó de la mesa sin pensárselo dos veces.

Ella estaba de pie en una habitación iluminada por la luz de las velas y los leños encendidos y servía vino en sendas copas.

— Estoy contenta de que hayas aceptado reunirme conmigo — dijo ella —. Detesto cenar sola, ¿tú no? — Se acercó a él con unos movimientos tan elegantes que casi parecía flotar en el aire —. Me llamo Lilith.

Y le alcanzó una copa llena de vino.

En su forma de hablar había algo exótico, una cadencia de sonidos que remitía a arena caliente y vides exuberantes. Sólo de oírla, él estaba ya medio seducido y completamente hechizado.

Ambos compartieron la sencilla comida, aunque el joven no tenía apetito precisamente de comida. Eran sus palabras lo que él devoraba. Lilith le habló de las tierras a las que había viajado, lugares sobre los que él sólo había leído. Había paseado entre las pirámides, le explicó, bajo la luz de la

luna, había subido las colinas de Roma y contemplado los templos en ruinas de Grecia.

Él nunca había viajado más allá de Irlanda, y sus palabras, las imágenes que evocaban, resultaban casi tan excitantes como ella.

Pensó que ella era demasiado joven para haber hecho tantas cosas, pero cuando se lo dijo, la mujer se limitó a sonreír por encima del borde de la copa.

— ¿Para que sirven los mundos si no los usamos? — preguntó ella—. Yo disfruto de muchas cosas. Vino para beber, comida para saborear, tierras para explorar. Eres muy joven — añadió con una sonrisa lenta y provocativa— para conformarte con tan poco. ¿No sientes deseos, o curiosidad, de ver lo que hay más allá de lo que has visto?

— Cuando pueda, he pensado quizá en tomarme un año para ver más mundo.

— ¿Un año? — Ella hizo chasquear los dedos con una sonrisa—. Esto es un año. Nada, un parpadeo. ¿Qué harías si tuvieses una eternidad de tiempo? — Sus ojos parecían dos insondables mares azules cuando se inclinó hacia él—. ¿Qué harías con él?

Sin esperar a que le contestase, ella se levantó, dejando una estela de perfume mientras se acercaba a la pequeña ventana.

— Ah, la noche, es tan suave. Como el roce de la seda sobre la piel. — Se volvió con un brillo especial en sus grandes ojos azules—. Yo soy una criatura nocturna. Y creo que tú también lo eres. Nosotros, los que son como nosotros, nos encontramos mejor en la oscuridad.

Él se había puesto de pie cuando ella lo hizo y cuando Lilith regresó a la mesa, su perfume y el vino que había bebido le inundaron los sentidos. Y algo más, había algo denso y brumoso que ofuscaba su mente como una droga.

Ella alzó la cabeza, la echó hacia atrás y luego acercó su boca a la de él.

— ¿Y por qué, cuando más a gusto nos encontramos en la oscuridad, deberíamos pasar esas horas solos?

Y en el sueño, todo era como en un sueño, brumoso y confuso. Él estaba en el carruaje de Lilith, con sus pechos blancos y voluptuosos en las manos, su boca caliente y ávida sobre la suya. Ella se echó a reír cuando él comenzó a jugar con su falda, y abrió las piernas en un gesto de seductora invitación.

— Manos fuertes — musitó—. Un rostro agradable. Es lo que necesito, y lo que necesito, lo tomo. ¿Obedecerás mis órdenes?



— Con otra risa ligera, ella le mordió suavemente la oreja — . ¿Lo harás? ¿Lo harás, joven y atractivo Cian de fuertes manos?

— Sí, por supuesto. Sí.

No podía pensar en otra cosa que no fuese enterrarse en ella. Cuando lo hizo, con el carruaje balanceándose furiosamente, la cabeza de Lilith cayó hacia atrás en un completo abandono.

— ¡Sí, sí, sí! Tan duro, tan caliente. ¡Dame más y más! Y te llevaré más allá de todo lo que conoces.

Cuando él se hundió profundamente en ella, y estaba casi sin aliento al acercarse al clímax, Lilith levantó nuevamente la cabeza.

Sus ojos ya no eran azules y limpios, sino rojos y salvajes. La conmoción que experimentó hizo que intentara apartarse de ella, pero sus brazos le rodearon el cuerpo súbitamente como cadenas de hierro. Sus piernas se cerraron alrededor de su cintura, manteniéndole dentro de ella, atrapado. Mientras Cian luchaba contra una fuerza implacable, Lilith sonreía, y unos grandes colmillos brillaron en la oscuridad.

— ¿Qué eres tú? — No había plegarias en su cabeza; el miedo no dejaba espacio para ellas — . ¿Qué eres tú?

Las caderas de Lilith continuaron subiendo y bajando, llevándolo inexorablemente cerca del punto culminante. Entonces le cogió un mechón de pelo obligándolo así a echar la cabeza hacia atrás para dejar expuesta su garganta.

— Magnífica — contestó ella — . Yo soy magnífica, y tú también lo serás.

Entonces atacó y sus colmillos perforaron la carne. Cian oyó su propio grito; en alguna parte, en medio de la locura y el dolor.

La quemadura que sintió fue indescriptible, le laceró la piel, alcanzó la sangre y hasta el hueso. Y mezclada con esa sensación, deslizándose junto con ella, experimentó un terrible, terrible placer.

Eyaculó, en medio de la sonora y envolvente oscuridad, traicionado por su cuerpo mientras se precipitaba hacia la muerte. Se debatió, sin embargo; una parte de él se aferraba a la luz y hacía un enorme esfuerzo por sobrevivir. Pero el dolor, el placer, lo arrastraban cada vez más profundamente hacia el abismo.

— Tú y yo, mi bello muchacho. Tú y yo. — Ella volvió a hundir los dientes en él, ahora acunándolo entre sus brazos. Con la uña, se hizo un pequeño corte en el pecho de modo que la sangre comenzó a brotar igual que lo hacía, horriblemente, de sus labios — . Ahora bebe. Bebe de mí y vivirás para siempre.

No. Su boca no pudo formar la palabra, pero la gritó a través de su mente. Al sentir que la vida se le escapaba, luchó débilmente para aferrarse a esa negativa. Incluso cuando Lilith le atrajo la cabeza hacia su pecho, él se resistió con las pocas fuerzas que le quedaban.

Entonces la probó, el sabor rico y embriagador que fluía de ella. La vida que latía en ella. Y, como si fuese un bebé succionando el pecho de su madre, Cian bebió su propia muerte.

El vampiro se despertó en medio de una oscuridad absoluta, de un silencio total. Así había sido desde que lo transformaron, hacía ya tanto tiempo; se despertaba a la puesta de sol sin ni siquiera el sonido de los latidos de su propio corazón agitando el aire.

Aunque había tenido ese sueño en innumerables ocasiones a lo largo de innumerables años, lo perturbaba volver a precipitarse de nuevo a ese precipicio. El hecho de verse como había sido, ver su propio rostro — un rostro que desde aquella noche no había podido ver estando despierto —, lo ponía nervioso e irritable.

Él no meditaba acerca de su destino. Era una ocupación absolutamente inútil. Aceptaba y usaba lo que era y, a través de su eternidad personal, había acumulado riquezas, mujeres, bienestar, libertad. ¿Qué más podía desear un hombre?

Carecer de latidos era un pequeño precio que debía pagar por ello en el gran esquema de las cosas. Un corazón que latía envejecía y se debilitaba y, en cualquier caso, a la larga acababa por pararse, como un reloj roto.

¿Cuántos cuerpos había visto deteriorarse y morir en sus más de novecientos años? No podía contarlos. Y, aunque no podía ver el reflejo de su propio rostro, sabía que era exactamente el mismo que tenía la noche en que Lilith se lo había llevado. Sus huesos aún eran fuertes, y la piel que los cubría seguía siendo firme, elástica y sin arrugas. Tenía una vista excelente y sus ojos no habían perdido su color. En su pelo no había, ni habría jamás, ningún vestigio gris, ni arrugas en su cuello.

A veces, en la oscuridad, en privado, utilizaba los dedos para palparse el rostro. Allí estaban los pómulos, altos y pronunciados, la hendidura del mentón, los ojos hundidos que sabía que eran intensamente azules. Su nariz recta, la firme curva de los labios.

El mismo. Siempre el mismo. Pero aun así, se concedía la pequeña indulgencia de unos momentos para recordar cómo era.

Se levantó de la cama en la oscuridad, el cuerpo desnudo, esbelto y musculoso, y se echó hacia atrás el pelo negro que enmarcaba su rostro. Había nacido como Cian Mac Cionaoith, aunque desde entonces había

tenido muchos nombres. Y ahora había vuelto a llamarse Cian... gracias a su hermano. Hoyt no lo llamaría de ningún otro modo y, puesto que esa guerra en la que había accedido a participar podía acabar con él, Cian decidió que era justo que llevase el nombre que le habían puesto al nacer.

Desde luego, preferiría no morir en la contienda. En su opinión, sólo los locos o los muy jóvenes consideraban la muerte como una aventura. Pero si ése era su destino, en ese momento y ese lugar, al menos desaparecería con estilo. Y si había alguna justicia en algún mundo, se llevaría a Lilith con él al polvo.

Su vista era tan fina como el resto de sus sentidos, de modo que podía moverse fácilmente en la oscuridad, y se acercó a una cómoda en busca de una de las bolsas de sangre que había traído consigo desde Irlanda. Por lo visto, los dioses habían decidido permitir que la sangre, así como el vampiro que la necesitaba como alimento, viajasen a través de los guindos desde su círculo de piedras.

Por otra parte, se trataba de sangre de cerdo. Hacía siglos que Cian no se alimentaba de seres humanos. Una elección personal, reflexionó mientras abría la bolsa y vertía el contenido en una taza. Una cuestión de voluntad, y también de buenos modales lo habían llevado a eso. El vivía entre los humanos, hacía negocios con ellos, dormía con ellos cuando estaba de ánimo para hacerlo. Le parecía descortés alimentarse de ellos.

En cualquier caso, había descubierto que le resultaba más sencillo vivir como le gustaba hacerlo, manteniéndose fuera de foco, si no mataba alguna alma desafortunada todas las noches. La alimentación con seres vivos añadía una excitación y un sabor que nada podía igualar, pero era por naturaleza un asunto desagradable.

Poco a poco se había ido acostumbrando al sabor más anodino de la sangre de cerdo y a la comodidad de tenerla al alcance de la mano, en lugar de verse obligado a salir y cazar algo cada vez que tenía hambre.

Se tomó la sangre del mismo modo en que un humano lo haría con su café de la mañana... por hábito y por la necesidad de un estímulo al despertar. La sangre le aclaraba la mente y ponía en funcionamiento su sistema.

Mientras se lavaba, no se preocupó por el fuego ni las velas. No podía decir que estuviese encantado con las comodidades que le brindaba Geall. Con castillo o sin él, se sentía totalmente fuera de lugar en aquella atmósfera medieval, lo mismo que Glenna y Blair.

Él ya había vivido en esa época una vez, y una vez era más que suficiente para cualquiera. Sin ningún género de dudas, prefería la comodidad cotidiana de las conducciones y desagües, de la electricidad y de la jodida comida china que te llevaban a domicilio.

Echaba de menos su coche, su cama, el maldito microondas. Añoraba la vida y los sonidos de la ciudad y todo lo que ésta ofrecía. El destino le daría una buena patada en el culo si moría allí, en la misma época en que su vida había comenzado.

Una vez vestido abandonó su habitación para dirigirse a las caballerizas en busca de su caballo.

Había gente fuera — criados, guardias, cortesanos —, todos los que vivían y trabajaban dentro del castillo. La mayoría lo evitó, esquivando su mirada o bien acelerando el paso. Algunos hacían el signo contra el diablo a su espalda. Pero eso a Cian no le preocupaba en absoluto.

Todos sabían lo que era... y habían sido testigos de lo que eran capaces las criaturas como él desde que Moira, la gladiadora erudita, había luchado contra uno de ellos en el campo de juegos.

Había sido una buena estrategia, pensó ahora, que Moira le pidiese que, junto a Blair y Larkin, cazara a los dos vampiros que habían matado a su madre, la reina. Moira había entendido la importancia, el valor de traer a los vampiros con vida para que la gente pudiese ver lo que realmente eran. Y para que vieses a la propia

Moira luchar contra uno de ellos y matarle, demostrando así que era una combatiente.

Al cabo de unas semanas, ella conduciría a su pueblo a la guerra. Y cuando una tierra como Geall ha vivido en paz tanto tiempo, se necesita un líder fuerte y decidido para convertir en soldados a campesinos y comerciantes, a damas de la corte y a decrepitos asesores.

El no estaba seguro de que Moira estuviese a la altura de la tarea a la que debía enfrentarse. Pero era una muchacha valiente, pensó mientras se deslizaba fuera del castillo y atravesaba un patio empedrado en dirección a las caballerizas. Además de muy inteligente. Y no cabía duda de que había perfeccionado una considerable habilidad para el combate a lo largo de los dos últimos meses. Por otra parte, era evidente que había sido instruida desde su nacimiento en cuestiones de Estado y protocolo, y su mente era ingeniosa y abierta.

Imaginó que, en tiempos de paz, Moira sería capaz de gobernar muy bien su pequeño y bonito mundo. Pero en tiempos de guerra, un gobernante tenía que ser un general además de un líder decorativo.

Si de él hubiese dependido, habría dejado a Riddock, su tío, a cargo del gobierno. Pero había muy pocas cosas en todo aquel asunto que dependieran de él.

La oyó antes de verla y percibió su olor incluso antes de oírla. Cian estuvo a punto de darse la vuelta y regresar por donde había venido. Era un fastidio toparse con una mujer en la que uno había estado pensando.

El problema era que, con demasiada frecuencia, pensaba sólo en ella.

Evitar a Moira no era algo factible, desde el momento en que estaban inexorablemente unidos en aquella guerra. Sin embargo, alejarse en aquellos momentos sin ser visto sería muy sencillo. Y un gesto de cobarde. El orgullo, como siempre, le impidió elegir el camino más fácil.

Los mozos habían alojado su caballo en el extremo del establo, separado del resto de los caballos por dos caballerizas. Cian entendía y toleraba que los mozos de cuadra y los herradores se mostrasen reacios a atender el caballo de un demonio. Del mismo modo que sabía que Larkin o Hoyt eran quienes se encargaban de asear y alimentar a su temperamental Vlad todas las mañanas.

Por otra parte, todo parecía indicar que Moira había asumido la tarea de mimar al animal. Sostenía un manojito de zanahorias en una mano, comprobó Cian, y balanceaba una ante el morro del caballo, tentándolo para que la cogiera.

— Tú sabes que la quieres — musitó Moira —. Es tan apetitosa. Lo único que tienes que hacer es cogerla.

El pensaba lo mismo acerca de Moira, reflexionó Cian.

Iba vestida con una túnica sobre una sencilla falda de lino, por lo que dedujo que cualquier entrenamiento que hubiese estado realizando ese día ya había terminado. Su atuendo era extremadamente sencillo para tratarse de una princesa; de un azul discreto, con apenas un atisbo de encaje en el pecho. En su cuello brillaba la cruz de plata, una de las nueve cruces que Glenna y Hoyt habían encantado. Llevaba el pelo suelto, una sedosa cascada color castaño que le caía sobre la espalda y le llegaba a la cintura, y estaba coronada con el delgado símbolo de su cargo.

No era hermosa. Cian se lo recordaba a sí mismo a menudo, casi tan a menudo como pensaba en ella. Moira era, en el mejor de los casos, una chica bonita. Pequeña, delgada, de rasgos también pequeños. Sólo sus ojos eran grandes. Color gris claro cuando estaba tranquila y pensativa, escuchando. Como humo del infierno cuando estaba excitada.

Él podía elegir entre grandes bellezas... como lo haría cualquier hombre con cierto sentido y habilidad que ya llevase unos cuantos siglos a cuestas. Moira no era hermosa, pero a pesar de todos los esfuerzos que hacía, no podía apartarla de su mente.

Sabía que podía tenerla si dedicaba algo de esfuerzo a seducirla. Moira era joven y curiosa, e inocente y, por lo tanto, muy vulnerable. Que era la razón por la que, por encima de todo lo demás, él sabía que, si buscaba entretenimiento, compañía y alivio a sus necesidades, sería mucho mejor que sedujera a cualquiera de sus damas.

Cian se había hartado de inocencia hacía ya mucho tiempo, del mismo modo que se había hartado de beber sangre humana.

Su caballo, sin embargo, parecía tener mucha menos fuerza de voluntad. Sólo tardó un momento en inclinar la cabeza y morder la zanahoria que Moira le ofrecía.

Ella se echó a reír y acarició las orejas de Vlad mientras éste masticaba.

— ¿Lo ves? No era tan difícil, ¿verdad? Tú y yo somos amigos. Sé que te sientes solo de vez en cuando. ¿No nos pasa eso a todos?

Estaba levantando otra zanahoria cuando Cian salió de entre las sombras.

— Conseguirás convertirlo en un cachorro mimado, ¿y entonces qué clase de caballo de guerra será Vlad cuando llegue Samhain?

Moira dio un respingo y luego se puso rígida. Pero cuando se volvió hacia Cian su rostro se había serenado.

— No te molesta, ¿verdad? A Vlad le gusta disfrutar de un pequeño regalo de vez en cuando.

— ¿No nos pasa eso a todos? — musitó él.

Apenas un leve rubor en sus mejillas delató su turbación al haber sido oída sin darse cuenta.

— El entrenamiento ha estado muy bien hoy. Está llegando gente de todo Geall. Son tantos los que desean luchar que hemos decidido que instalaremos una segunda zona de entrenamiento en las tierras de mi tío. Tynan y Niall trabajarán allí.

— ¿Y el alojamiento?

— Sí, ese aspecto se está convirtiendo en un problema. Alojaremos en el castillo a todos los que podamos, y también en la casa de mi tío. Además contamos con la posada, y muchos de los campesinos y agricultores ya están albergando a familiares y amigos. Nadie será rechazado. Encontraremos una manera de hacerlo.

Moira jugaba con su cruz mientras hablaba. No porque le temiese, pensó Cian, sino como una especie de tic.

— También hay que pensar en la comida. Son muchos los que tienen que abandonar sus cultivos y su ganado para venir aquí. Pero nos arreglaremos. ¿Has comido?

Moira se sonrojó intensamente tan pronto como las palabras hubieron salido de su boca.

— Lo que quería decir es que habrá cena en el salón si...

— Sé lo que has querido decir. No. Pensaba echarle un vistazo al caballo primero, pero parece estar bien cuidado y alimentado. — En cuanto él acabó de decir esas palabras, Vlad golpeó con su cabeza el hombro de Moira—. Y echado a perder — añadió Cian.

Moira frunció el cejo, un gesto que Cian sabía que hacía cuando estaba enfadada o pensativa.

— Sólo son zanahorias y le hacen bien.

— Hablando de comida, dentro de una semana necesitaré sangre. ¿Podrías encargarte de que no se desperdicie la de los próximos cerdos que vayan a ser sacrificados?

— Por supuesto.

— Eres muy amable.

Ahora un ligero gesto de irritación cruzó el rostro de Moira.

— Puedes coger del cerdo todo lo que necesites. Quiero decir que nadie despreciaría una buena tajada de beicon, ¿no?

Dejó la última zanahoria en manos de Cian y empezó a alejarse, pero se detuvo a los pocos pasos.

— No sé por qué me irritas con tanta facilidad. Ni si lo haces o no a propósito. — Levantó una mano—. Y no, no creo que quiera saber la respuesta por ahora. En cambio me gustaría hablar contigo cuando tengas un momento acerca de otro asunto.

Evitarla no era posible, se recordó a sí mismo.

— Tengo un momento.

Ella echó un vistazo alrededor. Allí no sólo los caballos tenían orejas.

— Me pregunto si podrías dedicar ese momento a dar un paseo conmigo. Me gustaría que esto quedase en privado.

Cian se encogió de hombros y, dándole a Vlad la última zanahoria, se reunió con Moira y salieron juntos de las caballerizas.

— ¿Secretos de Estado, su alteza?

— ¿Por qué tienes que burlarte Ce m í?

— En realidad no me estaba burlando. Estás un poco susceptible esta noche, ¿no crees?

— Es posible que lo esté. — Se echó hacia atrás el pelo que caía sobre sus hombros—. Con todo esto de la guerra y el fin de los días, además de las cuestiones prácticas relacionadas con el lavado de la ropa y la provisión de alimentos para un ejército, es posible que esté un tanto irritable.

— Puedes delegar.

— Lo hago. Pero aun así requiere tiempo y atención poner las tareas en otras manos, encontrar las más adecuadas, explicar cómo deben llevarse a cabo. Pero no era de esto de lo que quería hablar contigo.

— Siéntate.

— ¿Qué?

— Siéntate. — La cogió del brazo, ignorando la manera en que sus músculos se tensaron contra su mano, y la obligó a sentarse en un banco—. Siéntate, deja al menos descansar un poco los pies ya que al parecer no quieres apagar durante cinco minutos ese cerebro inquieto que tienes.

— No puedo recordar cuándo fue la última vez que tuve una hora sólo para mí y un libro. Bueno, en realidad sí puedo recordarlo. Fue cuando estábamos en Irlanda, en tu casa. Lo echo de menos... los libros, la quietud que hay en ellos.

— Tienes que tomarte esa hora para ti de vez en cuando. De otro modo te agotarás, y eso no será bueno para ti y tampoco para los demás.

— Siento las manos tan llenas que me duelen los brazos. — Se miró las manos, que descansaban en su regazo, y suspiró—. Ya estoy de nuevo con lo mismo. ¿Qué es lo que dice Blair? Mierda, mierda, mierda.

Se sorprendió al oír la risa de Cian y volvió la cabeza para sonreírle.

— Seguro que Geall nunca ha tenido una reina como tú.

La sonrisa de Moira se desvaneció.

— No, tienes derecho a pensarlo. Aunque pronto veremos si soy la reina o no. Mañana, cuando amanezca, iremos a la piedra.

— Entiendo.

— Si consigo sacar la espada de ella, como lo hizo mi madre en su época, y su padre en la suya, Geall tendrá una reina como yo.

— Miró hacia las puertas del castillo por encima de los arbustos—. En ese caso, Geall no tendrá otra alternativa. Y yo tampoco.

— ¿Desearías que fuera de otra manera?

— No sé qué es lo que desearía, de modo que no deseo nada en absoluto... excepto que termine cuanto antes. Entonces podré hacer, bueno, lo que sea necesario hacer a continuación. Quería decírtelo. — Ella apartó la vista de lo que fuese que viera en su mente y volvió a mirarle a los ojos—. Me hubiese gustado que encontrásemos alguna manera de celebrar la ceremonia de noche.

Ojos dulces, pensó él, y tan serios...

— Es demasiado peligroso celebrar cualquier clase de ceremonia después de la puesta de sol más allá de las murallas del castillo.



— Lo sé. Todos los que deseen presenciar el ritual pueden asistir. Tú no puedes, lo sé. Y lamento que sea así. Me parece mal.

Creo que nosotros seis, nuestro círculo, deberíamos estar juntos en un momento como éste.

Su mano volvió a buscar la cruz que colgaba de su cuello.

— Geall no es asunto tuyo, eso también lo sé, pero ese momento será importante por lo que pase después. Hay más de lo que imaginaba. Más de lo que nunca podría haber imaginado.

Moira inspiró profundamente con un ligero estremecimiento.

— Ellos mataron a mi padre.

— ¿Qué estás diciendo?

— Tengo que seguir caminando. No puedo quedarme sentada.

Se levantó rápidamente, frotándose los brazos para calentarse ante el frío súbito en el aire y en su sangre. Atravesó el patio en dirección a uno de los jardines.

— Es algo que no le he contado a nadie, y tampoco tenía intenciones de contártelo a ti. ¿Qué sentido tiene? Además no tengo ninguna prueba, sólo se trata de algo que sé.

— ¿Qué es lo que sabes?

Moira se dio cuenta de que hablar con Cian, explicárselo a él, era más fácil de lo que había pensado, porque también a él le incumbía.

— Uno de los dos vampiros que mataron a mi madre, los que trajisteis aquí. El vampiro contra el que luché. — Levantó una mano y él observó cómo recuperaba la compostura —. Antes de que lo matase, dijo algo acerca de mi padre y de la forma en que murió.

— Probablemente estaba tratando de conseguir que perdieras la calma, romper tu concentración.

— Hizo un buen trabajo en ese sentido, pero había algo más. Lo sé, en mi interior. — Lo miró fijamente y se llevó la mano al corazón —. Lo supe cuando miré a ese vampiro. No sólo mi madre sino también mi padre. Creo que Lilith los envió a matar a mi madre porque ya había tenido éxito antes. Cuando yo era una niña.

Moira continuó caminando, la cabeza inclinada por el peso de sus pensamientos, su delgada corona brillando a la luz de las antorchas.

— Todos creyeron que había sido un oso. Mi padre estaba cazando en las montañas. Lo mataron a él y al hermano pequeño de mi madre. Mi tío Riddock no los había acompañado en esa ocasión porque mi tía estaba a punto de dar a luz. Yo...

Moira volvió a interrumpirse al oírse pasos cerca de ellos, y se mantuvo en silencio hasta que el sonido de las pisadas se perdió en la distancia.

— Los que los encontraron y trajeron los cuerpos al castillo creyeron que había sido obra de animales. Y así fue — afirmó con voz acerada —. Pero esos animales caminan como un hombre. Lilith les envió para que matasen a mi padre, para que yo fuese la única hija.

En ese momento, se volvió hacia él, la luz de la antorcha teñía de rojo su rostro intensamente pálido.

— Tal vez, en aquella época, ella sólo supiera que el soberano de Geall sería uno de los integrantes del círculo. O, quizá fuese más fácil matarlo a él y no a mí en aquel momento, ya que yo era poco más que un bebé y estaba muy protegida. Tenía mucho tiempo por delante para enviar a los asesinos en mi busca. Pero en cambio mataron a mi madre.

— Los que lo hicieron están muertos.

— ¿Acaso es eso un consuelo? — se preguntó en voz alta, y pensó que, por parte de él, probablemente fuese una manera de ofrecérselo —. No sé qué pensar. Pero sé que Lilith se llevó a mis padres de mi lado. Se los llevó para detener algo que no puede detenerse. Cuando llegue Samhain nos encontraremos cara a cara en el campo de batalla, porque así está escrito. Y luche yo como reina o no, lucharé. Es decir, los mató para nada.

— Y no hay nada que hubieses podido hacer para impedirlo.

Sí, consuelo, pensó ella otra vez. Extrañamente, su concisa afirmación le daba precisamente eso.

— Rezo para que eso sea verdad. Pero sé que, debido a lo que se hizo, a lo que no se hizo, a lo que debía hacerse, lo que suceda mañana es mucho más importante que un mero ritual. Quienquiera que sostenga mañana esa espada, dirigirá esta guerra, y la empuñará con la sangre de mis padres asesinados. Ella no pudo impedirlo y no podrá impedirlo. — Moira retrocedió unos pasos y señaló hacia arriba —. ¿Ves esas banderas?. El dragón y el *claddagh*. Los símbolos de Geall desde el principio de su existencia. Antes de que esto comience, pediré que sea izada una bandera con un nuevo símbolo.

Cian pensó en todos los símbolos entre los que ella podía elegir: una espada, una estaca, una flecha. Pero entonces lo supo. No sería una arma, un instrumento de guerra y muerte, sino un símbolo de esperanza y resistencia.

— Un sol. Para que extienda su luz sobre el mundo — dijo él.

La sorpresa mezclada con el placer que la recorrió iluminó el rostro de Moira.

— Sí. Tú eres capaz de entender mi pensamiento, y la necesidad. Un sol dorado en una bandera blanca para que represente la luz, los mañanas por los que lucharemos. Ese sol, dorado como la gloria, será el tercer símbolo de Geall, uno que yo traigo a mi mundo. Y maldita sea Lilith. Malditos sean ella y lo que ella trajo aquí.

Moira, ahora con el rostro sonrojado, inspiró profundamente.

— Sabes escuchar... y yo hablo demasiado. Entremos. Los demás deben de estar ya reuniéndose para la cena.

Cian le tocó un brazo para detenerla.

— Antes creía que no serías una reina adecuada para tiempos de guerra. Creo que es una de las pocas veces en que me he equivocado.

— Si la espada es mía — dijo ella —. De momento no soy la reina, aún no sabes si te has equivocado.

Cuando echaron a andar hacia las puertas del castillo, a Cian se le ocurrió pensar que Moira y él acababan de mantener la conversación más larga de las sostenidas en los dos meses que habían transcurrido desde que se conocieron.

— Tienes que decírselo a los demás. Tienes que decirles lo que crees que le sucedió a tu padre. Si esto es un círculo, no deberían existir secretos que pudiesen debilitarlo.

— Tienes razón. Sí, tienes razón.

Al entrar en el castillo, tenía la cabeza erguida, y sus ojos eran color gris claro.

## CAPÍTULO 2

Ella no durmió. ¿Cómo podía dormir una mujer en la que era, en la mente de Moira, la última noche de su vida? A la mañana siguiente se convertiría en la nueva reina de Geall si su destino era que consiguiese liberar la espada de su vaina de piedra. Y, como reina, debería gobernar y reinar, tareas ambas para las que había sido preparada desde el momento de nacer. Pero como reina, en ese inminente amanecer y en los siguientes, conduciría a su pueblo a la guerra. Si no era su destino que extrajera la espada de la piedra, ella seguiría a otro, de buena gana, a la batalla.

¿Podían acaso semanas de intenso entrenamiento preparar a alguien para semejante acción, tamaña responsabilidad? De modo que esa noche era la última en que podía ser la mujer que ella había creído que sería, incluso la reina que había esperado llegar a ser algún día.

Moira sabía que nada volvería a ser igual, no importaba lo que el amanecer trajese consigo.

Antes de la muerte de su madre, había creído que ese amanecer que ahora estaba a punto de despuntar se encontraba a años de distancia. Siempre había supuesto que disfrutaría durante muchos años de la compañía, el consuelo y el consejo de su madre, años de paz y estudio de modo que, cuando llegase el momento, no sólo estaría preparada para llevar la corona sino que sería digna de ella.

En parte, Moira había supuesto que su madre reinaría durante varias décadas y que ella misma se casaría. En el nebuloso y distante futuro, uno de sus hijos llevaría la corona en su lugar.

Todo eso había cambiado la noche en que su madre murió. No, Moira se corrigió, había cambiado antes, muchos años antes, cuando su padre había sido asesinado.

Quizá no había cambiado en absoluto, sino que había perseguido, como haber ido pasando páginas a medida que se escribía el libro del destino.

Ahora sólo podía desear tener la sabiduría de su madre y buscar en su propio interior el valor para llevar tanto la corona como la espada.

Estaba de pie, en una de las almenas más elevadas del castillo, bajo una pequeña luna. Cuando volviese a estar llena, ya estaría lejos de aquí, en la fría tierra de un campo de batalla.

Moira había subido a las almenas porque desde allí podía ver las antorchas que ardían en el campo de juegos. Observar el entrenamiento nocturno y oír los sonidos que producía. Cian, pensó, empleaba horas de su

noche en enseñar a hombres y mujeres cómo luchar contra algo que era más fuerte y rápido que los humanos. Él los presionaría, estaba segura de ello, hasta que estuviesen preparados para matar. Como la había presionado a ella y a los demás miembros del círculo, noche tras noche durante las semanas que habían permanecido en Irlanda.

No todos confiaban en él, eso era algo que Moira también sabía. Algunos le temían sin disimularlo, pero eso tal vez fuese positivo. Ella entendía que Cian no estaba allí para hacer amigos, sino guerreros. En realidad, gran parte de su formación de guerrera se la debía a él.

Moira creía entender por qué Cian luchaba junto a ellos o, al menos, tenía un atisbo de la razón por la que él arriesgaba tanto por la humanidad. En parte era por orgullo, del que sabía que Cian tenía de sobra. El no se inclinaría ante Lilith. En parte, lo admitiese Cian o no, era por lealtad hacia su hermano. Y el resto, bueno, tenía que ver con el coraje y sus propias emociones en conflicto.

Porque ella sabía que Cian tenía emociones. Era incapaz de imaginar cómo, después de mil años de existencia, luchaban y se enfrentaban en su interior. Las de ella estaban tan confusas y alteradas después de sólo dos meses de muerte y sangre que apenas era capaz de reconocerse. ¿Cómo sería para él, después de todo lo que había visto y hecho, de todo lo que había ganado y perdido? Cian sabía del mundo mucho más que cualquiera de ellos; de sus placeres, de sus dolores, de sus posibilidades. No, Moira era incapaz de imaginar lo que significaba saber todo lo que Cian sabía y aun así arriesgar la propia supervivencia.

Que él lo hiciese, que ahora incluso estuviese dedicando su tiempo y su habilidad para entrenar tropas, merecía todo su respeto. Al tiempo que el misterio que lo rodeaba, los cómo y los por qué, continuaba fascinándola.

Moira no podía estar segura de lo que Cian pensaba de ella. Aunque la había besado —ese único ardiente y desesperado momento—, no lo sabía con seguridad. Y nunca había podido resistirse a meterse en el meollo de las cosas.

Oyó pasos que se acercaban, y al volverse vio que era Larkin.

— Deberías estar en tu cama — dijo él.

— Allí sólo estaría mirando el techo. La vista es mejor desde aquí. — Buscó la mano de su primo, su amigo, y se sintió inmediatamente confortada—. ¿Y por qué no estás tú en la tuya?

— Te he visto. Blair y yo hemos ido a echarle una mano a Cian — igual que había hecho la de Moira, la mirada de Larkin se paseó por el campo que se extendía debajo de ellos— y te he visto aquí, sola.

— Esta noche no soy buena compañía, ni siquiera para mí misma. Sólo quisiera que esto ya hubiese acabado, entonces vendría lo siguiente.

De modo que he decidido venir aquí para reflexionar sobre esas cosas. — Apoyó la cabeza en su hombro—. Ayuda a pasar el tiempo.

— Podríamos bajar al comedor familiar. Te dejaré ganar al ajedrez.

— ¿Dejarme? Oh, escuchadle. — Ella le miró. Los ojos de Larkin eran de un castaño dorado, con pestañas largas, como los suyos. La sonrisa que bailaba en ellos no alcanzaba a enmascarar su preocupación—. Y supongo que me *has dejado* ganar los cientos de partidas que hemos disputado todos estos años.

— Pensaba que sería bueno para darte confianza.

Ella se echó a reír al tiempo que le daba un pequeño empujón.

— Estoy segura de que puedo ganarte al ajedrez nueve de cada diez veces que juguemos.

— Entonces lo comprobaremos.

— No, no lo haremos. — Ella le dio un beso en la mejilla y le apartó de la cara un mechón de pelo castaño—. Tú te irás a tu cama y a tu dama, y no pasarás estas horas distrayéndome de mi apenado estado de ánimo. Vamos, entremos. Después de todo, tal vez la limitada vista del techo de mi habitación me aburra al punto de hacer que me duerma.

— Si quieres compañía, sólo tienes que llamar a mi puerta.

— Lo sé.

Del mismo modo que Moira sabía que intentaría descansar hasta la primera luz del día.

Pero no durmió.

Según mandaba la tradición, Moira sería vestida y atendida por sus damas en la última hora previa al amanecer. A pesar de que le insistieron para que se lo pusiera, rechazó el vestido rojo. Ella sabía muy bien que el rojo no era un color que la favoreciera, no importaba cuan regio pudiese ser. Eligió, en cambio, vestir con los colores del bosque, verde oscuro sobre una falda verde pálido.

Accedió a llevar joyas, después de todo, eran las alhajas de su madre. De modo que permitió que las pesadas piedras de citrino le fuesen colocadas alrededor del cuello. Pero bajo ninguna circunstancia se quitaría la cruz de plata.

Llevaría el pelo suelto y descubierto, y permaneció sentada, dejando que la charla de las mujeres la rodease, mientras Dervil le cepillaba el cabello una y otra vez.

Ceara, una de sus damas, volvió a insistir en que comiese un plato de pasteles de miel.

— Después — le dijo Moira—. Me sentiré más tranquila más tarde.

Moira se levantó y sintió un profundo alivio al ver que Glenna entraba en la habitación.

— ¡Qué maravilloso aspecto tienes!

Moira extendió ambas manos. Ella había elegido personalmente el atuendo que llevarían Blair y Glenna, y ahora comprobaba que su elección había sido acertada. Por otra parte, pensó, Glenna era una mujer tan atractiva que no había nada que no la favoreciera.

Aun así, la elección del terciopelo azul oscuro contribuía a realzar su piel cremosa y el fuego de su pelo.

— Me siento como si fuese una princesa — dijo Glenna —. Muchas gracias. Y tú, Moira, pareces una reina.

— ¿De verdad? — Se volvió hacia su espejo pero sólo se vio a sí misma. Sonrió cuando Blair entró en la habitación. Para ella había elegido un vestido color bermellón, con sobrefalda dorado pálido —. Nunca te había visto con un vestido.

— ¡Y qué vestido! — Blair estudió a sus amigas y luego se miró —. Me parece que todo esto es como un cuento de hadas.

Se peinó con los dedos el pelo corto y oscuro.

— ¿No te importa entonces? La tradición exige el atuendo más formal.

— Me gusta ser una chica. No me molesta vestirme como una, incluso como una que no va a la moda de mi tiempo. — Blair descubrió los pasteles de miel y cogió uno —. ¿Nerviosa?

— Mucho. Me gustaría estar a solas un momento con Blair y Glenna — dijo Moira a sus damas. Una vez que éstas se hubieron marchado de la habitación, Moira se dejó caer en el sillón que había delante del hogar encendido —. Llevan dando vueltas a mi alrededor desde hace una hora. Es agobiante.

— Pareces cansada. — Blair se sentó en el brazo del sillón —. No has dormido nada.

— Mi mente estaba inquieta.

— No bebiste la poción que te di. — Glenna suspiró —. Tienes que estar descansada para esto, Moira. — Necesitaba pensar. No es la manera habitual de hacerlo, pero quiero que vosotras dos, junto a Hoyt y Larkin, caminéis a mi lado hasta la piedra donde está la espada.

— ¿Acaso no era ése el plan? — preguntó Blair con la boca llena.

— Vosotros formaréis parte de la comitiva, claro, y, según manda la tradición, yo debo caminar sola, delante de todos, como siempre se ha hecho. Detrás de mí, sólo deberían estar los miembros de mi familia: mi tío,

mi tía, Larkin y mis otros primos. Y tras ellos, según su rango y posición, los demás. Pero yo quiero que vosotros caminéis con mi familia, porque sois mi familia. Hago esto por mí, pero también por el pueblo de Geall. Quiero que ellos vean lo que sois. Cian no podrá estar en la ceremonia, como a mí me hubiese gustado.

— No puede hacerse de noche, Moira. — Blair apoyó la mano sobre su hombro—. Es un riesgo demasiado grande.

— Lo sé. Pero aunque el círculo no se halle completo en el lugar donde está la piedra, Cian estará en mis pensamientos. — Se levantó y fue hasta una de las ventanas—. Ya está amaneciendo — musitó—. Y le seguiré el día. — Se volvió mientras se apagaban las últimas estrellas—. Estoy preparada para lo que traiga.

Su familia y sus damas ya estaban reunidas abajo. Moira aceptó la capa que le ofrecía Dervil y ella misma se ajustó el broche con el dragón.

Cuando alzó la vista, vio a Cian. Supuso que debía de haberse detenido un momento de camino a su habitación, hasta que comprobó que llevaba puesta la capa que Glenna y Hoyt habían encantado para que impidiese el paso de los, para él, mortales rayos del sol.

Moira se apartó del lado de su tío y se acercó a Cian.

— ¿Piensas venir? — le preguntó. — Rara vez tengo ocasión de dar un paseo por las mañanas.

A pesar de lo desenfadado de sus palabras, Moira percibió lo que se escondía debajo de ellas.

— Te agradezco que hayas elegido esta mañana para dar tu paseo.

— Ya ha amanecido — dijo Riddock—. La gente espera.

Moira se limitó a asentir brevemente, luego se levantó la capucha como mandaba la costumbre antes de salir a la brumosa luz del día.

El aire era frío y neblinoso, y apenas corría una brisa que agitaba los dedos de la bruma. A través de esa cortina de niebla, Moira cruzó sola el patio hasta llegar a las puertas del castillo, con su séquito caminando detrás de ella. En el amortiguado silencio, oyó el canto de los pájaros y el leve susurro del aire húmedo.

Pensó en su madre, que una vez había recorrido ese mismo camino en una mañana fría y brumosa. Y en todos aquellos que lo habían hecho antes que ella, cruzando las puertas del castillo, a través del camino de tierra, sobre la hierba verde tan cargada de rocío que era como estar vadeando un río. Sabía que muchos la seguían, comerciantes y artesanos, arpistas y bardos. Madres e hijas, soldados e hijos.

El cielo se teñía de rosa en el este y la neblina que cubría la tierra lanzaba destellos plateados.



Moira podía oler el río y la tierra y continuó ascendiendo por la suave colina, con el rocío mojándole el borde del vestido.

El lugar de la piedra se encontraba en una colina en la que había un pequeño bosquecillo. Sobre las rocas que había cerca del pozo sagrado, crecían el musgo y el líquen amarillo pálido y verde. Cuando llegase la primavera aparecería el vivaz anaranjado de los lirios, las cabezas danzantes de los ranúnculos y, más tarde, las hermosas campanillas de las dedaleras, todas ellas creciendo en el lugar que les correspondía.

Pero por el momento las flores permanecían dormidas y las hojas de los árboles tenían esa primera pincelada de color que presagiaba su muerte.

La piedra donde estaba la espada era grande y blanca, como un altar sobre un antiguo dolmen de piedra lisa y gris.

Los rayos del sol atravesaban las hojas y la niebla, alcanzando esa piedra blanca y arrancando reflejos de plata de la empuñadura de la espada enterrada en ella.

Las manos de Moira estaban frías, muy frías. Ella conocía la historia desde que era pequeña. Cómo los dioses habían forjado la espada con un rayo, con el mar, la tierra y el viento. Cómo Morrigan había llevado la espada y el altar de piedra hasta ese lugar, y había enterrado allí la espada hasta la empuñadura, y grabado las palabras en la piedra con su dedo ardiente.

HINCADA POR LA MANO DE LOS DIOSES

LIBERADA POR LA MANO DE UN MORTAL

CON ESTA ESPADA

ESA MANO GOBERNARÁ GEALL

Moira se detuvo en la base de la piedra para leer nuevamente las palabras. Si los dioses así lo disponían, esa mano sería la suya.

Con la capa agitándose sobre la hierba cubierta de rocío, caminó a través del sol y la niebla hasta la cima de la colina mágica. Y ocupó su lugar detrás de la piedra.

Por primera vez miró y vio. Centenares de personas, su pueblo, con la mirada puesta en ella, ocupaban los campos, el sendero de tierra del camino. Si la espada quedaba en sus manos cada uno de ellos sería su responsabilidad. Se estremeció y creyó desfallecer.

Logró tranquilizarse mientras examinaba los rostros y esperaba a que el trío de hombres santos ocuparan sus lugares detrás de ella. Algunos aún continuaban subiendo la cuesta de la colina, apresurándose para no

perderse ese momento. Moira deseaba sonar calmada cuando les hablara, de modo que esperó un poco más y dejó que su mirada se posara en los ojos de aquellos a quienes más amaba.

— Mi señora — dijo uno de los hombres santos.

— Sí. Un momento.

Abrió lentamente el broche del dragón, se quitó la capa y la entregó detrás de ella. El amplio vuelo de las mangas del vestido ondeó hacia atrás cuando levantó los brazos, pero no sintió el frío en la piel. Al contrario, sentía calor

— Soy una sierva de Geall — exclamó—. Soy una criatura de los dioses. He venido a este lugar para inclinarme ante la voluntad de ambos. Por mi sangre, por mi corazón, por mi espíritu. Dio el último paso que la separaba de la piedra. No había un solo sonido en el aire. Era como si la propia naturaleza estuviese conteniendo el aliento. Moira extendió la mano y curvó los dedos alrededor de la empuñadura de plata.

«Oh — pensó, al sentir su calor, mientras en algún lugar de su mente oía el suave murmullo de su música—. Por supuesto, sí, por supuesto. Es mía y siempre lo fue.»

Con el susurro del acero contra la piedra, Moira liberó la espada y la alzó apuntando al cielo.

Sabía que su pueblo la vitoreaba y algunos lloraban. Sabía que, como un solo hombre, todos habían hincado la rodilla en tierra. Pero sus ojos estaban fijos en la punta de la espada y en el rayo de luz que llegaba desde el cielo para incidir en ella.

Moira sintió esa luz en su interior, una oleada de calor y color y fuerza. Notó una súbita quemadura en el brazo y, como si los propios dioses lo hubiesen grabado, el símbolo del *claddaugh* se le formó en él para señalarla como reina de Geall. Transportada, emocionada y humilde, miró a su pueblo. Y sus ojos encontraron los de Cian.

Todo lo demás pareció desaparecer entonces, por un momento. Sólo estaba él, el rostro ensombrecido por la capucha de la capa, y sus ojos brillantes y azules.

¿Cómo podía ser, se preguntó, que ella estuviese sosteniendo el destino de todos ellos en la mano y sólo lo viese a él? ¿Cómo era posible que, al mirar sus ojos, fuese como estar mirando más y más profundamente en su propio destino?

— Soy una sierva de Geall — repitió, incapaz de apartar sus ojos de Cian—. Soy una criatura de los dioses. Esta espada y todo lo ella que protege me pertenece. Soy Moira, reina guerrera de Geall. Levantaos y sabed que os amo.

Ella permaneció de pie, tal como estaba, la espada aún apuntada hacia el cielo mientras las manos del hombre santo colocaban la corona en su cabeza.

La magia no era algo que le resultase extraño, ya fuese blanca o negra, pero Cian pensó que jamás en su vida había visto nada más poderoso. El rostro de Moira, que se veía tan pálido cuando se quitó la capa, había florecido cuando su mano había arrancado la espada de la piedra. Sus ojos, tan preocupados, tan sombríos, eran ahora tan brillantes como la hoja de la espada. Y habían atravesado los suyos de parte a parte, afilados como una espada, cuando lo había mirado.

Allí estaba, pensó él, ligera y delgada, y tan magnífica como cualquier amazona. Súbitamente regia, súbitamente ardiente, súbitamente hermosa.

Lo que movió dentro de él no tenía espacio allí, en aquel momento.

Retrocedió unos pasos y se volvió para marcharse. Hoyt lo cogió de un brazo.

— Debes esperar por ella, por la reina.

Cian enarcó una ceja.

— Olvidas que yo no tengo ninguna reina. Y ya he estado suficiente tiempo bajo esta jodida capa.

Se movió de prisa. Quería alejarse de la luz, del olor a humanidad. Apartarse del poder de aquellos ojos grises. Necesitaba el frío y la oscuridad, y el silencio.

Estaba apenas a una legua de distancia cuando Larkin se acercó trotando hacia él.

— Moira me ha dicho que te pregunte si quieres que te lleve a caballo hasta el castillo.

— Estoy bien, pero gracias de todos modos.

— Ha sido algo asombroso, ¿no crees? Y Moira estaba... bueno, brillante como el sol. Siempre he sabido que sería ella la elegida, pero verlo cuando sucede es algo completamente diferente. Se ha convertido en reina en el momento de tocar la espada. Tú también lo has visto.

— Si Moira quiere seguir siendo reina, tener a alguien a quien gobernar, será mejor que use esa espada.

— Y lo hará. Vamos, Cian, éste no es un día para la tristeza y la fatalidad. Nos hemos ganado unas cuantas horas de alegría y celebración. Y comida. — Con otra sonrisa, Larkin le dio a Cian un leve codazo en el costado—. Ella es la reina, pero puedo prometerte que, hoy, el resto de nosotros comerá como reyes.

— Bueno, los ejércitos viajan sobre el estómago.

— ¿Sí?

— Eso dijo al menos... alguien. Podéis disfrutar de vuestra celebración y vuestro banquete. Será mejor que mañana reinas, reyes y campesinos se preparen por igual para la guerra.

— Es como si no hubiésemos estado haciendo otra cosa. No me quejo — continuó Larkin antes de que Cian pudiese hablar—. Supongo que la cuestión es que estoy cansado de prepararme para la guerra, y que quiero que llegue cuanto antes.

— ¿Es que no has tenido suficiente actividad últimamente?

— Tengo que hacerles pagar por lo que le hicieron a Blair. Aún tiene las costillas doloridas, y se cansa más de prisa de lo que está dispuesta a admitir. — Su expresión era dura y sombría mientras recordaba—. Sus heridas curan rápidamente, pero no olvidaré el daño que le hicieron.

— Es muy peligroso entrar en batalla llevando a cuestas asuntos personales.

— Ah, tonterías. Todos nosotros tenemos algo personal que arreglar, ¿o qué sentido tiene si no? Y no me dirás ahora que una parte de ti no irá a combatir teniendo en la mente y en el corazón lo que esa perra le hizo a King. Cian no podía negarlo, de modo que cambió de tema.

— ¿Estás... escoltándome de regreso al castillo, Larkin?

— De hecho, alguien ha mencionado que debo lanzarme sobre ti para protegerte de la luz del sol en caso de que la magia de tu capa se agote.

— Eso estaría bien. Ambos arderíamos como antorchas.

Cian lo dijo casi con indiferencia, pero tuvo que reconocer que se sintió aliviado cuando llegó a las sombras que proyectaba el castillo de Geall.

— También me han pedido que acudas al salón familiar si no te encuentras demasiado cansado. Tendremos un desayuno privado allí. Moira se sentiría agradecida si pudieses quedarte unos pocos minutos.

A Moira le hubiese gustado disfrutar de unos instantes para ella sola. Pero estaba rodeada. El camino de regreso al castillo era una mancha de movimiento y voces envueltas en la niebla. Sentía el peso de la espada en la mano, la corona en la cabeza a pesar de que era llevada casi en volandas por su familia y sus amigos. Los vítores de alegría resonaban sobre las colinas y los campos, una celebración de la nueva reina de Geall.

— Tendrás que exhibirte — le dijo Riddock—. Desde el balcón real. Es lo que se espera que hagas.

— Sí. Pero no saldré sola. Sé que es la forma en que siempre se ha hecho — continuó diciendo antes de que su tío pudiese protestar—. Pero éstos son tiempos diferentes. Mi círculo estará conmigo. — Ahora miró a

Glenna, luego a Hoyt y Blair—. La gente no sólo verá a su reina, sino a aquellos que han sido elegidos para dirigir esta guerra.

— Eres tú quien debe decidirlo y hacerlo — dijo Riddock con una ligera reverencia—. Pero en un día así, Geall debería estar libre de la sombra de la guerra.

— Hasta que Samhain haya pasado, Geall estará siempre bajo la sombra de la guerra. Cada gealliano debe saber que, hasta ese día, yo gobernaré con la espada. Y que formo parte de un círculo de seis elegidos por los dioses.

Apoyó una mano sobre la de su tío cuando atravesaron las puertas.

— Ahora tendremos una celebración y comeremos y beberemos. Valoro tu consejo, como siempre lo he hecho, y me mostraré ante mi pueblo y hablaré para todos ellos. Pero hoy los dioses han elegido en mí a la reina y a la guerrera. Y eso es lo que seré. Eso es lo que le entregaré a Geall, hasta mi último aliento. No te avergonzaré. Riddock cogió la mano que ella había apoyado en su brazo y se la llevó a los labios.

— Mi dulce niña. Tú sólo me has traído orgullo y es lo que siempre harás. Y, desde este día y hasta que la vida me abandone, soy un hombre de la reina.

Los criados estaban todos reunidos, y se arrodillaron cuando el cortejo real entró en el castillo. Moira conocía sus rostros, sus nombres. Muchos de ellos habían servido a su madre antes de que ella naciera.

Pero ya nada era igual. Ahora ella no era la hija de la casa, sino su señora. Y la de todos ellos.

— Levantaos — dijo Moira— y sabed que me siento profundamente agradecida por vuestra lealtad y vuestros servicios. Y quiero que sepáis también que vosotros y todo Geall contáis con mi lealtad y entrega mientras sea vuestra reina.

Más tarde, mientras subía la escalera, se dijo a sí misma que hablaría con cada uno de ellos individualmente. Era importante que lo hiciera. Pero ahora tenía otras obligaciones que cumplir.

En el salón familiar, el fuego rugía en el hogar. Los floreros y cuencos rebosaban de flores frescas cortadas en los jardines y en el invernadero. La mesa estaba puesta con la mejor vajilla y cristalería, con vino que esperaba a que el círculo íntimo de Moira brindase por la nueva reina.

Inspiró una vez profundamente, luego una segunda, tratando de encontrar las palabras que diría, sus primeras palabras como reina, a aquellos a quienes más amaba.

Entonces Glenna simplemente la envolvió en sus brazos.

— Has estado magnífica. — Besó a Moira en ambas mejillas — .  
Luminosa.

La tensión que le atenazaba los hombros se aflojó.

— Yo me siento la misma de siempre, pero distinta, ¿sabes?

— Sólo puedo imaginarlo.

— Buen trabajo. — Blair se acercó a Moira y la abrazó brevemente — .  
¿Puedo verla?

De guerrera a guerrera, pensó Moira, y le entregó la espada a Blair.

— Excelente — dijo ésta quedamente — . Buen peso para ti. Esperaba que estuviese engastada en joyas o lo que fuese. Es bueno que no sea así. Es bueno y adecuado que sea una espada de guerra, no solamente un símbolo.

— Siento como si la empuñadura hubiese sido diseñada para mi mano. Tan pronto como la he tocado, he sentido que era...mía.

— Lo es. — Blair se la devolvió — . Es tuya.

Moira dejó la espada sobre la mesa durante un momento para recibir el abrazo de Hoyt.

— El poder que emana de ti es cálido y estable — le susurró al oído — .  
Geall es afortunada al tenerte como su reina.

— Gracias.

Luego se echó a reír cuando Larkin la levantó del suelo y la hizo girar tres veces en el aire.

— Mírate. Majestad.

— Te burlas de mi dignidad real.

— Siempre. Pero nunca de ti, *a stór*.

Cuando Larkin volvió a depositarla en el suelo, Moira se volvió hacia Cian.

— Gracias por haber venido. Significa mucho para mí.

Cian no la abrazó, ni tampoco la tocó, sino que se limitó a inclinar la cabeza.

— Es un momento que no me hubiese perdido por nada del mundo.

— Un momento más importante para mí porque has venido. Porque todos habéis venido — continuó diciendo, y comenzó a girar mirándolos a todos, cuando su pequeña prima le tiró de la falda — . Aideen. — Alzó a la pequeña y aceptó su beso húmedo — . Estás muy bonita hoy.

— Bonita — repitió Aideen, alzando la mano para tocar la enjoyada corona de Moira. Luego volvió la cabeza hacia Cian con una sonrisa tímida—. Bonita — dijo otra vez.

— Una mujer astuta — observó Cian, y vio que la pequeña fijaba la vista en el colgante que él llevaba al cuello y, con gesto distraído, lo alzó para que ella pudiese tocarlo.

Cuando Aideen estiraba la mano, su madre prácticamente voló a través del salón.

— ¡Aideen, no lo hagas!

Sinann apartó a la niña de Moira y la apretó con fuerza contra su vientre, abultado por el tercer hijo que estaba esperando.

En el incómodo silencio que siguió a la escena, Moira no pudo más que susurrar el nombre de su prima.

— Nunca me gustaron los niños — dijo Cian con voz helada—. Si me disculpáis.

— Cian. — Después de lanzar una mirada recriminatoria hacia Sinann, Moira corrió tras Cian—. Por favor, aguarda un momento.

— Ya he tenido suficientes momentos por esta mañana. Quiero irme a la cama.

— Quiero disculparme. — Lo cogió del brazo y lo sujetó con fuerza hasta que Cian se detuvo y se volvió hacia ella. Sus ojos eran dos piedras azules—. Mi prima Sinann es una mujer simple. Yo hablaré con ella.

— No te molestes por mí.

— Señor. — Con el rostro pálido como la cera, Sinann se acercó a ellos—. Os ruego que me perdonéis, sinceramente. Os he insultado, a vos, a mi reina y a sus nobles invitados. Os pido que disculpéis la torpeza de una madre.

Ella lamentaba el insulto, pensó Cian, pero no el acto. La niña se encontraba ahora en el extremo más alejado del salón, en brazos de su padre.

— Acepto vuestras disculpas. — Se despidió de ella con apenas una mirada—. Ahora, si tenéis a bien soltarme el brazo, majestad.

— Un favor — comenzó a decir Moira.

— Los estás acumulando — dijo él.

— Y estoy en deuda contigo — replicó ella suavemente—. Tengo que salir fuera, al balcón. La gente necesita ver a su reina, y creo que también a todos aquellos que forman su círculo. Te agradecería si me concedieras unos minutos más de tu tiempo.

— Bajo el implacable sol.

Ella consiguió esbozar una sonrisa y se relajó al reconocer que la frustración en su voz significaba que haría lo que ella le había pedido.

— Un instante tan sólo. Luego puedes ir en busca de un poco de soledad, con la satisfacción de saber que te estaré envidiando por ello.

— Entonces haz que sea rápido. Me gustaría disfrutar de un poco de soledad y de satisfacción. Moira lo dispuso así de manera deliberada: Larkin a un lado de ella — una figura que era respetada y amada en todo Geall— y Cian al otro. El extranjero al que muchos de ellos temían. Esperaba que el hecho de que ambos la flanqueasen, sirviese para mostrarle a su pueblo que les consideraba iguales, y que ambos contaban con su confianza.

La multitud comenzó a lanzar vítores y a corear su nombre, con los gritos de júbilo convertidos en un rugido ensordecedor cuando Moira alzó la espada. También fue un gesto deliberado de su parte pasarle la espada a Blair para que la sostuviera mientras ella pronunciaba su discurso. La gente tenía que ver que la mujer con la que Larkin se había comprometido para casarse merecía sostener la espada.

— ¡Pueblo de Geall!

Moira gritó con toda sus fuerzas, pero los gritos de júbilo no se apagaron. Llegaban en sucesivas oleadas que no disminuyeron hasta que ella no se acercó a la balaustrada de piedra y levantó las manos.

— Pueblo de Geall, vengo a vosotros como reina, como ciudadana, como protectora. Me presento ante vosotros como lo hizo mi madre, como lo hizo su progenitor, y como lo hicieron todos los reyes anteriores hasta los primeros días. Y estoy ante vosotros formando parte de un círculo que ha sido elegido por los dioses. No sólo un círculo de gobernantes de Geall, sino un círculo de guerreros.

Ahora abrió los brazos para abarcar a los cinco que la acompañaban.

— El círculo está formado por estas personas que se encuentran a mi lado. Son las personas más queridas por mí y en quienes más confío. Como ciudadana, os pido para ellos vuestra lealtad, vuestra confianza y vuestro respeto, igual que los tenéis hacia mí. Como vuestra reina, os lo ordeno.

Moira tuvo que interrumpirse varias veces hasta que los gritos y las expresiones de júbilo cesaban.

— Hoy el sol brilla sobre Geall. Pero no siempre será así. Lo que se acerca busca la oscuridad y nos enfrentaremos a ello. Y lo derrotaremos. Hoy celebraremos, comeremos y daremos gracias. Mañana continuaremos con nuestros preparativos para la guerra. Todo aquel gealliano que pueda manejar un arma, lo hará. Luego marcharemos todos a *Ciunas*. Marcharemos todos hacia el Valle del Silencio. Inundaremos ese lugar con



nuestra fuerza y nuestra voluntad, y acabaremos con aquellos que quieren destruirnos.

Extendió la mano en busca de la espada y volvió a alzarla en el aire.

— Esta espada, como ha sucedido desde los primeros tiempos, no permanecerá fría e inmóvil durante mi reinado. Arderá y cantará en mis manos mientras lucho por vosotros, por Geall, y por toda la humanidad. Los rugidos de aprobación ascendieron como un torrente. Entonces se oyeron gritos cuando una flecha atravesó el aire. Antes de que Moira pudiese reaccionar, Cian la lanzó al suelo. Entre el griterío y el caos, Moira pudo oír sus maldiciones en voz baja. Y sintió su sangre cálida en la mano.

— Oh, Dios mío, Dios mío, estás herido.

— No me han alcanzado en el corazón.

Cian habló con los dientes apretados. Ella podía ver el dolor reflejado en su rostro mientras se apartaba para sentarse.

Cuando cogió la flecha con intención de arrancársela del costado, Glenna se agachó a su lado y le apartó la mano.

— Deja que le eche un vistazo.

— No me han alcanzado en el corazón — repitió Cian, y volvió a coger la flecha entre los dedos. Tiró de ella hasta extraerla de su carne—. ¡Malditos! ¡Malditos sean!

— Dentro. — Glenna se movió de prisa—. Llévadle dentro.

— Esperad. — Aunque su mano temblaba ligeramente, Moira cogió a Cian de un hombro—. ¿Puedes levantarte?

— Por supuesto que puedo levantarme. ¿Por quién me tomas? — Por favor, deja que ellos te vean. — Su otra mano rozó su mejilla apenas durante un instante, como el roce de unas alas—. Deja que nos vean, por favor.

Cuando entrelazó sus dedos con los de él, Moira creyó ver que algo se agitaba en los ojos de Cian, y sintió que lo mismo se agitaba dentro de su corazón.

Luego, la sensación desapareció y la voz de Cian irrumpió brusca por la impaciencia.

— Entonces déjame un poco de jodido espacio.

Moira volvió a ponerse de pie. Abajo reinaba el caos. El hombre que supuso que era el frustrado asesino, era golpeado y pateado por cada mano y pie que podía llegar hasta él.

— ¡Deteneos! — gritó con todas sus fuerzas—. ¡Os lo ordeno! ¡Deteneos! Guardias, llevad a ese hombre al gran salón. ¡Pueblo de Geall! Habéis visto que incluso en un día como hoy, incluso cuando el sol brilla en

el cielo, la oscuridad trata de destruirnos. Y fracasa. — Cogió la mano de Cian y la levantó junto con la suya—. Fracasa porque en este mundo hay paladines que arriesgan sus vidas por los demás.

Apoyó la mano en el costado herido de Cian y sintió que éste se encogía de dolor. Luego alzó la mano cubierta de sangre.

— Él sangra por nosotros. Y por esta sangre que está derramando por mí, por todos vosotros, yo lo nombro sir Cian, Señor de Oíche.

— Oh, por el amor de Dios — musitó Cian.

— Silencio — dijo Moira suavemente, con firmeza y con los ojos fijos en la multitud.

### CAPÍTULO 3

— Medio vampiro — anunció Blair cuando regresó al salón — . Múltiples cicatrices de mordeduras. La multitud le ha molido a palos — añadió — . Después de la paliza que ha recibido, un ser humano estaría muerto. Aunque no se siente muy bien.

— Podemos tratarle después de que haya hablado con él— dijo Moira — . Cian necesita ser atendido primero.

Blair miró por encima del hombro de Moira hacia donde Glenna estaba vendando el costado herido de Cian.

— ¿Cómo está?

— Está enfadado y poco cooperativo, de modo que yo diría que bastante bien.

— Todos podemos estar agradecidos a sus reflejos. Tú has sabido manejar muy bien la situación — añadió Blair mirando a Moira — . No has perdido la calma, has mantenido el control. Un primer día de trabajo muy duro; casi te asesinan incluso, pero lo has hecho francamente bien.

— No lo bastante como para haber anticipado que se produciría un ataque a plena luz del día; como para recordar que no todos los perros de Lilith necesitan una invitación para entrar dentro de estas murallas. — Pensó en cómo se había derramado la sangre de Cian sobre su mano, caliente y roja — . No volveré a cometer ese error.

— Ninguno de nosotros lo hará. Ahora lo que necesitamos es obtener información de este bastardo enviado por Lilith. Aunque hay un problema. El tío no habla o no quiere hablar inglés. O gaélico.

— ¿Es mudo?

— No, no. Puede hablar, pero ninguno de nosotros es capaz de entender lo que dice. Suena a algún idioma del Este de Europa. Checo, quizá.

— Entiendo.

Moira miró a Cian. Estaba desnudo hasta la cintura, el torso cubierto sólo con el vendaje. Su rostro estaba ensombrecido, más por el disgusto que por el dolor, mientras bebía de una copa que ella supuso que contenía sangre. Aunque no parecía tener uno de sus mejores días, Moira estaba a punto de pedirle un nuevo favor.

— Permíteme un momento — le dijo a Blair. Luego se acercó a Cian, ordenándose a sí misma no encogerse ante su mirada azul y airada — . ¿Hay

alguna otra cosa que podamos hacer por ti, para que te sientas más cómodo?

— Paz, silencio, intimidad.

Aunque cada una de las palabras tuvo en ella el efecto de un latigazo, Moira mantuvo un tono tranquilo y agradable.

— Lo siento, pero esos artículos escasean en este momento.

Ordenaré que te los suban a la habitación tan pronto como esté en mi mano hacerlo.

— Listilla — musitó él.

— Efectivamente. El hombre cuya flecha has interceptado con tu cuerpo habla un idioma extraño. En una ocasión, tu hermano me dijo que hablabas varias lenguas.

Cian bebió un largo trago con los ojos deliberadamente fijos en los de ella.

— ¿No ha sido suficiente que *interceptara* la flecha? ¿Ahora pretendes que interrogue a tu asesino?

— Me sentiría muy agradecida si lo intentases o, al menos, si actuases como intérprete. Aunque es probable que haya algunas cosas en el mundo que tú ignores, de modo que tal vez no me seas de ninguna ayuda.

La diversión aleteó fugazmente en sus ojos azules.

— Ahora estás siendo desagradable.

— Vaya lo uno por lo otro.

— Está bien, está bien. Glenna, querida, deja ya de revolotear.

— Has perdido mucha sangre — comenzó a decir ella, pero Cian se limitó a levantar la copa.

— La estoy recuperando mientras hablamos. — Con una leve sonrisa, se levantó de la cama —. Necesito una jodida camisa.

— Blair — dijo Moira en un tono apacible —, ¿quieres buscar una jodida camisa para Cian?

— Eso está hecho.

— Has convertido en costumbre eso de salvarme la vida — le dijo Moira a Cian.

— Eso parece. Estoy pensando en dejarlo.

— No podría culparte si lo haces.

— Aquí tienes, campeón. — Blair le dio a Cian una camisa blanca limpia —. Creo que ese tío es checo o, posiblemente, búlgaro. ¿Puedes arreglártelas con alguno de esos idiomas?

— Da la casualidad de que sí.

Todos fueron al gran salón donde estaba el asesino, herido, sangrando, encadenado y fuertemente vigilado. La guardia incluía a Hoyt y Larkin. Cuando entró Cian, Hoyt se apartó de su puesto.

— ¿Estás bien? — le preguntó a Cian.

— Lo estaré. Y me reconforta considerablemente que él se encuentre jodidamente peor que yo. Aparta a los guardias — le dijo a Moira—. No irá a ninguna parte.

— Podéis retiraros. Sir Cian se hará cargo ahora.

— Sir Cian y una mierda

Pero sólo fue un susurro mientras se acercaba al prisionero.

Cian caminó alrededor de él, midiendo el terreno. El hombre era de complexión delgada y llenaba las ropas bastas de un campesino o un pastor. Tenía un ojo completamente cerrado debido a los golpes recibidos en el rostro, y el otro ya estaba adquiriendo una tonalidad negra y azul. Había perdido un par de dientes.

Cian le dio una orden en checo. El hombre dio un respingo y su único ojo sano se abrió con un gesto de sorpresa.

Pero no abrió la boca.

— Has entendido perfectamente lo que he dicho — continuó Cian en el mismo idioma—. Te he preguntado si hay otros contigo. No volveré a preguntarlo.

Cuando el prisionero se mantuvo en silencio, Cian lo golpeó con fuerza suficiente como para enviarlo contra la pared, junto con la silla a la que estaba encadenado.

— Por cada treinta segundos de silencio, te causaré dolor.

— No le temo al dolor.

— Oh, lo harás. — Cian alzó al hombre junto con la silla y mantuvo su rostro a escasos centímetros del suyo—. ¿Sabes lo que soy?

— Sé lo que eres. — El hombre hizo un gesto despectivo con la boca ensangrentada—. Un traidor.

— Ése es un punto de vista. Pero lo verdaderamente importante que debes recordar es que puedo infligirte un dolor más intenso que el que alguien como tú es capaz de soportar. Puedo mantenerte vivo durante días o semanas, ya puestos. Y en constante agonía. — Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un siseo—. Me gustaría. De modo que empecemos otra vez.

Cian no se molestó en repetir la pregunta, ya que le había advertido que no lo haría.

— Podría usar una cuchara — comentó con tono casi indiferente — . Ese ojo izquierdo parece estar en muy mal estado. Si tuviese una cuchara a mano, podría arrancártelo de su cuenca por ti.

También podría, por supuesto, usar mis dedos — continuó cuando el ojo comenzó a girar de forma enloquecida — . Pero entonces me dejaría las manos hechas un asco, ¿no crees?

— Haz lo que quieras — escupió el hombre, pero había comenzado a temblar ligeramente — . Nunca traicionaré a mi reina.

— Tonterías. — Los temblores y el sudor le indicaron a Cian que se quebraría rápida y fácilmente — . Antes de que haya acabado contigo no sólo habrás traicionado a tu reina, sino que lo harás al son de una gaita si yo te lo ordeno. Pero seamos rápidos y directos, porque tenemos mejores cosas que hacer.

Cuando Cian se movió, el hombre echó la cabeza hacia atrás. Pero en lugar de ir a por su rostro, como su presa anticipaba, Cian bajó la mano y le cogió el pene con fuerza. Comenzó a apretar hasta que el salón se llenó de gritos.

— ¡No hay nadie más! ¡Estoy solo, estoy solo!

— Será mejor que sea verdad. — Cian aumentó la presión — . Si mientes, lo descubriré. Y entonces comenzaré a cortarte esto, centímetro a centímetro.

— Ella me envió sólo a mí. — Ahora el hombre sollozaba, las lágrimas y los mocos le resbalaban por la cara — . Sólo a mí.

Cian aflojó ligeramente la presión.

— ¿Por qué?

La única respuesta fueron unos jadeos ahogados, y Cian volvió a cerrar la prensa de sus dedos.

— ¿Por qué?

— Uno solo podía deslizarse con mayor facilidad dentro del castillo, sin ser detectado. In... inadvertido.

— La lógica de lo que dices ha impedido, al menos por el momento, que te conviertas en un eunuco. — Cian buscó una silla. Después de colocarla delante del prisionero, se sentó a horcajadas en ella. Y comenzó a hablar en un tono informal mientras el hombre no dejaba de gemir de dolor — . Bien, así está mejor, ¿verdad? Más civilizado. Cuando hayamos acabado con esto, le echaremos un vistazo a esas heridas.

— Quiero agua.

— Estoy seguro de que sí. Iremos a buscar un poco... después. Pero ahora quiero que hablemos de Lilith.

Le llevó treinta minutos — -y otras dos sesiones de dolor— darse por satisfecho respecto a lo que el hombre podía contarle. Cian lo puso en pie.

Ahora el aspirante a asesino lloraba desconsoladamente. Quizá a causa del dolor, pensó Cian. Tal vez por creer que todo había terminado.

— ¿Qué eras antes de que ella te convirtiera?

— Maestro.

— ¿Tenías esposa, una familia?

— Ellos no servían más que como alimento. Yo era pobre y débil, pero la reina vio algo más en mí. Me dio fuerzas y un propósito. Y cuando ella te mate, y a estas... hormigas que están contigo, yo seré recompensado. Tendré una hermosa casa y todas las mujeres que desee, riqueza y poder.

— Ella te prometió que tendrías todo eso, ¿verdad?

— Eso y más. Has dicho que podía beber un poco de agua.

— Sí, lo he dicho. Deja que te explique una cosa acerca de Lilith.

— Se movió detrás del hombre, cuyo nombre jamás le había preguntado, y le habló en voz muy baja al oído — : Miente. Y yo también.

Le sujetó con fuerza la cabeza entre las manos y, con un movimiento rápido, le partió el cuello.

— ¿Qué has hecho? — Moira, terriblemente impresionada, corrió hacia él—. ¿Qué has hecho?

— Lo que había que hacer. Ella ha enviado sólo a uno de sus esbirros... esta vez. Si esto afecta tu sensibilidad, quizá quieras decirles a tus guardias que se lo lleven de aquí antes de que analicemos la situación.

— No tenías derecho. Ningún derecho. — Su estómago quería rebelarse desde el mismo momento en que Cian había comenzado el tormento del interrogatorio—. Lo has asesinado. ¿En qué te diferencias de él después de haberle matado sin juicio ni sentencia?

— ¿La diferencia? — Cian enarcó las cejas fríamente—. Él era humano en su mayor parte.

— ¿Es tan poco para ti? ¿La vida? ¿Es tan poco?

— Al contrario.

— Moira, Cian tiene razón. — Blair se colocó entre ambos—. Ha hecho lo que había que hacer.

— ¿Cómo puedes decir eso?

— Porque yo habría hecho exactamente lo mismo. Él era el perro de Lilith y, si hubiese conseguido escapar, lo habría intentado otra vez. Si no hubiera conseguido llegar hasta ti, habría matado a cualquiera.

— Un prisionero de guerra... — comenzó a decir Moira.

— Es esta guerra no hay prisioneros — la interrumpió Blair—. De ninguno de los dos bandos. Si lo hubieses encerrado, tendrías que haber apartado hombres del entrenamiento y de las patrullas para que le vigilaran. Era un asesino, un espía enviado detrás de las líneas enemigas en tiempos de guerra. Y humano en su mayor parte es una manera generosa de describirlo — añadió mirando a Cian—. Él nunca hubiese vuelto a ser humano. Si en esa silla hubiese estado sentado un vampiro, tú le habrías clavado una estaca en el corazón sin dudarlo un segundo. Esto no es diferente.

«Un vampiro no deja su cuerpo roto — pensó Moira—, encadenado aún a la silla.»

Moira se volvió hacia uno de los guardias.

— Tynan, llévate el cuerpo del prisionero. Encárgate de que sea enterrado.

— Majestad.

Moira advirtió la rápida mirada que Tynan dirigió a Cian... en esa mirada reconoció una inconfundible aprobación.

— Regresaremos al comedor — continuó ella—. Nadie ha comido. Podemos hablar mientras desayunamos.

— Un pistolero solitario — dijo Cian y deseó casi con añoranza una taza de café.

Eso tiene sentido — convino Blair mientras se servía huevos y una gruesa tajada de jamón frito.

— ¿Por qué? Moira le dirigió la pregunta a Blair.

Pues verás, ellos tienen a algunos medio vampiros entrenados para el combate. — Hizo una seña hacia Larkin—. Como los que Larkin y yo enfrentamos aquel día en las cuevas, pero eso implica tiempo y esfuerzo. Y exige mucho trabajo y voluntad mantenerlos en estado de servidumbre.

— ¿Y si esa servidumbre se rompe?

— Demencia — contestó Blair brevemente—. Un colapso mental total. He oído historias de medio vampiros que se han comido sus propias manos para liberarse y regresar a su hacedor.

— Él estaba condenado antes de que lo enviaran aquí — murmuró Moira.

Desde el momento en que Lilith le puso las manos encima. Mi opinión es que se suponía que debía ser un golpe relámpago, una misión suicida. ¿Para qué desperdiciar a más de uno? Si las cosas salen bien, con uno es suficiente.



— Sí, un hombre, una flecha. — Moira pensó en ello—. Si es lo bastante hábil y afortunado, el círculo queda roto, y Geall se queda sin gobernante durante un tiempo. Hubiera sido un golpe certero y eficaz.

— Exacto.

— Pero ¿por qué esperó hasta que regresamos al castillo? ¿Por qué no intentar matarme cuando estaba en la piedra?

— No llegó a tiempo — dijo Cian simplemente—. Calculó mal la distancia que debía recorrer y llegó después de que la ceremonia hubiese concluido. Cuando regresaste al castillo, estabas rodeada por la multitud y él no podía hacer un disparo limpio. De modo que decidió unirse al desfile, por decirlo de alguna manera, y esperar su oportunidad.

— Come algo. — Hoyt sirvió un poco de comida en el plato de Moira—. O sea que Lilith sabía que Moira iría hoy a la piedra.

— Ella tiene espías en todas partes — confirmó Cian—. No sabemos si ya había planeado enviar a alguien para intentar interrumpir el ritual y el resultado del mismo antes de que Blair se enfrentase con Lora, pero lo que es seguro es que, después de eso, Lilith estaba furiosa — dijo—. Fuera de sí, según nuestro difunto y no llorado arquero. Como ya os he dicho alguna vez, la relación que Lilith mantiene con Lora es extraña y complicada, pero muy profunda, muy sincera. Eligió a un arquero para esta misión mientras aún estaba medio loca de rabia. Lo envió a caballo para que llegase más rápido... y ellos disponen de un número muy limitado de caballos.

— ¿Y cómo está su pequeño pastelillo francés? — preguntó Blair.

— Cuando el hombre se marchó, herida y gritando de dolor, y atendida personalmente por Lilith.

— Lo que es más importante ahora — interrumpió Hoyt— es ¿dónde está Lora y dónde está el resto de ellos?

— Nuestro informador, aunque diestro en el manejo del arco, no era un hombre particularmente observador o astuto. Lo máximo que he podido obtener de él ha sido que la base principal de Lilith se encuentra a pocos kilómetros del campo de batalla. Ha descrito lo que aparentemente sería un pequeño asentamiento, dominado por una granja de gran tamaño con numerosas cabañas y una gran mansión de piedra, donde yo diría que vivían los dueños de las tierras. Lilith está instalada en la mansión.

— Ballycloon. — Larkin miró a Moira y vio que tenía el rostro muy pálido y los ojos muy oscuros—. Tiene que ser Ballycloon y las tierras de O'Neill. La familia a la que ayudamos el día que Blair y yo estábamos comprobando las trampas, cuando Lora le tendió una emboscada, venía de la zona de Drombeg, y eso queda al oeste de Ballycloon. Habríamos continuado más hacia el este para comprobar la última trampa, pero...

— Yo estaba herida — concluyó Blair la frase — . Llegamos tan lejos como nos fue posible. Y fuimos afortunados. Si Lilith ya hubiera establecido su base cuando nosotros llegamos a esa zona, nos habrían superado ampliamente en número.

— Y estaríais ampliamente muertos — añadió Cian — . Ellos llegaron la noche anterior a tu enfrentamiento con Lora.

— Allí aún debía de haber gente, o en el camino. — Larkin sintió un nudo en el estómago al pensar en ello — . Y los O'Neill. ¿Lograrían ponerse a salvo? ¿Cómo podemos saber cuántos de ellos...

— No podemos — lo cortó Blair categóricamente.

— Tú, Cian y tú — intervino Moira — , vosotros, pensasteis que debíamos sacar a todo el mundo de las aldeas y las granjas que rodean el campo de batalla, obligarlos a irse si era necesario. Quemar las casas y las cabañas vacías para que Lilith y su ejército no tuviesen donde encontrar refugio. Pensé que era cruel y frío de vuestra parte. Despiadado. Y ahora... »Pero eso ya no se puede cambiar. Y yo no habría ordenado, no podría haber ordenado — se corrigió Moira — que quemasen sus casas. Quizá hubiese sido más inteligente, y valiente, hacerlo. Pero las personas cuyos hogares hubiésemos destruido habrían perdido el ánimo que necesitan para luchar. De modo que no lo hicimos de ese modo.

Ella no sentía ningún apetito por la comida que tenía en el plato, pero cogió la taza de té para calentarse las manos. Prosiguió diciendo:

— Vosotros, Blair y Cian sabéis de estrategia, Hoyt y Glenna sabéis de magia, pero Larkin y yo conocemos Geall y a su gente. Les habríamos roto el corazón y el espíritu.

— Ellos quemarán lo que no quieran o necesiten — le recordó Cian.

— Sí, pero no habrán sido nuestras manos las que enciendan las antorchas. Eso es importante. Así pues, creemos saber dónde están. ¿Sabemos cuántos son?

— El asesino ha empezado diciendo que eran multitudes, pero estaba mintiendo. No lo sabía — informó Cian — . Aunque Lilith utilice a mortales, nunca los incluirá en su círculo íntimo, y tan poco les confiará ninguna información importante. Sólo son comida, sirvientes, entretenimiento.

— Podemos echar un vistazo. — Glenna habló por primera vez — . Hoyt y yo, ahora que disponemos de una área concreta, podemos realizar un conjuro de localización. Podríamos obtener datos más fiables. Alguna idea acerca de cuántos son. Por el viaje de Larkin a las cuevas y por la inspección que pudo hacer del arsenal sabemos que disponen de armas para más de un millar de soldados.

— Lo haremos. — Hoyt apoyó la mano sobre la de Glenna — .

Pero lo que creo que Cian no nos está diciendo es que, cualquiera que sea el número de nuestros enemigos, y cualquiera que sea el número de nuestras fuerzas, al final ellos serán más. Y tendrán más armas. Lilith ha tenido décadas, quizá siglos, para planear este momento. Nosotros sólo hemos dispuesto de unos meses.

— Y aun así ganaremos.

Cian enarcó una ceja ante el comentario de Moira.

— ¿Porque vosotros sois el bien y ellos representan el mal?

— No, las cosas no son tan sencillas. Tú mismo eres la prueba, porque no eres como ella pero tampoco como nosotros, sino algo completamente diferente. Nosotros triunfaremos porque seremos más inteligentes y más fuertes. Y porque Lilith no tiene a su lado a nadie como nosotros seis.

Se volvió hacia el hermano de Cian.

— Hoyt, tú eres el primero de nosotros. Tú nos uniste.

— Morrigan nos eligió.

— Ella, o el destino, nos seleccionó — convino Moira —. Pero fuiste tú quien comenzó el trabajo. Fuiste tú quien creyó en ello, quien tuvo el poder y la fuerza para crear este círculo. Eso es así.

Yo gobierno Geall, pero no dirijo esta compañía.

— Tampoco yo.

— No, ninguno de nosotros lo hace — convino Moira —. Tenemos que ser uno, a pesar de todas nuestras diferencias. De modo que cada uno debe buscar en los demás lo que le falta. Yo estoy muy lejos de ser el guerrero más fuerte aquí, y mi magia no es sino una sombra. No poseo las habilidades de Larkin y tampoco la solidez mental para matar a sangre fría. Pero dispongo de conocimiento y autoridad, o sea que eso es lo que ofrezco.

— Tú tienes más que eso — comentó Glenna —. Mucho más.

— Tendré más antes de que todo esto haya acabado. Hay algunas cosas que debo hacer. — Se levantó —. Volveré al trabajo tan pronto como pueda.

— Bastante regia — comentó Blair después de que Moira abandonase la habitación.

— Es un cargo que supone un peso muy grande. — Glenna se volvió hacia Hoyt —. ¿Orden del día?

— Será mejor que veamos todo lo que podamos del enemigo. Luego estoy pensando en fuego. Sigue siendo una de nuestras armas más formidables, de modo que deberíamos encantar más espadas.

— Es bastante arriesgado poner espadas en algunas de las manos que estamos entrenando — intervino Blair—. Y mucho más si se trata de espadas flamígeras.

— Tienes razón. — Hoyt consideró la cuestión durante un momento y asintió—. Entonces dependerá de nosotros a quién se le da esa clase de arma. Los mejores combatientes deberían ocupar las posiciones que se encuentren lo más próximas posible a la base de Lilith. Y necesitarán un refugio seguro para después de que se haya puesto el sol.

— ¿Te refieres a barracones? Hay chozas y cabañas, por supuesto. — Larkin entrecerró los ojos mientras pensaba—. Si es necesario, podemos construir otros refugios durante el día. Entre su base y la siguiente aldea hay también una posada.

— ¿Por qué no echamos un vistazo? — Blair apartó el plato—. Glenna y tú podéis mirar con vuestros medios, y Larkin y yo podemos efectuar un reconocimiento aéreo. ¿Estás preparado para convertirte en dragón? — Lo estoy. — Larkin le sonrió—. Especialmente cuando te llevo montada en mi lomo.

— Sexo, sexo, sexo. Este tío es una máquina. — Con ese último comentario — dijo Cian secamente — me voy a la cama.

Glenna apretó brevemente la mano de Hoyt y éste dijo:

— Un momento. — Y luego siguió a su hermano.

— Tengo que hablar contigo.

Cian lo miró.

— Ya he tenido mi cupo de palabras por esta mañana.

— Pues tendrás que tragarte unas cuantas más. Mi habitación está más cerca, me gustaría que esto fuese privado.

— Considerando que me perseguirías hasta la mía y me fastidiarías hasta que me diesen ganas de arrancarte la lengua, tu habitación está bien.

Los criados se afanaban entre el salón y los aposentos privados. preparativos para el banquete, pensó Cian, y se preguntó si había sido el hecho de que Hoyt hablase del fuego lo que había traído a su mente a Nerón y su lira.

Hoyt entró en su cuarto e inmediatamente extendió el brazo para impedir la entrada de Cian.

— El sol — fue todo lo que dijo, y luego se movió rápidamente para cubrir las ventanas con las cortinas.

La habitación quedó en penumbra. Sin transición, Hoyt señaló un grupo de candelabros. Las velas se encendieron al instante.

— Es un recurso muy eficaz — comentó Cian—. Yo he perdido la práctica de encender yesqueros.

— Es una habilidad básica, que tú también poseerías si alguna vez hubieses dedicado tiempo y concentración a perfeccionar tu poder.

— Demasiado aburrido. ¿Es whisky lo que tienes allí? — Cian fue directamente a un gran frasco lleno de líquido y se sirvió un vaso—. Oh, cuánta sobriedad y desaprobación. — Vio claramente la expresión de su hermano mientras bebía el primer trago caliente—. Te recuerdo que es el final de mi día... bastante más tarde del final de mi día, a decir verdad.

Cian echó un vistazo alrededor y comenzó a vagar por la estancia.

— Huele a mujer. Las mujeres como Glenna siempre dejan detrás algo de sí mismas para que un hombre no las olvide. — Luego se dejó caer en un sillón y estiró las piernas—. Bien, ¿qué es eso con lo que estás decidido a aburrirme?

— Hubo un tiempo en que disfrutabas de mi compañía, incluso la buscabas.

Los hombros de Cian se movieron de un modo tan perezoso que ni siquiera podía decirse que los hubiese encogido.

— Supongo que eso significa que novecientos años de ausencia no hacen que el corazón se vuelva más cariñoso. Una expresión de pena se reflejó en el rostro de Hoyt antes de que se volviese para añadir un poco de turba al fuego que ardía en el hogar.

— ¿Es que tenemos que volver a estar enfrentados?

— Dímelo tú.

— Quería hablar a solas contigo acerca de lo que le has hecho al prisionero.

— Más humanidad. Sí, sí, tendría que haberle dado unas palmaditas en la cabeza a ese asesino y dejar que se presentase a juicio, o ante el tribunal, o como sea el jodido nombre de la justicia en este lugar. Tendría que haber respetado la maldita Convención de Ginebra. Bueno, a la mierda con eso.

— No conozco esa convención, pero no estoy hablando de juicios ni tribunales. Eso es lo que estoy tratando de explicarte, grandísimo y maldito idiota. Has ejecutado a un asesino, como yo lo hubiese hecho... sólo que yo con más tacto y, bueno, discreción.

— Ah, de modo que tú te habrías deslizado hasta la jaula donde lo tuviesen encerrado y le habrías clavado un cuchillo entre las costillas. — Cian enarcó las cejas—. Eso está muy bien.

— No, no está bien. Nada de esto está bien. Es una maldita pesadilla, eso es lo que es, y todos nosotros la estamos teniendo. Lo que estoy diciendo es que has hecho lo que era necesario. Y porque trataba de matar a Moira, a la que quiero como quise a mis hermanas, y por haberte clavado una flecha a ti, yo también lo habría matado. Nunca he matado a un hombre, porque esas cosas que hemos destruido en estas últimas semanas no eran hombres sino demonios. Pero yo habría matado a este asesino si tú no te me hubieses adelantado. — Hoyt hizo una pausa y recuperó el aliento, aunque no la compostura—. Quería decirte estas cosas para que supieses cuáles eran mis sentimientos al respecto. Pero, al parecer, ambos hemos perdido el tiempo, ya que eso no te importa en absoluto.

Cian no se movió. Su único cambio fue desviar la vista del rostro furioso de su hermano hacia el vaso de whisky que sostenía en la mano.

— Da la casualidad de que me importa cuáles sean tus sentimientos. Has agitado dentro de mí muchas cosas que había conseguido calmar hace ya demasiado tiempo como para recordarlo. Has vuelto a hacer aparecer la familia ante mí, una familia que yo ya había enterrado.

Hoyt cruzó la habitación y se sentó en un sillón delante de su hermano.

— Tú eres mi familia.

Cuando Cian alzó la vista hacia su hermano, esa vez sus ojos estaban vacíos.

— Yo no soy familia de nadie.

— Tal vez no lo eras desde que moriste hasta que te encontré. Pero eso ya no es verdad. De modo que si te importa algo lo que digo, me siento orgulloso de lo que estás haciendo. Estoy diciendo que hacer esto es mucho más difícil para ti que para cualquiera de nosotros.

— Obviamente, como ha quedado demostrado, matar vampiros o humanos para mí no es difícil.

— ¿Crees que no me doy cuenta de cómo desaparecen algunos de los criados cuando tú estás cerca? ¿Que no he visto a Sinann cuando ha corrido a coger a su hija como si fueses a partirle el cuello del mismo modo que lo has hecho con ese asesino? Esos insultos que recibes no pasan inadvertidos.

— A algunos se los teme sin necesidad de insultarles. No tiene importancia. No la tiene — insistió cuando Hoyt lo miró fijamente—. Esto, para mí, es apenas una fracción de tiempo. Menos que eso. Cuando todo haya acabado, a menos que una estaca afortunada me atravesase el corazón, seguiré mi camino.

— Espero que, de vez en cuando, tu camino te lleve a visitarnos a Glenna y a mí.

— Es posible. Me gusta mirar a tu esposa. — La sonrisa de Cian se hizo más grande—. Y, quién sabe, quizá ella recupere finalmente el sentido común y descubra que eligió al hermano equivocado. Tiempo es lo único que tengo.

— Glenna está loca por mí. — Con un tono nuevamente distendido, Hoyt estiró la mano, cogió el vaso de whisky de Cian y bebió un trago.

— Loca debía de estar, desde luego, para compartir su destino contigo, pero las mujeres son criaturas extrañas. Eres afortunado de tener a Glenna, Hoyt, sino te lo había dicho antes.

— Ella es la magia ahora. — Le devolvió el vaso—. Sin ella no tengo nada que realmente importe. Mi mundo se transformó cuando Glenna entró en él. Ojalá tú...

— Eso no está escrito en mi libro del destino. El poeta puede decir que el amor es eterno, pero yo puedo decirte que la cosa varía completamente cuando tú eres eterno y la mujer no.

— ¿Has amado a una mujer alguna vez?

Cian contempló nuevamente el vaso de whisky y pensó en los siglos pasados.

— No del modo en que tú piensas. No como os amáis Glenna y tú. Pero me he preocupado por alguna lo suficiente como para saber que no es una opción para mí.

— ¿El amor es una opción?

— Todo lo es. — Cian bebió el resto de whisky que quedaba en el vaso y luego lo dejó sobre la mesa—. Ahora elijo irme a la cama.

— Esta mañana has elegido recibir esa flecha en lugar de Moira — dijo Hoyt cuando Cian ya se marchaba hacia la puerta. Su hermano se detuvo y, al volverse, sus ojos se veían cansados.

— Así es.

— Creo que ésa ha sido una clase de elección muy humana.

— ¿Eso crees? — Y las palabras fueron acompañadas de un encogimiento de hombros—. Para mí ha sido simplemente un impulso, y muy doloroso por cierto.

Se marchó y se encaminó hacia su habitación, en la parte norte del castillo. Un impulso, pensó nuevamente, y, ahora podía admitirlo, un instante de miedo puro. Si él hubiese visto la flecha un segundo más tarde, o se hubiese movido a menos velocidad, en esos momentos, Moira estaría muerta. Y en esa fracción de segundo de impulso y miedo, Cian la había visto muerta. La flecha aún temblando clavada en su carne, la vida

escapando de ella con la sangre que manaba sobre el vestido verde oscuro y las losas del suelo, duras y grises.

Él había temido eso: el final de Moira; ella lejos de él. Moira en un lugar donde él no podría verla ni tocarla. Con esa flecha, Lilith le habría arrebatado una última cosa, una que él jamás podría recuperar.

Porque Cian le había mentado a su hermano. Sí había amado a una mujer, a pesar de sus mejores —o peores— intenciones, él amaba a la recién coronada reina de Geall.

Algo que era ridículo e imposible, algo que conseguiría superar con el tiempo. Dentro de una o dos décadas ya ni siquiera sería capaz de recordar el tono exacto de sus grandes ojos grises. Aquel aroma apacible ya no excitaría sus sentidos. Él habría olvidado el sonido de su voz, el aspecto de su sonrisa lenta y seria. Esas cosas se desvanecían, recordó. Sólo tenía que permitir que así fuera.

Entró en su habitación, cerró la puerta y corrió el cerrojo. Las ventanas estaban cubiertas y no había ninguna luz encendida. Moira, lo sabía, había dado órdenes muy específicas en cuanto a la forma en que había que tratar esa habitación. Del mismo modo en que la había elegido personalmente; a cierta distancia de las demás, encarada al norte. Menos luz solar, pensó. Una anfitriona realmente considerada.

Se desvistió en la oscuridad, pensó fugazmente en la música que le gustaría escuchar antes de dormir, o al despertar. Música, pensó, que llenase el silencio. Pero en ese lugar y en esa época no había reproductores de CD ni radio ni nada jodidamente parecido.

Se acostó desnudo en la cama. Y en la absoluta oscuridad, el absoluto silencio, se dispuso a dormir.



## CAPITULO 4

Moira robó el tiempo que necesitaba. Se escabulló de sus damas de compañía, de su tío, de sus obligaciones. Ya se sentía culpable, ya estaba preocupada pensando que sería un fracaso como reina a causa de su enorme anhelo de soledad.

Habría cambiado la comida de dos días, o el sueño de dos noches, por poder pasar una hora a solas con sus libros. Egoísta, se dijo mientras se alejaba rápidamente del ruido, de la gente, de las preguntas. Egoísta por desear su propia comodidad cuando había tantas cosas en juego.

Pero aunque no se permitiría el lujo de entregarse a la lectura En algún rincón soleado, sí se tomaría su tiempo para hacer una visita.

En ese día en que sería coronada reina, ella quería y necesitaba a su madre. De modo que, alzándose las faldas, bajó velozmente la colina y luego atravesó la pequeña abertura en el muro de piedra que bordeaba el patio. Casi al instante, sintió que su corazón se apaciguaba. Primero se acercó a la lápida que había ordenado grabar y colocar cuando regresó a Geall. Había colocado ya una para King en Irlanda, junto a la tumba que guardaba los restos de los antepasados de Cian y Hoyt. Pero se había jurado que habría una también allí, en Geall, en honor de un amigo.

Después de haber dejado un ramo de flores sobre la tierra húmeda, se irguió y leyó las palabras que había ordenado que grabasen en la piedra pulida.

***King***

***Este bravo guerrero que no yace aquí,***

***sino en una tierra lejana,***

***entregó su vida por Geall***

***y por toda la humanidad***

— Espero que te gusten, la lápida y las palabras. Parece que haya pasado mucho tiempo desde la primera vez que te vi. Todo parece tan lejano y, sin embargo, apenas ha transcurrido más que un parpadeo. Lamento decirte que hoy Cian ha resultado herido por mi causa. Pero se está recuperando bien. Anoche él y yo hablamos casi como si fuésemos amigos. Y hoy, bueno, no del todo amistosamente. Es difícil de decir. — Apoyó una mano sobre la lápida—. Ahora soy la reina de Geall. Eso también es difícil de decir. Espero que no te moleste que haya colocado este monumento aquí, en

el lugar donde yace mi familia. Porque eso es lo que fuiste para mí durante el poco tiempo que compartimos. Tú eras mi familia. Espero que ahora estés descansando.

Se alejó unos pasos y luego regresó rápidamente.

— Oh, casi lo olvido, mantengo la izquierda levantada, como tú me enseñaste. — Adoptó una pose de boxeo alzando ambos brazos junto a la tumba—. Así que, por todas las veces en que no he recibido un puñetazo en la cara, gracias.

Con el resto de las flores entre los brazos se dirigió a las tumbas de sus padres a través de las lápidas y la hierba crecida.

Dejó unas flores en la base de la lápida de su padre.

— Señor. Apenas me acuerdo de vos, y creo que los recuerdos que tengo, la mayor parte de ellos, son los que me transmitió mi madre. Ella os amaba con todo su corazón y hablaba a menudo de vos. Sé que fuisteis un hombre bueno, porque sino ella no os hubiese amado. Y todos aquellos que hablan de vos dicen que erais fuerte y bondadoso, y de risa fácil. Me gustaría poder recordar el sonido de esa risa. — Su mirada se dirigió más allá de las lápidas, hacia las colinas y las lejanas montañas—. He sabido que no moristeis, como siempre pensamos, sino que fuisteis asesinado. Vos y vuestro hermano pequeño. Asesinado por los demonios que ahora se encuentran en Geall preparándose para la guerra. Yo soy todo lo que queda de vos y espero que sea suficiente.

Luego se arrodilló entre las tumbas para dejar el resto de las flores sobre la tumba de su madre.

— Te echo de menos todos los días. Tuve que viajar muy lejos, como sabes, para poder volver más fuerte. *Mathair*.

Cerró los ojos con la palabra y con la imagen que ésta le traía, clara como la vida.

— No pude impedir lo que te hicieron y aún puedo ver aquella noche como detrás de un velo neblinoso. Los que te mataron han sido castigados, uno por mi propia mano. Es todo lo que he podido hacer por ti. Lo único que puedo hacer es luchar, conducir a mi pueblo al combate. A algunos de ellos a la muerte. Llevo la espada y la corona de Geall. No las rebajaré.

Permaneció sentada durante unos minutos, acompañada sólo por el sonido de la brisa a través de las altas hierbas y los cambiantes rayos de sol. Cuando se levantó y se volvió hacia el castillo, vio que la diosa Morrigan estaba en el muro de piedra. Ese día, la diosa vestía de azul, suave y pálido, adornado con tonos más intensos. Su cabellera de fuego estaba suelta y le caía libremente sobre los hombros. Con las manos ya vacías de flores y el corazón acongojado, Moira caminó a través de la hierba para reunirse con ella.

— Mi señora.

— Majestad.

Desconcertada por la reverencia de Morrigan, Moira entrelazó las manos para mantenerlas quietas.

— ¿Los dioses reconocen a los reyes?

— Por supuesto. Nosotros creamos este lugar y decidimos que los de tu sangre reinarían en él y lo servirían. Estamos satisfechos contigo. Hija — Morrigan apoyó ambas manos ligeramente sobre los hombros de Moira y la besó en las mejillas —, cuentas con nuestras bendiciones.

— Yo preferiría que bendijeseis a mi pueblo y lo mantuvieseis a salvo.

— Eso te corresponde a ti. La espada está fuera de su vaina. Ya cuando estaba siendo forjada se sabía que un día cantaría en medio de la batalla. Eso también te corresponde a ti.

— Lilith ya ha derramado sangre de Geall.

Los ojos de Morrigan eran profundos y tranquilos como un lago.

— Mi niña, la sangre que Lilith ha derramado podría formar un océano.

— ¿Y mis padres son sólo dos gotas en ese océano?

— Cada gota es preciosa y cada gota sirve a un propósito. ¿Tú alzas la espada sólo por los de tu sangre?

— No. — Moira cambió de posición e hizo un gesto —. Aquí hay otra lápida, colocada para un amigo. Yo levanto la espada por él y su mundo, y por todos los mundos. Todos somos una parte de los demás.

— Saber eso es muy importante. El conocimiento es un gran don, y la sed de buscarlo es otro aún mayor. Usa lo que sabes y Lilith jamás te derrotará. Cabeza y corazón, Moira. No debes conceder más peso a uno que al otro. Tu espada despedirá llamas, te lo prometo, y tu corona brillará. Pero el verdadero poder es el que se aloja en tu cabeza y en tu corazón.

— Parece que ambos están invadidos por el miedo.

— No hay coraje sin miedo. Ten confianza y conocimiento. Y mantén siempre la espada a tu lado. Es tu muerte lo que Lilith más desea.

— ¿La mía? ¿Por qué?

— Ella no sabe. Y el conocimiento es tu poder.

— Mi señora — comenzó a decir Moira, pero la diosa había desaparecido.

El banquete suponía otro vestido y otra hora de gente revoloteando a su alrededor. Con tantas cosas entre manos, Moira había dejado a cargo de su tía la cuestión del vestuario, y le encantó descubrir que el vestido era

hermoso, y que el color azul pálido le sentaba muy bien. Le gustaban los vestidos bonitos y tomarse un poco de tiempo para intentar lucir su mejor aspecto.

Pero le parecía que le ponían uno nuevo cada vez que se daba la vuelta, y que estaba sometida a la cháchara de sus damas de compañía la mitad del día. Reconocía que echaba de menos la libertad que le conferían los vaqueros y las camisas amplias que había usado en Irlanda. Al día siguiente, no importaba la conmoción que provocase en las mujeres, se pondría el atuendo más conveniente para un guerrero que se dispone a la batalla.

Pero durante ese día llevaría aún terciopelos, sedas y joyas.

— Ceara, ¿cómo están tus hijos?

— Muy bien, mi señora, gracias.

De pie detrás de ella, Ceara continuó haciendo finas y sedosas trenzas con el pelo de Moira.

— Tus obligaciones y tu entrenamiento te aleja de ellos más de lo que yo quisiera — dijo Moira.

Sus ojos se encontraron en el espejo. Ella sabía que Ceara era una mujer sensata, la más centrada, en su opinión, de las tres que la servían.

— Mi madre se encarga de cuidarles y se siente muy feliz de poder hacerlo. El tiempo que me he tomado es tiempo bien empleado. Prefiero perderme esas horas de ellos a verlos sufriendo.

— Glenna me ha dicho que eres muy aguerrida en el combate cuerpo a cuerpo.

— Lo soy. — El rostro de Ceara se tensó con una sonrisa torva—. No soy muy hábil en cambio con la espada, pero aún hay tiempo. Glenna es una buena maestra.

— Estricta — intervino Dervil—. No tanto como la señora Blair pero igualmente exigente. Cada día corremos y luchamos y damos volteretas y tallamos estacas. Y cada día acabamos con las piernas cansadas, con magulladuras y con astillas clavadas.

— Es mejor estar cansada y magullada que muerta.

Dervil se sonrojó ante el comentario categórico de Moira.

— No era mi intención faltaros el respeto, majestad. He aprendido mucho.

— Y, según me han dicho, te estás convirtiendo en un demonio con la espada. Estoy orgullosa. Y tú, Isleen, parece que tienes muy buena mano con el arco.

— Así es. — Isleen, la menor de las tres, se sonrojó intensamente ante las palabras de Moira—. Me gusta más el arco que pelear con los puños y los pies. Ceara siempre me derriba.

— Cuando chillas como un ratón y haces revolotear las manos, cualquiera puede derribarte — señaló Ceara.

— Ceara es más alta, y sus brazos son más largos que los tuyos, Isleen. De modo que — continuó Moira— tienes que aprender a ser más rápida y escurridiza. Estoy orgullosa de todas vosotras, de cada magulladura. Mañana, y todos los días posteriores, entrenaré con vosotras al menos durante una hora.

— Pero majestad — comenzó a decir Dervil—, vos no podéis ...

— Sí, puedo — la interrumpió Moira—. Y lo haré. Y espero que cada una de vosotras, y el resto de las mujeres, hagáis todo lo posible por derribarme. No os resultará fácil. — Se levantó cuando Ceara retrocedió—. Yo también he aprendido mucho. — Cogió la corona y se la colocó en la cabeza—. Podéis creerme cuando os digo que puedo derribaros a las tres, y a cualquier otra que venga, y haceros morder el polvo. — Moira se volvió, espléndida con su vestido de terciopelo azul—. Cualquiera que me haga morder el polvo a mí, o me derrote con las manos desnudas o con el arma que decida usar, recibirá una de las cruces de plata que Glenna y Hoyt han encantado. Éste es mi mejor regalo. Decídselo a las demás.

Era como entrar en una representación teatral, pensó Cian. El gran salón era el escenario, adornado con banderas y flores e iluminado con velas y el fuego del hogar. Damas y caballeros lucían sus mejores galas. Casacas y vestidos, joyas y oro. Vio que muchos hombres y mujeres llevaban zapatos de punteras largas y levantadas y recordó que estaban de moda cuando él estaba vivo.

«O sea — pensó—, que incluso los estilos deplorables se extendían de un mundo a otro.»

La comida y la bebida eran tan abundantes que imaginó que la enorme mesa gemía debajo de las bandejas y las jarras. Había también un arpista que tañía una música alegre y festiva. Las conversaciones, con los temas más diversos, llenaban el salón: moda, política, cotilleos sexuales, romances y finanzas.

No era tan diferente, reflexionó, de lo que ocurría en su club nocturno en Nueva York. Naturalmente, allí las mujeres llevaban menos ropa y la música era más estridente, pero la esencia no había cambiado demasiado a lo largo de los siglos. A la gente todavía le gustaba reunirse en torno a la comida, la bebida y la música.

Volvió a pensar en su club nocturno neoyorquino, y se preguntó si lo echaba de menos. El ambiente de la noche, los sonidos, la gente. Y se dio cuenta de que no lo echaba de menos en absoluto. Lo más probable era que, tarde o temprano, hubiese acabado aburrido del club y comenzado a sentirse intranquilo, y que se hubiera mudado al poco tiempo. Sólo había sido necesario que su hermano se trasladara a través del tiempo y el espacio, tener la tierra de Hoyt — más o menos — ante su puerta, para acelerar la decisión.

Pero sin Hoyt y su misión encargada por los dioses, trasladarse hubiese supuesto un cambio de nombre y lugar, un traspaso de fondos. Algo sin duda complicado, que exigía tiempo... y que era interesante. Cian había tenido más de un centenar de nombres y un centenar de casas y aún le excitaba todo el proceso.

¿Adonde podría haber ido?, se preguntó. A Sydney, tal vez, o a Río de Janeiro. O tal vez Roma o Helsinki. Era esencialmente una cuestión de clavar una aguja en un mapa. Había muy pocos lugares en los que no hubiese estado y ninguno donde no hubiese podido establecer su base de operaciones de haber querido hacerlo. En su mundo, en cualquier caso. Geall era una historia completamente distinta. El ya había vivido una vez en esa moda y esa cultura, y no tenía ningún deseo de repetir la experiencia. Su familia había sido gente acomodada y él ya había tenido su ración de fiestas pomposas.

En realidad, lo que le apetecía era una copa de brandy y un buen libro. No tenía intenciones de quedarse mucho tiempo y sólo había acudido a la celebración porque, de lo contrario, sabía que alguien habría ido a buscarlo. Aunque estaba seguro de que podría haber evitado a cualquiera encargado de esa misión, lo que no podría ahorrarse sería el sermón de Hoyt al día siguiente. De modo que era más fácil aparecer por el salón, brindar por la nueva reina y luego escabullirse.

En cuanto al atuendo y los accesorios formales que le habían subido a su habitación, lo tenía claro. Podían haberlo metido en una época medieval, pero no pensaba ponerse esa ropa. Así pues, se vistió de negro. Pantalones y jersey. No había incluido en su equipaje un traje y una corbata para ese peculiar viaje.

Pese a todo, sonrió con cierta calidez a Glenna cuando se acercó a él con un vestido verde esmeralda, con lo que en una época Cian creía que se había denominado *une robe déguisée*. Muy formal, muy elegante y con un escote bajo y redondeado que exhibía sus muy encantadores pechos.

— Vaya, vaya, he aquí una visión que prefiero a la de cualquier diosa.

— Casi me siento como una de ellas. — Glenna extendió los brazos de modo que las amplias mangas acampanadas se balancearon en el aire —.

Pesado, sin embargo. Debe de pesar unos cuatro kilos. Veo que tú te has decidido por un conjunto más ligero.

— Creo que yo mismo me clavaría una estaca antes que enfundarme otra vez en uno de esos atuendos.

Glenna se echó a reír.

— No te culpo, pero yo estoy encantada de ver a Hoyt vestido de esa guisa. Para mí, y tal vez también para ti, después de todo este tiempo, es como un baile de disfraces. Moira ha elegido un atuendo en oro y negro para el hechicero de la casa. Le sienta de maravilla, como a ti tu elección más contemporánea. No obstante, todo el día ha sido como un sueño muy extraño.

— Yo estaba pensando más bien en una obra de teatro.

— Sí, eso también. De todos modos, la fiesta de esta noche es un breve y colorido respiro. Hoy Hoyt y yo nos las hemos arreglado para llevar a cabo una pequeña exploración a través de la magia, y Blair y Larkin lo han hecho desde el aire. Te pondremos al tanto de los detalles cuando...

Glenna se interrumpió cuando empezaron a sonar las trompetas.

Moira hizo su entrada, arrastrando la cola del vestido tras ella y su corona brillando a la luz de un centenar de velas. Resplandecía como deben hacerlo las reinas, como pueden hacerlo las mujeres.

Mientras su corazón inmóvil se encogía dentro de su pecho, Cian pensó: «Maldito, jodido infierno».

No le quedaba más remedio que unirse a los demás en la mesa principal para el banquete. Abandonar el lugar antes de tiempo hubiese sido considerado como un grave insulto. No era que eso le preocupase demasiado, pero habría llamado la atención. De modo que otra vez estaba atrapado.

Moira ocupaba el centro de la mesa, flanqueada por Larkin y su tío. Cian, al menos, tenía a Blair a su lado, que era una compañera entretenida y, a la vez, informativa.

— Lilith aún no ha quemado nada, lo que no deja de ser una sorpresa — le comunicó ella —. Probablemente se encuentra demasiado ocupada cuidando a Fifi. Oh, una pregunta. Esa zorra francesa ha estado dando vueltas por ahí durante unos cuatrocientos años, ¿verdad? Y tú casi el doble de ese tiempo. ¿Cómo es que los dos conserváis el acento?

— ¿Y por qué los norteamericanos creen que todo el mundo debe hablar como ellos?

— Buena observación. ¿Esto es venado? Sí, creo que es carne de venado. — Se llevó un trozo a la boca —. No está mal.

Blair llevaba un vestido rojo vivo que dejaba al descubierto una generosa porción de sus fuertes y bien torneados hombros. En el pelo corto no llevaba adorno alguno, pero de sus orejas pendían unos medallones de oro casi tan grandes como el puño de un bebé.

— ¿Cómo haces para mantener la cabeza erguida con esos pendientes?

— Sufriendo — contestó ella con tono ligero—. Además tienen caballos — continuó—. Un par de docenas repartidos en varios corrales. Es probable que haya más en las caballerizas. Se me ha ocurrido descender con Larkin y espantar a los animales. Ya sabes, ponernos un poco pesados, y, quizá, encender algunos fuegos si podía convencerlo. Si los vampiros se quedaban dentro de la cabaña se quemarían. Si salían, se quemarían.

— Bien pensado. A menos, por supuesto, que Lilith tuviese guardias con arcos apostados dentro.

— Bueno, sí, también he pensado en eso, por lo que he lanzado unas cuantas flechas encendidas para llamar su atención. El blanco elegido ha sido una cabaña próxima al corral más grande. Estaba segura de que allí debían de estar alojados unos cuantos soldados, era lo más lógico. Imagina mi sorpresa y disgusto cuando las flechas han rebotado en el aire como si hubiese una pared.

Cian se volvió hacia ella con los ojos entornados.

— ¿Estás hablando de un campo de fuerza? ¿Qué es esto, la jodida *Star Trek*?

— Eso es lo que me he dicho. — En armonía con él, le dio un ligero puñetazo en el hombro—. Lilith tiene con ella a ese mago, ese tal Midir, trabajando horas extras. Y su campamento base está dentro de una burbuja protectora. Larkin ha descendido para que pudiésemos echar un vistazo desde más cerca, y ambos hemos recibido una sacudida. Como una descarga eléctrica. Muy desagradable.

— Sí, me lo imagino.

— Entonces, el tal Midir en persona ha salido de la casa grande, ¿la mansión? Un tío con un aspecto inquietante, deja que te lo diga. Una amplia túnica negra y una mata de pelo gris. Y se ha quedado allí, de modo que nosotros lo mirábamos y él nos miraba. Finalmente lo he entendido. Un punto muerto. Nosotros no podemos atravesar esa barrera y ellos tampoco. Cuando el escudo está colocado, se quedan encerrados dentro y nosotros nos quedamos fuera. Es como una jodida fortaleza. Mejor.

— Lilith sabe cómo sacar el mejor provecho de la gente que tiene a sus órdenes — dijo Cian.



— Eso parece. De modo que hemos descendido y les hemos hecho algunos gestos obscenos, para que no fuese una total pérdida de tiempo. Lilith tendrá que quitar el escudo por la noche, ¿no crees?

— Posiblemente. Aunque tengan comida suficiente, la naturaleza de la bestia es cazar. Ella no querrá que sus tropas estén demasiado inactivas o se pongan demasiado nerviosas.

— O sea que tal vez podamos realizar una incursión nocturna. No lo sé. Es algo en lo que debemos pensar. Eso es *haggis*\* ¿verdad? — Frunció la nariz—. Creo que paso. — Se inclinó un poco más hacia él y susurró—: Larkin dice que se ha corrido la voz sobre cómo trataste al tío que intentó matar a Moira. Ahora tienes a los guardias del castillo y a los caballeros de tu parte.

— No me importa demasiado.

— Tú sabes muy bien que no es así. Sabes lo importante que es que la primera línea de este ejército no sólo te acepte sino que también te respete. Sir Cian.

Él se removió en su asiento.

— No empieces con eso.

— A mí tu flamante título me suena bien. Esta especie de gelatina es un poco arenosa. ¿Sabes qué es?

Deliberadamente, Cian esperó a que ella hubiese comido un segundo trozo.

— Órganos internos gelatinados... probablemente de cerdo.

Cuando Blair se atragantó, él se echó a reír.

Era un sonido tan extraño, pensó Moira. Oírle reír. Raro, un tanto perverso, y muy atractivo. Ella había dado un paso en falso con la ropa que le había enviado a su habitación. Cian era una criatura demasiado de su época — o lo que había llegado a ser su época — como para llevar la ropa que ella había elegido.

\*Plato escocés hecho con menudillos de cordero. (N. del t.)

Pero había acudido a la celebración; no estaba segura de que lo hiciera. Cian no le había dicho una sola palabra. Ni una. Había matado por ella, pensó, pero no le hablaba. De modo que lo borraría de sus pensamientos, del mismo modo en que él, obviamente, la había borrado a ella de los suyos.

Moira sólo deseaba que la noche acabase de una vez. Quería irse a su cama, quería dormir. Quería quitarse aquel pesado vestido de terciopelo y deslizarse felizmente — por una noche — hacia la oscuridad.

Pero tenía que mostrar que comía a pesar de su falta de apetito. Tenía que fingir, al menos, que prestaba atención a las conversaciones, aunque sus ojos pugnaban por cerrarse.

Había bebido demasiado vino, se sentía demasiado acalorada. Y aún faltaban horas para que pudiese apoyar la cabeza en la almohada.

Ella, por supuesto, tenía que levantarse, sonreír y beber cada vez que uno de los caballeros decidía proponer un brindis en su honor. Y al ritmo que se sucedían los brindis, lo más probable era que de un momento a otro, la cabeza se le cayese rodando.

Con un enorme alivio, anunció finalmente que el baile podía comenzar.

Ella tuvo que levantarse para el primer baile, tal como se esperaba de la flamante reina. Y descubrió que se sentía mejor ante la perspectiva de moverse, de la música.

El, por supuesto, no bailaba, sino que seguía en su asiento. Como un rey dispéptico, pensó ella, tontamente irritada porque quería bailar con él. Sus manos sobre las de ella, los ojos de él en los suyos. Pero Cian seguía allí sentado, observando a la multitud y bebiendo su vino. Ella giró con Larkin, saludó a su tío y chocó las palmas con Hoyt.

Y cuando volvió a mirar, Cian se había ido.

Él deseaba aire, y más aún, deseaba la noche. La noche seguía siendo su momento. Lo que vivía detrás de su máscara humana siempre la anhelaría, y siempre la buscaría.

Subió a su habitación y luego se fue a una de las almenas, donde la oscuridad era densa y la música que llegaba desde el salón era apenas un eco suave. Las nubes habían cubierto la luna, y apagado las estrellas. Llovería antes del amanecer; podía olerlo.

Abajo había antorchas que iluminaban los patios y guardias apostados en las puertas y en los muros.

Oyó que uno de ellos tosía y escupía, y también el aleteo de las banderas encima de su cabeza ante una súbita ráfaga de viento. Si afinaba el oído, podía oír el crujido de los ratones en su madriguera, escondida en una grieta entre las piedras, o el susurro de las alas de un murciélago volando en la oscuridad.

El podía oír lo que otros no podían.

Podía olfatear a los humanos, la sal en la piel y el rico discurrir de la sangre debajo de ella. Había una parte de él que siempre vibraba de necesidad. De cazar, de matar, de comer.

El estallido de sangre en la boca, en la garganta. La vida que ese fluido contenía y que jamás podría saborearse en las frías bolsas de plástico. Caliente, lo recordaba, el primer sorbo siempre caliente. Calentaba todas las partes frías y muertas, y durante un momento, la vida —o su sombra— se agitaba en el interior de ese frío y de esa muerte.

De vez en cuando era bueno recordar el indescriptible placer que había en ello. Era bueno recordar contra lo que enfrentaba su voluntad. Era vital recordar lo que ansiaban aquellos contra quienes luchaban.

Los humanos no lo entendían, no podían hacerlo. Ni siquiera Blair, que entendía más que la mayoría. Aun así, ellos lucharían y morirían. Detrás de ellos vendrían otros a luchar y a morir. Algunos huirían, por supuesto... algunos siempre lo hacían. Otros serían presa del terror y simplemente se quedarían inmóviles y los matarían, como si fuesen liebres atrapadas en la luz de un reflector.

Pero la mayoría no huirían, no se esconderían, no se quedarían paralizados por el terror. En todos los años que llevaba viendo vivir y morir a los humanos, Cian sabía que, cuando estaban contra la espada y la pared, luchaban como demonios.

Si triunfaban, alguien acabaría escribiendo canciones e historias que explicarían sobre todo el asunto. Los ancianos se sentarían junto al fuego y hablarían de aquellos gloriosos días al tiempo que exhibían sus cicatrices. Y otros se despertarían con un sudor frío en todo el cuerpo al revivir en sus sueños el horror de la guerra. Si conseguía seguir con vida, ¿cómo sería para él?, se preguntó. ¿Días de gloria o de pesadillas? Ninguna de las dos cosas, pensó, porque él no era lo bastante humano como para dedicar tiempo a lo que ya había terminado.

Si Lilith lograba acabar con él, bueno, la verdadera muerte era una experiencia que aún no había tenido. Podía ser interesante. Y como podía oír lo que otros no oían, percibió los pasos en los escalones de piedra. Eran los pasos de Moira; conocía su andar tanto como su olor.

Estuvo a punto de confundirse con las sombras y luego se maldijo por ser tan cobarde. No era más que una mujer, sólo una mujer. Ella no podía ser, y no sería, nada más para él.

Cuando Moira salió al aire libre, él la oyó suspirar una vez. Un suspiro largo y profundo, como si acabara de quitarse un enorme peso de encima. La vio acercarse al borde, apoyar las manos en la piedra y echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos. Inspiró.

Tenía el rostro enrojecido debido al calor del fuego del hogar y el ejercicio del baile, pero había sombras de fatiga debajo de sus ojos.

Alguien había elaborado finas trenzas en su larga cabellera, confeccionando un tramado con delgados hilos de oro que brillaban entre su pelo castaño sedoso.

Cian percibió el momento en que ella se dio cuenta de que no estaba sola. La súbita tensión en los hombros y el movimiento de la mano entre los pliegues del vestido.

— Si tuvieras una estaca ahí oculta — dijo él — preferiría que no la apuntaras en mi dirección.

Aunque sus hombros no se relajaron, Moira dejó caer la mano a un costado al tiempo que se volvía hacia él.

— No te había visto. Quería tomar un poco el aire. Dentro hace mucho calor y he bebido demasiado.

— Más de lo que has comido. Te dejaré que tomes el aire.

— Oh, quédate. Me quedaré sólo un momento, luego puedes recuperar el maldito aire otra vez para ti solo.

Moira se echó el pelo hacia atrás e irguió la cabeza.

Ahora él podía ver su rostro, sus ojos, y pensó: «Sí, no cabe duda, la pequeña reina está preparada para perder su flor».

— ¿Has venido aquí para tener pensamientos profundos? — preguntó ella —. No sé si los pensamientos profundos requieren un espacio como éste, o es mejor pensarlos en lugares cerrados. Imagino que tú debes de tener muchos pensamientos con todo lo que has visto.

Moira se tambaleó ligeramente y se echó a reír cuando Cian la cogió del brazo. La soltó inmediatamente.

— Eres tan cuidadoso de no tocarme — comentó ella —. A menos que me estés salvando de la muerte o de ser lastimada. O golpeándome durante el entrenamiento. Encuentro que eso es muy interesante. Eres un hombre interesante, ¿qué opinas tú?

— No lo hago.

— Excepto en una ocasión — continuó ella como si él no hubiera hablado, y se le acercó un poco más —. Aquella ocasión en la que me tocaste muy bien. Aquella vez en que me pusiste las manos encima, y la boca. Me he preguntado acerca de eso.

Cian estuvo a punto de retroceder un paso, y eso lo mortificó.

— Sólo quería darte una lección.

— Soy una estudiosa y me encantan las lecciones. Dame otra entonces.

— El vino te hace decir tonterías. — Lo irritó el sonido pomposo y afectado de su propia voz—. Deberías entrar y hacer que tus damas de compañía te lleven a la cama.

— Sí, me hace decir tonterías. Mañana lo lamentaré, pero bueno, eso será mañana, ¿verdad? Oh, menudo día. — Dio un pequeño giro que hizo que su falda ondease sobre las piedras—. ¿Ha sido esta mañana cuando he ido hasta la piedra? Me siento como si hubiese cargado con la espada y la piedra durante todo el día.

Ahora las estoy dejando descansar; hasta mañana, las estoy dejando descansar. Soy un desastre para la bebida, ¿y qué? — Moira se acercó un poco más, y el orgullo impidió que él retrocediese—. Esperaba que esta noche bailaras conmigo. Esperaba y me preguntaba cómo sería que me tocases fuera del entrenamiento o por buena educación o por error.

— No estaba de ánimo para bailar.

— Oh, y sin duda tú tienes muchos estados de ánimo. — Ella le observó el rostro detenidamente, estudiándolo, pensó Cian, como lo haría con las páginas de un libro—. Y yo también. Cuando me besaste en aquella ocasión, yo estaba irritada. Y también un poco asustada. Ahora no estoy irritada ni asustada. Pero creo que tú sí lo estás.

— Estás añadiendo el ridículo a las tonterías.

— Demuéstralo pues. — Ella cubrió la mínima distancia que los separaba y alzó el rostro hacia él—. Enséñame una lección.

Difícilmente podrían condenarlo por eso. Él ya había sido condenado hacía mucho tiempo. Él no fue suave; no fue tierno, sino que la atrajo contra sí y casi la alzó del suelo antes de que su boca descendiera para cubrir la de ella.

Degustó el vino y el calor... y algo que no había anticipado. Ése, lo supo en ese momento, fue su error.

Esa vez, ella estaba preparada para recibirle. Las manos de Moira se enredaron en el pelo de él, su boca estaba abierta y ávida. Ella no se rindió en actitud de entrega, y tampoco se estremeció ante su furiosa embestida. Quería más.

La necesidad lo desgarraba, otro demonio enviado para torturarlo.

Ella se preguntó por qué el aire entre ellos no echaba humo, cómo era posible que ambos simplemente no estallasen en llamas. Aquello era fuego, en la sangre, en los huesos.

¿Cómo había podido vivir toda su vida sin ello?

Incluso cuando Cian la soltó, cuando la empujó alejándola de su cuerpo, permaneció dentro de ella como una fiebre.

— ¿Lo has sentido? — Su susurro estaba lleno de admiración — ¿Has sentido eso?

El sabor de Moira ahora estaba en su interior y todo en él ansiaba más de ella. De modo que no le contestó, no dijo absolutamente nada. Se deslizó en la oscuridad y desapareció antes de que ella pudiese recuperar el aliento.

## CAPÍTULO 5

Moira se despertó temprano y llena de energía. Todo el día anterior había arrastrado un enorme peso, como si lo hubiese llenado encadenado a la pierna. Ahora la cadena estaba rota. No importaba la lluvia que caía desde un cielo gris oscuro y apagaba hasta el más mínimo vestigio de sol. Volvía a tener la luz en su interior.

Se vistió con lo que llamaba sus ropas de Irlanda: vaqueros y una camiseta. El tiempo de la ceremonia y el recato había pasado, y al diablo con las susceptibilidades hasta que pudiese dedicar tiempo a mitigarlas otra vez.

Ella podía ser una reina, pensó mientras se peinaba haciéndose una larga trenza, pero sería una reina trabajadora. Sería una guerrera. Se ató las botas y se sujetó la espada a la cintura. Reconoció y aprobó a esa mujer que veía reflejada en el espejo. Era una mujer con un propósito, con poder y conocimientos. Se volvió y estudió la habitación. La cámara de la reina, pensó.

En una época había sido el santuario de su madre, y ahora era el suyo. La cama era grande y estaba bellamente adornada con colgaduras de terciopelo azul oscuro y encaje blanco, porque a su madre le había gustado todo lo suave y hermoso. Los postes eran gruesos, de roble de Geall barnizado, y profusamente tallados con símbolos del reino. Las pinturas que cubrían las paredes también representaban Geall, sus campos y colinas y bosques.

En una mesilla junto a la cama, había un pequeño retrato enmarcado en plata. El padre de Moira había velado por su madre todas las noches... ahora velaría por su hija.

Miró hacia las puertas que daban al balcón de su madre. Las cortinas aún estaban corridas y Moira las dejaría así. Al menos por el momento. No estaba preparada para abrir esas puertas y pisar las piedras donde su madre había sido asesinada. Recordaría, en cambio, todos los momentos felices que había vivido junto a ella en esas habitaciones.

Salió de la estancia y se dirigió hacia el aposento que ocupaban Hoyt y Glenna, y llamó. Al cabo de unos pocos minutos, cayó en la cuenta de la hora que era. Estaba a punto de retirarse, esperando que no hubiesen oído el golpe en la puerta, cuando ésta se abrió.

Hoyt aún se estaba vistiendo. Tenía desgredada su larga cabellera oscura y los ojos aún llenos de sueño.

— Oh, perdón — dijo Moira —. No pensé...

— ¿Ha ocurrido algo?

— No, no, nada. No me he dado cuenta de lo temprano que es. Por favor, vuelve a la cama.

— ¿Qué ocurre? — Glenna apareció detrás de Hoyt—. ¿Moira? ¿Hay algún problema?

— Sólo con mis modales. Me he despertado y levantado muy temprano, y no he tenido en consideración que los demás aún estarían en la cama, especialmente después de la celebración de anoche.

— No te preocupes. — Glenna apoyó una mano en el brazo de Hoyt para indicarle que se apartase—. ¿Qué necesitabas?

— Sólo hablar un momento contigo. La verdad es que pensaba preguntarte si querías desayunar conmigo en las habitaciones de... en mi sala de estar, para poder comentarte un asunto.

— Dame diez minutos.

— ¿Estás segura? No me importa esperar hasta más tarde.

— Diez minutos — repitió Glenna.

— Gracias. Me encargaré de que preparen el desayuno.

— Moira parece... preparada para algo — comentó Hoyt cuando Glenna fue a lavarse.

— Puede ser.

Glenna metió las manos en el agua, concentrada. Allí no existían duchas y, desde luego, no pensaba bañarse en agua fría.

Hizo lo que pudo con lo que tenía a mano, mientras Hoyt se encargaba de avivar el fuego. Luego, cediendo a la vanidad, se permitió un pequeño conjuro.

— Puede que sólo desee hablar del programa de adiestramiento previsto para hoy. — Glenna se puso unos pendientes que tendría que recordar quitarse cuando comenzaran a ejercitarse—. Te expliqué que Moira ofreció un premio, una de nuestras cruces, a la mujer que consiga derribarla hoy en un combate.

— Fue muy lista al ofrecer un premio, pero me pregunto si es el mejor uso que se le puede dar a la cruz.

— Había nueve cruces — le recordó Glenna mientras se vestía—. Cinco para nosotros, y la de King, por supuesto, que hacía la sexta. Luego las dos que convinimos en darles a la madre y a la hermana encinta de Larkin. Hay un propósito para la novena.

Quizá sea éste.



— Ya veremos lo que nos depara el día. — Hoyt sonrió mientras se ponía un jersey gris por la cabeza—. ¿Cómo es, *aghrá*, que pareces más encantadora cada mañana?

— Tú tienes amor en los ojos. — Se refugió entre sus brazos cuando Hoyt se acercó a ella... y miró la cama con añoranza—. .

Mañana lluviosa. Sería agradable quedarse abrazados durante una hora y hacer lo que quisiera contigo. — Alzó la cabeza para que él la besara—. Pero al parecer desayunaré con la reina.

Cuando Glenna entró, Moira, como era costumbre en ella, estaba sentada junto al fuego con un libro en las manos. Alzó la vista y sonrió avergonzada.

— Siento haberte separado de tu esposo y de tu cama caliente a una hora tan temprana.

— Es el privilegio de la reina.

Moira se echó a reír y señaló un sillón.

— El desayuno llegará en un momento. Un día, si las semillas que traje y planté consiguen desarrollarse, podré tener zumo de naranja cada mañana. Echo de menos ese sabor.

— Yo mataría por un café — admitió Glenna—. Y, ya puestos, por un café, un pastel de manzana, el TiVo\* y todas las cosas humanas. — Se sentó en el sillón y estudió a Moira—. Tienes buen aspecto — dijo—. Descansada y, como dijo Hoyt, preparada.

— Lo estoy. Ayer tenía tantas cosas en el corazón y la cabeza que todo me resultaba demasiado pesado. La espada y la corona eran de mi madre y ahora son mías sólo porque ella está muerta.

— Y no tienes tiempo para el duelo.

— No, no lo tengo. A pesar de todo, sé que ella hubiese querido que hiciera las cosas como las he hecho, por Geall, por todos, y que no me encerrase en mí misma en alguna parte a llorar su muerte. Y también tuve miedo. Qué clase de reina seré, y en un momento como éste. — Moira miró con satisfacción sus gastados pantalones y sus botas—. Bueno, sé qué clase de reina intentaré ser. Fuerte, incluso impetuosa. No hay tiempo para sentarse en el trono y discutir cuestiones de Estado. La política y el protocolo tendrán que esperar, ¿no crees? Ya hemos tenido nuestra ceremonia y nuestra celebración, y eran necesarias. Pero ahora ha llegado el momento del sudor y la mugre.

Se levantó cuando llegó el desayuno. Habló con el muchacho que lo había traído — que aún tenía los ojos soñolientos— y con la criada que estaba con él.

Moira conversaba con soltura, observó Glenna. Los llamaba a ambos por sus nombres mientras colocaban los platos y servían la comida. Y, aunque los dos parecían desconcertados por el atuendo que había elegido su reina, Moira ignoró esa circunstancia, les dio las gracias y les dijo que podían retirarse y que su huésped y ella no debían ser molestadas.

Cuando se sentaron, Glenna advirtió que Moira, que durante días apenas había picoteado la comida, comía ahora con un apetito capaz de rivalizar con el de Larkin.

— Estoy pensando que hoy será un día de entrenamiento duro y fangoso — comenzó Moira — y eso está bien. Una buena disciplina. Quería decirte que, aunque yo también participaré de los ejercicios, y probablemente lo haga todos los días desde hoy, Blair y tú seguís estando a cargo de todo. Quiero que todos vean que me estoy preparando igual que el resto de ellos. Que me ensuciaré y me golpearán.

— Me parece que es lo que estás buscando.

— Los dioses saben que sí. — Moira cogió con una cuchara los huevos que le había indicado a la cocinera que preparase como a menudo lo hacía Glenna. Revueltos con trozos de jamón y aros de cebolla —. ¿Recuerdas el día en que Larkin y yo llegamos a Irlanda a través del Baile de los Dioses? Podía colocar una flecha donde quisiera, nueve de cada diez veces, pero cualquiera de vosotros me podía tirar al suelo sin apenas esfuerzo.

— Tú siempre te levantabas.

— Sí, yo siempre me levantaba. Pero ahora ya no es tan fácil derribarme. Y eso es algo que también quiero que todos vean.

\*TiVo es una tecnología que permite grabar el contenido de la televisión, pero a diferencia de los clásicos vídeos, lo hace en un disco duro que permite almacenar entre 80 y 300 horas de programación recibida a través del cable, la televisión digital o una transmisión vía satélite. (N. del t.)

— Ya les demostraste lo que era un guerrero cuando luchaste con ese vampiro y lo mataste.

— Es verdad. Y ahora les mostraré a un soldado que aguanta todo lo necesario. Y hay algo más que quiero de ti.

— Eso imaginaba. — Glenna sirvió más té para ambas —. Dispara.

— Nunca he explorado la magia que poseo. No es gran cosa, como todos habéis podido ver. Un ligero don para curar y una especie de poder que puede ser trabajado y ensanchado por otros que poseen más. Como Hoyt y tú. Sueños. He estudiado los sueños y leído libros acerca de sus

significados. Y, por supuesto, libros sobre la propia magia. Pero me parecía que no había un propósito real en lo que yo tenía salvo ofrecer un poco de alivio a quien sufría dolor. O una forma de saber qué dirección tomar para encontrar un ciervo cuando sales de caza. Cosas pequeñas. Cuestiones sin importancia.

— ¿Y ahora?

— Ahora — repitió Moira asintiendo — creo que hay un propósito y también una necesidad. Creo que necesito todo lo que tengo, todo lo que soy. Cuanto más conozca lo que hay dentro de mí, mejor podré usarlo. Cuando toqué la espada, cuando apoyé la mano en la empuñadura, se derramó sobre mí la certeza de que era mía, de que siempre había sido mía. Y un poder asociado a ella, como un viento fuerte soplando hacia mí. Más a través de mí, creo. ¿Lo entiendes?

— Perfectamente.

Moira volvió a asentir y continuó comiendo.

— He negado ese aspecto porque no tenía un interés particular en él. Yo quería leer y estudiar, salir a cazar con Larkin, montar a caballo.

— Todas las cosas que disfruta una muchacha — la interrumpió Glenna —. ¿Por qué no deberías haber hecho lo que te gustaba? No sabías lo que te esperaba.

— No, no lo sabía. Me pregunto si lo habría sabido si hubiese mirado más profundamente.

— No podrías haber salvado a tu madre, Moira — dijo Glenna suavemente.

Moira alzó la vista con los ojos muy claros.

— Puedes leer mis pensamientos con mucha facilidad.

— Creo que es porque, si estuviese en tu lugar, yo tendría los mismos. No podrías haberla salvado. Y, además...

— No estaba escrito que yo debiera salvarla. — Moira acabó la frase —. Estoy empezando a aceptarlo en mi corazón. Pero si yo hubiese explorado lo que tengo, podría haber sido capaz de ver algo de lo que se estaba acercando. No importa cuál hubiese podido ser la diferencia. Lo mismo que Blair, yo también he visto el campo de batalla en mis sueños. Pero, a diferencia de ella, yo no me enfrenté a ello. Le volví la espalda. Eso también ha terminado. Ya no voy... espera. — Moira buscó la expresión correcta —. ¿A torturarme con ello? ¿Sí?

— Sí, eso es.

— Ya no me torturo con ello. Estoy tratando de cambiarlo. De modo que te pido si puedes dedicar algo de tu tiempo a ayudarme a perfeccionar

cualquier don que pueda tener, así como he perfeccionado mis habilidades para el combate.

— Puedo hacerlo. Me encantaría.

— Te lo agradezco.

— No me agradezcas nada todavía. Habrá que trabajar mucho. La magia es un arte y un oficio. Y un don. Pero si lo comparamos con tu entrenamiento físico no es muy diferente. También es, bueno, como un músculo. — Glenna le dio unas palmadas en los bíceps—. Tienes que ejercitarla y construirla. La magia que practicamos es como la medicina, es decir, que nunca se sabe suficiente.

— Cada arma que lleva al campo de batalla será otro golpe contra el enemigo. — Moira flexionó el brazo con las cejas enarcadas—. De modo que construiré el de la magia igual que éste, convirtiéndolo en tan fuerte como pueda. Quiero aplastarla, Glenna.

Más que derrotarla, quiero aplastarla. Por muchas razones. Mis padres, King, Cian —añadió después de una breve pausa—. ¿Eso no le gustaría nada a Cian, verdad, saber que pienso en él como una víctima?

— Él no se ve a sí mismo de esa manera.

— No, no lo hace, se niega a hacerlo. Ésa es la razón por la que prospera, a su manera. Él se ha construido su... No puedo decir paz, ya que no es de la clase pacífica, ¿verdad? Pero ha aceptado su suerte. Supongo que, de algún modo, Cian la ha abrazado.

— Yo diría que lo conoces tanto como es posible conocerlo.

Ahora Moira dudó un momento, demorándose mientras jugueteaba con la comida que había quedado en su plato.

— Él me besó otra vez.

— Oh. Oh. — Y después de una pausa— : Oh.

— Yo hice que me besara.

— No es que pretenda menospreciar tu encanto o tus poderes, pero no creo que nadie pueda conseguir que Cian haga nada que realmente no desee hacer.

— Podría ser que él lo deseara, pero no lo hubiese hecho si yo no lo hubiese presionado. Yo estaba un poco bebida.

— H m m m .

— Pero estar bebida no fue lo peor — dijo Moira con una risa que mostraba algún nerviosismo—. En realidad, no. Eso sólo fue un poco de relajación de modales, por decirlo de alguna manera, y mayor decisión. Necesitaba aire y un poco de tranquilidad, de modo que subí y salí a una de las almenas. Y allí estaba Cian.

Ella volvió a representar la escena en su mente.

— Él podría haber ido a cualquier parte y, sin duda, yo podría haber ido a otra parte, pero ninguno de los dos lo hizo, de modo que ambos coincidimos en el mismo lugar al mismo tiempo. En la noche — dijo tranquilamente —. Con música y luz tenue.

— Romántico.

— Sí, supongo que lo era. Con la lluvia anunciándose y que comenzaba a perfumar el aire, y la fina hoz de la luna muy blanca

contra el cielo. Cian está rodeado de un misterio que quiero seguir estudiando hasta encontrar todas sus piezas.

— No serías humana si no lo encontrases fascinante — comentó Glenna. Ambas sabían lo que ella no había dicho. El no lo era. Cian no era humano.

— Él se estaba comportando de un modo muy afectado, como suele hacerlo conmigo, y me resultaba irritante. Y, bueno, lo reconozco, provocativo. A veces me ocurre cuando estoy con él. Lo mismo que me pasa con el conocimiento o la magia. Es algo que va en aumento.

Moira apoyó con fuerza una mano sobre el vientre y luego fue ascendiendo hasta el corazón.

— Algo que... va subiendo desde el centro de mí misma.

Nunca había tenido sentimientos tan intensos, de ese tipo, hacia ningún hombre. Pequeños atisbos de ellos, ¿sabes? Sentimientos confortables e interesantes, pero no fuertes y calientes. Hay algo en él que me atrae de un modo irresistible. Es tan...

— Sexy — acabó Glenna la frase —. A un nivel increíble.

— Yo quería saber si sería igual que la vez anterior, la única vez, cuando los dos estábamos tan furiosos y él me besó. Le dije que volviera a hacerlo y que no aceptaría un no como respuesta.

— Ahora Moira alzó la cabeza, como si estuviese resolviendo un acertijo —. ¿Sabes?, creo que lo puse nervioso. Ver que estaba ligeramente turbado, y tratando de demostrar que no lo estaba, fue tan embriagador como lo había sido el vino.

— Oh, Dios, sí. — Glenna respiró profundamente y levantó su taza de té —. Ya lo creo que tuvo que serlo.

— Y cuando él me besó, fue como la vez anterior, sólo que más. Porque yo lo estaba esperando. En ese momento él estaba tan cautivado como yo. Lo supe.

— ¿Qué estás buscando de él, Moira?

— No lo sé. Tal vez sólo ese calor, sólo ese poder que él posee. Ese placer. ¿Está mal?

— No puedo decirlo. — Pero le preocupaba—. Cian nunca podría darte más. Tienes que entenderlo. Él no se quedaría aquí y, aunque lo hiciera durante un tiempo, tú nunca podrías tener una vida con él. Estás pisando un terreno muy peligroso.

— Cada día desde ahora hasta Samhain será un terreno peligroso. Sé que lo que estás diciendo es bueno y tiene sentido, pero yo lo sigo deseando en mi corazón y en mi mente. Necesito que ambos se asienten un poco antes de saber qué debería hacer con este asunto. Pero sé que no quiero entrar en combate habiendo dejado esto de lado sólo porque temo lo que pueda llegar o no a ser.

Después de un momento de reflexión, Glenna suspiró.

— Tal vez lo que dices tenga sentido, y dudo mucho que yo siguiera mi propio consejo si estuviese en tu lugar.

Moira se acercó a ella y le cogió la mano.

— Ayuda poder hablar con otra mujer. Ser capaz de decirle a otra mujer lo que hay en mi mente y mi corazón.

En otra parte de Geall, en una casa protegida incluso contra la luz débil y brumosa, otras dos mujeres estaban sentadas y hablaban.

Era el final de su día, no el comienzo, pero estaban compartiendo una tranquila comida.

— Tenías razón. — Lora se reclinó hacia atrás, limpiándose delicadamente la sangre de los labios con una servilleta de lino. El hombre estaba encadenado a la mesa, entre ellas. Lilith había insistido en que su compañera herida se sentase y comiera en lugar de quedarse en la cama, bebiendo la sangre de una taza—. Levantarme y disfrutar de una matanza civilizada era lo que necesitaba.

— ¿Lo ves?

Lilith sonrió complacida.

El rostro de Lora aún estaba gravemente quemado. El agua bendita que le había arrojado la maldita cazadora de vampiros le había causado un daño terrible. Pero estaba curándose, y la comida fresca la ayudaría a recuperar las fuerzas.

— Pero me gustaría que comieses un poco más.

— Lo haré. Has sido tan buena conmigo, Lilith. Y yo te fallé.

— No, no lo hiciste. Era un buen plan, y estuvo a punto de dar resultado. Eres tú quien ha tenido que pagar un precio muy alto por ello. No puedo soportar pensar en el dolor que sufriste.

— Hubiese muerto de no haber sido por ti.

Las dos habían sido amantes y amigas, rivales y adversarias. Lo habían sido todo para la otra durante cuatro siglos. Pero las heridas de Lora, la proximidad de su fin, las había unido más que nunca.

— Hasta que no te hirieron, no sabía cuánto te amaba y te necesitaba. Aquí tienes, querida, un poco más.

Lora obedeció, cogiendo el brazo flácido del hombre y hundiendo profundamente los colmillos en la muñeca.

Antes de sufrir las quemaduras en el rostro, Lora había sido muy guapa, una rubia joven y fresca, elegante. Ahora tenía el rostro despellejado y rojo, dañado por las quemaduras a medio curar. Pero el brillo vidrioso de dolor había desaparecido de sus grandes ojos azules y su voz volvía a exhibir la fuerza de antes.

— Ha sido maravilloso, Lilith. — Se recostó nuevamente en el sillón —. Pero soy incapaz de beber una sola gota más.

— Entonces ordenaré que se lleven el resto y nos sentaremos un momento junto al fuego antes de acostarnos.

Lilith hizo sonar una campanilla de oro e hizo señas a uno de los criados para que se llevase lo que quedaba en la mesa. Sabía que los restos de comida no serían desperdiciados.

Se levantó para ayudar a Lora a cruzar la habitación hacia donde ya había dispuesto cojines y una manta ligera sobre un sofá.

— Es más confortable que las cuevas — comentó Lilith —. Pero, no obstante, me alegraré abandonar este lugar y disponer de un alojamiento adecuado.

Acomodó a Lora en el sofá antes de sentarse, regia con su vestido rojo y su pelo dorado recogido para añadir un toque de glamour a la velada.

Su belleza no había disminuido ni un ápice desde su muerte, hacía más de dos mil años.

— ¿Te duele? — le preguntó a Lora.

— No. Casi me siento yo misma otra vez. Lamento haberme comportado como una chiquilla ayer por la mañana, cuando esa perra voló por encima de nosotros en ese ridículo hombre-dragón. Cuando la ví, todo volvió como una marea, todo el miedo, la agonía.

— Pero le dimos una sorpresa, ¿verdad? — Lilith alisó la manta, envolviendo a Lora con ella —. Imagina su confusión cuando sus flechas chocaron contra el escudo de Midir. Tuviste razón al convencerme de que no lo matase.

— La próxima vez que vea a esa perra, no me echaré a llorar ni me esconderé debajo de las mantas como una niña asustada. La próxima vez que la vea, la mataré con mis propias manos. Lo juro.

— ¿Aún sientes el deseo de transformarla y convertirla en una compañera para ti?

— Nunca le concederé semejante regalo a esa puta. — Los labios de Lora se tensaron con un gruñido—. Ella sólo recibirá de mí la muerte. — Luego, con un suspiro, apoyó la cabeza en el hombro de Lilith—. Nunca habría sido lo que tú eres para mí. Pensaba divertirme un tiempo con ella. Y también pensé que podría servirnos como entretenimiento en la cama; toda esa energía y esa violencia que tiene en su interior resultaban muy atractivas. Pero nunca podría haberla amado como te amo a ti.

Ahora inclinó la cabeza y sus labios se unieron en un beso largo y dulce.

— Soy tuya, Lilith. Eternamente.

— Mi dulce niña. — Lilith la besó en la sien—. La primera vez que te vi, sentada sola en las oscuras y húmedas calles de París, llorando, supe que me pertenecerías.

— Yo pensaba que amaba a un hombre — susurró Lora—. Y que él también me amaba. Pero me utilizó, me despreció y me dejó por otra mujer. Pensé que se me había roto el corazón. Y entonces apareciste tú.

— ¿Recuerdas lo que te dije en aquel momento?

— Nunca olvidaré esas palabras. Dijiste: «Mi dulce y triste niña, ¿estás sola?». Te dije que mi vida se había terminado, que a la mañana siguiente estaría muerta de pena.

Lilith se echó a reír y acarició el pelo de Lora.

— Tan dramática. ¿Cómo podía resistirme a ti?

— O yo a ti. Estabas tan hermosa, como la reina que eres. Ibas vestida de rojo, como esta noche, y tenías el pelo brillante, lleno de rizos. Me llevaste a tu casa y me diste pan y vino, escuchaste mi triste historia y enjugaste mis lágrimas.

— Eras tan joven y encantadora... Parecías tan segura de que ese hombre que te había despreciado era todo lo que podías desear en la vida...

— Ya no recuerdo su nombre. Tampoco su rostro.

— Viniste gustosamente a mis brazos — musitó Lilith—. Te pregunté si querías seguir siendo joven y bella para siempre, si te gustaría tener poder sobre hombres como el que te había hecho tanto daño. Me respondiste que sí, una y otra vez. Incluso cuando te probé, te apretaste a mí y volviste a repetir, sí, sí.



El blanco de los ojos de Lora se tiñó levemente de rojo al recordar aquel maravilloso momento.

— Nunca había sentido una excitación tan profunda.

— Y cuando volví a vivir, tú me lo trajiste para que yo pudiese tener como mi primera presa al hombre que se había burlado de mí. Y lo compartimos, como hemos compartido tantas cosas desde aquel momento.

— Cuando llegue Samhain, compartiremos todo lo que existe.

Mientras los vampiros dormían, Moira se encontraba en el campo de juegos. Estaba sucia y empapada. La cadera le dolía a causa de un golpe que se había colado a través de su guardia y jadeaba después del último asalto.

Se sentía de maravilla.

Le tendió la mano a Dervil para ayudarla a levantarse del suelo.

— Lo has hecho muy bien — dijo Moira —. Casi lo consigues.

Dervil se frotó sus amplias nalgas.

— Creo que no.

Con las manos apoyadas en las caderas y la cabeza cubierta con un sombrero de cuero de ala ancha ahora empapado, Glenna les observaba a ambas.

— Esta vez has aguantado de pie más tiempo y te has levantado más rápido del suelo. — Hizo un gesto de aprobación hacia Dervil —. Estás progresando. Por lo que me han dicho, en el otro extremo de este campo hay varios hombres a los que podrías derrotar.

— En el otro extremo del campo hay muchos hombres a los que ella ya ha derrotado — dijo Isleen, y su comentario provocó un coro de risas obscenas.

— Y sé qué hacer con ellos cuando eso ocurre — replicó Dervil.

— Ocupate de poner algo de esa energía en tu próximo combate — sugirió Glenna — y podrás ganarlo en lugar de acabar en el barro. Terminemos el día con un poco de práctica de tiro con arco.

Aunque las mujeres respondieron con gestos de alivio al hecho de que la sesión se diese por acabada, Moira agitó una mano.

— Aún no me he enfrentado a Ceara cuerpo a cuerpo. He estado reservando para el final a quien me han dicho que es la mejor. De ese modo, podré retirarme del campo como la campeona.

— Arrogante. Me gusta — dijo Blair mientras avanzaba a través de la lluvia y el barro —. La fabricación de armas sigue adelante — añadió —. Hemos aumentado la producción un nivel. — Echó la cabeza hacia atrás —.

Dejadme que os diga una cosa, esta lluvia sienta maravillosamente bien después de un par de horas con el yunque y la forja. Y bien, ¿cuáles es el marcador aquí?

— Moira ha derrotado a todas con la espada y en combates cuerpo a cuerpo. Ahora ha retado a Ceara a un asalto antes de que acabemos la sesión con los arcos.

— Muy bien. Puedo llevar a un grupo hasta los blancos mientras vosotras termináis aquí.

Se produjo una sonora protesta por parte de las mujeres, ansiosas como estaban por presenciar el último combate.

— Sedientas de sangre. — Blair mostró su aprobación—. Eso también me gusta. Muy bien, señoras, dejad espacio. ¿Por quién apuestas? — le preguntó a Glenna mientras las dos mujeres se disponían a luchar.

— Moira está caliente y motivada. Ella ha trabajado hoy duramente. Yo apostaría por ella.

— Yo me inclino por Ceara. Es muy mañosa y no teme a los golpes. ¿Lo ves? — añadió cuando Ceara cayó de bruces en el barro y se levantó rápidamente para atacar a Moira.

Hizo una finta, girando en el último momento, luego lanzó el pie hacia arriba y alcanzó a Moira en el pecho. La reina salió disparada hacia atrás a causa del fuerte impacto, consiguió mantener el equilibrio y esquivó el siguiente golpe. Embistió con fuerza y lanzó a Ceara por encima del hombro. Pero cuando se dio la vuelta, Ceara no estaba caída de espaldas en el barro, sino que se había apoyado en las manos para lanzar ambos pies hacia adelante y derribar a Moira.

Ésta se levantó rápidamente y con los ojos brillantes.

— Vaya, veo que tu reputación no es exagerada.

— Voy a por el premio. — Ceara se agachó y comenzó a girar alrededor de Moira—. Estáis advertida.

— Ven a buscarlo entonces.

— Buena pelea — comentó Blair mientras volaban los puños y los pies—. ¡Ceara, mantén los codos levantados! Glenna golpeó a Blair en el costado con el suyo.

— No se puede dar instrucciones desde el gallinero.

Pero estaba sonriendo, no sólo porque era un buen combate, sino porque el resto de las mujeres gritaban y aconsejaban a las dos contendientes.

Se habían convertido en una unidad.

Moira cayó hacia atrás, lanzó las piernas hacia adelante en una llave de tijera y barrió a Ceara. Pero cuando rodó sobre sí misma para inmovilizar a su rival, Ceara la cogió y la lanzó por encima de su cabeza.

Se oyeron numerosas expresiones de compasión cuando Moira aterrizó con un ruido seco. Y antes de que pudiese volver a levantarse, Ceara estaba sentada a horcajadas encima de ella, con un codo en el cuello de Moira y un puño apoyado a la altura del corazón.

— Estáis estaqueada.

— Maldita sea, lo estoy. Apártate, por el amor de Dios, me estás aplastando los pulmones.

Moira respiró profundamente mientras hacía un esfuerzo para colocar en posición sentada su cuerpo aún tembloroso. Ceara se sentó en el barro junto a ella, y las dos permanecieron jadeando y mirándose mutuamente.

— Eres una jodida perra en el combate — dijo Moira finalmente.

— Lo mismo os digo, con todo respeto, mi señora. Ahora tengo magulladuras encima de las magulladuras y bultos encima de éstas.

Moira se quitó un poco de barro de la cara con el antebrazo.

— No estaba descansada — dijo.

— Eso verdad, pero también podría derrotaros si lo estuviéseis.

— Creo que tienes razón. Has ganado el premio, Ceara, y en buena lid. Me siento orgullosa de haber sido derrotada por ti.

Le ofreció la mano y, después de estrechársela, se la alzó en el aire.

— Aquí está la campeona del combate cuerpo a cuerpo.

Hubo vivas y abrazos a la manera de las mujeres. Pero cuando Ceara le tendió la mano para ayudarla a que se levantara, Moira la rechazó.

— Me quedaré sentada un momento hasta recuperar el aliento. Ve a buscar tu arco. Disparando no podéis vencerme ni tú ni nadie.

— No podríamos conseguirlo ni en mil años. ¿Majestad?

— ¿Sí? Oh, Dios, no podré sentarme en una semana — añadió, frotándose la cadera dolorida.

— Nunca he estado más orgullosa de mi reina.

Moira sonrió para sí, luego se quedó sentada, haciendo un inventario de sus magulladuras y dolores. A continuación, su mirada se dirigió hacia la almena donde había estado con Cian la noche anterior.

Y allí estaba él, de pie en mitad de la penumbra y la lluvia, mirándola. Ella podía sentir su fuerza a través de la distancia, la fascinación que exudaba, pensó, como ningún otro hombre.

— ¿Qué es lo que estás mirando? — le preguntó en voz baja — .¿ Te divierte verme con el culo en el barro? Probablemente, decidió, ¿y quién podía culparle? Imaginó que había ofrecido un buen espectáculo.

— Tarde o temprano, combatiremos tú y yo. Entonces veremos quién vence a quién — masculló.

Se puso en pie y apretó los dientes para no cojear. De modo que pudo alejarse erguida y sin volver la vista atrás.

## CAPÍTULO 6

Después de quitarse de encima varios kilos de barro, Moira se reunió con el resto del grupo para una sesión de estrategia. Entró en el salón en ese punto a medias entre la discusión y el razonamiento.

— No estoy diciendo que tú no puedas manejarlo. — El tono de Larkin mientras se dirigía a Blair había adquirido un áspero matiz de impaciencia —. Estoy diciendo que Hoyt y yo podemos encargarnos de ello.

— Y yo estoy diciendo que tres podrían hacerlo más de prisa que dos.

— ¿Y qué sería eso? — preguntó Moira.

La respuesta le llegó desde varias fuentes y con voces altisonantes.

— No logro entender mucho de lo que decís. — Alzó una mano pidiendo tranquilidad mientras ocupaba su lugar en la mesa —. ¿Estáis diciendo que vamos a enviar a un grupo para que establezca una base cercana al campo de batalla y que exploren el terreno a medida que avanzan?

— Con las primeras tropas marchando detrás de ellos por la mañana — dijo Hoyt —. Hemos marcado algunos puntos donde se puede encontrar refugio. Aquí — prosiguió, señalando en el mapa que habían extendido encima de la mesa —. Un día de marcha hacia el este. Luego otro, a un día de marcha del primero.

— El hecho es que Lilith está atrincherada aquí. — Blair apoyó el puño sobre el mapa —. Ella ha aprovechado las mejores posiciones e instalaciones. Nosotros podemos entrecruzar nuestras bases, establecer una especie de línea del frente dentada, pero es necesario que empecemos a mover las tropas, y debemos asegurar bases para ellas antes de enviarlas. No sólo a lo largo del camino, sino en los puntos más adecuados cerca del valle.

— En efecto. — Moira estudió el mapa. Pudo ver de qué manera debía funcionar el plan, con saltos de una posición a otra durante el día —. Larkin puede cubrir esa distancia más rápidamente que nadie, ¿estamos de acuerdo en eso?

— Así es. Pero si recluimos a otros dragones...

— Blair, ya te he dicho que eso es imposible.

— ¿Dragones? — Moira alzó nuevamente la mano para silenciar la interrupción de Larkin —. ¿A qué te refieres?

— Cuando Larkin cambia de forma puede comunicarse, al menos a un nivel rudimentario, con aquello en lo que se ha convertido — comenzó a decir Blair.

— Sí. ¿Y?

— De modo que si él llama a otros dragones cuando ha asumido esa forma, ¿por qué no podría convencer a algunos de ellos para que lo siguiesen... con jinetes?

— Los dragones son criaturas amables y pacíficas — la interrumpió Larkin—. No deberíamos mezclarlos en algo así, donde podrían salir lastimados.

— Espera, espera. — Con la idea dando vueltas en su cabeza, Moira se apoyó en el respaldo de su silla—. ¿Podría hacerse? He visto que algunas personas tienen un dragón como mascota de vez en cuando, pero nunca he oído de nadie que monte en un dragón adulto, excepto en los cuentos. Si pudiera hacerse, nos permitiría viajar más de prisa e incluso de noche. Y en la batalla... — Moira se interrumpió al ver la expresión de Larkin—. Lo siento, Larkin, de verdad. Pero no podemos ponernos sentimentales en esta cuestión. El dragón es un símbolo de Geall, y Geall necesita sus símbolos. Le hemos pedido a nuestro pueblo, a nuestras mujeres, a los jóvenes y a los mayores, que luchen y se sacrifiquen. Si eso puede hacerse, debemos hacerlo.

— No sé si puede hacerse.

Moira sabía muy bien cuándo Larkin estaba siendo terco como una muía.

— Pues tendrás que intentarlo. Nosotros amamos también a nuestros caballos, Larkin — le recordó Moira—. Sin embargo, lo llevaremos con nosotros a la guerra. Ahora, Hoyt, quiero que me lo digas sin rodeos, ¿es mejor que Larkin y tú vayáis solos, o que lo hagáis los tres?

Hoyt parecía apenado.

— Bueno, me has puesto entre la espada y la pared, ¿no crees? A Larkin le preocupa que Blair no esté totalmente recuperada del ataque.

— Estoy bien para ir a esa misión — insistió ella, y luego golpeó, no muy suavemente, a Larkin en el hombro—. ¿Quieres pelear conmigo, vaquero, y averiguarlo?

— Las costillas todavía le duelen al acabar el día y el hombre herido aún lo tiene débil.

— Yo te enseñaré lo que es estar débil.

— Vamos, vamos, niños. — Glenna se las ingenió para sonar frívola y sarcástica—. Yo creo que Blair está en condiciones de hacerlo. Lo siento,

cariño — le dijo a Larkin— pero no podemos permitirnos mantenerla en la lista de inválidos.

— Sería mejor que ella viniese con nosotros. — Hoyt miró a Larkin compasivamente—. Con tres, no sería necesario estar fuera más de un día. Las primeras tropas podrían salir al amanecer y avanzar hasta el primer puesto.

— Eso nos deja a tres de nosotros aquí para seguir trabajando, entrenando y preparándonos. — Moira asintió—. Eso sería lo mejor. Larkin, ¿crees que Tynan debería dirigir esas primeras tropas?

— ¿Lo preguntas como un bálsamo para mi orgullo herido o porque realmente quieres saber mi opinión?

— Ambas cosas.

Moira consiguió arrancarle una sonrisa reacia.

— Entonces, sí, Tynan sería el hombre indicado para ese trabajo.

— Deberíamos ponernos en marcha. — Blair paseó la mirada alrededor de la mesa—. Con la velocidad que Larkin puede alcanzar por aire, podemos haber instalado la primera base, quizá las dos primeras, antes de que caiga la noche.

— Llevad todo lo que necesitéis — les dijo Moira—. Yo hablaré con Tynan y le diré que salga al mando de las primeras tropas al amanecer.

— Ella os estará esperando. — Cian habló por primera vez desde que Moira había entrado en el salón—. Si Lilith no ha pensado en ese movimiento, uno de sus consejeros lo habrá hecho. Tendrá soldados apostados para interceptaros y tenderos una trampa.

Blair asintió.

— Es lo que había supuesto. Por eso es mejor que seamos tres y lleguemos desde el aire. Ellos no nos cogerán por sorpresa, pero quizá nosotros a ellos sí.

— Tendréis más posibilidades de conseguirlo si lo hacéis así. — Cian se levantó para acercarse al mapa y mostrar lo que decía—. Dando un rodeo y llegando a la primera posición desde el este o el norte. Llevará más tiempo, por supuesto, pero lo más probable es que estén vigilando en dirección al castillo.

— Buen punto — reconoció Blair, y luego frunció el cejo mirando a Larkin—. Hoyt y yo podemos bajar a tierra fuera de la vista de esos monstruos y enviar a nuestro chico a inspeccionar la madriguera. Quizá como un pájaro o algún otro animal del que no sospechen al verlo por esa zona. Habrá que llevar provisiones extras — añadió— teniendo en cuenta la cantidad de combustible que quema cada vez que cambia de forma, pero es mejor estar seguros.

— Que sea algo pequeño — le advirtió Cian a Larkin—. Si apareces como un venado o cualquier clase de animal de caza, podrían matarte por diversión o para conseguir comida extra. Imagino que ya deben de estar bastante aburridos. Si allí hace el mismo tiempo que está haciendo aquí, lo más probable es que estén dentro o resguardados en alguna parte. No nos gusta estar empapados más que a los humanos.

— Muy bien, ya lo resolveremos. — Blair se levantó—. Si tienes algún truco que llevar en la manga — le dijo a Hoyt—, no te olvides de incluirlo.

— Ten cuidado.

Glenna acomodó la capa de Hoyt mientras se despedía de él a las puertas del castillo.

— No debes preocuparte.

— Viene con el cargo. — Glenna le apoyó ambas manos en el pecho mientras lo miraba a los ojos—. Tú y yo hemos estado juntos desde que comenzó todo esto. Me gustaría ir contigo.

— Aquí te necesitan. — Hoyt tocó la cruz que Glenna llevaba al cuello y luego repitió el gesto con la suya—. Sabrás dónde estoy y cómo estoy. Serán dos días como máximo. Regresaré a ti.

— Asegúrate de que así sea. — Lo atrajo hacia sí y lo besó larga e intensamente mientras su corazón se estremecía—. Te amo. Cuídate.

— Te amo. Debes ser fuerte. Ahora vete dentro, a resguardo de la lluvia.

Pero Glenna esperó mientras Larkin se transformaba en un dragón y luego Hoyt y Blair cargaban las armas y los morrales. Esperó a que ambos montasen en el lomo del dragón y se elevasen, volando a través de la cortina de agua gris.

— Es duro ser la que espera — dijo Moira a su espalda.

— Horrible. — Glenna se volvió y cogió con fuerza la mano de Moira—. De modo que tienes que mantenerme ocupada. Iremos dentro y daremos nuestra primera clase. — Ambas se alejaron de las puertas—. ¿Recuerdas cuándo fue la primera vez que supiste que tenías poder?

— No. No fue nada definido, como lo de Larkin. Ocurría que, a veces, yo sabía cosas. Dónde encontrar algo que se había perdido. O dónde se había escondido alguien si estábamos jugando. Pero siempre parecía que podía deberse tanto a la buena suerte, o al sentido común, como a cualquier otra cosa.

— ¿Tu madre también tenía un don?

— Sí. Pero más suave, ya me entiendes. Una especie de empatía podría decirse. Un don para cultivar cosas. — Apartó la trenza y se la echó hacia la espalda—. Los jardines que rodean el castillo son todos obra de



ella. Si ayudaba en un parto o a un enfermo, les daba consuelo y alivio. Siempre he pensado en lo que ella tenía y lo que yo tengo, como una especie de magia femenina. Empatía, intuición, sanación.

Atravesaron la galería cubierta en dirección a la escalera.

— Pero desde que comencé a trabajar contigo y con Hoyt, lo he sentido con mayor intensidad. Como una conmoción. Me parecía que era una especie de eco o un reflejo del poder más fuerte que tenéis vosotros. Luego tomé posesión de la espada.

— Un talismán o un conducto — especuló Glenna—. O, más sencillamente, una llave que abría una puerta que ya estaba en ti.

Glenna entró primero en la habitación donde trabajaban ella y Hoyt. No era muy diferente a la habitación de la torre que tenían en la casa de Irlanda. Más grande, pensó Moira, y con una puerta en forma de arco que llevaba a uno de los numerosos balcones del castillo.

Pero los olores eran los mismos, hierbas y ceniza, y algo que era una mezcla entre floral y metálico. Había varios de los cristales de Glenna colocados en mesas y arcones. Moira supuso que era tanto una cuestión estética como con fines mágicos.

Había también cuencos, frascos y libros.

Y cruces — plata, madera, piedra, cobre— colgadas en cada abertura al exterior.

— Esto está frío y húmedo — comentó Glenna—. ¿Por qué no enciendes el fuego?

— Oh, sí, por supuesto.

Pero cuando Moira se dirigía hacia el amplio hogar de piedra, Glenna se echó a reír y le cogió la mano.

— No, así no. Fuego. Es algo elemental, una de las habilidades básicas. Para practicar la magia utilizamos los elementos, la naturaleza. Los respetamos. Enciende el fuego desde aquí, conmigo.

— No sabría cómo empezar.

Contigo misma. Mente, corazón, estómago, hueso y sangre.

Visualiza el fuego, sus colores y formas. Siente su calor, huele el humo y la turba ardiente. Luego saca eso de tu mente, de tu interior, y ponlo en el hogar.

Moira hizo lo que Glenna le decía, y le pareció que algo la recorría bajo la piel, aunque la turba permaneció inmóvil y fría.

— Lo siento.

No. Se necesita tiempo, energía y concentración. Y fe. ¿Recuerdas cuando diste tus primeros pasos, levantándote del suelo cogida a las faldas de tu madre o a las patas de una mesa, o cuántas veces te caíste antes de ser capaz de mantenerte en pie? Da tu primer paso, Moira. Extiende la mano derecha. Imagina que el fuego se enciende dentro de ti, caliente, brillante. Fluye hacia afuera, desde tu estómago, a través de tu corazón, recorriéndote el brazo hasta las puntas de los dedos. Visualízalo, siéntelo. Envíalo a donde desees.

Era casi un estado hipnótico, la voz tranquila de Glenna y el aumento de calor en su interior. En esos momentos la sensación era más intensa, debajo de la piel, encima de ella. Y una débil lengua de fuego brotó en un trozo de turba.

— ¡Oh! Ha sido como un resplandor dentro de mi cabeza. Pero tú has hecho la mayor parte.

— Sólo un poco — la corrigió Glenna —. Sólo un pequeño empujón.

Moira dejó escapar el aire.

— Me siento como si hubiese escalado una montaña.

— Luego te resultará más fácil.

Moira asintió mientras observaba cómo el fuego cobraba fuerza.

— Enséñame.

Al cabo de dos horas, Moira no sólo se sentía como si hubiera escalado una montaña, sino como si se hubiese despeñado por una... de cabeza. Pero había aprendido a llamar y, de alguna manera, controlar dos de los cuatro elementos. Glenna le había dado una lista de pequeños conjuros y hechizos para que los practicase a solas. «Tareas escolares», así las había llamado Glenna, y la estudiosa que había en Moira estaba ansiosa por aplicarse a ellas.

Pero había otras cuestiones de las que debía ocuparse. Se puso un atuendo más formal, se colocó la corona de su cargo en la cabeza y fue a reunirse con su tío para hablar de finanzas.

Las guerras no eran baratas.

— Muchos han tenido que dejar las cosechas sin recoger — le dijo Riddock —. Los rebaños desatendidos. Algunos de ellos seguramente perderán sus hogares.

— Les ayudaremos a reconstruirlos. Durante dos años no habrá impuestos ni recaudaciones.

— Moira...

— El tesoro podrá soportarlo, tío. No puedo sentarme sobre oro y joyas, no importa cuál sea su historia, mientras nuestro pueblo se sacrifica. Primero fundiré la corona real de Geall. Cuando lo haya hecho, sembraré cincuenta hectáreas de grano. Y otras cincuenta para pastos. Y lo que se obtenga de ellas se devolverá a aquellos que lucharon, a las familias de cualquiera que haya muerto o a quien hayan herido de gravedad sirviendo a Geall.

Riddock se frotó la dolorida cabeza.

— ¿Y cómo harás para saber quién ha servido a Geall y quién se ha escondido?

— Les creeremos. Vos pensáis que soy ingenua y compasiva. Tal vez lo sea. Algo de lo cual será necesario que sea una reina cuando todo esto haya terminado. Ahora, en cambio, no puedo ser ingenua ni compasiva, y debo presionar y estimular y pedirle a mi pueblo que siga entregándose. Y pido mucho de vos. Estáis aquí mientras unos desconocidos convierten vuestro hogar en unos barracones.

— No es nada.

— Es mucho, y no será lo último que os pida. Oran se marcha mañana.

— El ha hablado conmigo. — En la voz de Riddock había un tinte de inocultable orgullo, aunque en sus ojos se percibía la tristeza —. Mi hijo pequeño es ya un hombre, y debe ser un hombre.

— No cabía esperar menos siendo vuestro hijo. Y mientras las tropas comienzan a marchar, el trabajo aquí debe continuar. Hay que forjar armas y la gente debe ser alimentada y alojada. Entrenada. Tenéis mi autorización para gastar todo lo que sea necesario. Pero... — Moira sonrió brevemente — ... si algún comerciante o artesano buscar obtener un beneficio excesivo de sus productos, tendrá una audiencia con la reina.

Riddock le devolvió la sonrisa.

— Muy bien. Tu madre estaría orgullosa de ti.

— Espero que sí. Pienso en ella todos los días. — Se levantó y ese gesto hizo que Riddock la imitase —. Debo ir a ver a mi tía. Ella ha sido muy buena al aceptar representar el papel de dueña y señora del castillo durante estas semanas.

— Lo disfruta.

— Me maravilla que pueda hacerlo. Las cocinas, el lavadero, la limpieza, las tareas de costura. Estaría completamente perdida sin ella.

— Estará encantada de oírlo. Pero me cuenta que vas a hablar con ella todos los días, a recorrer las cocinas y el lavadero. Del mismo modo que

me cuentan que visitas a los herreros y a los jóvenes que están tallando las estacas. Y hoy has estado además entrenando con las otras mujeres.

— Nunca pensé que mi cargo fuese ocioso.

— No, pero necesitas descansar Moira. Tienes ojeras.

Se dijo a sí misma que debía pedirle a Glenna que le enseñara a hacer un conjuro.

— Ya habrá tiempo para descansar cuando todo esto haya terminado.

Pasó una hora en compañía de su tía, repasando las cuentas y las tareas domésticas, luego otra hablando con algunos de los que llevaban a cabo esas tareas.

Cuando se dirigía hacia el salón con la idea de tomar una comida ligera y un poco de té, oyó la risa de Cian.

Le alivió saber que estaba con Glenna, pero se preguntó si ella tenía la energía suficiente para verlo después de un día tan largo.

Se sorprendió alejándose del salón, y sintió un leve arrebató de cólera. ¿Acaso necesitaba beber varias copas de vino para poder estar en la misma habitación que él? ¿Qué clase de cobarde era? Irguiendo la espalda, entró en el salón, y encontró a Glenna y a Cian sentados junto al fuego, disfrutando de frutas y té.

Ambos parecían tan cómodos en su mutua compañía, pensó Moira. ¿Glenna encontraba extraño o reconfortante que Cian se pareciera tanto a su hermano? Había pequeñas diferencias, por supuesto. Aquella hendidura en el mentón de Cian que su hermano no tenía. Y su rostro era más delgado que el de Hoyt, y llevaba el pelo más corto que él.

Y también estaban su postura y sus movimientos. Cian siempre parecía sentirse cómodo, y caminaba con una fluidez casi animal.

A ella le gustaba mirarlo cuando se movía, admitió Moira. Cian siempre le hacía pensar en algo exótico, bello a su manera, y asimismo letal.

El sabía que ella estaba allí, estaba segura. Aún no había visto que nada ni nadie se acercase a Cian sin que él lo supiera. Pero sin embargo siguió repantigado en el sofá mientras que la mayoría de los hombres se habría levantado porque una mujer — sobre todo una reina — entraba en la habitación.

Era como cuando se encogía de hombros, pensó. Una especie de indiferencia deliberada. Esperaba no encontrar atractivo también ese rasgo de su personalidad.

— ¿Interrumpo algo? — preguntó mientras atravesaba la habitación.

— No. — Glenna se volvió para sonreírle—. He pedido suficiente comida para tres esperando que tuvieses algo de tiempo.

Cian me estaba entreteniendo contándome historias de las hazañas de Hoyt cuando era pequeño.

— Señoras, os dejo para que disfrutéis del té — dijo Cian.

— No, por favor. — Antes de que pudiese levantarse, Glenna lo cogió del brazo—. Te has esforzado mucho para ahuyentar mis preocupaciones.

— Si sabías que estaba haciendo eso, es que no me he esforzado lo suficiente.

— Me has dado un respiro, y quiero que sepas que lo aprecio. Ahora, si todo va según lo planeado, deberían estar ya en la base prevista. Necesito echar un vistazo. — Tenía el pulso firme cuando le sirvió el té a Moira—. Creo que sería mejor si todos echáramos un vistazo.

— ¿Puedes ayudarles si...? — Moira dejó que la pregunta quedara en suspenso.

— Hoyt no es el único que tiene magia en la manga. Pero podré ver con mayor claridad y ayudar si es necesario si vosotros trabajáis conmigo. Sé que has tenido un día muy largo, Moira.

— Ellos también son mi familia.

Glenna asintió y se levantó.

— He traído lo que he pensado que necesitaríamos. — Sacó su bola de cristal, algunos cristales más pequeños y unas hierbas.

Luego lo dispuso todo sobre la mesa. A continuación, se quitó la cruz y rodeó la bola de cristal con la cadena.

— Muy bien — dijo con tono ligero y las manos sobre la bola de cristal—. Veamos qué están haciendo.

Llovía en todo Geall, lo que les había hecho bastante incómodo el viaje. Los tres habían descrito un amplio círculo hasta aterrizar aproximadamente a medio kilómetro al este de la granja que tenían intención de utilizar como base de operaciones. Su ubicación era excelente, casi a medio camino entre la tierra ocupada por Lilith y el campo de batalla. La suposición de Cian, de que estarían desplegados para tenderles una emboscada, resultó ser correcta.

Blair y Hoyt desmontaron del lomo del dragón y luego procedieron a descargar las armas y los suministros. Allí disponían de cierta protección, con el muro bajo de piedra que separaba los campos y el puñado de árboles dispersos que discurría junto a él. Nada se movía bajo la lluvia.

Convertido nuevamente en hombre, Larkin se pasó ambas manos por el pelo mojado.

— Un día de perros. ¿Habéis podido ver bien nuestro objetivo? — Una cabaña de dos pisos — contestó Blair—. Tres construcciones anexas, dos dehesas. Ovejas. No hay humo ni señales de vida, tampoco caballos. Si están en la casa, seguramente han apostado guardias, probablemente un par de ellos en cada cabaña. Vigilan por turnos mientras los demás duermen. Necesitan comida, de modo que deben de tener prisioneros. O, si viajan ligeros de equipaje y armamento, seguramente llevan todo lo que necesitan en cantimploras... quiero decir en pellejos.

— Podría arriesgarme a echar un vistazo — dijo Hoyt—. Sin embargo, si Lilith ha enviado a alguien con poder, podría sentirlo, y también nuestra presencia.

— Sería más sencillo que yo me diese una vuelta por allí. — Larkin hizo una pausa para darle un mordisco a una manzana. El largo viaje le había abierto el apetito—. Seguramente no han levantado un escudo, como sí han hecho alrededor de la base principal. No si esperan atrapar a algunos de nosotros cuando nos acerquemos, si es que lo hacemos.

— Puedes ir, pero en la forma de animal pequeño — le recordó Blair—. Cian ha hecho una buena observación en ese sentido.

— Sí, está bien. — Se metió un trozo de pan en la boca—. Un ratón es lo bastante pequeño, y ya ha dado resultado antes. Tardaré un poco más que si se tratase de un lobo o de un ciervo.

— Se quitó la cruz que llevaba al cuello—. Tendrás que guardarme esto.

— Odio esta parte. — Blair cogió la cruz—. Odio que entres allí sin un escudo o una arma.

— Debes tener un poco de fe.

Larkin cogió la barbilla de Blair entre los dedos y la besó en los labios. Luego retrocedió unos pasos antes de convertirse en un pequeño ratón de campo.

— No puedo creer que haya besado eso — musitó Blair, y luego aferró con fuerza su cruz mientras el ratón se alejaba a través de la hierba—. Ahora debemos esperar.

— Será mejor que tomemos precauciones. Trazaré un círculo — dijo Hoyt

Larkin estaba cerca de la primera construcción anexa cuando vio al lobo. Era un animal grande y negro, agazapado en un matorral de bayas. No le prestó atención mientras sus ojos rojos examinaban el campo y el camino

que discurría hacia el oeste. Aun así, Larkin dio un amplio rodeo antes de deslizarse bajo la puerta.

Era un establo sencillo y había dos caballos en las cuadras. Y dos vampiros sentados en el suelo, jugando una partida de dados.

El ratón alzó la cabeza con cierta sorpresa. A Larkin nunca se le había ocurrido que los vampiros jugasen a nada. El lobo, dedujo, era su centinela. Una señal del animal y ambos entrarían en acción. Pero por el momento estaban demasiado concentrados en el juego de dados como para reparar en un pequeño ratón.

En el establo había espadas y dos aljabas llenas de flechas. En un raptó de inspiración, Larkin corrió hacia donde estaban los arcos, apoyados contra una de las cuadras, y comenzó a roer las cuerdas.

Cuando Larkin abandonó el establo, uno de los vampiros estaba maldiciendo la suerte de su compañero.

Encontró disposiciones similares en cada una de las construcciones, con el grueso principal de soldados en la cabaña. Aunque podía oler la sangre, no vio a ningún humano. En la cabaña, cuatro vampiros dormían en el henil mientras otros cinco montaban guardia.

Hizo todo lo que podía hacer un ratón para cometer sabotaje, y luego volvió a salir rápidamente.

Encontró a Blair y Hoyt donde los había dejado, sentados sobre una manta mojada, dentro de un círculo que brillaba tenuemente.

— He contado quince de ellos — les dijo —. Y un lobo. Habrá que hacer algo con ese animal si queremos tener alguna posibilidad de sorprender a los demás.

— Tenemos que avanzar en silencio entonces. — Blair cogió un arco —. Y contra el viento. Hoyt, si Larkin puede darme la posición exacta, ¿hay alguna posibilidad de que me ayudes a verlo — Puedo darte la posición exacta — intervino Larkin antes de que Hoyt pudiese contestarle — porque ahora iremos juntos. Has ganado el primer asalto viniendo a esta misión, pero no entrarás sola en ese nido de vampiros.

— No, no lo haré. De nosotros tres, tú eres la mejor con el arco, de modo que te encargarás de disparar — le dijo Hoyt a Blair —.

Pero nosotros protegeremos tu flanco mientras lo haces. Yo haré lo que pueda para ayudarte a que tengas un tiro limpio.

— ¿Tiene sentido discutir que uno se mueve más de prisa y más silenciosamente que tres? No lo creo — concluyó Blair, topándose con un silencio inflexible —. Pongámonos en marcha entonces.

Tuvieron que dar un amplio rodeo para mantenerse fuera de vista e impedir que el viento llevara su olor. Pero cuando aparecieron detrás del lobo, Blair meneó la cabeza.

— No creo que pueda darle en el corazón desde esta distancia.

Moira quizá pudiese, pero yo no soy tan buena como ella. Necesitaré más de un disparo.

Lo pensó un momento, tratando de ver cuál era la mejor manera de hacerlo.

— Tú harás el primer disparo — le susurró a Larkin—. Acércate tanto como puedas. Si retrocede o se vuelve puedo alcanzarle. Uno, dos — añadió usando los dedos—. Tiene que ser rápido, tiene que ser silencioso.

Larkin asintió, sacó una flecha de la aljaba y la aseguró en la cuerda de su arco. Para él era un tiro largo y el ángulo era escaso.

Pero apuntó, respiró profundamente y disparó la flecha. Alcanzó al lobo entre los omóplatos y su cuerpo dio un respingo. La flecha de Blair dio en el blanco exacto.

— Buen trabajo — dijo, mientras volaban cenizas y humo negro.

Hoyt fue a decir algo, y entonces la voz de Glenna resonó en su cabeza tan nítidamente como si hubiese estado de pie junto a él.

*¡Detrás de vosotros!*

Hoyt se dio la vuelta rápidamente. Un segundo lobo se abalanzó sobre ellos, su cuerpo chocando contra el de Hoyt y lanzándolo a tierra mientras caía encima de Larkin. Hombre y lobo lucharon cuerpo a cuerpo sólo durante un instante. Cuando Blair hubo sacado la espada y Hoyt la suya, el lobo estaba rodando bajo un oso.

Las garras del oso surcaron el aire y cortaron profundamente el cuello del lobo. Brotó un chorro de sangre. El oso se derrumbó sobre las cenizas negras antes de convertirse nuevamente en hombre.

Blair se dejó caer de rodillas y pasó las manos frenéticamente sobre el cuerpo de Larkin.

— ¿Te ha mordido? ¿Te ha mordido?

— No. Sólo unos rasguños aquí y allá. Ninguna mordedura.

¡Oh, menudo hedor desprende ese animal! — Se apoyó sobre los codos jadeando y miró su camisa ensangrentada con una mueca de disgusto—. Me ha arruinado una buena túnica de caza. — Miró a Hoyt—. ¿Estás bien?

— Podría no estarlo. Ha sido Glenna. Debía de estar vigilando. He oído su voz en mi cabeza. — Hoyt le tendió la mano a Larkin para ayudarlo a levantarse—. Si llevas esa túnica nos olerán desde un kilómetro de



distancia. Necesitarás... espera, espera. — Y su sonrisa se abrió paso, lenta y siniestra—. Tengo una idea.

El lobo negro se agazapó sobre una figura ensangrentada y, desde la parte trasera del establo, lanzó un aullido ronco. Un momento después, un vampiro armado con una hacha abrió la puerta.

— ¿Qué es lo que tenemos aquí? — Miró por encima del hombro—. Uno de los lobos nos ha traído un regalo.

Tendido boca abajo, Hoyt dejó escapar un leve gemido.

— Aún está vivo. Llémosle dentro. No hay necesidad de compartirlo con los demás, ¿verdad? Podríamos comer algo fresco, para variar.

Cuando el segundo vampiro salió del establo miró al lobo con una sonrisa.

— Sí, buen perro. Ahora tendremos...

Antes de acabar la frase, explotó convertido en una nube de ceniza cuando Blair le clavó la estaca en la espalda atravesándole el corazón. Su compañero no tuvo tiempo de levantar el hacha antes de que Hoyt saltase sobre él y le cortara el cuello con su espada.

— Sí, buen perro. — Blair imitó al vampiro, e hizo una rápida caricia sobre la espesa piel de Larkin—. Yo digo que sigamos con el caballo ganador y empleemos la misma táctica en la siguiente cabaña.

En su segunda incursión, tuvieron unos resultados casi idénticos, pero en la tercera cabaña sólo uno de los vampiros salió a ver qué ocurría. Por la forma en que miró subrepticamente por encima del hombro hacia el interior de la construcción, resultaba evidente que su intención era quedarse para él solo esa comida llegada de forma fortuita. Cuando le dio la vuelta a Hoyt, la inesperada comida le atravesó el corazón con una estaca.

Blair, haciendo ahora señas con las manos, indicó que ella entraría primero con Hoyt cubriéndole las espaldas. «Rápida y silenciosa», pensó, mientras se deslizaba dentro de la cabaña. Vio que el otro guardia se había hecho un confortable nido con mantas y estaba disfrutando de una siesta vespertina en lo que supuso que era un palomar. De hecho, estaba roncando.

Tuvo que reprimir media docena de comentarios ingeniosos que hormigueaban en su lengua y, simplemente, acabó con él mientras dormía.

Luego dejó escapar aire despacio.

— No pretendo quejarme, pero esto es casi embarazoso y un tanto aburrido.

— ¿Te decepciona que no debamos luchar por nuestras vidas? — preguntó Hoyt.

— Bueno, sí. Un poco.

— Anímate. — Larkin entró en el palomar y estudió el área—. Hay nueve en la cabaña grande, o sea que nos superan ampliamente en número.

— Ah, gracias, cariño. Siempre sabes qué decir para alegrarme. — Levantó el hacha que había recogido después de matar al primer vampiro—. Vayamos a patear algunos culos.

Arrastrándose por detrás de un abrevadero, Blair y Hoyt estudiaron la cabaña. La estrategia del lobo/hombre herido no funcionaría en ese caso, y la alternativa que acordaron era muy peligrosa.

— Larkin ya ha cambiado de forma varias veces — comentó Blair—. Comienza a pasarle factura.

— Ha comido cuatro pasteles de miel — dijo Hoyt.

Blair asintió, esperando que fuese energía suficiente, mientras el dragón se posaba suavemente sobre la techumbre de paja. Larkin recuperó su forma humana y luego desenvainó la espada y sacó la estaca. Les hizo una seña a Blair y Hoyt antes de descolgarse del techo para atisbar a través de una de las ventanas del segundo piso.

Al parecer, pensó Blair, no tenía que transformarse en un mono para trepar como uno de ellos. Larkin alzó cuatro dedos.

— Cuatro arriba, cinco abajo. — Blair se agazapó—. ¿Estás preparado?

Hoyt y ella se dirigieron rápidamente hacia ambos lados de la puerta de la cabaña manteniéndose agachados. Tal como habían convenido, Blair contó hasta diez. Luego pateó la puerta.

Con el hacha decapitó al vampiro que tenía a su derecha, luego utilizó el mango para bloquear el golpe de una espada. Con el rabillo del ojo, vio que una bola de fuego aparecía en la mano de Hoyt. Algo gritó.

Larkin y uno de los vampiros cayeron desde el henar y golpearon duramente contra el suelo. Blair trató de abrirse paso hacia ellos, pero recibió una fuerte patada en las doloridas costillas. El dolor y la violencia del golpe la lanzaron sobre una mesa, que se rompió bajo su peso.

Usó la pata astillada de la mesa para convertir en polvo al vampiro que la había atacado. Luego lanzó la improvisada estaca y alcanzó a otro monstruo que se lanzaba contra Hoyt por detrás. No le acertó en el corazón. Maldiciendo en voz baja, se levantó casi sin aliento.

Hoyt contraatacó con una patada lateral que hizo cantar de alegría a su corazón de guerrera. Cuando el vampiro cayó, Larkin acabó con él de un certero tajo en el cuello.

— ¿Cuántos? — gritó Blair—. ¿Cuántos?

— Yo he acabado con dos — contestó Hoyt.

— Cuatro yo — dijo Larkin. Aunque sonreía, cogió a Blair del brazo — . ¿Estás mal?

— No muy bien. Me han golpeado en las costillas. Sólo he podido liquidar a dos de ellos. Aún queda uno.

— Ha escapado por una de las ventanas de arriba. Ven, siéntate, vamos, siéntate. También te sangra el brazo.

— Mierda. — Se miró y vio un corte que no había sentido antes — . Mierda. Y a tite sangra la nariz y también la boca. ¿Hoyt?

— Unos cuantos cortes. — Se acercó cojeando hacia ellos — . No creo que debamos preocuparnos demasiado por el que ha conseguido escapar. Pero haré un conjuro para revocar cualquier invitación. Déjame ver qué puedo hacer por tu brazo.

— El conjuro primero. — Respirando a través de los dientes, Blair miró a Larkin — . Cuatro, ¿eh?

— Bueno, dos de ellos estaban apareándose y eso ha hecho que se distrajesen cuando he entrado por la ventana. De modo que he acabado con los dos de un solo golpe.

— Tal vez deberíamos contarlos como uno.

— Oh, no, de eso nada. — Larkin acabó de hacerle un vendaje de campaña en el brazo herido y él se limpió la sangre que tenía en la nariz — . Jesús, me muero de hambre.

El comentario hizo reír a Blair y, a pesar del dolor que sentía en las costillas, le dio un abrazo.

— Están bien. — Glenna dejó escapar un suspiro tembloroso — . Un poco golpeados, un poco ensangrentados, pero están bien. Y a salvo. Lo siento, lo siento. Pero observarlo de esta manera, sin ser capaz de ayudarles... Me parece que voy a sufrir un ligero ataque de nervios.

Tal como había anunciado, Glenna hundió la cara entre las manos y rompió a llorar.

## CAPÍTULO 7

Cian hizo mutis por el foro y dejó a Glenna en compañía Moira. Según su experiencia, las mujeres saben desenvolverse mejor con las lágrimas de otras mujeres. Su propia reacción ante lo que habían visto en la bola de cristal no había sido miedo o alivio, sino simple y pura frustración.

Había sido relegado al papel de espectador mientras otros luchaban. Instalado cómodamente en el jodido salón con mujeres y tazas de té, como si fuese el venerable abuelo de alguien.

Aunque las sesiones de entrenamiento le suponían cierto nivel de entretenimiento, él no había podido disfrutar de una buena pelea desde que abandonaran Irlanda. Y no había tenido una mujer desde mucho antes de eso. Dos maneras muy satisfactorias de liberar tensión y energía le habían sido negadas... o él se las estaba negando a sí mismo.

No le sorprendía que así fuese, pensó, cuando estaba atado con unos nudos detestables a un par de serenos ojos grises.

Podía seducir a una de las criadas, pero eso supondría un montón de complicaciones, y probablemente no mereciera ni el tiempo ni el esfuerzo. Tampoco podía luchar contra ninguno de los humanos que tenía a su alrededor, lo que era jodidamente malo.

Si salía de cacería, era probable que pudiese asustar al menos a un par de soldados de Lilith. Pero no podía arriesgarse a salir bajo la lluvia con la esperanza de conseguir una presa.

Al menos en su época, en su mundo, tenía un trabajo que lo mantenía ocupado. Por supuesto, también mujeres, si es que le apetecía estar con una, pero el trabajo lo ayudaba a pasar el tiempo. El infinito tiempo.

Al no tener nada de eso a su alcance, se encerró en su habitación, comió y se durmió. Y soñó como no lo había hecho en décadas y más décadas de cazar humanos. El olor fuerte y salobre de éstos saturaba el aire, cada vez más intensamente, hasta el punto de que hasta sus débiles y desenfrenados instintos le advertían que se trataba de una presa. Era un perfume primitivo y seductor que estimulaba la necesidad que sentía en el estómago y en la sangre.

Se trataba de una prostituta que recorría los sórdidos callejones de Londres. Joven, sin embargo, y bella a pesar de su oficio, lo que le hizo pensar que probablemente no llevase mucho tiempo haciendo la calle. Supo que la muchacha había tenido algunos clientes esa noche, porque olía a sexo.

Podía oír el sonido de una música estridente y la risa ebria y áspera que salía de algún pub, así como el trote del caballo de un carruaje que se alejaba. Todo distante, demasiado distante como para que los oídos humanos de la joven pudiesen percibirlo. Y demasiado distante como para que sus piernas humanas pudiesen alcanzarlo corriendo, si lo intentaba.

La muchacha se apresuraba a través de la niebla espesa y amarillenta, apurando el paso con nerviosas miradas por encima del hombro mientras él permitía deliberadamente que resonasen sus pisadas a sus espaldas.

El olor de su miedo le resultaba embriagador... tan fresco, tan vivo.

Fue muy fácil cogerla, cubrir el chillido de su boca con la mano... los latidos de animalillo asustado de su corazón con la otra.

Fue muy divertido ver cómo sus ojos recorrían su rostro, joven y atractivo —la ropa cara y elegante— y su expresión se volvía tímida, cohibida, mientras él retiraba la mano de su boca.

— Señor, habéis asustado a una pobre chica. Pensé que erais un ladrón.

— Nada de eso. — El cultivado acento que utilizó contrastaba vivamente con el acento vulgar de los bajos fondos de Londres de la muchacha—. Simplemente busco un poco de placer y estoy dispuesto a pagar el precio que pidas.

Con una risita tonta y un batir de pestañas, ella dijo una cifra que él sabía que debía de ser el doble de su tarifa habitual.

— Por ese dinero, creo que deberías darme mucho placer.

— Lamento pedirle dinero a un caballero tan fino y atractivo, pero debo ganarme la vida. Tengo una habitación cerca de aquí.

— No la necesitaremos.

— ¡Oh! — Ella se echó a reír cuando él le levantó la falda—. ¿Aquí? Con la mano libre, él le bajó el corpiño y le cubrió el pecho. Necesitaba sentir su corazón, latiendo, latiendo, latiendo. Entró en ella embistiendo con fuerza, de modo que sus nalgas desnudas golpeaban contra la pared de piedra húmeda del callejón. Y vio la sorpresa y la conmoción en sus ojos al descubrir que él podía darle placer.

El latido debajo de su mano se aceleró y la respiración de la muchacha se agitó, brotando de sus labios entre gemidos y jadeos.

Él dejó que alcanzase el climax —un pequeño gesto— y permitió también que sus ojos soñolientos y aturdidos se encontrasen con los suyos antes de exhibir los colmillos.

La muchacha gritó, un sonido breve y agudo que él interrumpió cuando hundió los dientes en su cuello. El cuerpo de ella se agitó

violentamente, provocándole un orgasmo muy satisfactorio mientras se alimentaba de su sangre. Mientras mataba. Los latidos bajo su mano se fueron volviendo más lentos, más silenciosos, hasta que cesaron.

Saciado y satisfecho, la dejó en el callejón con las ratas, y el dinero que ella le había pedido arrojado con indiferencia junto a su cuerpo inmóvil. Luego se alejó hasta ser engullido por la niebla densa y amarillenta.

Se despertó en el momento presente lanzando una maldición. El sueño le había despertado apetitos y pasiones largamente reprimidos. Casi había podido saborear la sangre de la muchacha en la boca, casi había podido oler su rica fragancia. En la oscuridad, su cuerpo tembló ligeramente, un adicto con síndrome de abstinencia; de modo que se obligó a levantarse de la cama y beber aquello que se permitía a sí mismo en lugar de la sangre humana.

*Eso nunca te satisfará. Nunca te llenará. ¿Por qué sigues luchando contra lo que eres?*

— Lilith — pronunció el nombre débilmente. Reconoció la voz en su cabeza y comprendió quién y qué había creado ese sueño en su mente. ¿Era siquiera uno de sus recuerdos? Ahora que estaba más tranquilo le parecía falso, como si fuese una obra de teatro con la que hubiese tropezado accidentalmente. Sin embargo, él había matado su ración de prostitutas en los callejones. Había matado a tantas, ¿quién podía recordar los detalles?

Lilith brilló en la oscuridad. Los diamantes refulgían en su cuello, en las orejas, en las muñecas, incluso en su frondosa cabellera. Llevaba un vestido azul adornado con marta cibelina, y un escote pronunciado que destacaba las generosas turgencias de sus pechos.

Se había tomado algo de trabajo con su vestido y apariencia, pensó Cian, para aquella visita ilusoria.

— Aquí está mi guapo muchacho — musitó ella —. Pero pareces tenso y cansado. No me sorprende, teniendo en cuenta lo que has estado haciendo. — Agitó el dedo con gesto burlón —. Chico travieso. Pero es mi culpa. No pude estar a tu lado durante los años de tu formación y te doblaste como una rama.

— Tú me abandonaste — señaló él. Aunque no las necesitaba, encendió algunas velas. Luego se sirvió un vaso de whisky —. Me mataste, me transformaste en uno de los tuyos, me lanzaste contra mi propio hermano y luego me dejaste malherido al pie de los acantilados.

— Donde permitiste que tu hermano te arrojara. Pero eras joven e imprudente. ¿Qué podía hacer yo? — Se bajó aún más el escote para que él pudiese ver la cicatriz en forma de pentáculo que tenía en el pecho —. Él me quemó. Me marcó. Yo no era buena para ti.

— ¿Y después? ¿Los días y meses y años después de aquello?

— Era extraño, pensó, extraño darse cuenta de que albergaba ese resentimiento, incluso esa herida, enterrada dentro de él. Como un niño despreciado por su madre—. Tú me hiciste, Lilith, me pariste, y luego me dejaste con menos sentimiento con el que un gato de albañal abandona a un gatito deforme.

— Tienes razón, tienes razón. No puedo discutirte lo. — Comenzó a pasear por la habitación con un andar majestuoso e indolente que hizo que sus faldas rozasen la mesa—. Fui descuidada contigo, mi querido muchacho. Y descargué sobre ti la ira que sentía hacia tu hermano. ¡Me avergüenzo de ello!

Sus bellos ojos azules pestañearon con alegría y la curva de sus labios era encantadoramente femenina.

— Pero tú conseguiste arreglártelas tan bien solo... al principio. Imagina cuál fue mi sorpresa cuando Lora me confirmó que los rumores que yo había oído eran ciertos y que habías dejado de cazar. Ah, por cierto, ella te envía sus saludos.

— ¿De verdad? Imagino que en este momento, su cara debe de ser algo digno de contemplar.

La sonrisa de Lilith se desvaneció y en sus ojos apareció un atisbo de rojo.

— Cuida tu lengua, o cuando llegue el momento no será solamente a esa jodida cazadora de vampiros a quien le arranque la piel a tiras.

— ¿Crees que puedes hacerlo? — Se acomodó en el sillón con el vaso de whisky en la mano—. Apostaría contigo, pero no estarías en condiciones de pagarme ya que, al final de esta historia, no serás más que un montón de cenizas.

— He visto el final de esta historia, en el humo. — Se acercó a él y se inclinó sobre el sillón... tan real que casi podía olería—. Este mundo arderá. No tendré ninguna necesidad de él. Cada humano de esta estúpida isla será masacrado, gritará y se ahogará en su propia sangre. Tu hermano y su círculo morirán de la forma más horrible. Lo he visto.

— Tu mago difícilmente podría mostrarte otra cosa — replicó Cian encogiéndose de hombros—. ¿Siempre fuiste tan crédula?

— ¡El me muestra la *verdad*! — Lilith se alejó, y su falda describió un furioso arco—. ¿Por qué insistes en esta aventura que está condenada al fracaso? ¿Por qué te opones a quien te concedió el máspreciado de los dones? He venido aquí a ofrecerte una tregua, un acuerdo privado y personal, sólo entre tú y yo. Aléjate de esto, querido, y tendrás no sólo mi perdón, sino un lugar a mi lado cuando llegue el día. Todo aquello que

anhelas y te has negado a ti mismo, lo colocaré a tus pies... como muestra de arrepentimiento por haberte abandonado cuando más me necesitabas.

— ¿O sea que regreso a mi tiempo, a mi mundo y todo está perdonado?

— Tienes mi palabra. Pero te daré más, mucho más, si vienes a mí. A mí. — Lilith ronroneó como una gata, al tiempo que amasaba sus pechos con las manos—. ¿Recuerdas lo que compartimos aquella noche? ¿La chispa, el calor?

Cian la miró mientras ella se acariciaba el cuerpo, blanco sobre rojo.

— Lo recuerdo muy bien.

— Podemos volver a tener eso, y más. Serás un príncipe en mi corte. Y un general, al mando de ejércitos en lugar de caminar por el fango con los humanos. Tendrás lo mejor de los mundos y todos sus placeres. Una eternidad de deseos satisfechos.

— Recuerdo que en una ocasión me prometiste algo parecido. Entonces estaba solo, destrozado y perdido, con la tierra de la tumba apenas retirada de mi cuerpo.

— Y ahora lo cumpliré. Ven conmigo. Aquí no hay lugar para ti, Cian. Tú debes estar con los de tu propia especie.

— Interesante. — Hizo tamborilear los dedos en el costado del vaso—. O sea que lo único que tengo que hacer es aceptar tu palabra de que me recompensarás en lugar de torturarme antes de acabar conmigo.

— ¿Por qué habría de destruir mi propia creación? — contestó ella con tono razonable—. ¿Alguien que ha demostrado ser un valiente guerrero?

— Por despecho, por supuesto, y porque tu palabra es tan ilusoria como tu presencia aquí. Pero yo te daré mi palabra en una cuestión vital, Lilith, y mi palabra es tan dura y brillante como esos diamantes que llevas. Seré yo quien vaya a por ti. Seré yo quien lo haga.

Cogió un cuchillo y se hizo un corte en la palma de la mano.

— Te lo juro por mi sangre. Mi rostro será el último que verán tus ojos.

La furia tensó las facciones de Lilith.

— Te has condenado a ti mismo.

— No — musitó Cian cuando la imagen se desvaneció—. Tú me condenaste.

Era noche cerrada y ya no seguiría durmiendo. Al menos, a esa hora, podía vagar por donde le apeteciera sin toparse con criados, cortesanos o guardias. Ese día ya había tenido suficiente compañía, tanto de vampiros como de humanos. Aun así, necesitaba distracción, movimiento, algo que lo



ayudase a eliminar los amargos restos del sueño y la visita que lo había seguido.

Admiró la arquitectura del castillo con más interés del que hubiese sentido cuando estaba vivo. Parecía sacado de un libro de cuentos, fantástico por dentro y por fuera, pensó; con las luces cambiantes de las antorchas elevándose desde sus apliques de pared en forma de dragón, los tapices con imágenes de hadas y fie tas, el mármol pulido brillando como una joya.

No había sido construido como una fortaleza, por supuesto, sino más bien como un hogar espléndido y lujoso. Digno sin duda de una reina. Hasta la llegada de Lilith, Geall había existido en paz y, de ese modo, había podido concentrar sus energías y talentos en el arte y la cultura.

En medio del silencio y la oscuridad, Cian podía tomarse su tiempo para estudiar y admirar las manifestaciones de ese arte: las pinturas y los tapices, los murales y las tallas. Podía vagar por los corredores oscuros con el perfume de las flores de invernadero endulzando el aire o entrar en la biblioteca para examinar las altas estanterías.

Desde el momento de su creación, Geall había sido más un lugar para el arte, los libros y la música que para la guerra y las armas. Qué apropiado, qué escalofriante, que tanto dioses como demonios hubiesen elegido ese lugar para enfrentarse en una cruenta guerra.

La biblioteca, como Moira había señalado cuando se enamoró de la que él tenía en Irlanda, era una silenciosa catedral de libros.

Cian ya había pasado parte de su tiempo con algunos de ellos, y se había sentido interesado y a la vez sorprendido por el hecho de que las historias que había encontrado allí no fuesen tan diferentes de las que habían sido escritas en su propia época. ¿Sería capaz Geall, si sobrevivía, de producir sus propios Shakespeare, Yeats, Austen? ¿Atravesaría su arte períodos de renacimiento hasta ofrecer su versión de Monet y Degas?

Un pensamiento fascinante.

Pero por el momento, estaba demasiado inquieto, demasiado intranquilo como para sentarse con un libro entre las manos, de modo que continuó su recorrido. Había habitaciones que aún no había explorado y, por la noche, podía ir allí donde le apeteciera.

Mientras caminaba a través de las sombras, la lluvia seguía tamborileando fuera suavemente. Atravesó una estancia que supuso que había sido una especie de salón y ahora servía como depósito de armas. Levantó una espada, comprobando su peso, su equilibrio, su filo. Quizá los artesanos de Geall se habían dedicado antes a las artes, pero desde luego, sabían muy bien cómo forjar una espada. El tiempo se encargaría de decir

si era suficiente. Sin un rumbo definido, se volvió y entró en lo que vio que era una sala de música.

En una esquina, reposaba con elegancia una arpa dorada. Un pariente más pequeño, con forma de una arpa tradicional irlandesa, ocupaba un caballete a su lado. También había un monocordio — un temprano antepasado del piano — cuya caja de resonancia estaba bellamente tallada. Pulsó una cuerda ociosamente y le gustó su sonido, claro y afinado.

Un poco más allá, descansaba una zanfona, y cuando hizo girar el mástil y deslizó el arco sobre las cuerdas, el instrumento cantó con la música lastimera de una gaita.

Había laúdes y gaitas, todos bellamente contruidos. Los asientos eran cómodos y el hogar estaba hecho con el mármol local. Una hermosa sala, pensó, para los músicos y para todos los que apreciaran ese arte.

Entonces vio otro instrumento. Lo alzó. Su cuerpo era más grande que el del violín al que daría origen y tenía cinco cuerdas. Cuando esos instrumentos habían sido populares, él no había mostrado ningún interés por ellos. No, lo suyo había sido matar prostitutas en los callejones. Pero cuando un hombre tiene toda la eternidad por delante necesita pasatiempos y ocupaciones, y dispone de años para aprender.

Se sentó con el instrumento sobre el regazo y comenzó a tocar.

Todo volvió a él, las notas, los sonidos; y lo tranquilizaron, como se dice que la música puede hacerlo. Con la lluvia como acompañamiento, se dejó llevar por la música y flotó a la deriva con sus lamentos.

En otras circunstancias, jamás habría podido acercarse a Cian sin que él lo advirtiese. Mientras llevaba a cabo sus propios vagabundeos por el castillo, había oído el sosegado sollozo de la música. Y la había seguido como un niño sigue a un flautista; cuando lo vio se quedó en el vano de la puerta, asombrada y encantada. «O sea que éste es su aspecto cuando está realmente sereno y no está fingiendo estarlo», pensó Moira. Así debió de haber sido antes de que Lilith se lo llevase, un poco soñador, un poco triste, un poco perdido.

Todo lo que se había agitado y despertado por él en su interior pareció unirse dentro de su corazón cuando lo vio sin su máscara. Sentado solo, buscando el consuelo de la música. En ese momento, deseó tener la habilidad de Glenna con las pinturas o la tiza para poder dibujarlo tal como lo veía. Como muy pocos, estaba segura, lo habían visto.

Tenía los ojos cerrados, su expresión parecía atrapada en un brumoso intermedio entre la melancolía y la satisfacción. Cualesquiera que fuesen sus pensamientos, sus dedos, largos y finos, eran hábiles sobre las cuerdas, extrayendo del instrumento una música nostálgica.

Entonces, la música cesó tan abruptamente que Moira dejó escapar una leve protesta al tiempo que avanzaba con su candil.

— Oh, continúa tocando, por favor, ¿quieres? Era una melodía preciosa.

Cian habría preferido que ella se acercase con un puñal en la mano en lugar de con aquella sonrisa inocente y ansiosa. Sólo llevaba puesta la bata de noche, tan blanca y pura, con el pelo suelto, cayéndole como lluvia sobre los hombros. La luz de la vela oscilaba ante su rostro, envolviéndola en misterio y fantasía.

— Los suelos están fríos para caminar descalza — fue lo único que dijo él, y se levantó para dejar el instrumento donde estaba.

La expresión soñadora había desaparecido de sus ojos, de modo que su mirada volvía a ser fría. Moira, frustrada, dejó el candil.

— Son mis pies al fin y al cabo. Nunca has dicho que supieras tocar un instrumento.

— Hay muchas cosas que nunca he dicho.

— Yo no tengo ninguna aptitud para eso, para desesperación de mi madre y de todos los profesores que contrató para que me enseñasen música. Cualquier instrumento que caía en mis manos acababa sonando como un gato al que le pisaran la cola.

Moira se acercó al que él había estado tocando y deslizó los dedos por encima de las cuerdas.

— En tus manos parecía magia.

— He tenido más años de los que tú tienes para aprender todo aquello que me interesaba. Muchas veces más años.

Ella alzó la vista para mirarlo a los ojos.

— Es verdad, pero el tiempo no reduce la capacidad artística, ¿verdad? Tú tienes un don, así que, ¿por qué no aceptar un cumplido con un poco de elegancia?

— Majestad — se inclinó profundamente haciendo una reverencia —, honráis mis pobres esfuerzos.

— Oh, y una mierda — replicó ella, y provocó una risa ahogada en Cian —. No sé por qué siempre buscas algún modo de insultarme.

— Un hombre debe tener alguna diversión. Y ahora, buenas noches.

— ¿Por qué? Este es tu tiempo, ¿verdad?, y no vas a irte a la cama. Y yo no puedo dormir. Algo frío... — se abrazó los codos y se estremeció —, algo frío que había en el aire me ha despertado. — Pudo ver un leve cambio en sus ojos porque lo estaba mirando —. ¿Qué? ¿Qué es lo que sabes? ¿Ha ocurrido algo? ¿Larkin?

— No tiene nada que ver con eso. Que yo sepa, tanto Larkin como los demás están bien.

— ¿Y qué es entonces?

Cian reflexionó un momento. Su deseo personal de alejarse de ella no podía importar más que lo que debía saber.

— Aquí hace demasiado frío para las confesiones nocturnas.

— Entonces encenderé el fuego. — Se dirigió hacia el hogar y cogió el yesquero—. En aquel armario siempre hay whisky. Yo también beberé un poco.

No tuvo necesidad de mirarlo para saber que Cian había enarcado una ceja, un claro gesto de sarcasmo, antes de cruzar la habitación hacia el armario.

— ¿Acaso tu madre nunca te enseñó que se consideraría indecoroso que compartieras un whisky junto al fuego a solas con un hombre, mucho más con alguien que ni siquiera es un hombre, en plena noche?

— El decoro no es una preocupación inmediata para mí. — Se agachó un momento para asegurarse de que la turba había prendido. Luego se levantó para ir a sentarse en un sillón y extendió la mano para recibir el whisky—. Gracias. — Bebió un trago—. Algo ha ocurrido esta noche. Si concierne a Geall, necesito saberlo.

— Me concierne a mí.

— Era algo relacionado con Lilith. Pensé que se trataba sólo de mis temores, que me asaltaban mientras dormía, pero era más que eso. Una vez soñé con ella y era algo más que un sueño. Tú me despertaste de él. Y después había sido muy amable con ella, recordó. Distante, pero amable.

— Ha sido algo parecido — continuó diciendo Moira—, pero no estaba soñando. Sólo he sentido... — Se interrumpió y abrió mucho los ojos—. No, no sólo lo he sentido. Te he oído. He oído que hablabas. Tu voz ha resonado en mi cabeza y era fría. «*Seré yo quien lo haga.*» Te he oído decir esas palabras con absoluta claridad. Cuando me he despertado, he pensado que me moriría si me hablastes con esa frialdad.

Y se había sentido empujada a salir de la cama, pensó. Y había seguido el rastro de la música hasta él.

— ¿Quién era?

Más tarde, decidió Cian, trataría de descubrir cómo podía Moira oírlo, o sentir algo respecto a él en sus sueños.

— Lilith.

— Sí. — Con los ojos fijos en el fuego, Moira se frotó los brazos con las manos—. Lo sabía. Había algo oscuro en ese frío. No eras tú.

— ¿Cómo puedes estar segura?

— Tú tienes un matiz... diferente — explicó ella—. Lilith es negra. Densa como la brea. Tú, bueno, no eres brillante. Eres gris y azul. En ti hay penumbra.

— ¿Qué es esto, un asunto del aura?

La tenue burla de su tono de voz hizo que a Moira le subiese por el cuello una oleada de calor.

— Se trata de la forma en que veo algunas veces. Glenna me dijo que persistiera en eso. Ella es rojo y dorado, como su pelo... si te interesa. ¿Era un sueño? ¿Lilith?

— No. Aunque me ha enviado un sueño que puede que sea un recuerdo. De una prostituta con quien follé y a la que maté entre la basura de un callejón de Londres. — La forma en que levantó su vaso y bebió un trago de whisky fue un calculado subrayado de sus palabras—. Y si no fue esa prostituta en particular, follé y asesiné a muchas otras, de modo que no tiene mucha importancia.

La mirada de Moira no se apartó en ningún momento de sus ojos.

— Piensas que eso me escandaliza. Al decirlo, y hacerlo de esa forma, intentas instalar crueldad entre nosotros.

— Hay mucha crueldad entre nosotros.

— Lo que hiciste antes de aquella noche en el claro del bosque en Irlanda, cuando me salvaste la vida por primera vez, no está entre nosotros. Está detrás de ti. ¿Crees que soy tan inmadura e ingenua que no sé que has tenido toda clase de mujeres y que has matado a toda clase de ellas también? Al traerlas al presente, no haces más que insultarme a mí y a las mujeres con las que has estado.

— No te entiendo.

Y él habitualmente trataba de desentrañar aquello que no entendía. El conocimiento era otra clase de supervivencia.

— Seguramente no es mi culpa, ¿no crees? Yo siempre he sido clara en la mayoría de las cuestiones. Si Lilith te envió ese sueño, verdadero o no, fue para inquietarte.

— Inquietarme — repitió Cian y se acercó al fuego—. Eres la más extraña de las criaturas. El sueño me excitó. Y me desconcertó, a falta de un término mejor. Ése era el propósito de Lilith, y no cabe duda de que tuvo éxito.

— Y una vez conseguido su propósito, alcanzada una parte vulnerable de ti, se presentó como una aparición. Lo mismo que hizo Lora con Blair.

Cian se volvió, sosteniendo el vaso de whisky flojamente en la mano.

— He obtenido una disculpa, con varios siglos de retraso, por su abandono cuando sólo habían pasado unos días desde mi transformación y estuve a punto de morir a causa de que Hoyt me lanzó desde un acantilado.

— Tal vez el retraso sea algo relativo, considerando la duración de tu existencia.

Ahora Cian se echó a reír a carcajadas sin poderse contener. Era una risa rápida y rica y llena de reconocimiento.

— Sí, la más extraña de las criaturas, con un agudo ingenio enterrado en alguna parte. Lilith me ha ofrecido un trato. ¿Te interesa conocer sus términos?

— Sí, me interesa y mucho.

— Sólo tengo que alejarme de todo esto. De ti y de los demás, y de lo que sucederá en Samhain. Si lo hago, Lilith dará por terminadas todas nuestras diferencias. Mejor aún, si me alejo de vosotros y me paso a su bando, seré generosamente recompensado. Todo lo que pueda desear y un lugar a su lado. Su cama también. Y todas las mujeres que pueda llevar a la mía.

Moira frunció los labios y luego bebió otro trago de whisky.

— Si crees eso, entonces eres más inmaduro de lo que tú me consideras a mí.

— Nunca he sido tan inmaduro como tú.

— ¿No? Bueno, ¿quién de los dos lo fue lo bastante como para jugar con un vampiro y permitir que le clavase los colmillos?

— -Ja. Buen argumento. Pero tú nunca has sido un muchacho lujurioso.

— Porque las mujeres, por supuesto, no tenemos ningún interés por las cuestiones carnales. Nosotras preferimos sentarnos con nuestros bordados y nuestros rezos.

Cian torció el gesto antes de menear la cabeza.

— Otro buen argumento. En cualquier caso, no siendo ya un muchacho lujurioso y sin que me quede una sola hoja verde, soy totalmente consciente de que Lilith me encerraría y me torturaría.

Me conservaría con vida... para siempre. Y con un dolor indescriptible.

Cian consideró la situación, con los pensamientos estimulados por su breve discusión con Moira.

— O, más probablemente, ella mantendría su palabra, en cuanto al sexo y otras recompensas, durante todo el tiempo que le conviniera. Sabe que yo le resultaría útil, al menos hasta Samhain.

Moira asintió.

— Lilith se acostaría contigo, te colmaría de regalos, te daría posición y rango. Luego, cuando todo hubiese terminado, te encerraría y te sometería a toda clase de tormentos.

— Exacto. Pero no tengo intención de permitir que me torturen por toda la eternidad, o de servir a sus propósitos. Lilith mató a un buen hombre por quien yo sentía afecto. Aunque sólo fuese por eso, se lo debo a King.

— Lilith seguramente no ha debido de sentirse complacida con tu negativa.

Cian la miró con expresión imperturbable.

— Esta noche eres la reina del entendimiento.

— Entonces permíteme que sea también la reina de la intuición y diga que tu respuesta a Lilith fue que tu misión sería destruirla.

— Lo juré por mi propia sangre. Dramático — dijo, mirando la herida casi curada en la palma de su mano—. Pero me sentía histriónico.

— Tú no te lo tomas en serio, pero yo lo encuentro revelador. Necesitas matarla con tus propias manos más de lo que eres capaz de reconocer. Ella no lo entiende, y tú tampoco. Necesitas su muerte no sólo como justo castigo sino para cerrar una puerta.

— Cuando él no respondió, Moira alzó la cabeza—. ¿Crees que es extraño que yo pueda entenderte mejor que ella? ¿Conocerle mejor de lo que Lilith puede hacerlo?

— Creo que tu mente siempre está trabajando — contestó él—. Casi puedo oír girar los engranajes. No me sorprende que no puedas conciliar el sueño en estos días, con todo ese jodido ruido que debe de haber dentro de tu cabeza.

— Tengo miedo. — Los ojos de Cian se estrecharon al mirarla, pero ella desvió la mirada—. Miedo de morir antes de haber vivido realmente. Miedo de fallarle a mi pueblo, a mi familia, a ti y a los demás. Cuando siento ese frío y esa oscuridad, como me ha sucedido esta noche, sé lo que será Geall si Lilith triunfa en esta guerra. Un enorme espacio, quemado, desentrañado, vacío y negro. Y el solo hecho de pensarlo me aterra hasta impedirme conciliar el sueño.

— Entonces la respuesta tiene que ser que Lilith no puede ganar. — Sí. Ésa debe ser la respuesta. — Moira dejó el vaso de whisky—. Debes decirle a Glenna lo que me has explicado a mí. Creo que será más difícil hallar las respuestas que necesitamos si hay secretos entre nosotros.

— Si no se lo cuento yo, lo harás tú.

— Por supuesto. Pero debería oírlo de ti. Eres bienvenido a tocar cualquier instrumento que te apetezca cuando quieras hacerlo. O bien

puedes llevártelo a tu habitación, si prefieres disfrutar de la música en privado.

— Gracias.

Moira sonrió ligeramente mientras se levantaba.

— Creo que ahora podría dormir unas horas. Buenas noches. Cian se quedó donde estaba mientras Moira recuperaba su candil y abandonaba la sala de música. Y así permaneció varias horas más, en la sala iluminada por la luz del fuego.

Al amanecer, lluvioso y desapacible, Moira estaba junto a Tynan mientras él y las tropas escogidas se preparaban para la marcha.

— Será una marcha pasada por agua.

Tynan le sonrió.

— La lluvia es buena para el alma.

— Entonces nuestras almas deben de estar muy saludables después de estos últimos días. Pueden moverse bajo la lluvia, Tynan.

— Apoyó los dedos levemente sobre la cruz que él llevaba pintada sobre el peto de su armadura—. Me pregunto si deberíamos esperar hasta que escampe antes de que comencéis este viaje.

Tynan meneó la cabeza y miró más allá de Moira, a sus soldados.

— Mi señora, los hombres están preparados. Preparados hasta el punto de que cualquier retraso afectará a su moral y les roerá los nervios. Necesitan acción, aunque sólo sea un largo día de marcha bajo la lluvia. Nos hemos entrenado para luchar — continuó antes de que ella pudiese responderle—. Si alguien viene a enfrentarse con nosotros, estaremos preparados.

— Confío en que lo estaréis. — Tenía que confiar en ello. Si no lo hacía con Tynan, a quien conocía de toda la vida, ¿con quién lo haría?—. Larkin y los demás os estarán esperando. Espero su regreso poco después de que se haya puesto el sol con la confirmación de que habéis llegado sin problemas y ocupado el puesto.

— Podéis contar con ello, y conmigo, mi señora. Tynan le cogió ambas manos. Porque eran amigos, y porque él era el primero a quien ella enviaba lejos del castillo, se alzó de puntillas para besarle. Cuento con ello. — Le apretó los dedos—. Mantén a mis primos alejados de los problemas.

— Eso, mi señora, puede escapar a mi capacidad. — Su mirada se apartó de su rostro—. Mi señor. Señora.

Con sus manos aún entre las de Tynan, Moira se volvió hacia Cian y Glenna.



— Un día lluvioso para viajar — comentó Cian—. Es probable que tengan apostados a algunos de sus soldados a lo largo del camino para que hagáis un poco de ejercicio.

— Eso es lo que esperan los hombres. — Tynan miró hacia donde esperaba cerca de un centenar de hombres despidiéndose de sus familiares y novias, luego se volvió para mirar a Cian—. ¿Estamos preparados?

— Sois adecuados.

Antes de que Moira pudiese responder al insulto, Tynan se echó a reír ruidosamente.

— Es un gran cumplido viniendo de vos — dijo, y estrechó la mano de Cian—. Gracias por las horas y las magulladuras.

— Haced un buen uso de ellas. *Slán leat*.

— *Slán agat*. — Lanzó a Glenna una mirada arrogante mientras montaba—. Os devolveré a vuestro hombre, señora.

— No lo olvides. Bendito seas, Tynan.

— En vuestro nombre, majestad — le dijo a Moira, y luego hizo girar a su caballo—. ¡Alineaos!

Moira observó mientras los hombres formaban filas. Y miró cómo su primo Oran y otros dos oficiales se alejaban a caballo bajo la lluvia, al mando de sus soldados de infantería; el primer contingente que partía a la guerra.

— Ya comienza — susurró ella—. Que los dioses los protejan.

— Será mejor que sean ellos quienes se protejan a sí mismos — respondió Cian.

Y permaneció inmóvil junto a Moira hasta que el primer batallón del ejército de Geall se perdió de vista.

## CAPÍTULO 8

Glenna frunció el cejo por encima de su taza de té mientras Cian, con el estímulo de Moira, relataba su interludio con Lilith. Los tres habían decidido desayunar en privado.

— Es similar a lo que le pasó a Blair, y a mí en Nueva York. Esperaba que Hoyt y yo hubiésemos podido bloquear esa clase de cosas.

— Posiblemente lo hayáis conseguido con humanos — dijo Cian —. Puede que de vampiro a vampiro sea algo completamente diferente. En especial...

— Cuando quien interviene es el creador. — Glenna acabó la frase por él—. Sí, lo entiendo. Aun así, tendría que haber alguna forma de dejarla fuera.

— No vale la pena que gastes tu tiempo y tus energías en ello. No es un problema para mí.

— Eso dices, pero te perturba.

Cian miró a Moira.

— «Perturbar» es una palabra muy fuerte. En cualquier caso, Lilith se marchó podríamos decir que de pésimo humor.

— Algo bueno se puede deducir de todo esto — continuó Glenna—. El hecho de que Lilith haya venido a verte, tratando de llegar a un acuerdo contigo, indica que no debe de estar tan segura como le gustaría.

— Al contrario, ella está absolutamente convencida de que ganará. Su mago se encargó de mostrárselo.

— ¿Midir? Anoche no dijiste nada de eso — intervino Moira.

— No surgió el tema — replicó Cian tranquilamente. En realidad, había pensado mucho en ello antes de decidir si debía contarlo—. Ella afirma que Midir le mostró su victoria y, en mi opinión, Lilith está convencida de que así será. Sean cuales sean las bajas que hasta ahora le hayamos causado, tienen poca importancia para ella. Contratiempos momentáneos, bofetadas en el orgullo. Nada más.

— Nosotros construimos el destino con cada oportunidad, con cada elección. — Moira sostuvo la mirada de Cian—. Esta guerra no está ganada hasta que no haya sido ganada, por ella o por nosotros. Su mago no ha hecho más que decirle, mostrarle, lo que ella quiere oír, lo que quiere ver.

— Estoy de acuerdo con Moira — dijo Glenna—. ¿De qué otro modo, sino, iba a conservar su pellejo?

— No diré que estáis equivocadas ninguna de las dos. — Encogiéndose de hombros como en él era habitual, Cian cogió una pera — . Esa clase de certeza absoluta puede ser una arma muy peligrosa. Y las armas pueden volverse contra quien las sostiene.

Cuanto más profundo pinchemos debajo de la piel de Lilith, más imprudente puede volverse.

— ¿Y qué podemos utilizar a modo de aguja? — preguntó Moira.

— Estoy trabajando en ello — contestó Cian.

— Yo tengo algo que podría funcionar. — Glenna entornó los ojos mientras removía el té — . Si su Midir puede abrir la puerta para que ella entre en tu cabeza, Cian, yo también puedo hacerlo. Me pregunto si a Lilith le gustaría recibir una visita.

Cian se apoyó en el respaldo de su sillón y mordió la pera.

— Vaya, eres una chica inteligente.

— Sí, lo soy. Te necesitaré. A ambos. ¿Por qué no acabamos el desayuno con un pequeño y agradable conjuro?

No era pequeño ni tampoco agradable. A Glenna le llevó más de una hora preparar sus utensilios e ingredientes. Molió fluorita y turquesa y las dejó a un lado. Juntó anciano y acebo y ramitas de tomillo. Marcó velas con amarillo o morado. Luego encendió el fuego debajo de su caldero.

— Estos ingredientes vienen de la tierra, y ahora se mezclarán con el agua. — Comenzó a echar los ingredientes dentro del caldero — . Para palabras soñadoras, para la visión, para la memoria.

Moira, ¿podrías colocar las velas formando un círculo alrededor del caldero?

Ella continuó trabajando mientras Moira hacía lo que le había indicado.

— De hecho, he estado pensando en esto desde lo que le sucedió a Blair. He estado tratando de resolver cómo hacerlo.

— Ella te ha sacudido con dureza cada vez que has utilizado la magia para echar un vistazo dentro de sus bases — le recordó Cian — . De modo que debes estar segura de lo que haces. No me gustaría que Hoyt intentase lanzarme otra vez desde la cima de un acantilado por permitir que algo te sucediera. No seré yo... al menos no en primera línea. — Glenna se echó el pelo hacia atrás al tiempo que lo miraba fijamente — . Serás tú.

— Vaya, eso es perfecto.

— Es una empresa arriesgada, así que eres tú quien debe estar seguro.

— Bueno, se trata de todo ese asunto de las agallas y de la gloria, ¿no? — Se acercó a echar un vistazo dentro del caldero — . ¿Y qué es lo que debo hacer?

— Al principio, sólo observar. Si decides establecer contacto... dependerá sólo de ti. Y necesito que me des tu palabra de que romperás el contacto si las cosas se ponen feas. De otro modo, te traeremos de regreso... y no será una experiencia agradable. Es probable que sufras la madre de todas las jaquecas y unas incontenibles náuseas.

— Muy divertido.

— La diversión es sólo el principio.

Glenna abrió una cajita. Luego sacó de ella una pequeña figura tallada en cera.

Cian alzó las cejas con un gesto de sorpresa.

— Un gran parecido. Eres lista.

— La escultura no es mi fuerte, pero soy capaz de hacer una muñeca. — Glenna hizo girar la figura de Lilith para que Moira pudiese verla — . Generalmente no suelo hacerlos... es algo intrusivo y peligroso para el tío al que has capturado. Pero la regla de no-dañar-a-nadie no se aplica a los muertos vivientes. Con excepción de los presentes.

— Se agradece — dijo Cian.

— Sólo hay una pequeña cosa que necesito de ti.

-¿Qué?

— Sangre.

Cian se mostró resignado.

— Naturalmente.

— Sólo unas gotas, después ligaré la muñeca. No tengo nada de ella... pelo, recortes de uñas. Pero vosotros dos mezclasteis la sangre una vez. Creo que eso será suficiente. — Dudó un momento mientras hacía girar entre los dedos la cadena de su medallón — . Quizá ésta sea una mala idea después de todo.

— No lo es. — Moira colocó la última vela alrededor del caldero — . Es hora de que entremos en su mente, lo mismo que Lilith lo ha hecho en las de todos nosotros. Eso será una buena y ardiente aguja debajo de su piel, si queréis saber mi opinión. Y Cian merece poder darle un poco de su propia medicina.

Moira se levantó.

— ¿Podremos mirar?

— ¿Sedienta de un poco de venganza? — preguntó Cian.

Los ojos de Moira eran dos pequeñas nubes de humo frío.

— Muy sedienta. ¿Podremos verlo que está sucediendo?

— Sí, si todo sale como debiera. — Glenna respiró profundamente —. ¿Estás preparado para un poco de proyección astral? — le preguntó a Cian.

— Como siempre.

— Entrad los dos en el círculo de velas. Cian, necesitarás alcanzar un estado meditativo. Moira y yo seremos tus vigilantes y las observadoras. Mantendremos tu cuerpo en este plano mientras tu mente y tu imagen viajan por el espacio.

— ¿Es verdad — le preguntó Moira — que a un espíritu viejo le ayuda a mantenerse en la seguridad de su mundo llevar consigo algo de una persona de ese mundo?

Glenna se echó nuevamente el pelo hacia atrás.

— Es sólo una teoría.

— Entonces lleva esto contigo. — Se quitó la cinta de cuero y cuentas que mantenía sujeta su trenza —. Para el caso de que la teoría resulte ser cierta.

Después de fruncir el cejo con gesto dubitativo, Cian se guardó la cinta en el bolsillo.

— Bien, voy armado con baratijas para el pelo. Glenna cogió un pequeño cuenco de bálsamo.

— Concéntrate, abre tus chakras — dijo mientras le frotaba la piel con el bálsamo —. Relaja el cuerpo y abre la mente.

Glenna miró a Moira.

— Ahora crearemos el círculo. Visualicemos luz, una luz suave y azul para protección.

Mientras creaban el círculo, Cian se concentró en una puerta blanca. Era el símbolo que elegía siempre que meditaba. Cuando estuviese preparado, la puerta se abriría. Y él la atravesaría.

— Tiene una mente fuerte — le dijo Glenna a Moira —. Y mucha práctica. Me contó que estudió en el Tíbet. Bah, no me hagas caso — añadió con un gesto de la mano —. Estoy ganando tiempo. Estoy un poco nerviosa.

— El mago de Lilith no es más fuerte que tú. Lo que él pueda hacer, también puedes hacerlo tú.

— Eso es jodidamente cierto. A pesar de todo, debo decir que espero que Lilith esté durmiendo. Debería estarlo, realmente debería estarlo. — Glenna miró la tenue lluvia a través de la ventana —. Lo averiguaremos muy pronto.

Había dejado un hueco en la muñeca de cera y se dispuso a rellenarlo con granos de tierra del cementerio, romero, artemisa y amatista y cuarzo molidos.

— Tienes que controlar tus emociones para la ligazón, Moira. Aparta tu odio y tus temores. Nosotros deseamos justicia y visión. Lilith puede ser herida y podemos emplear la magia para conseguirlo, pero Cian será sólo un conducto. No quisiera que nada negativo lo afectase.

— Justicia entonces. Es suficiente.

Glenna cerró el hueco de la muñeca con un tapón de cera.

— Convocamos a Maat, la diosa de la justicia y el equilibrio, para que guíe nuestra mano. Con esta imagen, enviamos la magia a través del aire, a través de la tierra. — Colocó una pluma blanca sobre la muñeca y envolvió ésta con una cinta negra—. Concede a la criatura cuya imagen sostengo sueños y recuerdos antiguos.

Le entregó el puñal ritual a Moira y asintió.

— Sellada por la sangre que ella derramó, ligada ahora con estas gotas de rojo.

Cian no demostró reacción alguna cuando Moira le hizo un corte en la palma con el cuchillo.

— Mente e imagen de la vida que ella arrebató se unen a ella para que él pueda mirar. Y mientras nosotras observamos, lo mantenemos a salvo con mano y corazón hasta que él decida partir. A través de nosotras y hacia ella dirigimos estos haces de magia.

Lleva a nuestro mensajero dentro de su sueño. Abre las puertas para que podamos ver. Que así sea.

Glenna sostuvo la muñeca encima del caldero y, al soltarla, ésta quedó suspendida con su voluntad en el aire.

— Coge la mano de Cian — le dijo a Moira—. Y aférrala con fuerza.

En cuanto Moira estrechó su mano, Cian no atravesó la puerta, sino que salió propulsado a través de ella. Mientras volaba a través de una oscuridad que ni siquiera sus ojos podían abarcar, Cian sintió la mano de Moira aferrando la suya. Oyó su voz en su mente, suave y tranquila.

— Estamos contigo. No te soltaremos.

Había luz de luna, titilando a través de la oscuridad y acercándole manchas brumosas de forma y de sombra. Había olores, flores y tierra, agua y mujer. Humanos.

Hacía calor. La temperatura significaba muy poco para Cian, pero podía sentir su cambio con respecto al frío húmedo que había dejado atrás. Un calor abrasador, atenuado sólo por una brisa que llegaba del agua.

El mar, corrigió. Era un océano con olas que lamían la arena. Y había altas colinas que se alzaban desde la playa. Los olivos se extendían por sus laderas, y en la cima de una de ellas — la más alta — había un templo, blanco como la luz de la luna, con sus columnas de mármol dominando el océano, los árboles, los jardines y los estanques.

Dominando también al hombre y la mujer que yacían juntos sobre una manta blanca ribeteada en oro sobre la refulgente arena, y cerca de donde se formaba la espuma del agua. Oyó la risa de la mujer, el sonido ronco de una mujer excitada. Y supo que era Lilith, supo que era el recuerdo de Lilith, o el sueño en el que él había caído. De modo que permaneció allí y observó cómo el hombre deslizaba la túnica blanca desde sus hombros e inclinaba la cabeza hacia sus pechos.

Dulce, tan maravillosamente dulce, sus labios sobre ella. En su interior, igual que la marea, todo era flujo y reflujo. ¿Cómo podía estar prohibida semejante belleza? Su cuerpo había sido creado para aquello. Su espíritu, su mente, su alma habían sido creados por los dioses como pareja de los de él.

El cuerpo de ella se arqueó, ofreciéndose sin reparos, mientras sus dedos se deslizaban con suavidad por el pelo de su compañero, aclarado por el sol. Él olía a olivos y a ese mismo sol que hacía que sus frutos madurasen.

Su amor, su único amor. Susurró esas palabras en su oído antes de que sus labios volvieran a encontrarse de nuevo. Una vez y otra, con un deseo que superaba todo lo tolerable. Sus ojos estaban llenos de él cuando, finalmente, su cuerpo se unió al de ella. La ola de placer hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas brillantes, convirtió sus suspiros en jadeos desvalidos. El amor la inundó, golpeó su corazón con un millar de puños de seda. Estrechó al hombre con fuerza contra ella, expresando su dicha con un abandono que se atrevió incluso a que los dioses la escuchasen.

— Cirio, Cirio. — Ella acunó su cabeza entre sus pechos —. Mi corazón. Mi amor.

Él alzó la cabeza, rozando su cabellera dorada.

— Hasta la luna palidece ante tu belleza, Lilia, mi reina de la noche.

— Las noches son nuestras, pero también quiero tener el sol contigo; el sol que dora tu pelo y tu piel, que te toca cuando yo no puedo hacerlo. Quiero caminar a tu lado, orgullosa y libre.

Cirio se limitó a rodar sobre su espalda.

— Mira las estrellas. Ellas son nuestra antorcha esta noche. Deberíamos nadar bajo su luz. Quitarnos este calor en el mar.

Una mueca de instantáneo disgusto endureció la dicha soñolienta de su rostro.

— ¿Por qué no quieres hablar de ello?

— Es una noche demasiado calurosa para hablar y preocuparse — dijo él casi con indiferencia, mientras cogía un puñado de arena y dejaba que se escurriese entre sus dedos —. Seremos como delfines y jugaremos entre las olas.

Pero cuando fue a cogerla de las manos para levantarla de la arena, ella las apartó con un gesto brusco.

— Pero *debemos* hablar. Debemos hacer planes.

— Querida, nos queda tan poco tiempo esta noche.

— Podríamos tener la eternidad, todas las noches si quisiéramos. Sólo tenemos que irnos de aquí, huir juntos. Podría ser tu esposa, darte hijos.

— ¿Irnos? ¿Huir? — Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada —. ¿Qué clase de tontería es ésa? Venga, vamos, sólo me queda una hora. Nademos un rato y te cabalgaré entre las olas.

— No es ninguna tontería. — Ahora ella apartó la mano de golpe —. Podríamos embarcarnos desde aquí, viajar a cualquier lugar que nos apeteciera. Estar juntos sin escondernos; a plena luz del día. Quiero algo más que unas horas en la oscuridad contigo, Cirio. Tú me prometiste más.

— ¿Huir de aquí, como si fuésemos ladrones? Mi hogar está aquí, mi familia. Mi trabajo.

— Tus arcas — añadió ella con maldad —. O más bien las de tu padre. — ¿qué hay de malo en ello? ¿Crees acaso que mancharía el nombre de mi familia huyendo con una sacerdotisa del templo, viviendo como mendigos en cualquier tierra extraña?

— Dijiste que podrías vivir sólo con mi amor.

— Las palabras brotan fácilmente en los momentos de pasión. Debes ser razonable. — Con gesto halagador, deslizó un dedo sobre sus pechos desnudos —. Nos damos placer mutuamente. ¿Por qué tiene que haber más?

— Yo *quiero* más. Te amo. He roto mis votos por ti.

— Voluntariamente — le recordó Cirio.

— Por amor.



— El amor no alimenta el estómago, Lilia, y tampoco se compra en el mercado. No quiero que estés triste. Te compraré un regalo. Algo dorado como tu pelo.

— No quiero nada que puedas comprar. Sólo la libertad. Quiero ser tu esposa.

— No puedes. Si cometiésemos semejante locura y nos descubriesen, nos matarían a ambos.

— Preferiría morir contigo que vivir sin ti.

— Por lo visto yo valoro más mi vida que tú las nuestras. — Parecía a punto de bostezar, tan perezosa era su voz—. Puedo darte placer y la libertad que éste conlleva. Pero en cuanto a ser mi esposa, tú sabes muy bien que ya han escogido una para mí.

— Tú me elegiste a mí. Dijiste...

— ¡Basta, basta! — Cirio alzó las manos, pero parecía más aburrido que enfadado por la conversación—. Yo te elegí para esto, igual que hiciste tú. Estabas deseosa de que alguien te tocara. Pude verlo en tus ojos. Si has tejido una fantasía en la que ambos huimos navegando a través del mar, es sólo tu propia creación.

— Tú me diste tu palabra.

— Mi cuerpo. Y no cabe duda de que has hecho un buen uso de él. — Al levantarse, se ajustó el cinturón de la túnica—. Hubiese sido feliz de conservarte como amante, pero no tengo tiempo ni paciencia para las ridículas exigencias de una ramera del templo.

— Ramera. — El rubor de la ira desapareció, dejando su rostro

blanco como las columnas que se alzaban en la ladera de la colina — Tú tomaste mi inocencia.

— Tú me la entregaste.

— No puedes estar hablando en serio. — Ella se arrodilló con las manos entrelazadas como si estuviese rezando—. Estás enfadado porque te he presionado. No hablaremos más de ello esta noche. Nadaremos, como has dicho, y olvidaremos todas estas palabras duras.

— Ya es tarde para eso. ¿Acaso crees que no soy capaz de leer lo que hay en tu mente en este momento? Me fastidiarás hasta la muerte por algo que nunca podrá ser. Da lo mismo. Ya hemos desafiado a los dioses durante demasiado tiempo.

— No puedes estar diciendo en serio que vas a dejarme. Yo te amo. Si me dejas, iré a ver a tu familia. Les contaré...

— Si dices una sola palabra de esto, yo juraré que estás mintiendo. Te quemarán por ello, Lilia. — Cirio se inclinó y deslizó un dedo por la curva

de su hombro—. Y tu piel es demasiado suave, demasiado dulce para el fuego.

— No me abandones. Todo será como tú digas, como a ti te guste. Nunca volveré a hablar de huir de aquí. No me dejes.

— Implorar sólo sirve para estropear tu belleza.

Ella pronunció su nombre con la voz rota por la conmoción y la tristeza, pero Cirio se alejó como si no la oyese.

Lilia se dejó caer sobre la manta, llorando desconsoladamente y golpeando la arena con los puños. El dolor que sentía en ese momento era como el fuego que él había mencionado, quemándola tan profundamente que sus huesos parecían haberse convertido en cenizas. ¿Cómo podría vivir con ese dolor?

Su amante la había traicionado, utilizado y echado a un lado. El amor la había convertido en una estúpida. Y, sin embargo, su corazón estaba lleno de él.

Se lanzaría al mar y se ahogaría. Ascendería a la cima del templo y se arrojaría al vacío. Podría morir allí mismo de vergüenza y dolor.

— Pero antes lo mataré — farfulló en medio de su furia—. Primero lo mataré y luego me mataré yo. Sangre; la suya y la mía juntas. Ese es el precio del amor y la traición.

Oyó un movimiento, apenas un susurro en la arena, y se levantó llena de alegría. ¡El había vuelto a sus brazos!

— Mi amor.

— Sí. Lo seré.

Su pelo era negro y le caía sobre los hombros. Llevaba una larga única negra como la noche. Sus ojos eran del mismo color, tan oscuros que parecían brillar.

Ella cogió su túnica y se cubrió los pechos con ella.

— Soy una sacerdotisa de este templo. No tenéis permiso para caminar por aquí.

— Yo camino por donde me apetece. Eres tan joven... — susurró mientras su negra mirada se deslizaba sobre su cuerpo semidesnudo—. Tan fresca...

— Debéis marcharos de aquí.

— Cuando sea el momento. Os he estado observando estas tres últimas noches, Lilia, a ti y a ese muchacho con quien te marchitas.

— ¡Cómo os atrevéis!

— Tu le diste amor, él sólo mentiras. Ambos son valiosos. Dime, ¿cómo te gustaría desquitarte del regalo que te ha hecho? Ella sintió que algo se agitaba en su interior, los primeros jugos de la venganza.

— Él no merece nada de mí, ni él ni ningún otro hombre.

— Eso es muy cierto. Por eso me entregarás a mí lo que ningún hombre merece. El miedo la hizo estremecer y se alejó corriendo. Pero, no supo cómo, él estaba de nuevo frente a ella, con una sonrisa helada en los labios.

— ¿Qué sois vos?

— Ah, eres muy perceptiva. Sabía que mi elección había sido acertada. Soy lo que era antes de que tus dioses débiles y anticuados fuesen vomitados fuera del paraíso.

Ella echó a correr otra vez, con un grito ahogado en la garganta. Pero allí estaba él de nuevo, bloqueándole el paso. Su miedo se había convertido en auténtico terror.

— Tocar a una sacerdotisa del templo significa la muerte.

— Y la muerte es un comienzo fascinante. Estoy buscando una compañera, una amante, una mujer, una alumna. Y ésa eres tú. Tengo un regalo para ti, Lilia.

Esta vez, cuando ella corrió, él se echó a reír. Seguía riendo cuando la levantó en vilo y la lanzó al suelo.

Ella luchó, arañó, mordió, imploró, pero él era demasiado fuerte. Ahora tenía la boca sobre su pecho, y ella sollozó de vergüenza mientras hundía las uñas en su mejilla.

— Sí. Sí. Es mejor cuando luchan. Ya lo aprenderás. Su miedo es un perfume; sus gritos son música para los oídos.

Le cogió el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo.

— Ahora mírame a los ojos. Dentro de ellos.

Él la penetró. El cuerpo de Lilia se estremeció, vibró, corcoveó, por la conmoción. Y por la indescriptible excitación.

— ¿Te ha llevado él alguna vez hasta estas alturas?

— No. No.

Las lágrimas comenzaron a secarse en sus mejillas. En lugar de golpear y clavar las uñas, sus manos se hundieron en la arena, buscando un punto de apoyo. Atrapada en sus ojos, su cuerpo comenzó a moverse al compás del suyo.

— Toma más. Quieres más — le dijo él —. El dolor es tan... excitante.

Y la penetró con más fuerza, tan profundamente que Lilia temió partirse en dos. Pero su cuerpo continuaba moviéndose al ritmo del suyo, sus ojos seguían atrapados en los de él.

Cuando vio que se le ponían rojos, su corazón dio un vuelco con renovado temor y, sin embargo, ese miedo estaba contenido por un puño de terrible excitación. Él era tan hermoso... Su amante humano palidecía ante aquella belleza oscura y mortal.

— Te entrego el instrumento de tu venganza. Te entrego tu comienzo. Sólo tienes que pedírmelo. Pídemelo. Pídemelo.

— Sí. Dadme vuestro regalo. Dadme la venganza. Dadme...

Su cuerpo se agitó violentamente cuando sus colmillos se hundieron en su carne. Y todo el placer que había conocido o imaginado se volvió insignificante frente a lo que entonces corría por su interior. Allí, allí estaba la gloria que jamás había encontrado en el templo, el floreciente poder negro que siempre había sabido que existía, comenzaba justo en las yemas de sus dedos.

Allí estaba lo prohibido que había anhelado durante tanto tiempo.

Contorsionándose en ese placer y poder, lo llevó a él al clímax. Y, sin que nadie se lo dijese, alzó la cabeza para beber la sangre que había hecho brotar de su mejilla con sus uñas. Sonriendo con sus labios ensangrentados, Lilia murió. Y despertó en su cama dos mil años después del sueño. Sentía el cuerpo blando, como golpeado, y la mente brumosa. ¿Dónde estaba el mar? ¿Dónde estaba el templo?

— ¿Cario?

— ¿Una romántica? Quién lo hubiese dicho. — Cian salió de entre las sombras—. Llamas al amante que te despreció y te traicionó.

— ¿Jarl? — Era el nombre con el que había llamado a su creador. Pero cuando el sueño se separó de la realidad, ella vio que se trataba de Cian—. Vaya, después de todo has venido. Mi oferta...

Pero no estaba muy claro.

— ¿Qué fue del chico?

Como si se estuviese preparando para una charla agradable, Cian se sentó en un costado de la cama.

— ¿Qué chico? ¿Davey?

— No, no, no el cachorro que creaste, sino tu amante, el que tuviste cuando estabas viva.

Los labios de Lilith temblaron al comprender el sentido de las palabras de Cian.

— ¿De modo que juegas con mis sueños? Bueno, ¿qué puede importarme eso? — Pero estaba profundamente conmovida — .

Se llamaba Cirio. ¿Qué crees que fue de él?

— Creo que tu amo dispuso que él fuese tu primera víctima.

Ella sonrió con uno de sus recuerdos más dulces.

— Cirio se orinó encima cuando Jarl lo arrastró hasta mí, y gimoteó como un niño mientras imploraba por su vida. Yo estaba recién transformada, y sin embargo tenía control para mantenerlo con vida durante horas... mucho después de que implorase por su muerte. Contigo lo haré mucho mejor. Te daré años de dolor.

Lanzó un manotazo y maldijo cuando sus uñas afiladas pasaron a través de él.

— Divertido, ¿verdad? ¿Y Jarl? ¿Cuánto tiempo pasó antes de que lo liquidases?

Ella se recostó en la cama, levemente resentida. Luego se encogió de hombros.

— Casi trescientos años. Tenía mucho que aprender de él. Jarl comenzó a temerme, porque mi poder crecía cada vez más. Podía oler el miedo que me tenía. Si no lo hubiese matado yo antes, él habría acabado conmigo.

— Te llamabas Lilia... Lily.

— El patético ser humano que era, sí. Él me puso Lilith cuando desperté. — Se enroscó un mechón de pelo en el dedo mientras miraba fijamente a Cian — . ¿Tienes acaso la absurda esperanza de que conociendo mis comienzos descubrirás cuál será mi final?

Lilith apartó las mantas y se levantó para caminar desnuda hacia una jarra de plata.

Al verter la sangre en una copa, sus manos temblaban.

— Hablemos francamente — sugirió Cian — . Sólo estamos tú y yo... lo cual es bastante extraño. ¿Es que hoy no duermes con Lora o el chico o alguna otra elección?

— Incluso yo, ocasionalmente, busco la soledad.

— Muy bien. Para serte franco, es extraño, ¿no crees?, es desconcertante volver a ser humano en sueños. Ver tu propio final, tu propio comienzo, como si acabase de suceder. Sentirse humano otra vez o, en el mejor de los casos, recordar lo que se siente al ser humano.

Casi como si se le acabase de ocurrir, Lilith se cubrió con una bata.

— Yo volvería a ser humana.

Cian enarcó las cejas.

— ¿Tú? ¿En serio? Ahora me sorprendes.

— Me gustaría tener nuevamente ese momento de muerte y renacimiento. La maravillosa y estremecedora excitación de ese momento. Volvería a ser débil y ciega sólo por la posibilidad de experimentar el don otra vez.

— Por supuesto. Sigues siendo previsible. — Cian se levantó — Ahora quiero que sepas una cosa. Si tú y tu mago volvéis a perturbar mis sueños, yo te devolveré el favor multiplicado por tres. No tendrás descanso de mí, ni de ti misma.

Cian se desvaneció, pero aún no regresó con Moira y Glenna. Aunque podía sentir los tirones de la mente de Moira, de la voluntad de Glenna, decidió retrasar el regreso. Quería ver lo que Lilith haría a continuación.

Ésta estrelló contra la pared la copa con el resto de sangre que quedaba en ella. Aplastó una caja llena de baratijas y golpeó la pared hasta que le sangraron los puños.

Luego gritó para que acudiese un guardia.

— Quiero que traigas a ese mago inútil ante mí. Y quiero que lo traigas encadenado. Tráelo... No, espera. Espera. — Se alejó unos pasos en un obvio esfuerzo por controlar su furia —. En este momento lo mataría si se cruzara conmigo, ¿y qué ganaría entonces con ello? Tráeme a alguien para comer. — Se volvió de cara al guardia —. Un hombre. Joven. Veintitantos. Rubio, si tenemos uno. ¡Ve!

Cuando volvió a quedarse sola se frotó la sien.

— Lo mataré otra vez — dijo —. Entonces me sentiré mucho mejor. Lo llamaré Cirio y volveré a matarlo.

Cogió su precioso espejo de la cómoda. Y al ver reflejado su rostro en el cristal, recordó por qué debía mantener a Midir con vida. Él le había hecho ese regalo.

— Aquí estoy — dijo Lilith suavemente —. Tan bella. La luna palidece ante mi belleza, sí, sí, lo hace. Estoy justo aquí. Siempre estaré aquí. El resto son fantasmas. Y yo estoy aquí.

Cogió un cepillo y comenzó a peinarse, y a cantar. Con los ojos llenos de lágrimas.

— Bebe esto.

Glenna acercó una copa a los labios de Cian, pero él la apartó de inmediato.

— Estoy bien. No necesito whisky, como si me hubiese desvanecido.

— Estás pálido .

Cian torció los labios .

— Forma parte del paquete de los muertos vivos . Bien . Yo diría que ha sido todo un viaje .

Aunque él lo había rechazado , Glenna bebió un pequeño sorbo de whisky y luego le pasó el vaso a Moira .

— Ella no nos ha percibido — le dijo a Moira — . Me gustaría creer que mis bloqueos y ligazón han sido suficientes , pero pienso que , en gran medida , se ha debido a que Lilith estaba demasiado alterada como para sentir nuestra presencia .

— Ella era tan joven . — Moira se sentó — . Tan joven y enamorada de ese inútil . No sé en qué idioma hablaban , pero podía entender lo que decían . Aunque parezca extraño , no conocía la lengua que usaban . — Griego . Ella comenzó siendo sacerdotisa del culto de alguna diosa . La virginidad forma parte de los requisitos del trabajo .

— Cian quería beber sangre , pero buscó agua — . Y podéis ahorraros vuestra piedad . Estaba madura para lo que le sucedió .

— ¿ Como lo estabas tú en su momento ? — replicó Moira — . Y no finjas que no has sentido nada por ella . Estábamos conectados . Yo he percibido tu compasión . Su corazón estaba destrozado y , un momento después , es violada y apresada por un demonio . Puedo despreciar lo que es Lilith y sentir compasión por Lilia .

— Lilia ya estaba medio loca — declaró Cian rotundamente — . Quizá la transformación sea lo que la ha mantenido relativamente cuerda todo este tiempo .

— Estoy de acuerdo contigo . Lo siento — le dijo Glenna a Moira — . Aunque no siento ningún placer al ver lo que le sucedió . Pero había algo en sus ojos , en el tono de su voz ... y Dios , en la forma en que acabó respondiendo ante Jarl . Ella no estaba muy bien , Moira , ya entonces .

— Pero podría haber muerto por su propia mano , o haber sido ejecutada por matar al hombre que la utilizó para luego abandonarla . Entonces habría tenido una muerte limpia . — Moira suspiró — . Y nosotros no estaríamos aquí discutiendo este asunto . Todo esto te provoca una jaqueca si lo piensas detenidamente . Tengo una pregunta muy delicada que responde más que nada a mi propia curiosidad .

Moira se aclaró la garganta antes de interrogar a Cian .

— La forma en que ella respondió ante Jarl , como ha dicho Glenna , ¿ es algo inusual ?

— La mayoría luchan o se quedan paralizados de miedo . Ella , en cambio , participó después de la ... la delicadeza no es mi fuerte — admitió

Cian— . Después de que comenzara a sentir placer al ser violada. Fue una violación, de eso no cabe duda, y ninguna mujer en su sano juicio siente placer cuando es forzada y tratada con brutalidad.

— Ella ya le pertenecía antes de que la mordiese — murmuró Moira— . Él sabía que sería sí, pudo percibirlo. Ella sabía además lo que tenía que hacer para transformarse... beber la sangre de Jarl. Todo lo que he leído afirma que la víctima debe ser forzada o hay que decirle lo que le va a ocurrir. Es algo que se le ofrece. En cambio ella lo tomó. Entendía lo que estaba pasando y lo deseaba.

— Ahora sabemos más que antes, algo que siempre resulta muy útil — comentó Cian— . Y el episodio la ha alterado profundamente, un beneficio añadido. Después de haber conseguido eso, dormiré mejor. Ya es hora de que me vaya a la cama. Señoras.

Moira le miró mientras se alejaba.

— Él siente. ¿Por qué crees que llega a tales extremos para fingir que no es así?

— Los sentimientos causan dolor la mayor parte del tiempo. Creo que cuando has hecho y visto tantas cosas, los sentimientos pueden ser como un dolor constante. — Glenna apoyó una mano sobre el hombro de Moira— . La negación es otra forma de supervivencia.

— Reprimir los sentimientos puede ser un bálsamo o una arma. ¿Cómo serían los sentimientos de Cian, se preguntó, si los dejase completamente libres?



## CAPÍTULO 9

La lluvia se convirtió en un crepúsculo saturado de humedad que extendió una neblina brumosa a escasos centímetros del suelo. Cuando llegó la noche, la luna y las estrellas no pudieron atravesar la oscuridad con su luz.

Moira se metió entre el manto de niebla que cubría el patio para reunirse con Glenna.

— Ya están cerca de casa — musitó Glenna —. Más tarde de lo que esperábamos, pero ya casi han llegado.

— He dispuesto que enciendan el hogar en tu habitación y en la de Larkin, y también les han preparado el baño. Llegarán empapados y con mucho frío.

— Gracias. No había pensado en eso.

— Cuando estábamos en Irlanda, eras tú la que se encargaba de todos los detalles relacionados con el confort. Ahora me corresponde a mí hacerlo. — Moira, al igual que Glenna, elevó la vista al cielo —. He ordenado que lleven comida al salón familiar, a menos que quieras cenar a solas con Hoyt.

— No. No. Seguramente querrán informarnos inmediatamente de lo que han visto. Luego ya tendremos tiempo de estar a solas. — Alzó la mano para coger su cruz y el amuleto que usaba con ella —. No sabía que fuese a estar tan preocupada. Nos hemos visto metidos en peleas en las que nos superaban en número, y nunca he estado tan obsesionada.

— Porque estabas con él. Amar y esperar es peor que una herida.

— Ésa es una de las lecciones que he aprendido. Ha habido muchas. Tú has estado preocupada por Larkin, lo sé. Y ahora por Tynan. Él tiene sentimientos hacia ti.

Moira entendió que Glenna no se estaba refiriendo a Larkin.

— Lo sé. Nuestras respectivas madres esperaban que pudiésemos formar una pareja.

— ¿Pero?

— Cualquier cosa que se necesite para ello, yo no la tengo. Y él es un gran amigo. Tal vez no tener ningún amante a quien esperar, ningún amante a quien perder, hace que me resulte más fácil soportar estar carga.

Glenna esperó un momento.

— ¿Pero?

— Pero — prosiguió Moira con una media sonrisa — . Envidio la tortura que significa para ti esperar al tuyo .

Desde donde se encontraba, Moira vio a Cian, su forma acercándose a través de la penumbra. Venía de las caballerizas, advirtió. En lugar de las capas que usaban los hombres de Geall para protegerse del frío y la lluvia, él llevaba una similar a la de Blair. Larga, negra y de cuero.

La capa se arremolinaba en la niebla mientras Cian se acercaba a ellas, haciendo apenas ruido con sus botas contra las húmedas losas de piedra del patio.

— No llegarán antes porque vosotras estéis esperando a la intemperie — les dijo Cian .

— Ya están cerca de casa. — Glenna volvió a mirar el cielo como si así pudiese conseguir que se abriera y Hoyt cayera desde las alturas — . Él sabrá que le estoy esperando .

— Pelirroja, si tú estuvieses esperándome a mí, en primer lugar, no te habría dejado .

Con una sonrisa, Glenna inclinó la cabeza hasta apoyarla en el hombro de Cian. Cuando él la rodeó con el brazo, Moira vio en ese gesto el mismo afecto que ella sentía por Larkin, la clase de afecto que nace del corazón a través del parentesco.

— Allí — dijo Cian suavemente — . Hacia el este .

— ¿ Los ves ? — Glenna se estiró hacia adelante — . ¿ Puedes verlos ?

— Dentro de un minuto tú también podrás .

En cuanto lo hizo, su mano apretó la de Moira .

— Gracias a Dios. Oh, gracias a Dios .

El dragón atravesó la densa atmósfera; un resplandor de oro con jinetes en su lomo. Mientras se posaba en tierra, Glenna corrió sobre las losas de piedras del patio. En cuanto desmontó, Hoyt abrió los brazos para recibirla.

— Es un hermoso espectáculo — susurró Moira mirando a Hoyt y Glenna abrazarse — . Han sido tantos los que se han despedido esta mañana y los que lo harán mañana — prosiguió en voz más alta — , que es hermoso ver que alguien regresa a los brazos que lo estaban esperando .

— Antes de que ella apareciera en su vida, Hoyt siempre había preferido regresar a la soledad. Las mujeres cambian las cosas .

Moira lo miró .

— ¿ Sólo las mujeres ?

— La gente entonces. Pero ¿las mujeres? Ellas alteran universos enteros sólo por el hecho de ser mujeres.

— ¿Para bien o para mal?

— Eso depende de la mujer, ¿no crees?

— Y del premio, o el hombre, sobre quien hayan puesto los ojos.

Una vez dicho esto, se apartó de su lado para correr hacia Larkin.

Lo abrazó con fuerza a pesar de que estaba empapado.

— Tengo comida, bebida, agua caliente, todo lo que puedas desear. ¡Me alegro tanto de verte! A todos vosotros.

Pero cuando fue a darse la vuelta para dar la bienvenida a los demás, su primo le apretó la mano con fuerza.

Moira sintió que el alivio se le convertía en miedo.

— ¿Qué? ¿Qué ha pasado?

— Deberíamos entrar. — La voz de Hoyt era controlada pero tensa—. Deberíamos entrar y protegernos de esta humedad.

— Dime qué ha ocurrido.

Moira se apartó de Larkin.

— Las tropas de Tynan han sido atacadas; a mitad de camino del punto más cercano — explicó él.

Moira sintió que todo su interior se congelaba.

— ¿Oran, Tynan?

— Están vivos. Tynan ha resultado herido, pero no de gravedad. Otros seis hombres...

Ella clavó los dedos en el brazo de Larkin.

— ¿Muertos o capturados?

— Cinco muertos, uno hecho prisionero. Varios más heridos, dos gravemente. Hemos hecho lo posible por ellos.

La sensación de frío no la abandonó, como si tuviese el corazón cubierto de hielo.

— ¿Sabes sus nombres? ¿De los muertos, los heridos, del que se han llevado?

— Sí, tenemos sus nombres. Moira, se han llevado al joven Sean. El hijo del herrero.

El estómago le dio un vuelco al pensar que ese joven se enfrentaría a algo que era peor que la muerte.

— Yo hablaré con sus familias. No le digas nada a nadie hasta que lo haya hecho.

— Iré contigo.

— No. Esto es algo que me corresponde hacer a mí. Tú necesitas secarte, calentarte y comer. Debo hacerlo yo, Larkin. Es mi deber.

— Apuntamos los nombres. — Blair sacó un pedazo de papel del bolsillo —. Lo siento, Moira.

— Sabíamos que esto pasaría. — Guardó el papel dentro de su capa —. Iré al salón tan pronto como me sea posible para que me contéis todos los detalles. Ahora las familias necesitan oír esto de mis labios.

— Una gran responsabilidad — comentó Blair cuando Moira se alejó.

— Ella lo soportará. — Cian la siguió con la mirada —. Eso es lo que hacen las reinas.

Moira pensó que ese peso la aplastaría, pero consiguió soportarlo. Y lo hizo, mientras madres y esposas lloraban en sus brazos. No sabía nada acerca del ataque, pero a todos y cada uno, les dijo que su hijo o esposo o hermano había muerto como un valiente, como un héroe.

Era lo que necesitaban oír.

Fue peor con los padres de Sean, peor ver la esperanza reflejada en los ojos del herrero, las lágrimas de esa esperanza empañando los de su esposa. Moira no se veía capaz de quitársela, de modo que los dejó con ella, y con las plegarias para que su hijo consiguiera escapar pronto de alguna manera y regresar a casa.

Cuando hubo terminado su penosa tarea, subió a sus habitaciones a guardar el papel con los nombres dentro de una caja pintada que desde ese momento conservaría junto a su cama. Sabía que habría otras listas. Esa era solamente la primera. Y el nombre de cada uno de los que diesen su vida quedaría escrito y guardado en esa caja.

Junto con la lista, colocó un ramito de romero para la memoria y una moneda como tributo.

Después de cerrar la caja, enterró su necesidad de soledad, de duelo, y bajó al salón para oír los detalles de lo que había pasado.

La conversación se interrumpió cuando ella entró, y Larkin se levantó rápidamente.

— Mi padre acaba de marcharse. Iré a buscarle si lo deseas.

— No, no. Deja que se quede con tu madre y tu hermana.

Moira sabía que el esposo de su prima, que estaba embarazada, estaría al mando de las tropas que partirían al día siguiente.

— Te calentaré un poco de comida. Vas a comer — le dijo Glenna a Moira cuando ésta abrió la boca para protestar—. Considéralo una medicina.

Mientras Glenna colocaba comida en un plato, Cian sirvió una generosa cantidad de licor de manzanas en un vaso y se lo dio también a Moira.

— Bebe esto primero. Estás pálida como la cera.

— Con esto tendré color, pero también una cabeza que me dará vueltas.

Sin embargo, se encogió de hombros y bebió el licor como si fuese agua.

— Tengo que admirar a una mujer que puede beber un trago de esa manera.

Impresionado, Cian cogió el vaso y volvió a sentarse.

— Ha sido horrible. Al menos aquí, ante vosotros, puedo admitirlo. Ha sido horrible. — Moira se sentó a la mesa y luego se presionó las sienes con los dedos—. Mirarles a la cara y ver transformarse su expresión, y saber que lo que les he dicho va a cambiarlas para siempre. Pensar en lo que les he arrebatado...

— Tú no has hecho nada. — La ira tino la voz de Glenna al tiempo que apoyaba con fuerza un plato delante de Moira—. Tú no les has arrebatado nada.

— No me refería a la guerra, o a la muerte, sino a lo que les he quitado con las noticias de ellas. Lo más duro ha sido dar las del joven que fue capturado. El hijo del herrero, Sean. Sus padres aún tienen esperanzas. ¿Cómo podía decirles que su hijo está peor que muerto? No podía cortar ese último hilo de esperanza, pero me pregunto si no hubiese sido mejor que lo hiciera.

Dejó escapar el aire lentamente y luego se irguió en su silla. Glenna tenía razón, debía comer.

— Contadme lo que sabéis.

— Estaban bajo tierra — comenzó a explicar Hoyt— como cuando emboscaron a Blair. Tynan dice que no eran más de cincuenta, pero sus hombres fueron cogidos por sorpresa. Ha añadido que a esos monstruos parecía no importarles si les liquidaban, que seguían atacando y luchando como animales enloquecidos. Dos de nuestros hombres han caído casi al instante y, en la confusión de la batalla, se han quedado con tres de nuestros caballos.

— Casi la tercera parte de los caballos que llevaban.

— Cuatro, quizá cinco de ellos han cogido al hijo del herrero, con vida, según han contado los hombres que trataron de salvarlo.

Se lo han llevado en dirección este, mientras el resto mantenía las líneas y luchaba. Los nuestros han matado a más de veinte de ellos, el resto se ha dispersado y huido al cambiar su suerte.

— Ha sido una victoria. Tenéis que verlo así — intervino Blair—. Tenéis que hacerlo. Vuestros hombres han acabado con veinte de sus enemigos en el primer enfrentamiento. Vuestras bajas han sido pocas en comparación con las suyas. No estoy diciendo que una muerte no sea importante — añadió rápidamente—. Lo es. Pero ésta es la realidad. El entrenamiento de los hombres ha dado sus frutos.

— Sé que tienes razón — dijo Moira—, y yo me he dicho lo mismo. Pero también ha sido una victoria para ellos. Querían un prisionero. No hay ningún otro motivo para que se llevaran a uno de los nuestros. Su misión debía de consistir en atrapar a uno vivo, no importaba el precio que tuvieran que pagar por ello.

— Tienes razón, no voy a discutirlo — convino Blair—. Pero yo no lo veo como una victoria de su columna. Ha sido una acción estúpida, y también un desperdicio. Veinte de ellos por un prisionero. Si esos vampiros se hubiesen quedado y luchado, podrían haberse llevado a más de los nuestros, vivos o muertos. Mi opinión es que Lilith ha ordenado ese ataque porque estaba furiosa, o bien ha sido un impulso. En cualquier caso, una pésima estrategia.

Moira masticó un bocado que no podía saborear mientras pensaba en lo que Blair había dicho.

— La forma en que envió a King de regreso a nosotros, en Irlanda, fue algo despreciable y perverso. Pero divertido para ella. Lilith piensa que estas cosas minarán nuestra moral, que debilitarán nuestro espíritu. ¿Cómo puede conocernos tan poco? Tú has vivido la mitad del tiempo que ella — le dijo a Cian—. ¿Qué puedes decirnos?

— Yo encuentro a los humanos interesantes. Ella los encuentra... apetitosos en el mejor de los casos. No necesitas conocer la mente de una vaca para conseguir de ella unos buenos filetes.

— Especialmente si tienes a toda una pandilla para que se encargue de enlazar y conducir el ganado — dijo Blair—. Yo le hice daño a su chica, de modo que necesita que alguien pague por ello. Ayer destruimos tres de sus bases y esta mañana hemos explorado los segundos dos emplazamientos.

— Estaban vacíos — intervino Larkin—. Lilith no se había molestado en colocar trampas allí y tampoco había dejado de guardia a ninguno de sus soldados. Además, Glenna nos ha explicado que habéis estado jugando con ella mientras estábamos fuera.

— El resumen es que ha sido un empate. Pero ella pierde más que nosotros. Aunque eso no es ningún consuelo para las familias de los que han muerto — añadió Blair.

— Y mañana enviaré más hombres. A Phelan. — Moira miró a Larkin—. No puedo retenerle. Hablaré con Sinann, pero...

— No, yo lo haré. Espero que nuestro padre ya haya hablado con ella, pero iré a verla de todos modos.

Moira asintió.

— ¿Y Tynan? ¿Cómo está?

— Tiene un corte en la cadera. Hoyt ha tratado a los heridos. Tynan estaba bien cuando nos marchamos. Están seguros y protegidos para pasar la noche.

— Muy bien entonces. Rezaremos para que mañana haga sol.

Moira tenía otra obligación que atender.

Sus damas de compañía tenían una sala de estar junto a sus habitaciones donde podían descansar, leer, hacer sus labores o cotillear. La madre de Moira había convertido esa estancia en un lugar alegre y placentero, intensamente femenino, con telas de colores suaves, muchos cojines y plantas de flor.

Allí, el fuego se encendía habitualmente con madera de manzano para perfumar el ambiente, y también había candelabros de pared en forma de bonitas hadas aladas.

Cuando fue coronada, Moira autorizó a sus damas de compañía a que cambiasen lo que les apeteciera. Pero la habitación estaba como la recordaba de siempre.

Las mujeres estaban allí entonces, esperando a que ella se retirase a sus habitaciones hasta el día siguiente o que, simplemente, les diese permiso para irse a descansar.

Todas se levantaron e hicieron una pequeña reverencia cuando entró.

— Nada de reverencias, en esta sala, ahora somos todas sólo mujeres.

Abrió los brazos hacia Ceara.

— Oh, mi señora. — Los ojos de Ceara, rojos e hinchados ya por el llanto, se desbordaron mientras corría a los brazos de Moira—. Dwyn está muerto. Mi hermano está muerto.

— Lo siento. Lo siento mucho. Ven, siéntate.

Acompañó a Ceara hasta uno de los sillones sin dejar de abrazarla. Y lloró junto con ella como lo había hecho con la madre de Ceara y con todos los demás que habían perdido a uno de sus seres queridos en la batalla.

— Han enterrado a Dwyn allí mismo, en un campo junto al camino. Ni siquiera han podido traerlo de vuelta a casa. No ha tenido velatorio.

— Haremos que un hombre santo consagre esa tierra. Y levantaremos un monumento para honrar a todos los que hoy han caído.

— Él estaba ansioso por ir, por luchar. Se ha vuelto y me ha saludado con la mano antes de marcharse.

— Ahora beberéis un poco de té. — Con los ojos también enrojecidos por el llanto, Isleen dejó el recipiente sobre la mesa —. Beberás un poco de té, Ceara, y vos también, mi señora.

— Gracias. — Ceara se pasó la mano por las mejillas para secarse las lágrimas —. No sé qué hubiera hecho sin Isleen y Dervil estas últimas horas.

— Es bueno que tengas a tus amigas. Pero ahora te beberás el té y luego irás a reunirte con tu familia. Os necesitaréis mutuamente. Tienes mi permiso para ausentarte todo el tiempo que quieras.

— Hay algo más que quiero, su majestad. Algo que os pido que me deis, en nombre de mi hermano.

Moira esperó, pero Ceara no dijo nada más.

— ¿Me pedirías que te concediese algo sin saber qué es lo que estoy concediendo?

— Mi esposo se marcha mañana.

Moira sintió que se le hundía el estómago.

— Ceara. — Moira se acercó a ella y le pasó la mano por el pelo —. El esposo de Sinann también se marchará al amanecer. Ella lleva en su vientre a su tercer hijo y, aun así, no puedo evitar que parta con el resto de los hombres.

— No os pido que impidáis que se marche. Os pido que me permitáis irme con él.

— Irte... — Moira, atónita, se dejó caer en el sillón —. Ceara... tus hijos.

— Ellos se quedarán con mi madre, tan bien y seguros como pueden estarlo aquí. Pero mi hombre se marcha a la guerra y yo me he entrenado en la lucha tanto como él. ¿Por qué debo quedarme sentada esperando? — Ceara extendió las manos —. Inquietarme mientras bordo, pasear por el jardín mientras él se marcha a combatir. Vos dijisteis que todos teníamos que estar preparados para defender Geall y los mundos que hay más allá. Yo me he preparado. Su majestad, mi señora, os ruego que mañana me permitáis marchar junto a mi esposo.



Moira se levantó sin decir nada. Fue hasta una de las ventanas para mirar hacia la oscuridad. La lluvia, finalmente, había cesado, pero la niebla se extendía como si fuesen nubes.

— ¿Has hablado con él de esto? — preguntó Moira al fin.

— Sí, lo he hecho, y su primer pensamiento ha sido para mi seguridad. Pero entiende que mi decisión está tomada y por qué.

— ¿Por qué?

— El es mi corazón. — Ceara se levantó y apoyó una mano en su pecho—. No dejaría a mis hijos sin protección, pero confío en que mi madre haga todo lo que pueda por ellos. Mi señora, ¿acaso nosotras, las mujeres, nos hemos entrenado y revolcado en el fango todo este tiempo sólo para sentarnos junto al fuego?

— No. No ha sido para eso.

— No soy la única mujer que desea ir a luchar.

Moira se volvió.

— ¿Has hablado con otras mujeres? — Miró a Dervil e Isleen—. ¿Vosotras también queréis? — Asintió—. Veo que estaba equivocada al reteneros aquí. Se harán los arreglos necesarios entonces. Me siento orgullosa de ser una mujer de Geall.

Por amor, pensó Moira mientras se sentaba para hacer otra lista de combatientes. Por amor tanto como por deber. Las mujeres marcharían con los hombres y lucharían por Geall. Pero era por sus esposos y enamorados, por las familias que dejaban allí por quienes querían empuñar la espada.

¿Y ella por quién luchaba? ¿El calor de quién buscaría la noche anterior a la batalla, quién era su razón para luchar?

Los días pasaban, y Samhain acechaba como una hacha ensangrentada pendiendo sobre su cabeza. Y allí estaba ella, sentada sola, como cada noche. ¿Buscaría otro libro, otro mapa, otra lista? O bien vagaría de nuevo por la habitación, por los jardines y los patios, deseando...

Deseándole a él, pensó. Deseando que volviese a poner las manos sobre su cuerpo y la hiciera sentir plena, viva, radiante. Deseando que compartiese con ella lo que había visto la noche en que tocó aquel instrumento y cuyo sonido agitó su corazón tanto como él había agitado su sangre.

Ella había luchado y sangrado y volvería a luchar y sangrar. Entraría en el combate como reina, con la espada de los dioses en la mano. Pero en esos momentos allí estaba, sentada sola en su habitación, deseando, como una doncella ruborizada, la caricia y el calor del único que había hecho que su pulso se acelerara.

Aquello era absurdo y una pérdida de tiempo. Y también un insulto para cualquier mujer de cualquier parte.

Se levantó y comenzó a pasearse por la habitación mientras reflexionaba sobre ello. Sí, era insultante y mezquino. Ella se quedaba allí sentada, deseando, por las mismas razones por las que se había abstenido de enviar a las mujeres a la marcha. Porque lo tradicional era que el hombre viniese a la mujer. Lo tradicional era que el hombre se encargara de la protección y la defensa.

Pero las cosas habían cambiado, ¿verdad?

¿Acaso no había pasado semanas en un mundo y un tiempo en los que las mujeres, como Glenna y Blair, se habían mantenido firmes sin ceder terreno — o algo más — en cada ocasión?

De modo que si ella deseaba las manos de Cian sobre su cuerpo, debía encargarse de que ellas pusiera allí, y no había más que hablar.

Cuando estaba a punto de abandonar la habitación, se acordó del asunto de su apariencia. Podía hacerlo mejor. Si estaba a punto de embarcarse en la aventura de seducir a un vampiro, debía ir bien armada.

Se quitó el vestido. Habría deseado tomar un baño — o más bien la ducha de agua maravillosamente caliente de Irlanda —, pero lo suplió lavándose con el agua perfumada que había en la jofaina.

Cubrió su piel con crema, e imaginó que eran los largos dedos de Cian los que la esparcían por su cuerpo. El calor ya estaba formando una bola de fuego en su estómago y latiendo a lo largo de sus nervios mientras escogía su mejor bata de noche. Mientras se cepillaba el pelo, deseó por un momento haberle pedido a Glenna que le enseñase a hacer un sencillo conjuro. Le pareció que sus mejillas comenzaban a ruborizarse, y sus ojos brillaban. Se mordió los labios hasta que le dolieron, pero pensó que se habían hinchado y enrojecido muy bien.

Se apartó del gran espejo y se estudió cuidadosamente desde cada ángulo. Esperaba tener un aspecto deseable.

Cogió un candil y abandonó la habitación con la firme determinación de no regresar a ella siendo virgen.

En su habitación, Cian estudiaba con atención varios mapas. Era el único miembro del círculo al que se le había negado una visión del campo de batalla, ya fuese en la realidad o bien en sueños. Pero él iba a corregir esa situación.

El tiempo era un problema, cinco días de marcha, aunque él podía recorrer esa distancia en dos, quizá en menos. Pero eso significaba que necesitaría un lugar seguro donde poder acampar durante el día.

Una de las bases que los otros habían instalado serviría para ese propósito. Una vez que hubiese hecho su inspección del terreno, podría instalarse en una de esas bases y esperar la llegada de Samhain.

Largarse así del jodido castillo y alejarse de su tentadora reina.

Habría objeciones a su plan... lo que resultaría irritante, pero no iban a encerrarlo en una mazmorra y obligarlo a quedarse quieto. Los demás partirían al cabo de aproximadamente una semana. El se largaría antes.

Podía marcharse con las tropas que iban a salir por la mañana, si el sol estaba oculto. O, simplemente, esperar a la puesta del sol.

Se sentó y bebió un trago de sangre que había mezclado con whisky, su propia versión de un cóctel para ayudarlo a dormir. Incluso podía irse en aquel mismo instante, ¿verdad? Así se ahorraría las discusiones con su hermano y los demás; simplemente largándose del castillo.

Supuso que tendría que dejar una nota. Era extraño que hubiese gente que realmente se preocupase por su bienestar, y de alguna manera también era agradable, si bien le añadía algunas responsabilidades.

Dejando la bebida a un lado, decidió que sí, que prepararía sus cosas y se marcharía. Sin ruido. Y así no tendría que volver a ver a Moira hasta que ellos lo alcanzaran.

Cogió la cinta de cuero con cuentas que no le había devuelto a su dueña y jugó con ella. Si se marchaba esa noche, no tendría que verla, olería, o imaginar cómo sería tenerla debajo de él en la oscuridad.

Y tenía una imaginación jodidamente buena.

Se levantó para decidir qué equipo resultaría más útil para el viaje y frunció el cejo cuando alguien llamó a la puerta.

«Probablemente sea Hoyt», pensó. Desde luego, no le hablaría de sus planes; de ese modo se evitaría un largo e irritante debate sobre el asunto. Consideró la posibilidad de no abrir la puerta, pero el silencio y una puerta cerrada no detendrían a su hermano el hechicero.

Supo que era Moira en el momento en que su mano tocó el cerrojo. Y maldijo para sí. Abrió la puerta con intenciones de hacer que siguiera rápidamente su camino, de modo que él pudiese seguir el suyo.

Moira vestía de blanco, un blanco fino y vaporoso, con algo por encima casi del mismo gris de sus ojos. Oía como la primavera... joven y llena de promesas.

La necesidad se enroscó dentro de él como si fuesen serpientes.

— ¿Es que nunca duermes? — preguntó él.

— ¿Y tú?

Moira entró en su habitación, y Cian se quedó tan sorprendido por el gesto, que no atinó a bloquearle el paso.

— Bueno, adelante, hazte cuenta de que estás en tu casa.

— Gracias.

Moira lo dijo educadamente, como si las palabras de Cian no hubiesen destilado sarcasmo. Luego dejó el candil sobre la mesa y se volvió hacia el hogar, cuyos leños él no se había molestado en encender.

— Veamos si puedo hacerlo. He practicado hasta que estuvieron a punto de sangrarme las orejas. No hables. Me distraerías.

Extendió una mano hacia la chimenea. Se concentró, imaginó. Empujó. Una llama pequeña y débil asomó en la turba, de modo que entornó los ojos y empujó con más fuerza.

— ¡Mira!

Su voz sonó absolutamente encantada cuando el fuego se encendió.

— Vaya, ahora estoy rodeado de jodidos magos.

Cuando Moira se volvió, su pelo ondeó y la delicada bata se abrió como un abanico.

— Es una habilidad muy útil, y pretendo aprender más.

— Pues aquí no encontrarás un tutor en hechicería.

— No. — Moira se echó el pelo hacia atrás —. Pero estoy pensando en otras cosas. — Regresó a la puerta y pasó nuevamente el cerrojo. Luego se volvió hacia él —. Quiero que me lleves a la cama.

Cian parpadeó ya que, si no, los ojos se le habrían salido de las órbitas.

— ¿Qué?

— No tienes ningún problema de audición, de modo que me has oído perfectamente. Quiero acostarme contigo. Había pensado que podía tratar de mostrarme reservada y seductora, pero luego me ha parecido que sentirías más respeto por las palabras directas y francas.

Las serpientes que estaban enrolladas dentro de él comenzaron a retorcerse. Y morder.

— Aquí tienes una palabra franca y directa: vete.

— Veo que te he sorprendido. — Se paseó por la habitación deslizando un dedo sobre una pila de libros —. Eso no es algo fácil de conseguir, así que, como dice Blair, puntos para mí. — Se volvió otra vez y

sonrió—. Soy una novata en estas cosas, de modo que dime una cosa, ¿por qué se enfadaría un hombre si una mujer quisiera acostarse con él?

— No soy un hombre.

— Ah. — Moira levantó un dedo reconociendo ese punto para él—. Pero tienes necesidades, deseos. Tú me has deseado.

— Un hombre pondría su mano sobre cualquier mujer.

— Tú no eres un hombre — replicó ella, y luego sonrió—. Más puntos para mí. Te estás rezagando.

— Si has estado bebiendo otra vez...

— No he bebido nada. Sabes que no he estado bebiendo. Pero he estado pensando. Iré a la guerra, entraré en combate. Es posible que no salga de él con vida. Quizá ninguno de nosotros lo haga. Hoy han muerto hombres buenos, entre el barro y la sangre, y han dejado muchos corazones destrozados detrás de ellos.

— Y el sexo reafirma la vida. Conozco la psicología de esa situación.

— Eso es bastante cierto. Pero a un nivel más personal, estaré condenada, lo juro, si muero virgen. Quiero *saber* lo que es eso. Quiero sentirlo.

— Entonces, majestad, escoged a un semental de entre vuestros súbditos. Yo no estoy interesado.

— No quiero a nadie más. Nunca quise a nadie antes de ti, y no he querido a nadie desde la primera vez que te vi. Me estremeció poder albergar esa clase de sentimientos hacia ti sabiendo lo que eres. Pero están dentro de mí y no desaparecerán. Tengo necesidades, como cualquiera. Y bastantes estratagemas creo, para vencer tu resistencia si es necesario... aunque ya hayas dejado de ser un joven lujurioso.

— Has encontrado tus pies, ¿verdad? — musitó él.

— Oh, siempre los he tenido. Sólo que soy muy prudente hasta saber bien dónde piso. — Mientras lo miraba, midiéndolo, deslizó la mano por uno de los pilares de la cama—. Dime, ¿qué diferencia podría suponer para ti? Una hora o dos. Creo que no has estado con una mujer desde hace algún tiempo.

Cian se sentía como un idiota. Tenso, estúpido y necesitado.

— Eso no es de tu incumbencia.

— Podría serlo. He leído que cuando un hombre no ha estado con una mujer durante un tiempo, esa circunstancia puede afectar a su rendimiento. Pero no deberías preocuparte por eso, ya que no tengo nada con qué compararlo.

— ¡Menuda suerte para mí! O lo sería si yo te deseara.

Moira alzó la cabeza y lo único que él pudo ver en su rostro fue curiosidad y confianza.

— Crees que insultándome conseguirás que me marche. Me apuesto lo que quieras a que en este momento estás duro como una piedra. — Se acercó a él—. Deseo tanto que me toques, Cian. Estoy cansada de soñar con eso y quiero sentirlo.

La tierra se estaba desmoronando bajo sus pies. Y lo había estado haciendo, él lo sabía, desde que ella había puesto el pie en su habitación.

— No sabes lo que estás pidiendo, lo que estás arriesgando. Las consecuencias de ese acto se te escapan.

— Un vampiro puede acostarse con un humano. No me harás daño.

Moira alzó los brazos, pasó la cadena de la cruz por encima de su cabeza y la dejó sobre la mesa.

— Alma cándida.

Cian intentó ser sarcástico, pero el gesto de Moira lo había conmovido.

— Confiada. No necesito ni quiero un escudo contra ti. ¿Por qué nunca pronuncias mi nombre?

— ¿Qué? Por supuesto que lo hago.

— No, no lo haces. Te diriges a mí, pero nunca me miras ni dices mi nombre. — Sus ojos tenían ahora el color del humo y estaban llenos de sabiduría—. Los nombres tienen poder, tomado o concedido. ¿Acaso temes lo que yo podría quitarte?

— No hay nada que puedas tomar.

— Entonces, di mi nombre.

— Moira.

— Otra vez, por favor.

Ella le cogió una mano y se la apoyó en el corazón.

— No hagas esto.

— Cian. Ese es tu nombre pronunciado por mí. Cian. Creo que si no me tocas, si no me tomas, una parte de mí morirá antes de entrar en batalla. Por favor. — Enmarcó el rostro de él con sus manos y vio, finalmente, lo que necesitaba ver en sus ojos—. Di mi nombre.

— Moira. — Perdido, le cogió la muñeca y le besó la palma de la mano—. Moira. Si no estuviese ya condenado, esto me enviaría directamente al infierno.

— Yo trataré de llevarte primero al cielo, si me enseñas cómo hacerlo.

Se puso de puntillas y lo atrajo hacia ella. Tembló cuando los labios de Cian se unieron a los suyos.

## CAPÍTULO 10

El había creído que su voluntad podría impedir aquello. Mil años, pensó, y se hundió en ella; y el macho seguía engañándose al creer que podía controlar a la hembra.

Era ella quien lo guiaba y, a su manera, lo había estado haciendo desde el primer instante. Ahora tomaría lo que ella le ofrecía, lo que estaba exigiendo de él, no importaba lo egoísta que fuese el acto. Pero emplearía la experiencia de una docena de vidas para darle a cambio lo que ella deseaba.

— Eres imprudente y necia al entregar tu inocencia a alguien como yo. — Deslizó suavemente un dedo por su clavícula—. Pero ahora no te marcharás hasta que lo hayas hecho.

— La virginidad y la inocencia no son siempre lo mismo. Yo perdí mi inocencia antes de conocerte.

La noche en que su madre había sido asesinada, pensó. Pero los recuerdos de aquel momento no eran para esa noche.

Esa noche era para conocerlo.

— ¿Debería desnudarme para ti o eso es algo que debes hacer tú?

Él emitió una risa breve y casi doliente antes de apoyar la frente sobre la de ella en un gesto que a Moira le pareció sorprendentemente tierno.

— No hay prisa — musitó él—. Algunas cosas, especialmente la primera vez que son probadas, es mejor saborearlas y no tragarlas de un bocado.

— ¿Lo ves? Ya he aprendido algo. Cuando me besas, hay cosas que se despiertan dentro de mí. Cosas que yo ignoraba que estuviesen durmiendo ahí. No sé qué es lo que sientes tú.

— Más de lo que me gustaría. — Hundió los dedos en su pelo, como había estado deseando hacer desde hacía semanas—. Más de lo que sería bueno para cualquiera de los dos. Esto... — la besó suavemente— es un error. — Y volvió a besarla, ahora más profundamente.

Igual que sucedía con su olor, ella sabía a primavera, a sol brillante y a juventud. Cian ansiaba ese sabor, se llenó de él y de su aliento entrecortado mientras rozaba suavemente con los dientes su labio inferior.

Dejó que sus manos se hundieran entre sus cabellos, en la larga y sedosa melena, y acariciándola por debajo de ésta para despertar sus nervios a lo largo de la columna vertebral.



Cuando Moira comenzó a temblar, le apoyó las manos en los hombros para que la bata se deslizara hacia abajo y desnudar así para sus labios aquella piel tan suave. Él podía sentir la entrega en ella, lo mismo que su estremecimiento, y cuando su boca le recorrió la garganta, el excitante latido de la sangre bajo la piel.

Moira no se sobresaltó cuando sus dientes la rozaron, pero se puso rígida cuando le acarició un pecho.

Nadie la había tocado jamás de un modo tan íntimo. La ola de calor provocada por sus manos fue un choque para ella, como el hecho de saber que entre la palma de él y su piel sólo había una delgada capa de tela.

Luego también eso desapareció, y la bata de noche cayó alrededor de sus pies. Su mano se alzó instintivamente para cubrirse, pero él se la cogió y le pasó suavemente los dientes por la muñeca mientras la miraba fijamente.

— ¿Tienes miedo?

— Un poco.

— No te morderé.

— No, no de eso. — Giró la mano que él sostenía para cubrir con la palma la mejilla de Cian—. Dentro de mí están ocurriendo tantas cosas. Tantas cosas nuevas. Nadie me ha tocado nunca de esta manera. — Haciendo acopio de todo su valor, cogió la otra mano de él y se la llevó al pecho—. Muéstrame más.

Él pasó la yema del pulgar sobre el pezón y observó la conmoción de placer que se reflejaba en el rostro de ella.

— Apaga de una vez esa mente bulliciosa, Moira.

Pero era como si un manto de niebla hubiese cubierto ya su mente. ¿Cómo podía pensar cuando su cuerpo estaba nadando en medio de sensaciones tan nuevas?

Él la alzó del suelo de modo que, de pronto, su cara quedó al mismo nivel que la de Cian. Luego su boca la sumergió nuevamente en la ola de calor.

¿La cama estaba debajo de ella? ¿Había cruzado él la habitación? Cómo lo había... pero su mente volvió a nublarse mientras las manos y la boca de Cian recorrían su cuerpo como terciopelo ardiente.

Ella era un festín y él había ayunado demasiado. Pero aun así la degustó lentamente, demorándose en los sabores y texturas. Y con cada estremecimiento, con cada gemido o jadeo, ella alimentaba la excitación de Cian.

Cuando sus manos curiosas llegaron demasiado cerca de romper el control de Cian, él las cogió entre las suyas, sujetándoselas al tiempo que asolaba sus pechos lentamente, sin piedad.

Ella se estaba transformando debajo de él; Cian podía sentir cómo el poder la llenaba cada vez con más fuerza, con mayor plenitud. Y cuando ella llevó a la cima del placer, Moira arqueó el cuerpo, acompañándolo de un grito ahogado.

Pareció derretirse, y sus manos quedaron flácidas debajo de las de él.

— Oh — dijo con una prolongada expulsión de aliento — . Oh, entiendo.

— Tú crees que entiendes.

La lengua de Cian recorrió el potente latido del pulso en su garganta y, mientras Moira gemía, le deslizó la mano entre las piernas y, penetrando en ese calor húmedo, le enseñó más.

Todo se llenó de luz. El resplandor la cegaba, casi le quemaba los ojos, la piel, el corazón. Ahora ella era sólo sensación, una multitud de placeres más allá de cualquier posibilidad. Era la flecha del arco y él la había disparado hacia arriba en un vuelo interminable.

Sus manos la dominaban hasta convertirla en rehén de esa necesidad sin fin. Medio enloquecida, forcejeó con la camisa de él.

— Necesito... quiero...

— Lo sé.

Cian se quitó la camisa para que ella, a su vez, pudiese tocarlo y saborearlo. Y se dejó llevar por el placer que le producían sus ansiosas exploraciones. El aliento de ella sobre su piel, cálido y agitado, los dedos recorriendo y acariciando. Cuando las manos de Moira llegaron a sus caderas, permitió que lo ayudase a quitarse el resto de la ropa.

Y no estaba seguro de si debía sentirse divertido o halagado cuando ella abrió unos ojos como platos.

— Yo... yo no sabía. Había visto un pene antes, pero...

Ahora él se echó a reír.

— ¿Oh, lo has visto?

— Por supuesto. Los hombres se bañan en el río y, bueno, sentía curiosidad...

— Los espiabas. El orgullo de un hombre no se encuentra en su, digamos, esplendor después de un baño en las frías aguas de un río. No te haré daño.

Pero él tendría que hacérselo, ¿no?, pensó. Ella había leído acerca de esas cosas y, además, había oído a las mujeres hablar de ello. Sin embargo no le temía al dolor. Ya no le temía a nada.

De modo que volvió a tenderse y lo abrazó. Pero él comenzó a tocarla otra vez, a excitarla de nuevo, a desatarla como si fuese un nudo en una cuerda.

Quería que estuviese empapada, embriagada, más allá de los pensamientos y de los nervios. Aquel cuerpo tenso y delgado que ella había endurecido anticipadamente, volvió a aflojarse. Una vez más cálido y relajado, con ese erótico torrente de sangre que bullía bajo su piel.

— Mírame. Moira *mo chroi*. Mírame. Mira dentro de mí.

Aquello era algo que él podía hacer, con voluntad y control. Él podía hacerle más fácil el momento, mitigar la ráfaga de dolor y proporcionarle sólo placer. Cuando aquellos grandes ojos grises se empañaron, él la penetró. La llenó.

Los labios de Moira temblaron y el gemido que emitieron fue ronco y profundo. Cian la mantuvo apresada en sus ojos mientras empezaba a moverse en su interior con embestidas profundas y lentas que hicieron que la excitación recorriese el rostro y el cuerpo de ella.

Incluso cuando él la libró de su sujeción, cuando ella comenzó a moverse con él por su cuenta, sus ojos continuaron fijos en los de Cian. El corazón de Moira latía furiosamente, un tambor salvaje golpeando en su pecho, algo tan vital que, por un momento, pareció que latía dentro de él.

Moira se corrió con un grito de admiración y abandono. Al fin, él permitió que su propia necesidad se liberase en ella.

Ella se acurrucó contra él como una gata que hubiese lamido hasta la última gota de crema. Cian estaba seguro de que, más tarde, se maldeciría por lo que acababa de hacer, pero por el momento estaba contento de poderlo disfrutar.

— No sabía que pudiese ser así — musitó ella —. Tan enorme.

— Al estar tan bien dotado, podría haberte arruinado para cualquier otro hombre.

— No me refería al tamaño de tu orgullo, como lo has llamado. — Se echó a reír y por la sonrisa indolente de él, comprendió que había entendido perfectamente lo que había dicho —. He leído acerca del acto, por supuesto. Libros de medicina, libros de cuentos. Pero la experiencia personal es mucho más satisfactoria.

— Me siento feliz de haber contribuido a tu investigación.

Moira rodó en la cama hasta colocar su cuerpo encima del de él.

— Estoy pensando que necesitaré hacer una investigación mucho más exhaustiva antes de aprender todo lo que hay que saber. Estoy ávida de conocimientos.

— Maldita sea, Moira — dijo él con un suspiro mientras jugaba con su larga cabellera —. Eres perfecta.

— ¿Lo soy? — Sus mejillas ya brillantes se sonrojaron de placer — No te lo discutiré porque en este momento me siento perfecta. Aunque bastante sedienta. ¿Tienes algo de agua por aquí?

Él la apartó suavemente y luego se levantó para buscar la jarra. Moira se sentó en la cama mientras Cian servía el agua y su pelo resbaló sobre sus hombros y sus pechos. Él pensó que, si tuviese un corazón que latiera, verla tal como la estaba viendo en esos momentos podría detenerlo.

Le alcanzó el vaso y luego se sentó frente a ella en la cama.

— Esto es una locura y tú lo sabes.

— El mundo se ha vuelto loco — contestó Moira —. ¿Por qué no podríamos serlo nosotros un poco? No estoy siendo imprudente o despreocupada — añadió rápidamente, apoyando una mano sobre la de él — Tengo que hacer tantas cosas, Cian, tantas cosas obligatoriamente. Ésta ha sido mi elección. Mi propia elección.

Bebió un poco de agua y le pasó el vaso para compartirla con él.

— ¿Lamentarás haber hecho algo que nos ha dado placer y que no le ha hecho daño a nadie?

— ¿Has pensado en lo que pensarán de ti por haber compartido la cama conmigo?

— Hay que oírte, preocupándote por mi reputación. Yo soy dueña de mí misma y no necesito explicarle a nadie con quién comparto la cama.

— Siendo la reina...

— Eso no me hace menos mujer — lo interrumpió Moira —. Una mujer de Geall, y somos conocidas por tomar nuestras propias decisiones. Esta misma noche se han encargado de recordármelo.

Moira se levantó y cogió la bata para cubrirse.

Él pensó que era como si se cubriese con niebla.

— Una de mis damas de compañía, Ceara, ¿sabes de quién hablo?

— Ah, alta, pelo rubio oscuro. Es la mujer que te derribó en el combate cuerpo a cuerpo.

— Exactamente. A su hermano lo han matado hoy en la marcha. Era muy joven, ni siquiera tenía dieciocho años. — Eso volvió a lastimarle el corazón —. He ido a la sala donde se reúnen mis damas y la he encontrado

allí, cuando tendría que haberle dado permiso para que estuviese con su familia.

— Ella es leal y piensa en su deber para contigo.

— No sólo para conmigo. Me ha preguntado si yo le concedería una cosa en nombre de su hermano. Una cosa. — La emoción tembló en su voz antes de que pudiese contenerla —. Y era partir mañana por la mañana junto a su esposo. Dejar esto, a sus hijos, la seguridad, y enfrentarse a los peligros que pudieran acecharla en el camino. Y no es la única mujer que lo ha hecho. No somos débiles. No nos sentamos y esperamos, o no queremos seguir haciéndolo. Me lo han recordado esta noche.

— ¿Permitirás que se marche?

— A ella y a cualquier otra mujer que lo desee. Al final, algunas de las que quizá no quieran ir también deberán hacerlo. No he venido a verte porque sea débil, porque necesitase consuelo o protección. He venido porque te quería a ti. Quería esto. — Levantó la cabeza y, con una leve sonrisa, dejó caer la bata —. Y ahora parece que te deseo otra vez. ¿Necesito seducirte?

— Es demasiado tarde para eso.

La sonrisa de Moira se hizo más amplia mientras se acercaba a la cama.

— He oído decir, y he leído, que un hombre necesita un poco de tiempo entre un asalto y otro.

— Me obligas a repetirme: yo no soy un hombre.

La cogió de la mano, la lanzó encima de la cama... y debajo de él.

Ella se echó a reír y le tiró del pelo con un gesto divertido.

— Esto es algo que resulta muy útil, dadas las circunstancias.

Más tarde, por primera vez en demasiado tiempo como para poder recordarlo, Cian no se durmió en silencio, sino acompañado por el ritmo sereno del corazón de Moira.

Y fue ese corazón el que lo despertó. Oyó el latido súbito y acelerado incluso antes de que ella se agitase violentamente en medio del sueño.

Maldijo al recordar sólo entonces que ella no llevaba puesta la cruz, y que él tampoco había adoptado ninguna de las precauciones de Glenna contra la intrusión de Lilith.

— Moira. — La cogió por los hombros y la levantó —. Despierta.

Estaba a punto de sacudirla para que lo hiciese cuando sus ojos se abrieron de golpe. En lugar de la expresión de miedo que Cian esperaba encontrar en su mirada, vio aflicción.

— Era un sueño — dijo él con cautela — . Sólo un sueño. Lilith no puede tocarte en sueños.

— No era Lilith. Lamento haberte despertado.

— Estás temblando. Toma. — Cogió una de las mantas y le cubrió los hombros — . Volveré a encender el fuego.

— No es necesario. No te preocupes — dijo Moira cuando él se levantó — . Debería irme. No falta mucho para que amanezca.

Sin embargo, él se agachó y colocó unos trozos de turba en el hogar.

— No confías en mí como para contármelo.

— No es eso. No lo es. — Debería haberse levantado y haberse ido en cuanto se despertó. Porque ahora sentía como si no pudiera moverse — . No era Lilith, sólo era un mal sueño. Sólo...

Pero su respiración comenzó a agitarse.

En lugar de ir hacia ella, Cian encendió la turba y luego recorrió la habitación encendiendo las velas.

— No puedo hablar de ello. No puedo.

— Por supuesto que puedes. Quizá no conmigo, pero sí con Glenna. Iré a despertarla.

— No. No. No.

Moira se cubrió el rostro con las manos.

— Ya veo. — Puesto que estaba levantado, y que probablemente ya no pudiese seguir durmiendo, se sirvió una jarra de sangre — . Las mujeres de Geall no son débiles.

Moira bajó las manos y los ojos que había estado ocultando brillaron con el insulto.

— Maldito bastardo.

— Exactamente eso. Regresa corriendo a tu habitación si no eres capaz de enfrentarte a ello. Pero si te quedas, debes librarte de cualquier cosa que esté anudada en tu interior. Tú decides.

— Cogió una silla — . Eres buena para las elecciones, de modo que toma una.

— ¿Quieres oír mi dolor, mi aflicción? ¿Por qué no explicártelo entonces? Quizá para ti no tenga demasiada importancia. Estaba soñando, como lo hago una y otra vez, con el asesinato de mi madre. Y, cada vez, el sueño es más claro que la anterior. Al principio todo era pálido y confuso, como si estuviese mirando a través de una mancha de lodo. Resultaba más fácil de sobrellevar.

— ¿Y ahora?

— Ahora he podido verlo.

— ¿Y qué es lo que has visto?

— Estaba durmiendo. — Sus ojos estaban muy abiertos y llenos de dolor—. Habíamos cenado y estaban mi tío, Larkin y el resto de la familia. Una pequeña fiesta familiar. Mi madre disfrutaba celebrándolas varias veces al año. Después hubo música y baile. A ella, a mi madre, le encantaba bailar. Cuando nos fuimos a la cama ya era muy tarde, y yo me quedé dormida en cuanto apoyé la cabeza en la almohada. Entonces la oí gritar.

— ¿Nadie más la oyó?

Moirá meneó la cabeza.

— No. Ella no gritó. No en voz alta. No creo que mi madre gritase en voz alta. Lo hizo dentro de su cabeza y yo pude oír ese grito en la mía. Una vez. Sólo una vez. Pensé que lo había imaginado, no podía ser de otra manera. Pero de todos modos me levanté y fui a su habitación. Sólo para tranquilizarme.

Podía ver la escena como si fuese entonces. No se había molestado en coger un candil porque su corazón latía de prisa y resonaba en su pecho. Simplemente había abandonado su habitación y corrido hacia la puerta de su madre.

— No llamé. Me iba diciendo a mí misma que no la despertaría. Sólo desrizarme en su habitación y comprobar que estaba durmiendo. Pero cuando abrí la puerta, mi madre no estaba en su cama, no estaba durmiendo. Entonces oí unos sonidos horribles. Como animales, como lobos pero peor. Oh, mucho peor.

Hizo una pausa, trató de hacer pasar saliva a través de su garganta seca.

— Las puertas de la terraza estaban abiertas y las cortinas se movían al impulso de la brisa. La llamé. Quería correr hacia las puertas del balcón pero no pude. Sentía las piernas como si fuesen de plomo. Apenas era capaz de poner un pie delante del otro. No, no puedo seguir.

— Sí puedes. Fuiste hasta las puertas, las puertas de la terraza.

— Y vi... Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios. La vi tendida en el suelo. Y la sangre, tanta sangre. Esas cosas estaban... Voy a vomitar.

— No lo harás. — Cian se levantó y se acercó a ella—. No vomitarás.

— Esas cosas la estaban despedazando. — Y las palabras salieron bruscamente de su boca—. Estaban desgarrando su cuerpo. Eran demonios, cosas salidas de una pesadilla, despedazando a mi madre. Quería gritar pero no podía. Quería abalanzarme sobre ellos y echarles de allí. Uno de ellos me miró. Tenía los ojos rojos y la cara cubierta con la sangre de mi madre. Se

lanzó contra la puerta y yo retrocedí. Me alejé de ella cuando tendría que haber corrido a su lado.

— Tu madre estaba muerta, Moira, y tú lo sabías. Si hubieses atravesado esas puertas, te habrían matado.

— Debería haber corrido hacia ella. Esa cosa saltó y yo grité y grité y grité. Incluso cuando ese monstruo cayó hacia atrás como si hubiese chocado contra una pared, yo seguí gritando. Luego todo se volvió negro. Lo único que hice fue gritar mientras mi madre yacía en el suelo, desangrándose.

— Tú no eres estúpida — dijo Cian—. Tú sabes que estabas conmocionada. Sabes que lo que viste era como haber recibido un terrible golpe físico. Nada de lo que pudieras haber hecho habría salvado a tu madre.

— ¿Cómo pude dejarla allí, Cian? Simplemente dejarla allí. — Las lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas—. La amaba más que a nadie en el mundo.

— Ocurrió porque tu mente no podía aceptar lo que veían tus ojos, aquello que para ti era imposible. Antes de que tú entraras en su habitación, ella ya estaba muerta. Tu madre estaba muerta, Moira, desde el momento en que oíste su grito en tu cabeza.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro? Si...

— Eran asesinos. Debieron de matarla al instante. Lo que vino después sólo fue complacencia, pero la muerte era el objetivo.

Ahora Cian cogió sus manos entre las suyas para calentárselas.

— Debí de tener apenas un momento para sentir miedo, para sentir el dolor. En cuanto al resto, ella ya estaba más allá del resto.

Moira se quedó inmóvil y lo miró fijamente a los ojos.

— ¿Podrías jurarme que crees eso?

— No es cuestión de que lo crea o no lo crea, es que lo sé. Puedo jurártelo. Si su intención hubiera sido torturarla, se la habrían llevado a alguna parte y se hubiesen tomado su tiempo para hacerlo. Lo que tú viste fue una forma de encubrimiento. Animales salvajes habrían dicho. Lo mismo que sucedió con tu padre.

Moira dejó escapar el aire al comprender la horrible lógica que había en las palabras de Cian.

— Me ponía enferma sólo de pensar que mi madre podría haber estado viva cuando llegué allí. Aún con vida mientras aquellos dos monstruos la despedazaban. Ahora, de alguna manera, me resulta más fácil saber que no lo estaba.



Moira se enjugó una lágrima.

— Lamento haberte llamado bastardo.

— Yo te he hecho enfadar.

— Con total determinación. Antes de esta noche no había hablado con nadie de todo esto. No era capaz de sacarlo fuera y hablar de ello.

— Ahora lo has hecho.

— Tal vez ahora que lo he hecho, ya no la vea más como la vi aquella noche. Quizá consiga verla como cuando estaba viva y era feliz. Todas esas imágenes que tengo de ella, en lugar de sólo la última. ¿Me abrazarías un momento?

Cian se sentó, la rodeó con el brazo y cuando ella apoyó la cabeza sobre su hombro le acarició el pelo.

— Me siento mejor ahora que te lo he contado. Has sido muy amable al hacer que me enfadara para que hablase.

— Cuando quieras.

— Me gustaría poder quedarme aquí, sentada en silencio y en la oscuridad. Quedarme contigo. Pero debo volver a mi habitación y cambiarme de ropa. Debo ver a las tropas cuando emprendan la marcha al amanecer. — Moira alzó la cabeza — . ¿Me das un beso de buenos días?

Cian unió sus labios a los de ella y prolongó el beso hasta que sintió una punzada en el estómago.

Ella abrió unos ojos soñolientos.

— He podido sentirlo hasta las plantas de los pies. Espero que eso signifique que hoy caminaré más ligera.

Se levantó y cogió su ropa.

— Puedes echarme de menos en las próximas horas — dijo ella — . O, en todo caso, mentir cuando vuelva a verte, y decirme que así ha sido.

— Si te digo que te he echado de menos no será una mentira.

Moira, ya con la bata puesta, cogió el rostro de Cian entre sus manos para un nuevo beso.

— Entonces, me conformaré con cualquier cosa que sea la verdad.

Luego cogió su candil y se dirigió a la puerta. Después de ofrecerle una última sonrisa por encima del hombro, corrió el cerrojo.

Y abrió la puerta un segundo antes de que Larkin golpease para llamar.

— ¿Moira?

Su sonrisa fue breve y desconcertada al encontrarla allí. Y se esfumó por completo cuando vio la cama revuelta y a Cian que se envolvía la cintura con una manta.

Con un ataque de furia salvaje hizo que Moira se apartase de su camino y atacó a Cian.

Este no se molestó en parar el golpe, y lo recibió en pleno rostro. Detuvo el segundo puño unos centímetros antes de que volviese a impactar en su rostro.

— Tienes derecho a uno, pero no más.

— Él no tiene derecho a nada de eso. — Moira tuvo la presencia de ánimo necesaria para cerrar la puerta y correr nuevamente el cerrojo —. Si vuelves a golpearle, Larkin, yo misma te patearé el culo.

— Jodido cabrón. Responderás por esto.

— De eso no cabe duda. Pero no ante ti.

— Será ante mí, te lo prometo.

Cuando Larkin volvió a cerrar los puños, Moira tuvo que reprimir el impulso de golpearle con un candelabro.

— Lord Larkin, como vuestra reina, os ordeno que retrocedáis.

— Oh, no metas el rango en este asunto — dijo Cian —. Deja que el muchacho trate de defender el honor de su prima.

— Te dejaré jodidamente inconsciente.

Moira, con la paciencia agotada, se interpuso entre ambos.

— Mírame. Maldito sea tu duro cráneo, Larkin, mírame en qué habitación estamos?

— En la habitación del jodido cabrón.

— ¿Y crees que él me arrastró hasta aquí cogida del pelo para forzarme? Un zopenco, eso es lo que eres. Yo vine aquí y llamé a la puerta de Cian. Me metí en su habitación y en su cama porque era lo que yo quería.

— No sabes lo que estás...

— Si te atreves, *si te atreves* a decirme que no sé lo que quiero, seré yo quien te deje a ti jodidamente inconsciente. — Le golpeó el pecho con un dedo para enfatizar sus palabras —. Tengo derecho a mi vida privada, y tú no tienes voz en ella.

— Pero él... tú. No es correcto.

— Tonterías.

— No es de extrañar que tu primo se oponga a que te acuestes con un vampiro. — Cian se alejó de ellos y volvió a coger su copa. Introdujo

deliberadamente un dedo en la sangre y luego lo chupó—. Oh, un hábito detestable.

— No permitiré que... — empezó Moira.

— Espera. — Larkin interrumpió el airado torrente de palabras de Moira—. Un momento. Me gustaría hablar con Cian en privado. Sólo hablar — añadió antes de que su prima abriese de nuevo la boca—. Te doy mi palabra.

Ella se pasó la mano por el pelo.

— No tengo tiempo para ninguno de vosotros y esta tontería. Comportaos como hombres y discutid sobre lo que no es de vuestra incumbencia como si yo fuese tonta. Por mi parte, voy a vestirme; tengo que despedirme de los soldados que se marchan hoy.

Moira fue hacia la puerta.

— Confío en que no os matéis el uno al otro por mis relaciones privadas.

Luego abandonó la habitación con un sonoro portazo.

— Date prisa — dijo Cian—. Me siento súbitamente cansado de los humanos.

Lo peor del mal humor de Larkin había desaparecido de su rostro.

— Tú crees que te he pegado, que estoy enfadado contigo por lo que eres. Pero yo habría tenido la misma reacción y hecho exactamente lo mismo con cualquier hombre a quien hubiese encontrado con Moira de esta manera. Ella es mi chica, después de todo.

Aunque no pudiese ser para mí lo que yo quería, ya que de todos modos yo no había pensado en nada concreto.

Dejó escapar el aire mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

— Y ahora que lo pienso, eso añade una nueva y complicada capa a todo esto. Pero no quiero que creas que te he golpeado porque eres un vampiro. El hecho es que no pienso en ti de ese modo, bueno, a menos que piense en ello. Para mí eres un amigo. Tú eres uno de nosotros seis. — Mientras hablaba, su voz volvió a teñirse de ira—. Pero te lo digo claramente, aquí y ahora, lo que fuese que estuvieses pensando al aprovecharte de mi prima, no tiene nada que ver con que tengas o no un jodido corazón.

Cian esperó un momento antes de hablar.

— ¿Has acabado ya con esa parte del discurso?

— Sí, hasta que tenga una respuesta.

Cian asintió, se sentó y cogió nuevamente su copa.

— Me has puesto en un dilema, ¿no crees? Al decir que soy tu amigo y uno de los vuestros. Puedo ser la primera cosa, pero nunca seré la segunda.

— Tonterías. Ésa es una forma de eludir la cuestión. Confiaba en ti tanto como en los demás. Y ahora tú has seducido a mi prima.

Cian se echó a reír.

— Me parece que no le concedes a tu prima suficiente mérito.

Ése fue también mi error. — Cian pasó un dedo por la cinta de cuero que le había regalado Moira—. Ella me deshiló como si yo fuese un ovillo de lana. Desde luego, eso no me excusa de no haberle dicho que se marchase de la habitación, pero Moira es una mujer persuasiva y obcecada. No pude... no me resistí.

Eché un vistazo a los mapas que había ignorado desde que Moira llamó a la puerta.

— Pero eso no será un problema, porque pienso marcharme esta misma noche. Más pronto incluso si el tiempo lo permite.

Quiero inspeccionar personalmente el campo de batalla. De modo que Moira está a salvo de mí, y yo de ella, hasta que todo esto haya acabado.

— No puedes hacerlo. No puedes hacerlo — repitió Larkin mientras Cian se limitaba a alzar una ceja—. Si te marchas de este modo, Moira pensará que ella ha sido la causa. Le harás daño. Si yo soy el responsable de que hayas decidido irte...

— Ya lo tenía decidido antes de que Moira viniese a mi habitación. En parte porque esperaba mantenerme alejado de ella.

Obviamente frustrado, Larkin se pasó las manos por el pelo.

— Ya que no has sido lo bastante rápido como para que eso no ocurriese, ahora tendrás que esperar. Yo te llevaré hasta el campo de batalla, por el aire, dentro de unos días o cuando se pueda. Pero los seis debemos permanecer unidos. — Larkin, ahora más tranquilo, estudió el rostro de Cian—. Es preciso que sigamos siendo un círculo. Esto es mucho más grande que el hecho de acostarse o no con alguien. Eso, ahora que mi sangre se ha enfriado, es algo que os compete solamente a vosotros dos. No me corresponde a mí interferir. Pero maldita sea — continuó— voy a pedirte una cosa. Voy a preguntártelo como amigo y como su familiar de sangre representando a su padre. ¿Tienes sentimientos hacia ella?

¿Sentimientos auténticos?

— Juegas la carta de la amistad hábilmente, ¿no crees?

— Tú eres mi amigo, me preocupo por ti como lo haría por un hermano. Ésa es la verdad.

— Maldita sea. — Cian dejó con fuerza la copa sobre la mesa y luego frunció el cejo ante las gotas de sangre que habían salpicado los mapas — . Vosotros los humanos me agobiáis con los sentimientos. Los empujáis hacia mí y dentro de mí sin pensar por un momento cómo puedo sobrevivir a ellos.

— ¿Cómo puedes sobrevivir sin ellos? — preguntó Larkin a su vez.

— Con toda comodidad. ¿Qué diferencia puede suponer para ti lo que yo sienta? Ella necesitaba a alguien.

— A alguien no. A ti.

— Ése es su error — replicó Cian tranquilamente — . Y mi condena. La amo, de otro modo la hubiese tomado antes sólo por diversión. La amo, si no, la hubiese echado de mi habitación anoche.

¿Cómo?, no estoy seguro, pero la amo, porque de no ser así, no me sentiría tan jodidamente desesperado. Y si le cuentas a alguien lo que acabo de decirte, amigo o no amigo te arrancaré la cabeza de los hombros.

— De acuerdo. — Larkin asintió, se levantó y le tendió la mano — . Espero que os hagáis mutuamente tan felices como seáis capaces, durante todo el tiempo en que podáis hacerlo.

— Está bien. — Cian le estrechó la mano — . ¿Y qué demonios estás haciendo aquí a estas horas?

— Oh, lo había olvidado por completo. Pensaba que aún no te habrías acostado. Quería preguntarte si permitirías que nosotros, mi familia, cruzáramos a tu caballo con una de nuestras yeguas. Está en celo, y tu Vlad sería una buena elección.

— ¿Quieres usar a mi caballo como semental?

— Sí, me gustaría hacerlo, si no representa un problema para ti. Ordenaría que trajesen la yegua esta mañana.

— Adelante. Estoy seguro de que Vlad lo disfrutará.

— Te lo agradezco. Te pagaremos la tarifa habitual.

— No. Nada de dinero. Lo consideraremos un gesto entre amigos.

— Entre amigos entonces. Gracias. Ahora iré a ver a Moira y dejaré que me rompa la crisma como merezco. — Larkin se demoró en la puerta — . Oh, la yegua que tengo en mente para tu caballo es encantadora.

La sonrisa breve, el guiño rápido de Larkin cuando éste marchó de la habitación, hicieron que Cian se echara a reír a pesar de la confusión de esa mañana.

## CAPÍTULO 11

Siguiendo órdenes de Moira, las banderas ondearon a media asta y los gaiteros tocaron un réquiem a la luz del amanecer. Ella haría más, si los dioses lo querían, por todos aquellos que habían entregado sus vidas en aquella guerra. Pero por el momento eso era todo lo que se podía hacer en reconocimiento de los muertos.

De pie en medio del patio, se sentía desgarrada entre la aflicción y el orgullo mientras observaba a los hombres y mujeres — los guerreros — que se preparaban para emprender la larga marcha hacia el este. Ella ya se había despedido de sus damas de compañía, y de Phelan, el esposo de su prima.

— Majestad. — Niall, el corpulento guardia que ahora era uno de sus fieles capitanes, se cuadró delante de ella — . ¿Ordeno que abran las puertas?

— Espera un momento. Sé que desearías marcharte hoy.

— Yo os sirvo con complacencia, mi señora.

— Tus deseos te pertenecen, Niall, y los entiendo. Pero te necesito aquí un poco más. Pronto llegará el momento en que tú también debas marcharte. — Ese momento llegaría para todos ellos, pensó — . ¿Cómo están tu hermano y su familia?

— A salvo, gracias a lord Larkin y la señora Blair. Aunque la pierna de mi hermano está curando bien, no podrá combatir de pie.

— En esta guerra habrá más cosas que hacer además de usar una espada en el campo de batalla.

— Sí. — Su mano aferró la empuñadura de la espada que le colgaba del costado — . Pero yo estoy listo para usar la mía.

Moira asintió.

— Lo harás. — Dejó escapar el aire — . Abrid las puertas.

Por segunda vez, contempló a su gente abandonar la seguridad que les brindaba el castillo. Sería una escena repetida, lo sabía, hasta que ella también atravesara esas puertas, dejando atrás a los muy viejos, los muy jóvenes, los enfermos y los inválidos.

— Es un día luminoso — dijo Larkin a su lado — . Deberían poder llegar a la primera base sin contratiempos.

Moira no dijo nada y desvió la mirada hacia donde se encontraba Sinann, con un hijo en brazos, otro dentro de su vientre y uno más cogido de sus faldas.

— Sinann no llora — comentó Moira.

— Ella nunca despediría a Phelan con lágrimas en los ojos.

— Y sin embargo, las lágrimas deben de ser como una inundación dentro de ella, pero ni siquiera en este momento permitirá que sus hijos la vean llorar. Si el coraje del corazón es una arma, Larkin, barreremos a nuestros enemigos.

Cuando ella se volvió para marcharse, Larkin caminó a su lado.

— Me gustaría hablar contigo antes — dijo él—. O después.

— ¿Antes de la ceremonia — ahora su voz era fría como la mañana—, o después de que invadieses mi vida privada?

— Yo no he invadido tu vida privada. Estaba simplemente allí, en lo que ha resultado ser un momento muy incómodo para todos nosotros. Cian y yo hemos resuelto la cuestión entre nosotros.

— ¿Oh, lo habéis hecho? — Sus cejas se alzaron mientras lo miraba fijamente—. No me sorprende, ya que los hombres siempre resuelven las cuestiones entre ellos de un modo u otro.

— No emplees ese tono superior conmigo. — La cogió del brazo y la llevó hacia uno de los jardines, donde podrían tener mayor privacidad—. ¿Cómo, te pregunto, esperabas que reaccionara cuando he visto que te habías acostado con él?

— Supongo que hubiese sido demasiado pedir que hubieses sido lo bastante cortés como para excusarte y marcharte de la habitación.

— Eso es jodidamente cierto. Cuando pienso que un hombre de una jodida y casi eterna experiencia te seduce...

— Fue todo lo contrario. Completamente.

Larkin se sonrojó, se rascó la cabeza y caminó en círculos con evidente frustración.

— No quiero saber los detalles, si no te importa. Ya me he disculpado con Cian.

— ¿Y qué pasa conmigo?

— ¿Qué quieres que haga, Moira? Yo te quiero.

— Espero que entiendas que soy una mujer adulta y capaz de tomar mis propias decisiones en cuanto a tener un amante. No te sobresaltes al escuchar esa palabra — dijo ella con impaciencia—.

¿Puedo gobernar, puedo luchar, puedo morir si es necesario, pero tu sensibilidad se siente herida ante la idea de que pueda tener un amante?

Larkin lo pensó.

— Sí. Pero mi sensibilidad conseguirá superarlo. Yo sólo quiero, más que cualquier otra cosa, no verte nunca herida. Ni en la batalla, ni en las cuestiones del corazón. ¿Es eso suficiente?

Moira aplacó su ira y su corazón se serenó, como siempre le sucedía con su primo.

— Debe de serlo, ya que yo quiero lo mismo para ti. Larkin, ¿tú dirías que tengo una mente buena y fuerte?

— Yo diría que hay momentos en los que tienes demasiado de ambas cosas.

— Pues en mi mente, yo sé que no puedo tener una vida con Cian. En mi cabeza puedo entender que lo que he hecho, un día me traerá aflicción y dolor y tristeza. Pero en mi corazón necesito lo que ahora puedo tener con él.

Moira rozó con los dedos las hojas de un arbusto florecido. Las hojas se caerían, con la primera helada, pensó. Muchas cosas caerían entonces.

— Cuando uno mi mente y mi corazón sé, en ambos, que Cian y yo somos mejores por lo que nos damos el uno al otro. ¿Cómo puedes amar y apartarte?

— No lo sé.

Moira volvió la mirada hacia el patio donde la gente había vuelto nuevamente a sus ocupaciones, a su rutina. La vida continuaba, reflexionó, cayera lo que cayese. Ellos se encargarían de que la vida continuase.

— Tu hermana ha visto a su hombre alejarse de ella, y sabe que podría no volver a verlo vivo. Pero no ha llorado delante de él o de sus hijos. Cuando Sinnan llora, lo hace a solas. Son sus lágrimas las que derrama. Y así serán también las mías cuando todo esto haya acabado.

— ¿Me harás un favor?

— Si puedo...

Larkin le tocó la mejilla.

— Cuando tengas lágrimas, ¿te acordarás de que tengo un hombro para ti?

Ahora Moira sonrió.

— Lo haré.

Cuando se separaron, ella se dirigió al salón, donde encontró a Blair y Glenna discutiendo el programa para ese día.

— ¿Y Hoyt? — preguntó Moira mientras se servía un poco de té.



— Está concentrado en su trabajo. Ayer fabricamos un montón de armas nuevas. — Glenna se frotó los ojos cansados—. Las encantaremos durante veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Y trabajaré con algunos de los que se quedarán en el castillo cuando el resto de nosotros nos hayamos marchado. Precauciones básicas, clases de defensa y ataque.

— Te ayudaré en eso. ¿Y tú, Blair?

— Tan pronto como Larkin acabe de jugar al proxeneta, vamos a...

— Perdona, ¿qué has dicho?

— Tiene una yegua que está en celo y le ha pedido permiso a Cian para que Vladh. cubra. Y ella ni siquiera va a poder disfrutar primero de una cena y unas copas. Pensaba que Larkin os lo había dicho.

— No, teníamos otros asuntos que tratar y seguramente se le pasó por alto. De modo que Larkin utilizará el caballo de Cian como semental. — Sonrió lentamente. Sí, la vida continuaba—. Eso está muy bien. Fuerte y prometedor... y jodidamente astuto también; podría estar iniciando un brillante linaje. De modo que eso era lo que estaba tramando al llamar a la puerta de la habitación de Cian antes del amanecer.

— Larkin pensó que si Cian le daba el visto bueno, podría... Espera un momento. — Blair levantó la mano—. Rebobinemos. ¿Cómo sabes que Larkin ha llamado a la puerta de Cian antes del amanecer?

— Porque yo estaba saliendo de la habitación cuando Larkin ha llegado.

Moira bebió su té tranquilamente mientras Blair miraba a Glenna y luego hinchaba las mejillas.

— Perfecto.

— ¿Es que no pensáis maldecir y recriminar a Cian por haber seducido a una chica inocente? Blair se pasó la lengua por los dientes.

— Estabas en su habitación. No creo que sea el estilo de Cian atraerte con engaños para que echaras un vistazo a sus grabados.

Moira golpeó la mesa con la palma de la mano y un gesto de satisfacción.

— ¡Sí! Yo sabía que una mujer demostraría más sentido común... y un poco más de respeto por mis propios ardides. ¿Y tú?

— Miró a Glenna enarcando las cejas—. ¿No tienes nada que decir al respecto?

— Ambos saldréis heridos, pero eso es algo que los dos ya sabéis. De modo que diré que espero que seáis capaces de dar y tomar cualquier felicidad que se os presente mientras podáis hacerlo.

— G r a c i a s .

— ¿Estás bien? — preguntó Glenna—. A menudo, la primera vez es difícil o un tanto decepcionante.

Ahora Moira exhibió una amplia sonrisa.

— Ha sido hermoso y emocionante, y mejor de lo que yo había imaginado. Nada de lo que había pensado se acercaba siquiera a la realidad de ese momento.

— Ya veo, para ser bueno en ese asunto, un tío necesita unos cuantos siglos de práctica — especuló Blair—. Esperanzador. Y Larkin ha entrado en la habitación cuando... ha debido de ponerse furioso.

— Ha golpeado a Cian en la cara, pero ahora ya lo han solucionado. Como suelen hacerlo los hombres cuando se muelen a golpes. Con Larkin hemos acordado que mi elección de un compañero de cama es mía y hemos continuado con nuestras cosas.

Hubo un momento de silencio mientras las tres mujeres ponían los ojos en blanco.

— Queda muy poco tiempo antes de que abandonemos la seguridad del castillo. Y esperemos que mucho tiempo después de Samhain para discutir acerca de mis preferencias.

— Entonces yo también seguiré con mis cosas — dijo Blair—. Larkin y yo, después de un considerable enfado por parte de esta servidora, hemos decidido que saldremos dentro de un par de horas para ver si podemos conseguir la ayuda de algunos dragones.

Larkin aún no está convencido de la idea, pero ha accedido a que lo intentemos.

— Si fuese posible contar con ellos, sería una gran ventaja para nosotros. — Apoyando la barbilla en el puño, Moira le dio vueltas a la idea en su cabeza—. Se me ocurre que podríamos seleccionar a aquellos guerreros que creamos que no serán tan fuertes en el campo de batalla. Si son capaces de montar los dragones, tendríamos arqueros en el aire.

— Flechas incendiarias — añadió Blair—. No hará falta que tengan una puntería excelente.

— Siempre que no le disparen al equipo de casa — dijo Glenna—. No queda mucho tiempo para entrenar, pero merece la pena intentarlo.

— Fuego, sí — convino Moira—. Es una arma muy poderosa y mucho más viniendo desde el aire. Es una lástima que no puedas encantar el sol en la punta de una flecha, Glenna, de ese modo esto estaría acabado.

— Veré si puedo hacer que Larkin se ponga en marcha. — Blair se levantó y dudó un momento—. ¿Sabéis?, mi primera vez fue a los diecisiete años. El tío tenía mucha prisa y, al acabar, me dejó pensando: ¿eso es todo?

Hay que reconocer que es bueno haber sido iniciada por alguien que sabe lo que está haciendo y tiene estilo.

— Sí, estoy de acuerdo. — La sonrisa de Moira fue lenta y satisfecha—. No cabe duda de que sí. Notó cómo Blair y Glenna intercambiaban una mirada por encima de su cabeza, de modo que cuando Blair abandonó la habitación, siguió bebiendo su té como sinada.

— ¿Tú le amas, Moira? — preguntó al fin Glenna.

— Creo que hay una parte de mí, dentro de mí, que ha estado esperando toda la vida sentir lo que siento por él. Lo que mi madre sintió por mi padre en el poco tiempo que estuvieron juntos.

Lo que sé que tú sientes por Hoyt. ¿Crees que sólo estoy imaginando que es amor a causa de lo que Cian es?

— No, no lo creo. Yo también albergo sentimientos profundos y auténticos hacia él. Y tienen todo que ver con quién es Cian. Pero Moira, tú sabes que no podrás tener una vida a su lado. Y precisamente por lo que Cian es. Algo que ninguno de los dos puede cambiar, del mismo modo que el sol no puede volar en una flecha.

— He escuchado todo lo que Blair y él nos han explicado acerca de... digamos, su especie. — Y leído, pensó Moira, innumerables libros que hablaban de hechos y creencias populares—. Sé que él jamás envejecerá. Cian permanecerá para siempre tal como era antes de ser convertido en un vampiro. Joven, fuerte y vital. Yo en cambio me volveré vieja, débil, arrugada y canosa. Sufriré enfermedades que él nunca padecerá.

Se levantó y fue hasta una ventana por donde comenzaba a filtrarse la luz del sol.

— Aunque él me amase como yo le amo, no es vida para ninguno de los dos. Él no puede ponerse aquí, donde yo estoy ahora, y sentir la calidez del sol sobre el rostro. Lo único que tendríamos es la oscuridad. Él no puede tener hijos, de modo que ni siquiera podría quedarme embarazada de él. Podría pensar sólo un año juntos, o cinco, o diez. Sólo eso. Podría pensar y desear eso — susurró—. Pero no importa cuan egoístas pudieran ser mis propias necesidades, tengo una obligación que cumplir. — Moira se volvió—. Él nunca podría quedarse aquí y yo no puedo marcharme.

— Cuando me enamoré de Hoyt y pensaba que jamás podríamos estar juntos, mi corazón se hacía pedazos todos los días.

— Pero aun así tú le amabas.

— Pero aun así yo le amaba.

Moira permaneció junto a la ventana, con el sol acariciando su espalda y brillando en su corona.

— Morrigan dijo que éste es un tiempo de conocimiento. Yo sé que mi vida sería menos vida si no le amase. Cuanta más vida haya, más tiempo y más duramente lucharemos para conservarla. De modo que tengo otra arma dentro de mí. Y la usaré.

Moirá descubrió que un largo día dedicado a enseñar a los niños y a los ancianos a defenderse a sí mismos y a los demás de los monstruos era más agotador que horas de intenso entrenamiento físico. No había imaginado cuán difícil sería enseñarle a un niño que, después de todo, los monstruos eran reales.

La cabeza le dolía a causa de las preguntas que le habían hecho, y sentía el corazón herido por el miedo que había visto en los pequeños.

Salió al jardín a tomar un poco el aire y alzó nuevamente la vista al cielo esperando el regreso de Larkin y Blair.

— Ellos regresarán antes de que se oculte el sol.

Se volvió al oír la voz de Cian.

— ¿Qué haces? Aún es de día.

— Las sombras son muy densas aquí a esta hora. — Aun así, se apoyó contra el muro de piedra, bien alejado de la luz directa—. Es un lugar agradable, tranquilo y silencioso. Y, tarde o temprano, tú siempre acabas viniendo aquí para disfrutar de unos minutos a solas. — O sea que has estado estudiando mis hábitos.

— Me ayuda a pasar el tiempo.

— Glenna y yo hemos estado con los niños y los ancianos, enseñándoles cómo defenderse si se produce un ataque después de que nos hayamos marchado. No podemos prescindir de muchos de los hombres fuertes y sanos para que protejan el castillo.

— Las puertas permanecen cerradas. Hoyt y Glenna añadirán una barrera de protección. Aquí estarán bastante seguros.

— ¿Y si perdemos la batalla?

— Entonces no habrá nada que podamos hacer.

— Yo creo que siempre hay algo, si pones voluntad y una arma en las manos de alguien. — Se acercó a él—. ¿Has venido aquí a esperarme?

— Sí.

— Y ahora que estoy aquí, ¿qué quieres hacer?

Cian permaneció donde estaba, pero ella pudo ver la lucha que se libraba en su interior. Aunque de repente el aire pareció agitarse con esa lucha, ella guardó la compostura, con la mirada sombría y paciente.

Cian la cogió con ambas manos, un movimiento rápido y violento, y estrechó su cuerpo contra el suyo. Su boca era voraz.

— Una agradable elección — alcanzó a decir ella cuando pudo volver a hablar.

Luego, los labios de Cian asaltaron nuevamente su boca, robándole el aliento y la voluntad.

— ¿Tienes idea de lo que has desencadenado? — preguntó él.

Antes de que Moira pudiese responder, él se volvió y le cogió ambas manos para cargarla a su espalda.

— Cian, ¿qué...?

— Será mejor que te sujetes bien — le aconsejó él, interrumpiendo su risa desconcertada.

Cian saltó hacia arriba. Los brazos de Moira se aferraron a su cuello mientras jadeaba boquiabierta. Él se había elevado más de tres metros en el aire desde el suelo, y ahora escalaba la pared.

— ¿Qué haces? — Moira se arriesgó a mirar hacia abajo y sintió que el estómago le daba un vuelco—. Podrías haberme avisado de que habías perdido el juicio.

— Lo perdí cuando entraste anoche en mi habitación. — Cian se lanzó a través de la ventana, corrió las cortinas detrás de él y ambos se sumergieron en la oscuridad—. Este es el precio que debes pagar por ello.

— Si lo que querías era volver a entrar, hay puertas...

Ella profirió un leve grito de alarma cuando Cian la levantó. Era como si estuviese volando por el aire, ciega en medio de la oscuridad. Su siguiente grito fue de excitación y aturdimiento al encontrarse debajo de él en la cama, mientras sus manos le apartaban la ropa para acariciar la carne.

— Espera. Espera. No puedo pensar. No puedo ver.

— Es demasiado tarde para ambas cosas.

Su boca la silenció y sus manos la guiaron hacia una cumbre dura y violenta.

Su cuerpo se tensó debajo del de Cian y él supo que ella estaba llegando al extremo ardiente de esa cumbre de placer. El aliento de Moira sollozaba contra sus labios cuando alcanzó finalmente el clímax y su cuerpo quedó flácido.

Entonces Cian le cogió ambas muñecas con la mano y le sujetó los brazos por encima de la cabeza. Ella estaba entregada y él la penetró.

Moira hubiese gritado otra vez, pero no tenía voz. No tenía vista y, con ambas manos inmovilizadas, no tenía tampoco un punto de apoyo. No podía hacer nada salvo sentir cómo Cian se hundía dentro de ella, agitando su cuerpo con un placer oscuro y desesperado, hasta que comenzó a contorsionarse para elevarse luego y, finalmente, seguir temerariamente el ritmo de cada una de sus embestidas.

Esta vez, el placer la vació por completo.

Se quedó tendida, piel abrasada sobre huesos derretidos, incapaz de moverse ni siquiera cuando él se levantó de la cama para encender el hogar y las velas.

— La voluntad no es siempre una salida — dijo Cian, y ella creyó oír el sonido de un líquido al ser vertido en una copa —. Y tampoco una arma.

Moira sintió que la copa golpeaba su mano, y consiguió abrir los pesados párpados. Emitió un sonido y cogió la copa, pero no estaba en absoluto segura de que pudiese tragar nada.

Entonces vio la marca roja de una quemadura en la mano de Cian. Se levantó rápidamente, casi derramando el agua por el borde de la copa.

— Te has quemado. Déjame ver. Yo... — Y vio que la marca tenía la forma de una cruz.

— Me la habría quitado.

Ocultó rápidamente la cruz y la cadena dentro del vestido.

— Un precio muy pequeño a pagar. — Cian levantó la muñeca de Moira y palpó la leve magulladura —. He tenido contigo menos control del que hubiese deseado.

— Me gusta que tengas menos control. Dame la mano. Tengo cierta habilidad para las curaciones.

— No es nada.

— Entonces dame la mano. Para mí es una buena práctica.

Moira extendió sus manos con actitud expectante. Un momento después, Cian se sentó a su lado y colocó su mano entre las de ella.

— Me gusta que tengas menos control — repitió ella atrayendo su mirada —. Me gusta saber que puedo ser deseada de esa manera, que hay algo en mí que hace que dentro de ti algo se tense hasta casi romperse.

— Algo bastante peligroso cuando estás tratando con un humano. Cuando un vampiro pierde el control, las cosas mueren.

— Tú nunca me harías daño. Tú me amas.

El rostro de Cian se volvió cuidadosamente inexpresivo.

— El sexo no tiene que ver con...

— El hecho de no tener experiencia no me convierte en una estúpida o en una ingenua. ¿Está mejor?

— ¿Qué?

Ella le sonrió.

— Tu mano. La irritación ha disminuido.

— Está bien. — La retiró. De hecho, ya no había rastros de la quemadura—. Aprendes de prisa.

— Así es. Aprender es una pasión para mí. Te diré lo que he aprendido de ti respecto a mí. Tú me amas. — Sus labios estaban ligeramente curvados mientras le acariciaba el pelo—. Anoche podrías haberme tomado, de hecho lo habrías hecho con menos resistencia, si hubiera sido sólo por el sexo. Si únicamente se hubiese tratado de necesidad, sólo de eso, nunca hubieses sido tan cuidadoso, o confiado lo bastante en mí como para dormir un rato a mi lado.

Moirá levantó un dedo antes de que él pudiera replicarle.

— Y aún hay más.

— Contigo siempre tiende a haber más.

Ella se levantó y se alisó el vestido.

— Cuando Larkin ha entrado esta mañana en la habitación, tú no has hecho nada para impedir que te golpease. Me amas, de modo que te sentías culpable de haberme arrebatado lo que considerabas mi inocencia. Me amas, de modo que me has seguido el tiempo suficiente como para saber cuál es uno de mis lugares favoritos. Me has esperado allí, y luego me has traído aquí porque me necesitabas. Tú me atraes, Cian, así como yo te atraigo a ti.

Ella lo observó mientras bebía un trago de agua.

— Me amas, como yo te amo.

— Es peligroso para ti.

— Y para ti — dijo ella asintiendo—. Vivimos tiempos peligrosos.

— Moirá, esto no puede ser nunca...

— No me digas nunca. — La pasión vibró en su voz, y convirtió en humo el color de sus ojos—. Lo sé. Lo sé todo acerca de nunca. Dime hoy. Que entre tú y yo sólo exista hoy. Yo debo luchar por mañana, y el día siguiente y todos los demás. Pero con esto, contigo, es sólo hoy. Todo el presente que podamos tener.

— No llores. Prefiero la quemadura antes que las lágrimas.

— No lloraré. — Cerró los ojos un instante y se obligó a mantener su palabra—. Quiero que me digas lo que me has enseñado. Quiero que me digas lo que yo veo cuando me miras.

— Te amo. — Se acercó a ella y le acarició suavemente el rostro con las puntas de los dedos—. Este rostro, estos ojos, todo lo que hay dentro de ellos. Te amo. En mil años nunca he amado a otra mujer.

Moira le cogió la mano y apretó los labios contra ella.

— ¡Oh! Mira. La quemadura ha desaparecido. El amor te ha curado. La magia más poderosa que existe.

— Moira. — El retuvo su mano entre las suyas y luego la apoyó en su pecho—. Si latiese, latiría por ti.

La lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

— Tu corazón puede estar detenido, pero no está vacío. No está callado, a mí me habla.

— ¿Y eso es suficiente?

— Nada será nunca suficiente, pero alcanzará. Ven, ahora...

Se interrumpió al oír gritos que venían de fuera. Corrió hacia la ventana y apartó la cortina. Se llevó la mano a la garganta.

— Cian, ven a ver esto. El sol ya está bastante bajo. Ven a echar un vistazo.

El cielo estaba lleno de dragones. Esmeralda y rubí y oro, sus cuerpos lisos y brillantes planeaban sobre el castillo como joyas centelleantes bajo la tenue luz del crepúsculo. Y sus llamadas eran como una canción.

— ¿Alguna vez habías visto algo tan hermoso?

Cuando Cian apoyó una mano sobre su hombro, ella se la cogió con fuerza.

— Escucha cómo los vitorea la gente. Mira cómo corren y ríen los niños. Es el sonido de la esperanza, Cian. El sonido, la visión.

— Traerlos aquí es una cosa, conseguir que sean montados y respondan como caballos de guerra en la batalla otra muy diferente, Moira. Pero sí, es un hermoso espectáculo y un sonido esperanzador.

Ella observó mientras los dragones comenzaban a tocar tierra.

— En todos tus años imagino que hay muy pocas cosas que no hayas hecho.

— Muy pocas —convino él con una sonrisa—. Pero no, nunca he montado en un dragón. Y sí, quiero hacerlo. Bajemos.



Aún había suficiente luz solar, por lo que necesitaba la jodida capa para los espacios abiertos. Pero a pesar de ello, al mirar el ojo dorado de un joven dragón, Cian descubrió que aún podía sentirse encantado y sorprendido.

Sus sinuosos cuerpos estaban cubiertos con grandes escamas del color de las piedras preciosas y eran suaves como el cristal cuando uno las tocaba. Sus alas eran como gasa y las mantenían pegadas al cuerpo cuando estaban en tierra. Pero eran los ojos lo más cautivador de todo. Parecían estar vivos y mostrar interés e inteligencia, incluso humor.

— He pensado que los más jóvenes serían más fáciles de entrenar — comentó Blair mientras Cian y Moira los contemplaban —. Larkin es el que mejor se comunica con ellos, incluso en su forma humana. Confían en él.

— Y eso está haciendo que le resulte más difícil utilizarlos en la batalla.

— Sí, mi hombre es un sentimental; hemos estado dándole vueltas a esa cuestión. Larkin esperaba poder convencerlos a todos de que los empleásemos sólo como un medio de transporte. Pero esos dragones podrían suponer una jodida diferencia sobre el terreno. O encima de él. Aun así, tengo que admitir que esa idea a mí también me remuerde la conciencia.

— Son hermosos... y no están corrompidos.

— Tendremos que cambiar la segunda parte. — Blair suspiró —. Todo es una arma — musitó —. De todos modos, ¿quieres subir?

— Puedes apostar que sí — contestó Cian.

— El primer vuelo es conmigo. Sí, sí — añadió al ver la objeción pintada en su rostro —. Tú pilotas tu propio avión, montas caballos y salvas edificios altos de un brinco. Pero nunca has viajado a lomos de un dragón, de modo que aún no puedes hacerlo solo.

Blair caminó lentamente hacia un dragón color rubí y plateado. Era el que ella había montado para regresar al castillo, y extendió la mano para que pudiese olfatear su olor.

— Adelante, deja que ella te conozca.

— ¿Ella?

— Sí, he comprobado las cañerías. — Blair sonrió —. No pude evitarlo.

Cian apoyó la mano en el costado del dragón y la fue deslizando lentamente hasta su cabeza.

— Vaya, vaya, eres una criatura preciosa — comenzó a susurrarle en irlandés. Ella le respondió con lo que sólo podía interpretarse como un coqueto movimiento de la cola.

— Hoyt hace con ellos lo mismo que tú. — Blair señaló hacia donde Hoyt estaba acariciando las escamas color zafiro de otro de los dragones — . Debe de ser un rasgo familiar.

— Hmmm. ¿Por qué su majestad está montando sola en uno de estos dragones?

— Ella ha viajado antes a lomos de un dragón. Es decir, ha montado a Larkin convertido en dragón, de modo que conoce todos los trucos. Aunque no es lo único que ha estado montando últimamente.

— ¿Perdón?

— Sólo decía que vosotros dos parecéis estar mucho más relajados que ayer. — Le ofreció una amplia sonrisa y luego montó en el dragón — . ¡Arriba!

Cian se subió a él del mismo modo que escalaba las paredes. Con un salto sencillo y ágil.

— Asombroso — comentó luego — . Más cómodos de lo que aparentan. No muy diferente de ir a lomos de un caballo.

— Sí, si estás hablando de Pegaso. De todos modos, no debes darle un ligero golpe en el costado para espolearlo. Lo único que tienes que hacer es...

Blair hizo la demostración inclinándose sobre el cuello del dragón y pasando una mano por su garganta. Con un sonido como el roce de la seda, el dragón extendió las alas y se elevó hacia el cielo.

— Vive el tiempo suficiente — dijo Cian detrás de Blair — , y podrás hacer cualquier jodida cosa.

— Ésta debe de ser sin duda una de las mejores. Aún quedan algunas cuestiones logísticas por resolver. El cuidado y la alimentación, los excrementos.

— Apuesto a que hacen florecer las rosas.

Blair echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

— Podría ser. Tenemos que entrenarlos, y también a sus jinetes. Pero estas bellezas aprenden de prisa. Observa.

Blair se inclinó hacia la derecha y el dragón giró suavemente para seguir en esa dirección.

— Es un poco como montar en motocicleta.

— El principio es similar. Inclinarse en las curvas. Mira a Larkin. Es un espectáculo.

Larkin montaba un enorme dragón dorado y estaba haciendo rizos y giros con él.

— El sol ya casi se ha ocultado — comentó Cian—. Dame unos minutos para que no me achicharre y nos divertiremos un poco.

Blair lo miró por encima del hombro.

— De acuerdo. Iba a darte una opinión.

— ¿Y cuándo no lo has hecho?

— Ella soporta el peso del jodido mundo. Si lo que vosotros dos tenéis aligera un poco esa carga, me parece fantástico. Estar con Larkin aligeró algo de la mía, de modo que espero que funcione para vosotros dos.

— Me sorprendes, cazadora de vampiros.

— Yo me sorprendo a mí misma, vampiro, pero es lo que hay. El sol ya se ha ocultado. ¿Preparado para mecerte un poco?

Cian se quitó la capucha de la capa con enorme alivio.

— Muéstrale a este vaquero cómo hay que moverse.

## CAPÍTULO 12

Davey había sido de Lilith durante casi cinco años. Ella había matado a sus padres y a su hermana pequeña en Jamaica, una tranquila noche. El viaje de vacaciones fuera de temporada — billetes de avión, hotel y desayuno continental incluido — había sido un regalo sorpresa del padre de Davey a su esposa por su treinta cumpleaños. En su primera noche allí, aturcidos por el espíritu festivo y los vasos de ron gratuitos, habían concebido a su tercer hijo.

Ellos, por supuesto, aún no eran conscientes de ese hecho, y si las cosas hubiesen seguido un curso diferente, la perspectiva de un nuevo miembro en la familia les habría impedido disfrutar de unas vacaciones tropicales durante algún tiempo.

Aquellas serían las últimas vacaciones de la familia.

Había sido durante una de las breves y apasionadas separaciones de Lilith y Lora. Lilith había elegido Jamaica siguiendo un impulso, y se entretenía escogiendo entre los habitantes de la isla y el turista ocasional. Pero se había cansado del sabor de los hombres que vagaban por los bares.

Quería algo diferente... algo un poco más fresco y dulce. Y en esa joven familia encontró precisamente lo que estaba buscando.

Había acabado con las risas de la madre y de su pequeña hija de un modo rápido y cruel durante un paseo por la playa a la luz de la luna. La había impresionado la lucha aterrada e inútil de la mujer, y su movimiento instintivo para proteger a su hija. Una vez satisfecho su apetito, Lilith hubiese podido dejar al hombre y al niño, que jugaban un poco más lejos con la espuma de las olas, ignorantes de lo que había ocurrido. Pero quiso ver si el padre lucharía también por su hijo. O si imploraría, del mismo modo que lo había hecho la madre.

El hombre lo había hecho... y le había gritado a su hijo que corriese. «¡Corre, Davey, corre!», había dicho. Y el terror que sentía por el chico había enriquecido su sangre, haciendo que la cacería fuese mucho más sabrosa.

Pero el niño no había echado a correr. Él también había luchado, y eso la había impresionado aún más. Había pateado y mordido, incluso había tratado de subirse a su espalda para salvar a su padre. Había sido lo salvaje de su ataque, combinado con su rostro de rasgos angelicales, lo que la decidió a convertirlo en un vampiro en lugar de vaciarle la sangre y seguir su camino.

Cuando presionó la boca del pequeño contra la sangre que manaba del corte practicado en su pecho, Lilith había sentido en su interior algo que jamás había sentido antes por nadie. Esa sensación casi maternal la había fascinado y encantado.

De modo que Davey se convirtió en su mascota, su juguete, su amante.

Y le agradó la forma tan rápida y natural en que Davey había encajado la transformación. Cuando ella y Lora se reconciliaron, como siempre acababan haciendo, Lilith le dijo que Davey era su Peter Pan vampírico. Un niño que siempre tendría seis años.

No obstante, como cualquier niño de esa edad, Davey necesitaba ser atendido, entretenido y enseñado. Sólo que más, puesto que, en opinión de Lilith, su Davey era un príncipe. Como tal, él tenía un gran privilegio y una gran obligación.

Ella consideraba que esta cacería específica reunía ambas condiciones.

Davey temblaba de excitación mientras ella lo vestía con las ropas bastas de un niño campesino. Lilith soltó una carcajada al ver sus ojos brillantes cuando le manchó la cara con barro y sangre para completar el disfraz.

— ¿Puedo mirar? ¿Puedo mirar en tu espejo mágico y verme? ¡Por favor, por favor!

— Por supuesto.

Lilith lanzó a Lora una mirada rápida y divertida... de un adulto a otro adulto. Siguiendo el juego, Lora se estremeció al coger el preciado espejo.

— Tienes un aspecto aterrador — le dijo Lora a Davey —. Tan pequeño y débil. ¡Y... *humano*!

El niño cogió con cuidado el espejo mágico y contempló su imagen reflejada en el cristal. Y desnudó sus colmillos.

— Es como un disfraz — dijo y se echó a reír —. Podré matar a uno de ellos yo solo, ¿verdad, mamá? Yo solo.

— Ya veremos. — Lilith cogió el espejo y se inclinó para besar su mejilla sucia —. Tienes que interpretar un papel muy importante, querido. El papel más importante de todos.

— Sé lo que debo hacer. — Se balanceó sobre las puntas de los pies —. He practicado y practicado.

— Lo sé. Has trabajado muy duro. Estoy muy orgullosa de ti.

Lilith dejó el espejo a un lado, boca abajo, obligándose a no mirarse ella también. Las quemaduras de Lora aún estaban en carne viva y su reflejo

era tan perturbador que Lilith sólo se miraba en el espejo encantado cuando Lora no estaba delante.

Se volvió cuando llamaron a la puerta.

— Debe de ser Midir. Hazle pasar, Davey, y luego sal y espera fuera con Lucio.

— ¿Nos iremos pronto?

— Sí. En unos minutos.

Davey corrió hacia la puerta y luego se detuvo, con los hombros muy rectos, mientras el hechicero lo saludaba con una pequeña reverencia. Davey abandonó la habitación, el pequeño soldado de Lilith, dejando que Midir cerrase la puerta tras él.

— Majestad. Mi señora.

— Levántate. — Lilith hizo un gesto indiferente con la mano —. Como has podido ver, el príncipe está preparado. ¿Lo estás tú?

Midir se levantó, y sus habituales ropas negras susurraron al rozarse con el movimiento. Su rostro era duro y atractivo, enmarcado por su melena plateada. Los ojos, negros e intensos, se encontraron con los fríos y azules de Lilith.

— Él estará protegido. — Midir desvió la mirada hacia el gran arcón que había al pie de la cama y el bote plateado que estaba abierto encima de él —. ¿Le habéis aplicado la poción, como os indiqué?

— Sí, lo he hecho, y si falla pagarás con tu vida, Midir.

— No fallará. La poción, y el conjuro que utilizaré, lo protegerán del acero y la madera durante tres horas. Davey estará tan seguro como si estuviese entre vuestros brazos, majestad.

— Si no es así, yo misma te mataré, y del modo más desagradable posible. Y para asegurarme, tú nos acompañarás en esta cacería.

Por un instante, Lilith advirtió una expresión de sorpresa y fastidio en el rostro de Midir. Luego inclinó la cabeza y habló con humildad.

— Como vos ordenéis.

— Preséntate ante Lucio. Él te conseguirá una montura.

Lilith se volvió, dando así por terminada la conversación.

— No deberías preocuparte. — Lora se acercó a ella y la rodeó con sus brazos —. Midir sabe que su vida no vale nada si algo le ocurre a nuestro dulce niño. Davey necesita esto, Lilith. Necesita el ejercicio, la diversión. Y también exhibirse un poco.

— Lo sé, lo sé. Está inquieto y aburrido, no puedo culparle de ello. Todo saldrá bien — dijo como para tranquilizarse a sí misma —. Yo estaré allí con él.

— Déjame ir. Cambia de opinión y déjame ir contigo.

Lilith meneó la cabeza y rozó con los labios la mejilla quemada de Lora.

— Aún no estás preparada para una cacería. Aún estás débil, querida, y no quiero que corras ningún riesgo. — Cogió los brazos de Lora y se los sujetó con fuerza—. Te necesito en Samhain, luchando, matando, saciándote. Esa noche, cuando hayamos inundado el valle de sangre y cogido lo que es nuestro por derecho, quiero que Davey y tú estéis a milado.

— Odio la espera casi tanto como Davey.

Lilith sonrió.

— Te traeré un regalo de la pequeña diversión de esta noche.

Davey montó junto con Lilith a la grupa del caballo y cabalgaron a través de la noche iluminada por la luna. Él había querido montar en su poni, pero su madre le había explicado que no era lo bastante veloz. Y a él le gustaba viajar velozmente, sintiendo el aire en la cara, volando hacia la caza y la matanza. Era la noche más excitante que podía recordar.

Era incluso mejor que el regalo que le había hecho para su tercer cumpleaños, cuando lo había llevado a través de la noche estival a visitar un campamento de Boy Scouts. ¡Y eso había sido tan divertido! Los gritos, las carreras, los llantos.

Era mejor que cazar a los humanos dentro de las cuevas, o que quemar a un vampiro que se había portado mal. Era mejor que cualquier cosa que pudiese recordar.

Los recuerdos que tenía de su familia humana eran muy vagos. Había momentos en los que se despertaba de un sueño y, por un instante, le parecía que estaba en una habitación con fotos de carreras de coches en las paredes y cortinas azules en las ventanas.

En el armario de la habitación había monstruos, y él gritaba hasta que ella venía.

Ella tenía el pelo y los ojos castaños.

A veces, él también venía; el hombre alto con el rostro que pinchaba. Él ahuyentaba a los monstruos, y ella se sentaba en la cama y le acariciaba el pelo hasta que volvía a dormirse.

Si lo intentaba con todas sus fuerzas, podía recordar el chapoteo en el agua, y la sensación de la arena húmeda bajo los pies, y al hombre riendo mientras las olas los salpicaban.

Después el hombre ya no se reía, gritaba. Y gritaba: «¡Corre! ¡Corre, Davey, corre!».

Pero él no intentaba acordarse con todas sus fuerzas, y tampoco muy a menudo.

Era más divertido pensar en cazar y jugar. Si se portaba muy bien, su madre le dejaba tener a uno de los humanos como juguete.

A él le gustaba sobre todo cómo olían cuando tenían miedo, y los sonidos que hacían cuando empezaba a comérselos.

El era un príncipe, y podía hacer cualquier cosa que le apeteciera. Casi.

Esta noche le demostraría a su madre que ya era un niño mayor. Entonces ya no habría más casi.

Cuando frenaron los caballos, él estaba casi enfermo de emoción por lo que vendría. Ahora continuarían a pie desde allí... y entonces sería su turno. Su madre lo llevaba cogido con fuerza de la mano y él deseó que no lo hiciera. Él quería marchar, como Lucio y los otros soldados. Quería llevar una espada en lugar de aquel pequeño cuchillo oculto debajo de la túnica.

Aun así, era divertido ir tan de prisa, más rápido que cualquier humano, atravesando los campos en dirección a la granja.

Volvieron a detenerse, y su madre se agachó para cogerle el rostro entre las manos.

— Hazlo de la forma en que lo hemos practicado, mi dulce niño. Estarás maravilloso. Yo estaré muy cerca de ti, cada minuto.

Davey hinchó el pecho.

— No les temo. Sólo son comida.

Detrás de él, Lucio sonrió.

— Puede que sea pequeño, su majestad, pero es un guerrero hasta los huesos.

Lilith se levantó y su mano continuó apoyada en el hombro de Davey al tiempo que se volvía para mirar a Midir.

— Es tu vida — le recordó tranquilamente —. Empieza.

Midir extendió los brazos cubiertos por la túnica negra y comenzó su conjuro.

Lilith hizo señas para que sus hombres se desplegaran. Luego Lucio, Davey y ella avanzaron hacia la granja.



Una de las ventanas mostraba el brillo oscilante de un fuego encendido para la noche. En el aire se percibía el olor a caballos encerrados en el establo y los primeros indicios de la presencia humana. Eso hizo que el hambre y la excitación se agitasen en el estómago de Davey.

— Prepárate — le dijo Lilith a Lucio.

— Mi señora, yo daría mi vida por el príncipe.

— Sí, lo sé. — Apoyó brevemente la mano sobre el brazo de Lucio —. Por eso estás aquí. Muy bien, Davey. Haz que me sienta orgullosa de ti.

Dentro de la casa, Tynan y otros dos hombres montaban guardia. Ya era casi la hora de despertar a su relevo, y estaba más que preparado para disfrutar de un par de horas de sueño. La cadera le dolía a causa de la herida recibida durante el ataque de los vampiros, el primer día de marcha. Esperaba que, cuando por fin pudiese cerrar sus ojos cansados, no volviesen a asaltarlo nuevamente los recuerdos del ataque.

Buenos hombres perdidos, pensó. Asesinados sin piedad.

Pero llegaría el momento en que vengaría su muerte en el campo de batalla. Sólo esperaba, si tenía que morir allí, haber luchado antes con valor y decisión, y destruido a un número similar de enemigos.

Fue a moverse para ordenar el relevo de la guardia, cuando un sonido hizo que llevase la mano a la empuñadura de la espada.

Su vista y sus oídos se aguzaron. Podría haberse tratado de un pájaro nocturno, pero había sonado tan humano...

— Tynan.

— Sí, lo he oído — le dijo a otro de los hombres que montaban guardia.

— Es como si alguien llorase.

— Permaneced alerta. Nadie debe... — Se interrumpió al advertir que algo se movía —. Allí, cerca del extremo de la dehesa. ¿Lo ves? Ah, en el nombre de todos los dioses, es un niño.

Un chico, pensó, aunque no podía estar seguro. Tenía la ropa desgarrada y cubierta de sangre, y avanzaba tambaleándose, sollozando y con el pulgar metido en la boca.

— Debe de haber escapado de una incursión de los vampiros cerca de aquí. Despierta al relevo y permaneced todos alerta. Yo iré a buscar al niño.

— Nos advirtieron que no abandonásemos la casa después de la puesta del sol.

— No podemos dejar a un niño solo ahí fuera, y herido por lo que parece. Despierta al relevo — repitió Tynan—. Quiero un arquero apostado en esa ventana. Si algo se mueve ahí fuera aparte del niño o de mí, disparad al corazón.

Esperó a que los hombres estuviesen en sus posiciones y vio que el niño se caía. Un chico, ahora estaba casi seguro, y el pobre crío gemía y lloraba lastimeramente mientras se acurrucaba en el suelo.

— Podemos vigilarle hasta que amanezca — sugirió otro de los hombres de guardia.

— ¿Acaso los hombres de Geall le temen tanto a la oscuridad que se amontonan dentro de una casa mientras un niño llora y sangra fuera?

Tynan abrió la puerta. Quería moverse de prisa y llevar al niño dentro para protegerlo. Pero se vio obligado a detener su precipitada carrera cuando el pequeño alzó la cabeza y su rostro redondo se quedó paralizado de miedo.

— No te haré daño. Soy uno de los hombres de la reina. Te llevaré dentro de la casa — dijo suavemente—. Se está caliente y hay comida.

El niño gateó hasta levantarse, y entonces comenzó a gritar como si Tynan le hubiese dado un tajo con una espada.

— ¡Monstruos! ¡Monstruos!

Luego echó a correr, cojeando pesadamente de la pierna izquierda. Tynan fue tras él. Era mejor asustarlo que permitir que se alejara y, probablemente, se convirtiese en un bocado para algún demonio. Tynan lo alcanzó justo antes de que consiguiera salvar el muro de piedra que separaba el campo contiguo.

— Tranquilo, tranquilo, estás a salvo. — El niño pateó y se revolvió y gritó, provocando nuevos dolores en la cadera herida de Tynan—. Tienes que venir dentro. Nadie te hará daño. Nadie...

Pensó que había oído algo — como un canto— y cogió al niño con más fuerza. Se volvió, listo para salir corriendo de regreso a la casa, cuando oyó algo más, algo que procedía de lo que sostenía en sus brazos. Era un gruñido ronco y salvaje.

El niño sonrió horriblemente, y se lanzó hacia su garganta. Era algo que estaba más allá de la agonía, y que hizo que Tynan cayese de rodillas. No era un niño, no era un niño en absoluto, pensó mientras trataba de librarse de él. Pero aquella cosa lo estaba desgarrando como si fuese un lobo.

Oyó débilmente gritos, alaridos, el sonido de las flechas, el choque de las espadas. Y lo último que percibió fue el espantoso sonido de su propia sangre al ser bebida con avidez.

Usaron fuego prendido en las puntas de las flechas, pero aun así casi una cuarta parte de sus hombres resultaron muertos o heridos antes de que los vampiros se retirasen.

— Coged a ése con vida. — Lilith se limpió delicadamente la sangre de los labios—. Le prometí a Lora que le llevaría un regalo.

Sonrió a Davey, que estaba encima del soldado que había matado. La llenaba de orgullo que su niño continuase alimentándose aun cuando las tropas habían arrastrado el cadáver del soldado, con el pequeño príncipe aferrado a él, fuera del campo de batalla.

Los ojos de Davey estaban rojos y brillantes, y sus pecas resaltaban como el oro contra el tono rosado que la sangre había conferido a sus mejillas.

Ella lo alzó y lo sostuvo por encima de su cabeza.

— ¡Contemplad a vuestro príncipe!

Los soldados que no habían sido destruidos en la breve batalla se arrodillaron.

Lilith lo bajó para besarlo profundamente en la boca.

— Quiero más — dijo Davey.

— Sí, mi amor, y tendrás más. Muy pronto. Echadle sobre un caballo — ordenó con un gesto indiferente, señalando el cuerpo sin vida de Tynan—. Tengo pensado algo para él.

Montó en su caballo y luego extendió los brazos para que Davey pudiese saltar a ellos. Con su mejilla frotándose contra el pelo del niño, Lilith miró a Midir.

— Lo has hecho bien — le dijo—. Puedes elegir los humanos que desees para los propósitos que te apetezcan.

La luz de la luna brilló sobre su cabeza plateada cuando se inclinó ante ella.

— Gracias.

Un viento fresco azotaba a Moira mientras contemplaba a los dragones y jinetes que daban vueltas por encima de su cabeza. Era un espectáculo asombroso, pensó, y en otras circunstancias hubiese alegrado su corazón. Pero aquéllas eran maniobras militares.

A pesar de todo, podía oír cómo los niños gritaban y aplaudían, y más de uno aparentaba ser un dragón o un jinete.

Saludó con una sonrisa a su tío cuando éste se acercó para contemplar el espectáculo junto a ella.

— ¿No os sentís tentado de volar? — le preguntó.

— Lo dejo para los jóvenes... y los ágiles. Pero es una vista maravillosa, Moira. Y prometedora.

— Los dragones han animado el espíritu de la gente. Y nos proporcionarán una gran ventaja en la batalla. ¿Veis a Blair? Monta como si hubiese nacido a lomos de un dragón.

— Es difícil no verla — murmuró Riddock mientras Blair guiaba a su montura hacia abajo a una velocidad vertiginosa y luego volvía a remontarse.

— ¿Os hace feliz que Larkin y ella vayan a casarse?

— Larkin la ama, y no se me ocurre ninguna otra persona que sea más conveniente para él. De modo que sí, su madre y yo estamos encantados. Y le echaremos de menos todos los días, pero debe ir con ella — añadió Riddock antes de que Moira pudiese hablar—. Es su elección, y yo siento, en mi corazón, que es la elección correcta para él. Pero le echaremos de menos.

Moira apoyó la cabeza en el brazo de su tío.

— Sí, le echaremos de menos.

Ella sería la única que se quedaría, pensó mientras volvía a entrar en el castillo. El único miembro del primer círculo que permanecería en Geall después de Samhain. Se preguntó cómo sería capaz de soportarlo.

El castillo ya se notaba vacío. Muchos ya se habían marchado, y otros estaban ocupados realizando las distintas tareas que se les había asignado. Pronto, muy pronto, ella también emprendería la marcha. De modo que había llegado el momento, decidió, de poner por escrito sus deseos para el caso de que no regresara.

Se encerró en su sala de estar y se sentó, dispuesta a afilar la pluma de ave que utilizaba para escribir. Luego cambió de parecer y cogió uno de los tesoros que había traído con ella de Irlanda.

Redactaría aquel documento, decidió Moira, con un instrumento de otro mundo.

Usaría una pluma estilográfica.

¿Qué era lo que tenía ella de valor, se preguntó, que no perteneciera por derecho al siguiente a quien le correspondiese gobernar Geall?

Algunas de las joyas de su madre, sin duda. Y comenzó a distribuir las mentalmente entre Blair, Glenna, su tía, sus primas y, finalmente, sus damas de compañía.

La espada de su padre sería para Larkin, decidió, y el puñal que un día llevó con él sería para Hoyt. La miniatura de su padre sería para su tío si ella moría antes que él, ya que su padre y su tío habían sido íntimos amigos.

Había otras cosas, por supuesto. Diferentes objetos que también quería legar.

A Cian le dejaba su arco y la aljaba, y las flechas que había fabricado con sus propias manos. Esperaba que él comprendiese que, para ella, eran algo más que simples armas. Eran su orgullo, y una prueba de amor.

Lo dejó todo escrito con mucho cuidado y luego selló el papel. Le entregaría el documento a su tía para que lo guardase.

Una vez que lo hubo hecho, se sintió mejor. Con la mente más clara y ligera, dejó el papel a un lado y se levantó para afrontar la siguiente tarea. Regresó al dormitorio y se dirigió a las puertas de la terraza. Las cortinas aún estaban corridas, bloqueando la luz, impidiendo ver el exterior. Las descorrió, permitiendo que la cálida luz entrase en la habitación.

En su imaginación volvió a verlo todo, la oscuridad, la sangre, el cuerpo destrozado de su madre y los monstruos que la habían mutilado. Sin embargo, esa vez abrió la puerta y se obligó a salir fuera.

El aire era frío y húmedo y, por encima de su cabeza, el cielo estaba lleno de dragones. Líneas y remolinos de color atravesaban el pálido azul. Cómo le habría gustado a su madre esa vista, cómo hubiese disfrutado el sonido de las alas, las risas de los niños en el patio.

Moira se acercó a la balaustrada, apoyó las manos sobre ella y sintió la piedra firme. Y alzando la cabeza como su madre había hecho tantas veces, miró hacia Geall y juró hacer todo lo posible por su pueblo.

Quizá le habría sorprendido saber que Cian había dedicado gran parte de su inquieto día a hacer lo mismo que ella. Sus listas de donaciones e instrucciones eran considerablemente más largas que las suyas y mucho más detalladas. Pero él había vivido bastante más tiempo que ella, y había acumulado por tanto muchas más cosas.

Cian no veía razón para que ninguna de ellas se desperdiciara.

Durante la redacción del documento, había maldecido una docena de veces la pluma de ave y deseado fieramente la facilidad y conveniencia de un ordenador. Pero persistió en su tarea hasta que pensó que había distribuido sus posesiones de un modo satisfactorio.

No estaba seguro de que todo lo dispuesto pudiese llevarse a cabo, ya que parte de ello dependería de Hoyt. Hablarían sobre el asunto, pensó Cian. Si con algo podía contar, era con que su hermana haría todo lo que

estuviese en su considerable poder para cumplir con la obligación que él tenía intenciones de dejarle.

Con todo, esperaba que no fuese necesario. Mil años de existencia no significaban que estuviese dispuesto a rendirse. Y no tenía la más mínima intención de ir al infierno sin enviar a Lilith allí antes que él.

— Siempre fuiste bueno para los negocios.

Se levantó de un salto, sacando su puñal con un movimiento rápido al tiempo que se volvía hacia el sonido de la voz. Luego, el puñal cayó al suelo, deslizándose de entre sus dedos flácidos.

Incluso después de un milenio, había situaciones difíciles de asimilar.

— Nola.

Su voz sonó ronca al pronunciar el nombre.

Ella era una niña, su hermana, y estaba exactamente igual que la última vez que la había visto. El pelo oscuro, largo y liso, los ojos profundos y azules. Y sonreía.

— Nola — repitió —. Dios mío.

— Pensaba que tú no tendrías ningún Dios.

— Ninguno que quiera reclamarme. ¿Cómo puedes estar aquí? ¿Estás aquí?

— Puedes verlo por ti mismo.

Nola extendió los brazos y luego dio un pequeño giro.

— Viviste y moriste. Siendo una mujer mayor.

— No conociste a la mujer, de modo que soy como tú me recuerdas. Te eché de menos, Cian. Te busqué, aun cuando sabía que no debía hacerlo. Durante años esperé y os busqué a ti y a Hoyt. Tú nunca viniste.

— ¿Cómo podría haberlo hecho? Tú sabes lo que era. Lo que soy. Ahora lo entiendes.

— ¿Me habrías hecho daño? ¿O a cualquiera de nosotros?

— No lo sé. Espero que no, pero no veía ninguna razón para arriesgarme. ¿Por qué estás ahora aquí?

Cian intentó tocarla, pero ella alzó una mano y negó con la cabeza.

— No soy de carne y hueso. Sólo soy una aparición. Estoy aquí para recordarte que quizá no seas lo que fuiste cuando eras mi hermano, pero tampoco eres lo que ella quiso hacer de ti.

Necesitaba un momento para pensar, de modo que se inclinó para recoger el puñal y lo guardó en su vaina.

— ¿Qué importancia tiene eso?

— La tiene. La tendrá. — Aparición o no, los ojos de Nola eran dulces mientras lo miraban —. Tuve hijos, Cian.

— Lo sé.

— Fuertes, hábiles, dotados. De tu sangre, también.

— ¿Fuiste feliz?

— Oh, sí. Amé a un hombre y él me amó. Tuvimos esos hijos y una buena vida. Pero sin embargo, mis hermanos dejaron un vacío en mi corazón que nunca pude llenar. Un pequeño dolor dentro de mí. Te veía a ti, y a Hoyt, a veces. En el agua, o en la niebla, o en el fuego.

— He hecho cosas que es mejor que no hubieses visto.

— Te he visto matar y comer. Te he visto cazar humanos del mismo modo que una vez cazaste venados. Y te he visto junto a mi tumba, bajo la luz de la luna, dejando flores sobre ella. Te visto luchar junto al hermano que ambos amamos. He visto a mi Cian.

¿Recuerdas cómo me subías a tu caballo y cabalgábamos sin parar?

— Nola. — Se frotó la frente con los dedos. Todo aquello le dolía demasiado como para pensar en ello —. Los dos estamos muertos.

— Y los dos hemos vivido. Una noche, ella vino a mi ventana.

— ¿Ella? ¿Quién? — En su interior todo se volvió frío como el invierno —. Lilith.

— Los dos estamos muertos — le recordó Nola —, pero tus manos se convierten en puños y tus ojos se vuelven afilados como tu puñal. ¿Pretendes seguirme protegiendo?

Cian se acercó al hogar y pateó ociosamente la turba que ardía lentamente.

— ¿Qué ocurrió?

— Habían pasado más de dos años desde que Hoyt nos dejara. Padre había muerto, y nuestra madre estaba enferma. Yo sabía que ella nunca volvería a ponerse bien, que moriría. Yo estaba muy triste, muy asustada. Me desperté en la oscuridad y vi que había un rostro en mi ventana. Un rostro hermoso. Tenía el pelo dorado y una sonrisa muy dulce. Ella me susurró y me llamó por mi nombre. «Invítame a entrar», me dijo, y me prometió un regalo.

Nola se echó el pelo hacia atrás, y en su rostro se dibujó una expresión de desprecio.

— Ella pensó que como yo no era más que una niña, la más pequeña de nosotros, sería una tonta fácil de engañar. Me levanté, fui hasta la ventana y la miré a los ojos. Había poder en ellos.

— Hoyt debió decirte que no corrieras esos riesgos. Él debió...

— Hoyt no estaba allí, y tú tampoco. Pero en mí también había poder. ¿Lo has olvidado?

— No. Pero eras una niña.

— Yo era vidente, y la sangre de los cazadores de demonios corría por mis venas. La miré a los ojos y le dije que sería mi linaje el que acabaría con ella. Mi linaje el que libraría a los mundos de su presencia. Y que para ella no habría eternidad en el infierno ni en cualquier otro lugar. Su condena sería el final de todo. Ella se convertiría en polvo, y su espíritu no sobreviviría.

— Seguramente no se sintió encantada con tus palabras.

— Su belleza permanece incluso cuando muestra su verdadero ser. Ése es otro poder. Yo levanté la cruz de Morrigan que siempre llevaba alrededor del cuello. La luz brotó de ella como un rayo de sol. Lilith gritaba mientras huía.

— Siempre fuiste una niña valiente — dijo él.

— Ella nunca regresó mientras yo estuve viva, y sólo lo hizo cuando Hoyt y tú volvisteis a casa juntos. Eres más fuerte de lo que eras sin él, y él lo es más contigo. Ella teme eso, odia eso. Envidia eso.

— ¿Podrá Hoyt sobrevivir a esto?

— No puedo saberlo. Pero si cae, lo hará como ha vivido. Con honor.

— El honor es un frío consuelo cuando estás muerto en el campo de batalla.

— Entonces, ¿por qué mantienes el tuyo? — preguntó ella con un atisbo de impaciencia en la voz—. El honor es lo que te ha traído hasta aquí. El honor que llevarás a la batalla junto con tu espada. Ella no pudo arrebátártelo todo, y lo poco que te dejó fue suficiente para que tú lo recuperases. Tú escogiste. Y aún tendrás que escoger más veces. Acuérdate de mí.

— No. No te marches.

— Acuérdate de mí — repitió ella—. Hasta que volvamos a vernos.

Cuando se quedó solo, Cian se sentó y escondió la cabeza entre las manos. Y recordó demasiadas cosas.



## CAPÍTULO 13

En general, Cian evitaba la habitación de la torre donde Hoyt y Glenna trabajaban en su magia. Sus trajines a menudo incluían una luz considerable, fogonazos, fuego y otros elementos nocivos para los vampiros.

Pero de un modo en que no lo había hecho — o no había admitido en siglos — necesitaba a su hermano.

Antes de llamar a la puerta, advirtió que uno o ambos de sus parientes con inclinaciones mágicas había tomado la precaución de colocar símbolos de protección en la puerta de la torre para mantener alejados a los curiosos. Cian habría preferido quedarse fuera, pero no obstante llamó.

Cuando Glenna abrió, él pudo ver que tenía la piel cubierta por una capa de sudor. Llevaba el pelo recogido y se había quitado la ropa hasta quedarse sólo con un top y pantalones de algodón. Cian enarcó una ceja.

— ¿Interrumpo algo?

Nada físico, lamentablemente. Es sólo que aquí hace un calor espantoso. Estamos trabajando con elementos mágicos de explosiones y fuego. Lo siento.

No me preocupan demasiado las temperaturas elevadas.

Oh. De acuerdo. — Glenna cerró la puerta tras él—. Hemos cerrado y cubierto completamente las ventanas, para tenerlo todo contenido, de modo que no debes preocuparte por la luz.

El sol ya casi se ha ocultado. Cian miró hacia donde estaba Hoyt junto a una enorme artesa de cobre. Éste tenía las manos extendidas sobre ella y de él emanaba una sensación, incluso a través de la habitación, de más calor, de poder y de energía.

— Hoyt está cargando las armas con fuego — explicó Glenna—. Y yo he estado trabajando en, bueno, una especie de bomba. Algo que seamos capaces de lanzar desde el aire.

— Al Departamento de Seguridad Nacional le encantaría tenerte en nómina.

— Yo podría ser algún tipo de agente secreto. — Se enjugó la frente con el dorso de la mano—. ¿Quieres una visita guiada?

— De hecho... yo quería... esto, hablaré con Hoyt cuando no esté tan ocupado.

— Espera. — Era la primera vez que Glenna recordaba haber visto a Cian confuso. No, confuso no, pensó, perturbado—. Necesita un descanso. Y yo también. Si puedes soportar el calor, espera unos minutos. Ya casi ha terminado. Yo me iré a tomar un poco el aire.

Cian le cogió la mano antes de que se diese la vuelta para marcharse.

— Gracias. Por no preguntar.

— No hay problema. Y si es un problema, estaré cerca.

Cuando Glenna se fue, Cian se apoyó contra la puerta. Hoyt permaneció tal como estaba, con las manos extendidas sobre el humo plateado que salía de la artesa. Sus ojos estaban oscurecidos, como siempre que ejercía su poder con fuerza y firmeza.

Siempre había sido así, pensó Cian, desde que eran niños.

Al igual que Glenna, Hoyt se había desvestido para trabajar y sólo llevaba una camiseta blanca y unos téjanos desteñidos. Era extraño, incluso después de los últimos meses que habían pasado juntos, ver a su hermano vestido a la moda del siglo XXI. A Hoyt nunca le había importado la moda, recordó Cian. Sólo la dignidad y los objetivos. A pesar de lo mucho que se parecían, ambos habían enfocado la vida desde polos muy diferentes. Hoyt se había abocado a la soledad y el estudio, mientras que él lo había hecho a la sociedad y los negocios. ..ya los placeres que ambos le proporcionaban.

A pesar de todo, habían estado unidos y se habían entendido el uno al otro a un nivel que muy pocos hermanos solían conseguir. Se habían amado, pensó Cian en esos momentos, de un modo que era tan fuerte y firme como el poder de Hoyt con la magia.

Luego el mundo, y todo lo que había en él, había cambiado.

¿Qué estaba haciendo entonces él allí? ¿Buscando respuestas, buscando consuelo cuando sabía que no encontraría ni unas ni otro? Nada de lo sucedido podía cambiarse, ni un solo acto, ni un solo pensamiento, ni un solo momento. Estar allí era una estúpida pérdida de tiempo y energía en todos los sentidos.

El hombre que estaba allí de pie, como una estatua en medio del humo, no era el hombre que él había conocido, igual que él ya no era el hombre que había sido alguna vez. O ni siquiera un hombre, para ser más precisos.

Todo el tiempo pasado junto a aquellas personas, aquellos sentimientos, aquellas necesidades, le habían hecho olvidar lo que jamás podría ser alterado. Se apartó de la puerta.

— Espera. Sólo un momento.

La voz de Hoyt lo detuvo en seco... y le irritó darse cuenta de que su hermano había sabido que él no estaba simplemente cambiando de postura, sino a punto de marcharse de la habitación.

Hoyt bajó las manos y el humo se disipó.

— Estoy seguro de que iremos a la batalla bien armados — dijo.

Metió las manos en la artesa y levantó una espada cogiéndola por la empuñadura. Se volvió y apuntó hacia el hogar y disparó un rayo de fuego.

— ¿Usarás una de estas espadas? — le preguntó a Cian, haciendo girar el arma en su mano para examinar el filo — . Eres lo bastante hábil como para no quemarte.

— Usaré cualquier cosa que me sea útil para el combate... y haré todo lo posible para mantenerme alejado de los que lleven tus armas y sean considerablemente menos hábiles que yo en su manejo.

— No ha sido la preocupación por la escasa habilidad de los espadachines lo que te ha traído aquí.

— No.

Puesto que ya estaba allí, haría lo que había ido a hacer. Pero antes se paseó por la habitación, mientras esperaba a que Hoyt sacase el resto de las armas de la artesa. El lugar olía a hierbas y humo, a sudor y esfuerzo.

— He ahuyentado a tu mujer.

— Volveré a encontrarla.

— Aprovechando que no está aquí, te lo preguntaré: ¿tienes miedo a perderla en esto?

Hoyt dejó la última espada sobre la mesa de trabajo.

— Es mi último pensamiento antes de dormirme y el primero cuando me despierto por la mañana. El resto del tiempo trato de no pensar en ello... o mantengo bajo control la parte de mí que quisiera encerrarla en un lugar seguro hasta que todo esto haya terminado.

— Glenna no es la clase de mujer a la que se podría encerrar, ni siquiera con tus habilidades.

— No, pero saber eso no sirve para eliminar el miedo. ¿Tú temes por Moira?

— ¿Qué?

— ¿Crees acaso que no sé que estás con ella? ¿Que tu corazón está con ella?

— No es más que una locura temporal. Ya pasará. — Ante la mirada fija y silenciosa de su hermano, Cian meneó la cabeza — . No tengo ninguna

opción, y ella tampoco. Lo que soy no tiene tendencia a vivir con vallas de madera blanca y perdigueros dorados.

— Hizo un gesto con la mano al ver la mirada desconcertada de Hoyt—. A hogar y leños encendidos, hermano. No puedo darle una vida, en el caso de que quisiera hacerlo; y lo que sea de la mía continuará mucho después de que ella haya muerto. Pero no es eso lo que he venido a decirte.

— Primero responde a una pregunta. ¿Tú la amas?

La verdad de ello llegó a él girando como un remolino a través de su corazón y se reflejó en sus ojos.

— Ella es... Ella es para mí como una luz, después de haber vivido siempre en la oscuridad. Pero la oscuridad es mi elemento, Hoyt. Sé cómo sobrevivir en ella, cómo estar contento, ser productivo y estar entretenido allí.

— No dices feliz.

La frustración se hizo evidente en su voz.

— Yo era bastante feliz antes de que aparecieras. Antes de que lo cambiases todo otra vez, como antes lo hizo Lilith. ¿Qué es lo que querrías? ¿Que deseara lo que tú tienes y lo que tendrás con Glenna si sobrevives? ¿Qué bien me haría a mí eso? ¿Haría que mi corazón volviera a latir? ¿A caso tu magia puede conseguir eso?

— No. No he encontrado nada que pueda devolverte tu antigua condición. Pero...

— Déjalo. Soy lo que soy, estoy bien. No me estoy quejando. Moira es una experiencia. El amor es una experiencia y yo siempre he escogido vivirlas. — Se pasó las manos por el pelo—. Dios. ¿Hay algo de beber en este lugar?

— Hay whisky. — Hoyt señaló un armario con la barbilla—. Yo también tomaré uno.

Cian vertió dos generosas medidas en sendos vasos y luego cruzó la habitación hacia donde Hoyt había colocado dos taburetes de tres patas. Se sentaron y ambos bebieron en silencio durante un momento,

— He redactado un documento, una especie de testamento, para el caso de que mi suerte se acabe en Samhain.

Hoyt levantó los ojos de su whisky y miró a Cian.

— Entiendo.

— En todo este tiempo he acumulado una cantidad considerable de bienes y propiedades, de objetos personales. Espero que tú te ocupes de eso según mis instrucciones.

— Lo haré, por supuesto.

— No será una tarea sencilla, ya que está repartido por todo el mundo. Nunca guardo muchos huevos en la misma cesta. En mi apartamento de Nueva York hay pasaportes y otros documentos de identidad, y también en cajas de seguridad de diferentes lugares. Si algo de todo ello te resulta útil, puedes utilizarlo.

— Gracias por eso.

Cian hizo girar el whisky en su vaso sin apartar la mirada del líquido.

— Hay algunas cosas que me gustaría que Moira conservase, si es que puedes traerlas hasta aquí.

— Las traeré.

— Pensaba dejarles el club y el apartamento de Nueva York a Blair... y a Larkin. Creo que a ellos les vendrán mejor que a ti.

— Sí, yo también lo creo. Estoy seguro de que se mostrarán muy agradecidos.

El fastidio tiñó el tono práctico y moderado de su hermano.

— Bueno, no dejes que el sentimiento te embargue, ya que es más probable que yo celebre un velatorio por ti que tú por mí.

Hoyt ladeó la cabeza.

— ¿Eso crees?

— Por supuesto que sí. Tú no has vivido siquiera tres décadas, mientras que yo llevo casi un millar. Y tú nunca fuiste tan bueno como yo en el combate, a pesar de todos los trucos que puedas ocultar en la manga.

— Por otra parte, como has dicho, ya no somos lo que éramos, ¿verdad? — Hoyt sonrió afablemente—. Estoy decidido a que ambos salgamos con bien de esto, pero si no lo consigues, bueno... levantaré mi copa por ti.

Cian dejó escapar una leve carcajada mientras Hoyt alzaba el vaso.

— ¿Y también querrás tambores y gaitas?

— Oh, que te den. — Ahora, una mirada maliciosa apareció en los ojos de Cian—. Yo, por mi parte, haré que toquen algunos flautines por ti y luego consolaré a tu apenada viuda.

— Pues yo al menos no tendré que cavar un agujero para ti, teniendo en cuenta que sólo serás un montón de polvo, pero te haré los honores encargando que graben en una lápida: AQUÍ NO YACE CIAN, YA QUE SE LO LLEVO EL VIENTO. VIVIO Y MURIO, LUEGO PERMANECIO COMO EL ÚLTIMO INVITADO QUE NO SE DECIDE A ABANDONAR EL BAILE. ¿Te parece bien?

— Estoy pensando en cambiar algunos de esos legados, sólo por principio, dado que pronto estaré cantando Danny Boy sobre tu tumba.

— ¿Qué es *Danny Boy*?

— Un clisé. — Cian cogió la botella que había dejado en el suelo y sirvió más whisky en los vasos—. He visto a Nola.

— ¿Qué? — Hoyt bajó el vaso que acababa de llevarse a los labios—. ¿Qué es lo que has dicho?

— En mi habitación. He visto a Nola y he hablado con ella.

— ¿Has soñado con Nola?

— ¿Es eso lo que he dicho? — preguntó Cian con irritación—. He dicho que la he visto, que he hablado con ella. Y estaba tan despierto entonces como lo estoy ahora, mirándote y hablando contigo. Ella era aún una niña. Joder, en el mundo no hay suficiente whisky para eso.

— Ella ha ido a verte — musitó Hoyt—. Nuestra Nola. ¿Qué te ha dicho?

— Que me quería, y a ti también. Que nos había echado de menos. Que esperaba que ambos regresáramos a casa. Maldita sea. Maldita sea. — Se levantó y comenzó a pasear por la habitación—. Era una niña, exactamente como la última vez que la vi. Era una mentira, por supuesto. Nola creció y se hizo mayor. Murió y sus huesos se convirtieron en polvo.

— ¿Y por qué habría de presentarse ante ti como una mujer adulta o una anciana? — preguntó Hoyt—. Ella ha ido a ti tal como tú la recordabas, como piensas en ella. Te ha hecho un regalo. ¿Por qué estás enfadado?

Ahora Cian sentía una intensa furia, una que le servía para sujetar con fuerza el dolor.

— ¿Cómo puedes saber lo que ha sido sentir esto, sentir que te desgarran por dentro? Ella era la misma y yo no lo soy. Me ha hablado de cómo la subía en mi caballo y la llevaba a pasear. Y era como si hubiese ocurrido ayer. No puedo tener esos ayeres en mi cabeza y permanecer cuerdo. — Cian se volvió—. Al final de toda esta historia, tú sabrás que hiciste lo que pudiste, lo que te pidieron que hicieras... por ella, por todos ellos. Si sobrevives, cualquiera que sea el dolor que sientas al haber tenido que dejarlos atrás, estará compensado por esa certeza, y por la vida que tendrás junto a Glenna. Yo en cambio tengo que regresar a donde estaba. Debo hacerlo. No puedo llevarme esto conmigo y vivir con ello.

Hoyt permaneció un momento en silencio.

— ¿Nola estaba sufriendo, sentía miedo por algo, dolor?

— No.

— ¿Y no eres capaz de llevarte eso contigo y vivir con ello?

— No lo sé, ésa es la pura verdad. Pero sé que un sentimiento lleva a otro hasta que acabas ahogándote en ellos. Ahora estoy medio ahogado con lo que siento por Moira. — Cian se tranquilizó y volvió a sentarse—. Nola llevaba la cruz que tú le diste. Ha dicho que siempre la llevaba consigo, como tú le dijiste. Pensé que deberías saberlo. Y también que deberías saber que Nola me ha contado que Lilith fue a verla, y que trató de tentarla para que la dejase entrar en la casa.

Hoyt cerró los puños como lo había hecho Cian.

— ¿Esa perra del infierno fue a buscar a nuestra Nola?

— Sí, lo hizo, y se llevó una buena patada en el culo... metafóricamente hablando. — Cian le explicó a Hoyt lo que Nola le había contado, y observó que el rostro de su hermano se relajaba ligeramente con una expresión de orgullo y satisfacción—. Luego colocó la cruz que le diste delante de ella y Lilith salió disparada. Según Nola, ella nunca regresó hasta que lo hicimos nosotros.

— Vaya, vaya. Eso sí que es interesante. La cruz no sólo protegía a Nola, sino que asustó a Lilith lo suficiente como para obligarla a huir. Eso y la predicción de que acabaríamos con ella.

— Que puede que sea la razón de por qué está tan decidida a liquidarnos.

— Sí. La amenaza de Nola podría haber contribuido a ello. Imagina lo que debió de significar para Lilith ser aterrorizada por una niña.

— Ella quiere vengarse, no cabe ninguna duda. Quiere ganar esta guerra, por supuesto. Lilith desea convertirse en una especie de dios, pero por debajo de eso estamos nosotros. Los seis y la conexión que existe entre nosotros. Ella quiere destruirnos.

— Hasta ahora no ha tenido mucha suerte en ese sentido, ¿no crees?

— ¿Y qué piensas de ello? Los dioses disponen, ¿verdad? Todos nosotros hemos tomado una decisión, y lucharemos por ella, pero todos nosotros, incluida Lilith, estamos siendo llevados hacia una época y un lugar. La verdad es que no me importa si son los dioses o los demonios quienes me llevan de la nariz.

Hoyt enarcó las cejas.

— ¿Qué alternativa tenemos?

— Todos habláis de alternativas y elecciones, pero ¿quién de nosotros sería capaz de abandonar ahora? Después de todo, no sólo los humanos tienen orgullo. Bien, el tiempo pasa. — Se levantó—. Ya veremos lo que haya que ver ese día en que arreglaremos cuentas. El sol ya se ha puesto. Saldré a tomar un poco el aire.

— Cian se dirigió a la puerta, se detuvo y miró por encima del hombro—. Ella no ha podido decirme si sobreviviste.

Hoyt se encogió de hombros y acabó de beber su whisky. Luego sonrió.

— Danny Boy, ¿verdad?

Cian fue a ver a su caballo. Luego, aunque sabía que era un riesgo, ensilló a Vlady salió a través de las puertas del castillo. Necesitaba la velocidad y la noche. Tal vez también necesitaba el riesgo.

La luna estaba casi llena. Cuando ese círculo se hubiese completado, la sangre —de humanos y vampiros— empaparía la tierra.

Él no había combatido antes en otras guerras, no les había visto sentido. Guerras por la tierra, por riquezas y recursos. Guerras libradas en nombre de la fe. Pero aquella contienda había llegado a ser suya.

No, no solamente los humanos tenían orgullo, o incluso honor. O amor. De modo que, por todo ello, aquella lucha le pertenecía. Si la suerte lo acompañaba, un día volvería a cabalgar por los campos de Irlanda... o dondequiera que eligiese hacerlo. Y pensaría en Geall, con sus encantadoras colinas y sus frondosos bosques. Recordaría los campos verdes y las cascadas de agua.

Pensaría en su reina. Moira, con sus grandes ojos grises y su apacible sonrisa, de cerebro inteligente y mente abierta, y con un corazón rico y profundo. ¿Quién hubiese creído que, después de todos aquellos siglos, se vería seducido, embrujado, ahogado en semejante mujer?

Con Vlad salvó pequeños muros de piedra, galopó a través de campos donde soplaban dulce y fresco el aire de la noche. La luz de la luna bañaba las piedras del castillo de Moira, y las ventanas brillaban con velas y candiles. Ella había mantenido su palabra, pensó.

Cian, y había izado esa tercera bandera, de modo que ahora estaban el *claddagh*, el dragón y el soldorado y brillante.

Deseó, con todas sus fuerzas, que ella pudiese proporcionarle a Geall, y a todos los mundos, el sol después de la sangre derramada.

Tal vez no pudiera llevarse con él todos esos sentimientos, esos deseos y necesidades y vivir con ello. Pero sí quería llevarse su amor por ella. Cuando regresara a las tinieblas, quería llevarse eso, y tener esa luz tenue y vacilante a través de todas sus noches.

Regresó al castillo y la encontró esperándolo, con su arco en las manos y la espada de Geall sujeta a un costado.



— Te he visto cuando salías a cabalgar.

Cian desmontó.

— ¿Estabas cubriéndome las espaldas?

— Habíamos convenido que ninguno de nosotros saldría solo del castillo, especialmente después del anochecer.

— Lo necesitaba.

Fue todo lo que dijo antes de llevar el caballo al establo.

— Eso parecía, por la forma en que cabalgabas. No he visto ningún mastín del infierno, pero al parecer tú sí. ¿Podrías confiar en alguno de los mozos de cuadra para que atienda a Vlad y lo prepare para la noche? Les ayuda tener trabajo y mantenerse ocupados, tanto como te ha ayudado a ti una galopada salvaje.

— Debajo de ese tono complaciente percibo una amonestación, majestad. Lo haces muy bien.

— Lo aprendí de mi madre.

Moira cogió las riendas de Vlad y luego se las pasó junto con varias instrucciones al mozo de cuadra que había llegado corriendo desde las caballerizas.

Cuando hubo terminado, miró a Cian.

— ¿Estás de humor?

— Siempre.

— Debería haber preguntado si estabas de mal humor, pero la respuesta a esa pregunta podría ser también «siempre». Si no lo estás, más de lo habitual quiero decir, esperaba que cenaras conmigo.

En privado. Esperaba que te quedaras conmigo esta noche.

— ¿Y si estoy de mal humor?

— Entonces una comida y un poco de vino podrían dulcificarte lo suficiente como para que te acostaras y te quedaras conmigo. O, bien podríamos discutir durante la cena y luego irnos a la cama.

— Tendría que haber cogido un clavo de herradura de Vlad y clavármelo en el cerebro para rechazar semejante ofrecimiento.

— Bien. Estoy hambrienta.

Y furiosa, pensó él con cierto ánimo divertido.

— ¿Por qué no sueltas ya el sermón? De lo contrario, es probable que te provoque indigestión.

— No tengo ningún sermón, y si lo tuviese soltarlo no sería lo que me satisfaría. — Ella caminó, con porte real, pensó él, a través del patio —. Lo

que me gustaría darte es una buena y fuerte patada en el culo por haberte arriesgado de esa manera. Pero...

— Moira respiró profundamente un par de veces cuando entraron en el castillo—. Sé lo que significa la necesidad de escaparse, de desaparecer por un rato. Cómo sientes que la presión que tienes dentro va a acabar destrozándote si no lo haces. Yo puedo abrir un libro y recuperar mi paz mental. Tú necesitabas salir a cabalgar, la velocidad. Y creo que hay momentos en los que sólo necesitas la oscuridad.

Cian no dijo nada hasta que llegaron ante la puerta de la habitación de Moira.

— No sé cómo puedes entenderme de esa manera.

— He hecho un estudio sobre ti. — Ella sonrió ligeramente, alzó la vista y lo miró a los ojos—. Soy buena para eso. Y, además, ahora estás en mi corazón. Estás dentro de mí, de modo que lo sé.

— Yo no te he ganado — dijo él—, se me ocurre ahora. Yo no te he ganado.

— Cian, no soy una apuesta y tampoco un premio. No me importaría ser ganada.

Moira abrió la puerta de su sala de estar.

Había hecho que sus damas encendieran el fuego y las velas. La cena fría y el buen vino ya estaban en la mesa, acompañados de flores traídas de los invernaderos.

— Veo que te has tomado trabajo. — Cerró la puerta tras de sí—. Gracias.

— Era para mí, pero me alegra que te guste. Quería una noche, sólo una, en la que únicamente estuviésemos nosotros dos. Como si nada de todo esto estuviese ocurriendo. En que pudiésemos sentarnos y hablar y comer. Y yo pudiese pasarme un poco con el vino.

Moira dejó el arco y la aljaba en el suelo y se desenganchó la espada de la cintura.

— Una noche en la que no hablemos de batallas y armas y estrategia. Tú me dirías que me amas. O ni siquiera tendrías que decirlo, porque yo lo vería en tus ojos cuando me mirases.

— Yo te amo. Mientras cabalgaba, he vuelto la vista hacia el castillo y he visto el resplandor de las velas en las ventanas. Así es como pienso en ti. Como en un resplandor sereno.

Moira se acercó a él y le cogió el rostro entre las manos.

— Y si yo pienso en ti como la noche, es por el misterio que hay en ella, y por la excitación. Ya nunca volveré a sentir miedo de la oscuridad, porque he visto lo que contiene.

Cian le besó la frente, las sienes, luego los labios.

— Deja que te sirva el primer vaso de demasiado vino.

Ella se sentó a la pequeña mesa y lo observó. Él era su amante, pensó. Aquel hombre extraño y exigente que llevaba guerras en su interior. Y ella pasaría esa noche junto a él, toda la noche; unas pocas horas de paz para ambos.

Moira eligió un poco de comida para el plato de Cian, consciente de que se trataba del gesto propio de una esposa. También tendría eso, por esa sola noche. Cuando Cian se sentó frente a ella, Moira alzó la copa.

— *S lá in te.*

— *S lá in te.*

— ¿Me hablarás de los lugares que has visto? ¿De a donde has viajado? Quiero ir a esos lugares con mi imaginación. Estudié los mapas que tenías en tu biblioteca en Irlanda. Tu mundo es tan grande... Háblame de las cosas maravillosas que han visto tus ojos.

Él la llevó a Italia durante el Renacimiento, a Japón en la época de los samuráis, a Alaska durante la fiebre del oro, a la selva amazónica y a las sabanas africanas.

Trataba de describir rápidas instantáneas con palabras, de modo que Moira pudiese apreciar la variedad, los contrastes, los cambios. Y casi podía ver cómo se abría su mente para absorberlo todo. Ella le hacía docenas de preguntas, sobre todo cuando algo que él explicaba ampliaba o contradecía lo que ella había leído en su biblioteca en Irlanda.

— Me preguntaba qué habría al otro lado del mar. — Moira apoyó la barbilla en el puño mientras se servía más vino—. Otras tierras, otras culturas. Al parecer, si una vez fuimos una parte de Irlanda, también puede haber aquí, en este mundo, partes de Italia y de Estados Unidos, de Rusia, de todos esos lugares maravillosos. Un día... me gustaría ver un elefante.

— Un elefante.

Ella se echó a reír.

— Sí, un elefante. Y una cebra y un canguro. Me gustaría ver las pinturas de los artistas que tú has visto, y de los artistas que descubrí en tus libros. Miguel Ángel y Da Vinci, Van Gogh, Monet, Beethoven.

— Beethoven era un compositor. No creo que supiese pintar.

— Sí, es verdad. *La Sonata del claro de luna* y todas esas sinfonías con números. Es el vino, que me confunde un poco las cosas. Me gustaría

ver un violín y un piano. Y una guitarra eléctrica. ¿Tocas alguno de esos instrumentos?

— En realidad, es un hecho poco conocido que los Beatles originales eran seis. Pero no importa.

— Sé quiénes son: John, Paul, George y Ringo.

— Tienes la memoria como el elefante que quieres ver.

— Cuando eres capaz de recordar una cosa, esa cosa te pertenece. Es probable que nunca llegue a ver un elefante, pero un día tendré naranjos. Las semillas están germinando en el invernadero.

— Alzó el índice y el pulgar apenas separados —. Este trocito de verde surgiendo de la tierra. Glenna me dijo que las flores son muy fragantes.

— Sí, lo son.

— Y también cogí otras cosas.

A Cian le divertía el tono de confesión que se advertía en su voz.

— De modo que tienes los dedos largos, ¿verdad?

— Pensé, si yo no les llevo a Geall, nunca irán. Cogí un esqueje de tus rosales. Está bien, de acuerdo, tres esquejes. Fui codiciosa. Y una fotografía que Glenna nos hizo a Larkin y a mí. Y un libro. Lo confieso, cogí un libro de tu biblioteca. Soy una ladrona.

— ¿Qué libro?

— Un libro de poemas de Yeats. Quería tener ese libro en particular porque decía que el autor era irlandés y me pareció importante que trajese a casa alguna cosa escrita por un irlandés.

«Porque tú eras irlandés — pensó ella —. Porque el libro era tuyo.»

— Y los poemas eran tan hermosos e intensos — continuó —. Me dije que te lo devolvería una vez que los hubiese copiado, pero yo sabía que era mentira. Me lo quedé.

Él se echó a reír y sacudió la cabeza.

— Considéralo un regalo.

— Gracias, pero te pagaré encantada por él. — Se levantó y se acercó a donde estaba Cian —. Y tú puedes determinar el precio.

— Se sentó en su regazo y le rodeó el cuello con los brazos —. Él escribió algo, tu Yeats, que me hizo pensar en ti, y en lo que tenemos esta noche. Yeats escribió: *Extiendo mis sueños a tus pies. Anda con suavidad porque estás caminando sobre mis sueños. Ella le pasó los dedos por el pelo.*

— Puedes darme tus sueños, Cian. Yo caminaré sobre ellos con suavidad.

Profundamente conmovido, él apoyó su mejilla en la de ella.

— Eres tan distinta a todos.

— Contigo soy más de lo que nunca he sido. ¿Saldrás un momento a la terraza conmigo? Me gustaría mirar la luna y las estrellas.

Él se levantó, pero cuando se volvió hacia el balcón, ella lo detuvo.

— No, a la terraza del dormitorio.

Cian pensó en la madre de Moira, en lo que ella había visto en esa terraza.

— ¿Estás segura?

— Lo estoy. Hoy he estado allí, sola. Y ahora quiero estar contigo, en medio de la noche. Quiero que me beses allí para que pueda recordarlo toda la vida.

— Necesitarás abrigarte. Hace frío.

— Las mujeres de Geall son muy fuertes.

Y cuando ella se dirigió hacia la terraza, cuando su mano cogió la suya con fuerza mientras abría las puertas de la misma, él pensó que sí, que en efecto ella lo era.

## CAPÍTULO 14

Cian la besó en el balcón y ella nunca olvidaría nada de todo aquello. No olvidaría la apacible música de la noche, el frío en el aire, la maestría de sus labios.

Esa noche, ella no pensaría en la salida del sol y las obligaciones que traería el nuevo día. La noche era el tiempo de Cian y, mientras estuviese con él, también sería el de ella.

— Has besado a muchas mujeres.

Él sonrió levemente y volvió a rozar sus labios con los suyos.

— Así es.

— A cientos de mujeres.

— Como mínimo.

Ella entornó los ojos.

— ¿A miles?

— Es muy probable.

— Hmmm. — Se apartó de él y luego se dio la vuelta, apoyándose en la balaustrada de piedra—. Creo que haré un decreto que diga que todos los hombres de Geall deben besar a su reina. Así podré ponerme a tu altura. Y, al mismo tiempo, podría servirme para una especie de estudio, una comparación. Podría ver cuáles tu nivel en esta habilidad en particular.

— Interesante. Pero me temo que encontrarías a tus compatriotas tristemente deficientes.

— ¡Oh! ¿Y cómo puedes estar tan seguro? ¿Has besado alguna vez a un hombre de Geall?

Él se echó a reír.

— Muy lista.

— Eso me dicen. — No se movió cuando Cian se acercó a ella, cuando la aprisionó, colocando ambas manos sobre la balaustrada, una a cada lado de su cuerpo—. ¿Tu gusto se inclina por las mujeres inteligentes?

— Sí, cuando sus ojos son como la niebla nocturna y su pelo es del color del roble bruñado.

— Gris y castaño. Siempre pensé que eran dos colores muy apagados, pero nada de lo que hay en mí se siente apagado cuando estoy contigo. — Apoyó una mano sobre el corazón de Cian. Aunque no latía, ella

pudo ver el pulso en sus ojos—. No me siento tímida cuando estoy contigo, tampoco nerviosa. Antes sí, hasta que me besaste. — Moira apretó los labios en el lugar donde había estado su mano—. Luego pensé que debería haberlo sabido. Una cortina se abrió en mi interior, y creo que jamás volverá a cerrarse.

— Tú has traído la luz dentro de mí, Moira.

Lo que Cian no dijo, ni a ella ni a sí mismo, era que, cuando él se marchara, esa luz volvería a apagarse.

— La luna está muy clara esta noche, y las estrellas brillan en el cielo. — Apoyó las manos sobre las de Cian—. Dejaremos las cortinas abiertas hasta que sea el momento de dormir.

Entró nuevamente con él en la habitación, iluminada por la luz de la luna y de las velas. Moira sabía que sería entonces cuando la calidez se convertiría en calor, y el calor en fuego. Con todas las emociones y sensaciones que acompañarían esa transformación.

Desde alguna parte llegó la llamada de un búho. «Reclama a su pareja», pensó ella. Era el momento de desear intensamente a la pareja.

Se quitó la delgada corona, la dejó a un lado y luego alzó las manos para quitarse los pendientes. Cuando vio que Cian la estaba observando, comprendió que aquellos pequeños actos, aquel preludio antes de desvestirse, podía ser excitante para él.

De modo que se quitó los pendientes lentamente, mirando a Cian mientras éste la miraba a ella. Se quitó la cruz que había ocultado bajo su vestido, alzándola por encima de la cabeza. Aquello, ella lo sabía, era un acto de confianza.

— No tengo aquí a mis damas de compañía. ¿Podrías ayudarme con las cintas?

Se volvió de espaldas a él y se levantó el pelo con la mano.

— Creo que intentaré que fabriquen cremalleras. Es algo realmente sencillo y hace que vestirse sea más fácil.

— Y un enorme encanto se perderá en aras de la comodidad.

Moira le sonrió por encima del hombro.

— Es fácil para ti decirlo. — Pero por otra parte, sentir cómo él le aflojaba aquellas cintas, le provocaba un aleteo en el estómago —.

¿Qué invento es el que más te ha impresionado en todo este tiempo?

— Las instalaciones sanitarias interiores.

La rapidez de su respuesta hizo que Moira se echase a reír.

— Larkin y yo nos enviciamos, y echo muchísimo de menos esas comodidades. Estudié los depósitos de agua y las cañerías.

Creo que podría idear algo parecido a vuestra ducha.

— Reina y fontanera. — Apoyó los labios sobre su hombro mientras apartaba las cintas—. Tus habilidades no tienen fin.

— Me pregunto si también sería buena como ayuda de cámara de un caballero. — Se volvió hacia él—. Me gustan los botones — añadió, al tiempo que comenzaba a desabrocharle la camisa—. Son bonitos y sensibles.

Igual que ella, pensó Cian mientras Moira continuaba eficazmente su tarea. Luego se pasó una mano por el pelo.

— Creo que debería cortármelo. Como Blair. ¿Eso te gustaría? — preguntó ella.

— No. No lo hagas. — Su vientre se estremeció cuando sus dedos hicieron una pausa sobre el botón metálico de sus vaqueros. Los suyos se deslizaron a través de su cabellera castaña, desde su cabeza hasta su cintura—. Son hermosos. Me gusta cómo caen sobre tus hombros y se extienden por tu espalda. Casi brillan contra tu piel.

Moira, fascinada, miró hacia el gran espejo que tenía delante. Y se sobresaltó al verse medio desnuda. Y sola.

Apartó la vista rápidamente y le sonrió con dulzura.

— Aun así, tener el pelo tan largo es un problema y...

— ¿Te has asustado?

No tenía ningún sentido fingir que no había entendido lo que le preguntaba.

— No. Es un poco impresionante, nada más. ¿Es difícil para ti? ¿No poder ver tu reflejo en los espejos?

— Es lo que hay. Te adaptas a ello. Es sólo una ironía más. Has conseguido la juventud eterna, pero nunca serás capaz de verla. Sin embargo...

El la hizo volverse, de modo que ambos quedaron frente al espejo. Luego alzó su cabellera y la dejó caer. Cuando Moira se echó a reír al ver que su pelo parecía moverse solo, él apoyó las manos sobre sus hombros.

— Siempre hay maneras de divertirse — dijo Cian.

Volvió a levantarle el pelo y esta vez le pasó los labios — y apenas los dientes — a lo largo de la nuca.

Oyó la súbita inhalación de aire y vio cómo los ojos de ella se abrían.



— No, no — musitó, cuando ella comenzó a volverse — . Sólo observa. — Y deslizó los dedos sobre su piel... sobre sus hombros desnudos, bajando hacia donde el vestido pendía levemente ante sus pechos — . Sólo siente.

— Cian.

— ¿Has soñado alguna vez con un amante que llegaba a ti en mitad de la noche, en la oscuridad? — Le bajó el vestido hasta la cintura y luego deslizó suavemente las yemas de los dedos sobre sus pechos desnudos — . Sorprendiéndote. Sus manos y sus labios calentando tu piel.

Ella alzó las manos hacia las de Cian porque necesitaba sentir las. Luego se sonrojó intensamente y las apartó al ver que el reflejo del espejo la mostraba acariciando sus propios pechos.

Detrás de ella, invisible, Cian sonrió.

— Me dijiste que yo no te había arrebatado la inocencia. Tal vez tenías razón, pero creo que lo haré ahora. Es... jugosa, y lo que soy la desea con vehemencia.

— No soy inocente — dijo ella, pero se estremeció.

— Más de lo que crees. — Comenzó a acariciar sus pechos, trazando círculos con las yemas de los pulgares, moviéndose lentamente hasta rozar los pezones erectos — . ¿Tienes miedo?

— No. — Y se volvió a estremecer — . Sí.

— Un poco de miedo puede aumentar la excitación. — Dejó caer el vestido al suelo y apoyó los labios en su oreja — . Apártate del vestido — susurró — . Ahora mira. Mira tu cuerpo.

El miedo se unía a la excitación, de modo que le resultaba imposible separarlos. Su cuerpo estaba indefenso y su mente paralizada. Unas manos y unos labios que no podía ver la recorrían entera, eróticamente íntimos, lánguidamente posesivos. Podía ver cómo su figura se estremecía en el espejo, y contemplar el asombrado placer que inundaba su rostro.

Un velo de rendición en sus ojos.

Su amante fantasmagórico deslizaba sus manos sobre ella, sus dedos jugaban, exploraban, dejando un rastro de carne trémula.

Esta vez, cuando él le cogió de nuevo los pechos, ella cubrió sus manos con las suyas sin pudor alguno.

Moira gimió, pero sus ojos no se apartaron del reflejo. Sus párpados nunca se cerraban ante una nueva experiencia, un nuevo saber. Cian podía sentir cómo se estremecía y vio el movimiento instintivo de sus labios cuando el placer se apoderó completamente de ella. La luz de las velas jugueteaba sobre su piel nacarada y las sensaciones la encendían, de modo que florecía como una rosa.

Cuando él deslizó los dedos por su vientre, Moira volvió a lanzar un gemido, y fundiéndose con Cian, enlazó el brazo alrededor de su cuello.

El sólo tanteaba, rozando el interior de sus muslos por su parte más sensible, insinuando, apenas insinuando lo que vendría, hasta que la respiración de Moira se convirtió en un jadeo.

— Toma — murmuró él —. Toma lo que desees.

Cogió la mano de Moira y la apretó con fuerza sobre la suya entre los muslos de ella, dejándosela allí prisionera.

Moira sintió que se sacudía violentamente contra Cian, contra su propia mano mientras él la acariciaba para llevarla hacia un nuevo e intenso placer. Sentía el sólido cuerpo de él detrás de ella, y su voz le susurraba palabras que no entendía, pero en el cristal del espejo sólo se reflejaba su forma, perdida ahora en sus propias y acuciantes necesidades.

La liberación del placer la dejó sin aliento, agotada y asombrada.

Él la hizo girar tan de prisa que perdió el equilibrio, y lo habría perdido otra vez de todos modos cuando la boca de él se apoderó de la suya con una urgencia verdaderamente salvaje. Moira sólo pudo aferrarse a él, sólo pudo entregarse mientras su corazón golpeaba como un yunque contra el pecho de Cian.

A pesar de todo lo que él había tenido y tomado y probado, jamás había experimentado un apetito semejante. Una especie de necesidad demencial que sólo ella era capaz de satisfacer. Aun con toda su destreza, con toda su experiencia, se sintió indefenso cuando Moira lo atrajo hacia sí. Tan entregado y dispuesto como ella, la tendió en el suelo y se sumergió en su interior para forjar ese vínculo primordial y desesperado.

Cian hizo que volviese el rostro una vez más hacia el espejo mientras la penetraba, mientras el cuerpo de Moira se movía salvajemente debajo de las embestidas de sus fuertes caderas. Y cuando ella alcanzó el clímax, temblando de placer, él encadenó la necesidad con la voluntad hasta que los ojos de Moira se abrieron para encontrarse con su mirada. Hasta que ella vio quién la había tomado.

Y Cian volvió a hacerlo hasta que la necesidad de Moira adquirió el mismo ritmo que la suya. Entonces, hundiendo el rostro en su pelo, se vació en su interior.

Moira podría haberse quedado allí tendida, agotada, durante el resto de su vida, pero Cian la alzó. Se dio cuenta de que simplemente la había levantado del suelo y ahora estaba de pie, sosteniéndola entre sus brazos, todo en un solo movimiento, sin esfuerzo aparente.

Y su corazón danzó dentro de su pecho.

— Es una tontería — dijo ella mientras le acariciaba el cuello — y creo que debe de ser algo femenino, pero me encanta que seas tan fuerte y que, por un momento, mientras hacemos el amor, yo te haga sentir débil.

— Cuando se trata de ti, hay una parte de mí, mo chroi, que siempre es débil.

Él la había llamado mi corazón, y había hecho que el suyo volviese a danzar en su pecho.

— Oh, no lo hagas — le pidió ella cuando Cian la tendió en la cama y se volvió para correr las cortinas—. Todavía no. Aún queda mucha noche. — Giró en la cama y cogió su bata—. Voy a buscar el vino. Y el queso — añadió—. Tengo hambre otra vez.

Cuando Moira se marchó, él se acercó al hogar y lanzó otro trozo de turba al fuego. Cerró su mente a la parte de sí mismo que le preguntaba qué demonios estaba haciendo. Cada vez que estaba con Moira, sumaba una nueva cicatriz a su corazón, por el día en que ya no estaría con ella nunca más.

Moira sobreviviría a aquello, se recordó. Y él también lo haría. La supervivencia era algo que humanos y vampiros tenían en común. Nadie se moría realmente a causa de un corazón destrozado.

Ella regresó trayendo una bandeja.

— Podemos comer y beber en la cama, completamente decadentes.

Dejó la bandeja sobre el lecho y luego volvió a acostarse.

— Sin duda te he dado suficiente decadencia — dijo Cian.

— ¡Oh! — Moira se echó el pelo hacia atrás y sonrió lentamente—. Yo que esperaba que hubiese más. Pero si ya me has enseñado todo lo que sabías, supongo que no hay problema en empezar a repetir.

— He hecho cosas que ni siquiera puedes imaginar. Cosas que no querría que imaginas.

— Ahora estás fanfarroneando.

Moira trató de restarle importancia.

— Moira...

— No lo sientas por nosotros, o por lo que crees que no puede ser, o no debería ser. — Su mirada era clara, directa—. No sientas, cuando me miras, lo que puedas haber hecho en el pasado. Haya sido lo que haya sido, cada vez que ocurría, no era más que un paso para traerte hasta aquí. Aquí eres necesario. Yo te necesito aquí.

Él se acercó a la cama.

— ¿Entiendes que no puedo quedarme?

— Sí, sí. Sí. Y no quiero hablar de ello; esta noche no. ¿No podemos tener una ilusión sólo por una noche?

Él le acarició el pelo.

— No puedo lamentar lo que hay entre nosotros.

— Eso es suficiente entonces.

Tenía que ser suficiente, se recordó ella, aunque con cada minuto que pasaba había algo en su interior que se volvía loco, y más aún con la aflicción que sentía.

Alzó una de las copas y se la ofreció con mano firme. Cuando él vio que era sangre, enarcó una ceja.

— Pensé que la necesitarías. Para recuperar la energía.

Él meneó la cabeza y se sentó en la cama junto a ella.

— Bien, ¿quieres que hablemos de fontanería?

Ella no estaba segura de a qué se refería Cian, pero fuera lo que fuese, habría ocupado el último lugar en cualquier lista confeccionada por ella.

— Fontanería.

— Tú no eres la única que ha estudiado cosas. Sumado al hecho de que yo estaba presente cuando esa clase de mejoras fueron incorporadas a la vida cotidiana. Tengo algunas ideas acerca de cómo podrías instalar algunas tuberías básicas.

Ella sonrió y bebió un poco de vino.

— Instrúyeme.

Ambos dedicaron un tiempo considerable a ese tema, con Moira buscando papel y tinta para poder dibujar unos diagramas básicos. El hecho de que él demostrase tanto interés por algo que imaginaba que para la gente de su tiempo era normal, le mostraba otra faceta de Cian.

Pero, de pronto, se dio cuenta de que ese hecho no debería extrañarle, no si pensaba en el tamaño de su biblioteca en su casa de Irlanda. En una casa, recordó, que Cian sólo visitaba una o dos veces al año.

Moira comprendió también que Cian podría haber sido cualquier cosa que se hubiese propuesto. Tenía una mente rápida y curiosa, manos hábiles y, por la manera en que interpretaba música cuando ella lo escuchó tocar, el alma de un poeta. Además de un don para los negocios, se recordó a sí misma.

En Geall, en su tiempo, Cian habría sido un hombre próspero, Moira estaba segura de ello. Respetado, famoso incluso. Otros hombres se le

habrían acercado en busca de consejo y ayuda. Las mujeres habrían coqueteado con él a la mínima oportunidad.

Pero él y ella se habrían conocido y cortejado y amado, de eso también estaba segura. Y Cian habría reinado a su lado sobre una tierra rica y pacífica.

Habrían tenido hijos, con los hermosos ojos azules de él. Y un varón — al menos uno — con su hendidura en la barbilla.

Y en noches como aquélla, tardías y tranquilas, ellos hablarían de planes para la familia, para su pueblo, para su tierra.

Moira parpadeó y volvió a la realidad cuando los dedos de él rozaron su mejilla.

— Necesitas dormir.

— No. — Moira meneó la cabeza y trató de concentrarse nuevamente en los diagramas... de aplazar aquellos minutos que se llevaban el tiempo que tenía para compartir con él —. Mi mente estaba vagando.

— Habrías comenzado a roncar dentro de un minuto.

— Vaya, eso no es verdad. Yo no ronco. — Pero no discutió cuando él recogió los papeles. Apenas si podía mantener los ojos abiertos —. Tal vez será mejor que descansemos un poco.

Moira se levantó para apagar las velas mientras Cian se acercaba a las cortinas. Pero cuando ella se volvió para regresar a la cama, vio que él estaba abriendo las puertas para marcharse.

— ¡Por el amor de Dios, Cian, estás prácticamente desnudo! — Cogió su camisa y corrió tras él —. Al menos ponte esto. Tal vez no te importe el frío, pero a mí sí me importa que uno de mis guardias te vea completamente desnudo. No es decoroso.

— Se acerca un jinete.

— ¿Qué? ¿Dónde?

— Por el este.

Moira miró hacia allí pero no vio nada. No obstante, no dudaba de su palabra.

— ¿Un solo jinete?

— Dos, pero el segundo es guiado por el primero. Y se acercan al galope.

Moira asintió, regresó a la habitación y comenzó a vestirse.

— Los guardias tienen instrucciones precisas de no permitir la entrada a nadie. Iré a echar un vistazo. Puede tratarse de campesinos rezagados. Si es así, no podemos dejarles fuera del castillo y sin protección.

— No dejes que entre nadie — ordenó Cian mientras se ponía los vaqueros—. Aunque los conozcas.

— No lo haré, y tampoco ninguno de los guardias.

Con una leve punzada de pesar, se puso la corona y volvió a convertirse en reina. Y, como reina, cogió la espada.

— Debe de tratarse de rezagados — repitió—. En busca de comida y refugio.

— ¿Y sino lo son?

— Entonces han recorrido un largo camino para morir.

Cuando llegó al puesto de guardia, en lo alto de la muralla, pudo ver a los jinetes, o más bien su forma. Eran dos, tal como Cian había dicho, y el primero llevaba de las riendas el segundo caballo. No vestían capas de abrigo a pesar del aire frío y de la insinuación de una primera helada.

Moira miró a Niall, a quien los guardias habían despertado al divisar a los dos jinetes.

— Quiero un arco.

Niall hizo un gesto a uno de los hombres y éste le entregó su arco y su aljaba.

— Parece inútil que el enemigo cabalgue directamente hacia nosotros. ¿Dos de ellos contra nosotros? Y sin ninguna posibilidad de atravesar las puertas a menos que se lo permitamos — comentó Niall.

— Es probable que no sean enemigos, pero las puertas no deben levantarse hasta que no estemos seguros de ello. Dos hombres — susurró ella cuando los jinetes estuvieron lo bastante cerca como para distinguirlos—. El que monta el segundo caballo parece que esté herido.

— No — dijo Cian un momento después—. Está muerto.

— ¿Cómo podéis...? — Niall se interrumpió.

— ¿Estás seguro? — preguntó Moira.

— Lo han atado al caballo pero está muerto. Y también el primer jinete, pero lo han convertido en vampiro.

— Muy bien entonces. — Moira suspiró—. Niall, dile a los hombres que mantengan la vigilancia por si hay más. No deben hacer nada hasta que no se les ordene. Veremos qué es lo que quiere este jinete. ¿Un desertor? — le preguntó a Cian y luego desechó la idea antes de que él le contestara—. No, un desertor se habría dirigido lo más hacia el este o el norte posible, y se hubiese mantenido oculto.

— Puede que crea que tiene algo con que negociar — sugirió Niall—. Hacernos creer que el otro jinete está vivo para que les permitamos la entrada en el castillo. O quizá posea información que piense que es valiosa para nosotros.

— No nos hará daño escuchar lo que tenga que decirnos — comenzó a decir Moira y luego aferró la mano de Cian—. El jinete. Es Sean. Es Sean, el hijo del herrero. Oh, Dios. ¿Estás seguro de que le han...?

— Conozco a los de mi clase. — Con una visión más aguda que la de Moira, él reconocía a los muertos—. Lilith le ha enviado, puede permitirse el lujo de perder a alguien a quien acaba de transformar en un muerto viviente. Lo ha enviado porque tú lo reconocerías y sentirías pena por él. No lo hagas.

— Era apenas un niño.

— Pues ahora es un demonio. Al otro jinete le han ahorrado ese trago. Mírame, Moira. — La cogió de los hombros y la hizo girar hasta quedar frente a él—. Lo siento. Es Tynan.

— No. No. Tynan está en la base. Recibimos noticias de que había llegado allí sin problemas. Herido, pero vivo y a salvo. No puede ser Tynan.

Se apartó de Cian y se inclinó sobre el parapeto de piedra, aguzando la mirada. Ahora podía oír los murmullos, luego los gritos cuando los hombres comenzaron a reconocer a Sean. Había esperanza en aquellos gritos y palabras de bienvenida.

— Ya no es Sean. — Ella elevó la voz e interrumpió los gritos de los hombres—. Ellos mataron al Sean que vosotros conocíais y han enviado a un demonio con su cara. Las puertas deben permanecer cerradas y nadie pasará a través de ellas. Es una orden.

Se volvió. Cada hueso de su cuerpo pareció quebrarse cuando vio que Cian estaba en lo cierto. El segundo jinete era Tynan, o el cuerpo maltratado de Tynan, atado al segundo caballo.

Moira quería llorar, quería refugiarse contra el pecho de Cian y lamentarse, y llorar. Quería hundirse en las piedras y gritar su furia y su pena.

Permaneció muy erguida, sin sentir ya el viento que agitaba su capa y su cabellera. Colocó una flecha en el arco y esperó a que el vampiro presentase su maligno regalo.

— Nadie debe hablarle — dijo fríamente.

Lo que había sido Sean alzó el rostro, levantó una mano para saludar a los que se habían congregado en lo alto de la muralla.

— ¡Abrid las puertas! — gritó—. ¡Abrid las puertas! Soy Sean, el hijo del herrero. Es posible que aún me persigan. Tengo a Tynan conmigo. Está gravemente herido.

— No pasaréis — respondió Moira — . Ella te mató sólo para enviarte a que murieses aquí otra vez .

— Majestad . — El chico se las ingenió para hacer una torpe reverencia al tiempo que frenaba los caballos — . Vos me conocéis .

— Sí, te conozco . ¿Cómo murió Tynan?

— Está herido . Ha perdido mucha sangre . Yo conseguí escapar de esos demonios y regresé a la granja, a la base . Pero también estaba herido y me sentía débil, y Tynan, bendito sea, salió para ayudarme . Los demonios nos atacaron . Pudimos salvar la vida de milagro .

— Mientes . ¿Lo mataste tú? ¿En lo que ella te convirtió te trastornó al extremo de matar a un amigo?

— Mi señora . — Se interrumpió cuando ella alzó el arco y apuntó la flecha directamente a su corazón — . Yo no lo maté . — Levantó las manos para mostrar que no estaba armado — . Fue el príncipe . El niño . — Lanzó una risita tonta y luego se llevó la mano a la boca para atenuar la risa, con un gesto tan parecido al de Sean que le destrozó el corazón — . El príncipe lo engañó para que saliera de la casa y lo mató . Yo sólo lo he traído de regreso ante vos, como me ordenó la verdadera reina . Ella os envía un mensaje .

— ¿Y cuáles ese mensaje?

— Si os rendís y la aceptáis como reina de este mundo y de todos los demás, si colocáis la espada de Geall en su mano y la corona en su cabeza, os salvaréis . Podréis vivir aquí como os apetezca, ya que Geall es un mundo muy pequeño y de escaso interés para ella .

— ¿Y sino aceptamos su propuesta?

Sean sacó un cuchillo y cortó las cuerdas que sujetaban a Tynan al caballo . Un puntapié indiferente hizo que el cuerpo inerte cayese pesadamente al suelo .

— Entonces vuestro destino será el de él, como lo será el de cada hombre, cada mujer y cada niño que se oponga a ella . Seréis torturados .

Se abrió la túnica, y la luz de la luna iluminó las quemaduras y los cortes que aún no habían cicatrizado en su torso .

— Cualquiera que sobreviva a Samhain será capturado . Violaremos a vuestras mujeres, mutilaremos a vuestros hijos . Cuando todo haya acabado, no quedará un solo corazón humano latiendo en Geall . Nosotros viviremos para siempre . Jamás podréis detenernos . Dadme vuestra respuesta y yo se la llevaré a la reina .

— Ésta es la respuesta de la auténtica reina de Geall . Después de Samhain, cuando el sol asome en el horizonte, tú y todos los que son como



tú seréis polvo que el viento se llevará al mar. En Geall no quedará ni rastro de vosotros.

Le devolvió a Niall el arco.

— Ya tenéis vuestra respuesta.

— ¡Ella vendrá a por vos! — gritó —. ¡Y a por el traidor a su especie que está a vuestro lado!

Luego espoleó su caballo y partió al galope.

En la muralla, Moira alzó su espada y, extendiéndola hacia adelante, lanzó un chorro de fuego. El vampiro gritó una vez cuando las llamas lo alcanzaron, luego la bola de fuego en que se convirtió cayó al suelo y se deshizo en cenizas.

— Él era de Geall — musitó Moira — y merecía morir con su espada. Tynan... — Se le hizo un nudo en la garganta.

— Yo le entraré. — Cian tocó el hombro de Moira y miró a los ojos de Niall por encima de la cabeza de ella —. Era un buen hombre, y un amigo para mí.

Sin esperar respuesta, Cian saltó por encima del muro y pareció flotar hasta el suelo.

Niall golpeó con el dorso de la mano el brazo del guardia que estaba junto a él cuando vio al hombre hacer el signo contra el demonio.

— No aceptaré a mi lado a ningún hombre que insulte a sir Cian.

Una vez abajo, Cian cogió a Tynan en sus brazos y, levantándolo, alzó la mirada y encontró la de Moira.

— Abrid las puertas — ordenó ella —. Para que sir Cian pueda traer a Tynan de regreso a casa.

Moira se encargó personalmente del cuerpo de Tynan, quitándole las ropas desgarradas y sucias.

— Deja que yo me encargue de esto, Moira.

Ella meneó la cabeza y comenzó a lavar el rostro de Tynan.

— Debo hacerlo yo. Éramos amigos desde pequeños. Necesito hacer esto por él. No quiero que Larkin le vea hasta que no esté limpio.

Sus manos temblaban mientras alisaba suavemente la tela sobre los desgarros y las mordeduras, pero no vaciló en ningún momento.

— Larkin y Tynan eran compañeros de juegos. ¿Crees que es verdad lo que ha dicho Sean, de que fue el niño quien le hizo esto a Tynan?

Cuando vio que él no contestaba, Moira lo miró.

— Ese crío es como su hijo — dijo Cian finalmente — . Seguramente es un ser malvado. Deja que al menos despierte a Glenna.

— Ella sentía mucho afecto por Tynan. Todos lo querían. No, no hay necesidad de llamar a Glenna ahora, ya es demasiado tarde. Ellos destrozaron a mi madre de la misma manera. Peor que esto, incluso peor. Y yo le volví la espalda. No puedo volverle la espalda también a él.

— ¿Quieres que me marche?

— ¿Crees acaso que porque veo estas terribles heridas, estos cortes y mordeduras, como si hubiese sido atacado por un animal salvaje, podría llegar a pensar que eres igual a lo que hizo esto? ¿Crees que soy tan débil de mente y de cuerpo, Cian?

— No. Creo que la mujer a la que he visto esta noche, la mujer a la que he oído, posee la mente y el corazón más fuertes que jamás he conocido. Yo jamás le hice esto a un ser humano.

Cian se tranquilizó mientras ella volvía a mirarlo con los ojos devastados por el dolor.

— Necesito que al menos sepas eso. De todas las cosas que he hecho, y algunas han sido de una crueldad difícil de imaginar, jamás le hice a nadie lo que le han hecho a Tynan.

— Tú matabas de un modo más limpio. Más eficaz.

Cian sintió que esas palabras le cortaban como un cuchillo.

— Sí.

Moira asintió.

— Lilith no te entrenó, sino que te abandonó, de modo que tienes muy poco de ella en ti. Al contrario que ese niño. Y creo que has conservado una parte de la forma en que te criaron. Del mismo modo en que he podido oír el tono de Sean, ver sus gestos en esa cosa esta noche, algunas de tus características han permanecido tal como eran antes de que ella te convirtiese en lo que eres. Sé que no eres humano, Cian, así como también sé que no eres un monstruo. Y sé que hay algo de ambos en ti que te hace sostener una lucha permanente para conservarlos equilibrados.

Moira lavó el cuerpo de Tynan con la misma suavidad con que hubiese lavado a un niño. Una vez que hubo terminado, comenzó a vestirlo con las ropas que había enviado a buscar a sus habitaciones.

— Deja que yo haga eso, por el amor de Dios, Moira.

— Sé que tus intenciones son buenas. Sé que lo haces pensando en mí, pero yo necesito hacer esto por él, Cian. Tynan fue el primero que me besó. — Su voz titubeó ligeramente antes de apretar los dientes y acabar el trabajo — . Yo tenía catorce años y Tynan dos más. Fue algo muy dulce, muy tierno. Tímido para ambos, como debe serlo un primer beso en primavera.

Yo le amaba. Creo que del mismo modo en que tú amabas a King. Ella nos ha quitado eso, Cian. Nos ha quitado a ellos, pero no el amor.

— Juro ante el dios que tú quieras, que acabaré con ella por ti.

— Uno de nosotros lo hará.

Moira se inclinó y rozó la fría mejilla de Tynan con los labios.

Luego se apartó de él.

Se sentó en el suelo y lanzó un profundo gemido. Cuando Cian se arrodilló junto a ella, Moira se acurrucó contra su cuerpo y lloró desconsoladamente, con el corazón destrozado.

## CAPÍTULO 15

Enterraron a Tynan una mañana luminosa, con las sombras de las nubes danzando sobre las colinas y una alondra cantando alegremente, posada en la rama de un serbal. El hombre santo bendijo la tierra antes de que bajaran el cuerpo, al ritmo de un tambor y un flautín tocando un canto fúnebre.

Todos los que conocían a Tynan, y muchos otros que no, estaban allí, de modo que los presentes en el entierro se extendían por todo el cementerio bañado por el sol y hasta la ladera de la colina hacia el castillo. Las tres banderas de Geall ondeaban a media asta.

Moira se encontraba junto a Larkin con los ojos secos. Aunque oía el llanto de la madre de Tynan, ella sabía que su momento para derramar lágrimas ya había pasado. El resto de los miembros del círculo estaban detrás de ella y podía sentirlos, encontrar cierto consuelo en su presencia.

Ahora, habría allí dos lápidas que representarían a amigos, junto con las que indicaban las tumbas de los padres de Moira. Todos ellos víctimas de una guerra que se había iniciado mucho antes de que ella supiera siquiera de su existencia, y a la que pondría término de un modo u otro.

Finalmente, Moira se alejó para permitir a la familia unos últimos momentos de intimidad. Cuando Larkin le cogió la mano, ella la aferró con fuerza. Luego miró a Cian, y apenas pudo ver sus ojos bajo la sombra de la capucha. Luego miró a los demás.

Tenemos trabajo que hacer. Larkin y yo debemos hablar un momento con la familia de Tynan, y luego nos reuniremos todos en el salón.

— Nosotros vamos entrando — dijo Blair. Luego se adelantó y apoyó la mejilla en la de Larkin.

Moira no pudo oír las palabras que Blair le susurró al oído, pero Larkin le soltó la mano y atrajo a Blair para abrazarla con fuerza.

— En seguida vamos — le aseguró Larkin a Blair. A continuación, se apartó de ella y volvió a coger a Moira de la mano. Ésta podría jurar que era capaz de sentir el dolor de él a través de la piel.

Antes de que Moira pudiese volverse hacia la familia de Tynan, la madre de éste se apartó de su esposo y se abrió paso hacia donde estaba Cian. Sus ojos aún velados por las lágrimas.

— Es vuestra especie la que hizo esto. Vuestra especie mató a mi hijo.

Hoyt intentó adelantarse, pero Cian se movió para bloquearle el paso.

— Sí.

— Vos deberíais estar en el infierno en lugar de mi hijo bajo la tierra.

— Sí — repitió Cian.

Moira se acercó y apoyó una mano sobre el hombro de la mujer, pero ella se la sacudió de encima.

— Vosotros, todos vosotros. — Giró lentamente, alzando un dedo acusador—. A todos os importa más esta cosa que mi hijo. Y ahora él está muerto. No tenéis ningún derecho a permanecer aquí, junto a su tumba.

Luego escupió a los pies de Cian.

Mientras se cubría el rostro con las manos y lloraba inconsolable, su esposo y sus hijas se la llevaron de allí.

— Lo siento — dijo Moira—. Yo hablaré con ella.

— No pasa nada. Ella no está equivocada.

Sin añadir nada más, Cian se alejó de la tumba fresca y de las filas de lápidas que señalaban el lugar donde reposaban los muertos.

Niall le alcanzó cuando llegaba a las puertas del cementerio.

— Sir Cian, necesito intercambiar unas palabras con vos.

— Puedes decirme todas las palabras que quieras, pero una vez que haya salido de debajo de este maldito sol.

No sabía por qué había acudido al cementerio. Ya había visto más que suficientes muertos en su tiempo, oído más que suficiente llanto por ellos. La madre de Tynan no era la única que lo miraba con miedo y odio, y allí estaba él, en pleno día y con una tela basta y un conjuro como única protección ante aquel sol asesino.

Su sangre se enfrió en el mismo instante en que entró en el castillo, alejado de la luz.

— Dílo que tengas que decir.

Cian se echó hacia atrás la odiada capucha de la capa.

— Eso haré. — Niall, un hombre corpulento de semblante habitualmente alegre y ahora tenso y sombrío, asintió abruptamente. Su ancha mano descansaba en la empuñadura de la espada mientras miraba con dureza a Cian a los ojos—. Tynan era un amigo, y uno de los mejores hombres que he conocido.

— No me dices nada que no haya oído antes.

— Bueno, a mí no me habíais oído decirlo, ¿no? Vi lo que ellos le hicieron a Sean, que había sido un muchacho indefenso y a menudo tonto.

Vi cómo pateaba el cuerpo de Tynan y lo hacía caer del caballo como si no fuese más que basura que se arroja a una zanja.

— Para él no era más que eso.

Niall asintió nuevamente, y sus dedos se cerraron sobre la empuñadura.

— Sí, eso fue lo que hicieron de él. Y de vos. Pero yo observé cómo levantabais el cuerpo de Tynan del suelo, vi cómo lo llevabais dentro del castillo; como llevaría un hombre a un amigo muerto. No he visto nada en vos de lo que era Sean. La madre de Tynan está desesperada. Él era su primogénito y está loca de dolor. No es cierto lo que ha dicho de vos junto a la tumba. Y a Tynan no le hubiese gustado que nadie de su sangre os insultara, de modo que os estoy diciendo esto como amigo. Y también os digo que cualquier hombre que lucha a mi lado, también lucha a vuestro lado. Tenéis mi palabra.

Apartó la mano derecha de la empuñadura de la espada y se la tendió a Cian.

Los humanos nunca dejaban de sorprenderlo. Lo irritaban, fastidiaban, divertían y, ocasionalmente, lo instruían. Pero, sobre todo, lo asombraban sin cesar con las curiosas vueltas de sus mentes y corazones.

Cian suponía que ésa era una de las razones por la que había sido capaz de vivir entre ellos durante tanto tiempo y mantener el interés.

— Te agradezco tus palabras. Pero antes de que estreches mi mano es necesario que sepas que lo que había en Sean también está en mí. Sólo hay una pequeña diferencia.

— No es pequeña según mi medida. Y pienso que usaréis eso que hay en vos para luchar contra esos demonios. Yo lucharé codo con codo junto a vos, sir Cian. Y mi mano aún está tendida.

Cian se la estrechó.

— Me siento agradecido — dijo.

Pero cuando subió la escalera lo hizo solo.

Moira, desconsolada, regresó andando al castillo. Había muy poco tiempo para el duelo, ella lo sabía, poco tiempo para el consuelo. Lo que Lilith le había hecho a Sean, a Tynan, lo había hecho para destrozarles el corazón. Y había dado en el blanco.

De modo que ahora los combatirían con acción, con movimiento.

— ¿Pueden utilizarse los dragones? ¿Están ya lo bastante entrenados como para transportar hombres?

— Son listos y complacientes — le dijo Larkin — . Fáciles de montar por cualquiera que tenga buenas posaderas y no le tema a la altura. Pero hasta ahora ha sido como una especie de juego para ellos. No puedo decir cómo se comportarán en la batalla.

— Por ahora se trata más de una cuestión de transporte. Tú y Blair sois lo que mejor los conocéis. Necesitaremos... — Se interrumpió cuando su tía cruzó el patio — . Deirdre. — Besó a su tía en la mejilla y la abrazó. Sabía que las madres de Larkin y Tynan eran muy amigas — . ¿Cómo está?

— Está postrada. Inconsolable. — Los ojos de Deirdre, hinchados por sus propias lágrimas, se fijaron en el rostro de Larkin — . Como lo estaría cualquier madre.

Él la abrazó.

— No os preocupéis por mí, o por Oran.

— Me pides un imposible. — A pesar de todo, consiguió esbozar una sonrisa. Pero ésta se desvaneció cuando miró nuevamente a Moira — . Sé que éstos son tiempos muy difíciles, y que tienes muchas cosas en la cabeza, en el corazón. Pero quisiera hablar contigo. En privado.

— Por supuesto. Me reuniré con vosotros en un momento les dijo a los demás, y luego pasó el brazo por los hombros de Deirdre — . Iremos a mi sala de estar. Beberemos té.

— No es necesario que te molestes.

— Nos hará bien a las dos.

Cuando entraron en la antecámara, llamó a uno de los criados y le dijo que les subieran el té a la sala de estar.

— ¿Y Sinann? — continuó Moira mientras subían la escalera.

— Fatigada y llena de pena por Tynan, de preocupación por su esposo, por sus hermanos. No podía permitir que hoy fuese al cementerio, le he dicho que debía descansar. Estoy preocupada por ella, por el niño que lleva en sus entrañas y por sus otros hijos.

— Sinann es fuerte, y os tiene a vos para cuidar de ella.

— ¿Será suficiente tenerme a mí si Phelan cae como lo ha hecho Tynan? Si Oran ya ha...

— Debe ser así. No tenemos alternativa en este asunto. Ninguno de nosotros.

— Ninguna alternativa salvo la guerra.

Deirdre entró en la sala de estar y se sentó. Su rostro, enmarcado por la toca, se veía más envejecido que en las semanas anteriores.

— Si no luchamos contra ellos, nos matarán a todos como han hecho con Tynan. O nos harán lo que le hicieron al pobre Sean.

Moira se acercó al hogar para añadir unos trozos de turba al fuego. A pesar del brillante sol de otoño, estaba helada hasta los huesos.

— Y al luchar contra ellos, ¿cuántos morirán? ¿Cuántos serán asesinados sin piedad?

Moira se irguió y se volvió hacia su tía. Ella no era la única que preguntaba, que buscaba en su reina la respuesta imposible.

— ¿Cómo puedo decirlo? ¿Qué querríais que hiciera? Vos, que fuisteis la confidente de mi madre antes de que fuese reina y durante todo su reinado, ¿qué hubieseis querido que hiciera ella?

— Los dioses te han encargado esta tarea. ¿Quién soy yo para decirlo?

— Mi sangre.

Deirdre suspiró y se miró las manos, que tenía apoyadas en el regazo.

— Estoy cansada, hasta el fondo de mi alma. Mi hija teme por su esposo, como lo hago yo por el mío. Y también por mis hijos. Mi amiga ha enterrado hoy a su hijo. Y sé que no hay elección en esto, Moira. Esta plaga ha llegado a nosotros y debemos combatirla.

Una criada entró trayendo el té.

— Puedes dejarlo allí — dijo Moira —. Yo misma lo serviré. ¿Habéis enviado comida al salón?

La joven hizo una reverencia.

— Sí, su majestad. El cocinero se estaba encargando de ello cuando me he marchado con el té.

— Gracias. Eso es todo entonces.

Moira se sentó y sirvió la infusión.

— También hay galletas. Es bueno disfrutar de pequeños placeres en los tiempos difíciles.

— Es precisamente de los pequeños placeres en los tiempos difíciles de lo que quiero hablarte.

Moira le pasó una taza.

— ¿Hay algo que yo pueda hacer para aligerar vuestro corazón? ¿El de Sinann y los niños?

— Sí, lo hay. — Deirdre bebió un poco de té antes de dejar la taza a un lado —. Moira, tu madre fue mi amiga más querida en este mundo, y yo estoy aquí en su lugar, y te hablo como lo haría con mi propia hija.



— Lo sé.

— Cuando hablaste de esta guerra que nos amenaza, dijiste que no había otra elección. Pero hay otras elecciones que tú has hecho. Elecciones de mujer.

Moira, al entender el sentido de las palabras de su tía, se apoyó en el respaldo de su silla.

— Sí, lo he hecho.

— Como reina, una que se llama a sí misma guerrera, una que ha demostrado ser una guerrera, tienes el derecho, incluso la obligación, de utilizar todas y cada una de las armas a tu disposición para proteger a tu pueblo.

— Así lo hago y lo haré.

— Este Cian ha llegado aquí desde otro tiempo y otro lugar. Tú crees que los dioses lo han enviado.

— Sé que es así. Él luchó por vuestro hijo. Me salvó la vida. ¿Os sentaréis aquí y me miraréis, y le maldeciréis como ha hecho la madre de Tynan?

— No. — Deirdre inspiró profundamente —. En esta clase de guerra, él es una arma. Usándolo a él puedes salvarte tú, a mis hijos, a todos nosotros.

— Os equivocáis — dijo Moira suavemente —. Lo que Cian ha hecho, y lo que hará para acabar con esta plaga, lo hace por propia voluntad.

— La voluntad de un demonio.

Los ojos de Moira se helaron.

— Como gustéis.

— Y has llevado a ese demonio a tu cama.

— He llevado a Cian a mi cama.

— ¿Cómo puedes hacer algo así? Moira, Moira. — Extendió las manos —. No es humano y, sin embargo, te entregaste a él. ¿Qué puede haber de bueno en ello?

— Para mí ya ha habido mucho.

Deirdre se apoyó un momento en el respaldo de la silla antes de continuar y se presionó los ojos con los dedos.

— ¿Crees acaso que los dioses lo han enviado a ti para esto?

— No puedo saberlo. ¿Os hicisteis esa misma pregunta cuando elegisteis a mi tío?

— ¿Cómo puedes compararlo? — exclamó Deirdre —. ¿Acaso no tienes vergüenza, orgullo?

— Ninguna vergüenza y considerable orgullo. Le amo y él me ama.

— ¿Cómo puede amar un demonio?

— ¿Cómo puede un demonio arriesgar su vida, una y otra vez, para salvar a la humanidad?

— No es su valentía lo que estoy cuestionando, sino tu juicio. ¿Crees que he olvidado lo que significa ser joven, estar excitada, hacer locuras? Pero tú eres la reina, y tienes responsabilidades para con la corona, para con tu pueblo.

— Vivo y respiro esa responsabilidad cada momento, cada día.

— Y por la noche te acuestas con un vampiro.

Moira, incapaz de seguir sentada un momento más, se levantó y fue hasta la ventana. El sol aún brillaba, dorado y luminoso. Su luz se extendía sobre la hierba, sobre las aguas del río, en las alas de los dragones que describían ociosos círculos alrededor del castillo.

— No os pido que lo entendáis. Os exijo respeto.

— ¿Me hablas como mi sobrina o como la reina?

Moira se volvió, su figura enmarcada por la ventana y la luz del sol.

— Los dioses me han considerado ambas cosas. Habéis venido a mí movida por la preocupación y yo lo acepto. Pero también habéis venido a condenar a alguien, y eso no puedo aceptarlo. Yo a Cian le confiaría mi vida. Es mi derecho, mi elección, confiar en él con mi cuerpo.

— ¿Y qué hay de tu pueblo? ¿Qué hay de aquellos que se preguntan cómo es posible que su reina haya podido tomar como amante a una de estas criaturas de las tinieblas?

— ¿Acaso todos los hombres son buenos, tía? ¿Son todos buenos y generosos y fuertes? ¿Somos como nos han creado o como elegimos hacernos a nosotros mismos de ahí en adelante? Diré esto acerca de mi pueblo, acerca de aquellos a quienes defenderé con mi vida: tienen mejores cosas de las que preocuparse, de las que pensar, de las que hablar, que lo que hace su reina en la intimidad de su dormitorio.

Deirdre se puso en pie.

— Y cuando esta guerra haya terminado, ¿seguirás con ello? ¿Sentarás a esta cosa que amas a tu lado en el trono?

El sol aún brillaba en el cielo, pensó Moira, aun cuando ella sentía el corazón triste y sombrío.

— Cuando todo esto haya acabado, si conseguimos sobrevivir, Cian regresará a su mundo y a su tiempo, ya no volveré a verle nunca más. Si somos derrotados en esta guerra, yo entregaré mi vida. Si obtenemos la

victoria, perderé mi corazón. No me habléis, por favor, de elecciones y responsabilidades.

— Le olvidarás. Cuando esto haya acabado, le olvidarás a él y también esta locura momentánea.

— Miradme — dijo Moira suavemente —. Sabéis que no lo haré.

— No. — Los ojos de Deirdre se llenaron de lágrimas —. No lo harás. Yo quisiera ahorrarte ese momento.

— Yo no. Ni un solo momento de lo que he vivido con Cian. He estado más viva con él de lo que lo estuve antes o lo volveré a estar. De modo que no, ni un solo momento.

Estaban todos reunidos en el salón principal del castillo, sentados alrededor de la gran mesa y de la comida, cuando Moira entró. Glenna quitó una tapa que cubría el plato en la cabecera de la mesa.

— Todavía debe de estar caliente — le dijo a Moira —. No Lo desperdicias.

— No lo haré. Necesitamos comer, conservar las fuerzas.

Pero observó la comida que había en su plato como si fuese un medicamento amargo.

— Bien. — Blair la miró con una brillante sonrisa en los labios —. ¿Cómo ha sido tu día hasta ahora?

La risa, aunque breve y carente de humor, aflojó algunos de los nudos que Moira sentía en el estómago.

— Una mierda. Ésa sería la expresión, ¿verdad?

— Nunca mejor dicho.

— Bueno. — Se obligó a comer un bocado —. Ella nos ha golpeado, como es su costumbre, intentando estimular el miedo y minar la moral y la confianza. Algunos creerán lo que Sean vino a decirnos de su parte. Que si nos rendimos, ella nos dejará en paz.

— Las mentiras son a menudo más atractivas que la verdad — observó Glenna —. En cualquier caso, el tiempo se acaba.

— Sí. Los seis tendremos que hacer preparativos para abandonar el castillo y marchar hacia el campo de batalla.

— De acuerdo — asintió Hoyt —. Pero antes de que lo hagamos, necesitaremos estar seguros de que las bases que hemos establecido aún están en nuestro poder. Si Tynan fue asesinado es posible que ellos hayan

tomado esa plaza fuerte. Sólo contamos con la palabra de un demonio respecto a que fue el niño quien lo asesinó, y sólo él.

— Fue el niño. — Cian bebió un sorbo de té que contenía aproximadamente la mitad de whisky—. Las heridas que tenía en el cuerpo —explicó— no fueron provocadas por un vampiro adulto. No obstante, eso no contesta a la pregunta de si las bases son seguras.

— Hoyt y yo podemos echar un vistazo —dijo Glenna.

— Me gustaría que lo hicierais, pero echar un vistazo no es suficiente. — Moira continuó comiendo—. Es necesario que reunamos informes de los que hayan conseguido sobrevivir.

— Si es que lo han conseguido.

Ella miró a Larkin, y sintió lo mismo que él estaba sintiendo. El constante miedo por Oran.

— Si es que lo han conseguido —repitió Moira.

— Si ellos han destruido nuestra base —prosiguió Cian—, el mensajero que Lilith envió habría alardeado de ello, y es probable que ella hubiese enviado más cadáveres.

— Sí, lo entiendo. Pero para impedir que vuelva a ocurrir algo parecido, tendremos que añadir refuerzos.

— Quieres que vayamos en el dragón. — Larkin asintió—. Por eso has preguntado si estaban preparados.

— Tantos como dragones puedan ser utilizados para este objetivo. A partir de hoy, todos aquellos que deban ir a pie o a caballo serán vigilados desde el aire por quienes monten en los dragones.

Si tú, Larkin, y tú, Blair, podéis ir esta misma mañana, llevaos con vosotros a algunos de ellos. Volando en dragón podréis viajar a todas nuestras bases, transportar un mayor número de armas, ver los informes y proponer lo que creáis que debemos hacer cuando comprobéis personalmente cómo están las cosas. Podrías estar de regreso antes de que anochezca o, si no podéis hacerlo, quedaos en una de las bases hasta mañana.

— Estás reduciendo mucho nuestro número enviando a dos — interrumpió Cian—. Soy yo quien debería ir. Yo solo.

— Vaya. — Blair agitó un trozo de pan—. ¿Por qué debes llevarte tú toda la diversión?

— Por cuestiones prácticas. En primer lugar, todos salvo Glenna y yo han podido ver el campo de batalla o sus proximidades. Es hora de que también yo le eche un vistazo. Segundo, con esa jodida capa puedo comenzar el viaje durante el día, y puedo viajar más de prisa y con mayor seguridad que cualquiera de vosotros durante la noche. Y, al ser un vampiro,

puedo reconocer las señales de ellos más rápido incluso que nuestra cazadora de demonios aquí presente.

— Es un buen argumento — señaló Larkin.

— En cualquier caso, había pensado ya en ir y husmear un poco. De este modo podremos matar dos pájaros de un tiro. Y, por último, creo que todos estaremos de acuerdo en ello, aquí los ánimos se calmarán un poco si yo no estoy.

— Ella estaba fuera de sí — musitó Blair.

Cian se encogió de hombros, sabiendo que se refería a la madre de Tynan.

— Todo es cuestión de perspectiva... y de dónde trazas la línea. El tiempo se acaba y uno de nosotros debería estar en el campo de batalla, especialmente de noche, cuando es probable que la propia Lilith salga a explorarlo.

— No tienes intención de regresar — dijo Moira lentamente.

— No tiene sentido que lo haga. — Sus miradas se encontraron, se sostuvieron, y dijeron mucho más que las palabras—. Uno de los hombres puede regresar con vuestros informes y todo lo demás. Y yo me encargaré de completarlos cuando todos vosotros hayáis llegado.

— Tú ya lo has decidido. — Moira estudió el rostro de Cian detenidamente—. Entiendo. Pero somos un círculo, vínculos iguales. Creo que, tratándose de una decisión tan importante, todos tendríamos algo que decir. ¿Hoyt?

— No me gusta la idea de que ninguno de nosotros se marche sin los demás, la verdad. Pero es necesario hacerlo, y lo que ha dicho Cian tiene sentido. Podemos observar como lo hicimos cuando Larkin fue a las cuevas, en Irlanda. Siempre podemos intervenir si las circunstancias lo exigen. — Miró a su esposa—. ¿Glenna?

— Sí. Estoy de acuerdo. ¿Larkin?

— Yo también. Con una sola observación. Cian, creo que te equivocas al decir que reduciríamos mucho nuestro número al enviar a dos de nosotros. Pienso que nadie debería ir por su cuenta. Yo puedo llevarte allí convertido en dragón. Y — continuó antes de que Cian pusiese alguna objeción— yo tengo más experiencia que tú con los dragones, en caso de que hubiese algún problema con ellos o con el enemigo. De modo que digo que debemos ir juntos, tú y yo. ¿Blair?

— Maldita sea. El chico dragón tiene razón. Tú puedes moverte más de prisa si vas solo, Cian, pero necesitarás un vaquero de dragones para llegar hasta allí, especialmente si estás dirigiendo hombres.

— Sí, es más inteligente — asintió Glenna —. Totalmente. Tiene mi voto.

— Y el mío también — dijo Hoyt —. ¿Moirá?

— Entonces eso es lo que haremos. — Se levantó de su silla sabiendo que los dos hombres que más amaba en el mundo estaban a punto de alejarse de su lado —. El resto de nosotros nos dedicaremos a terminar de fabricar las armas y asegurar el castillo, y os seguiremos dentro de dos días.

— Un gran esfuerzo — dijo Blair al tiempo que asentía —, pero podemos hacerlo.

— Entonces lo haremos. Larkin, dejaré que seas tú quien elija a los dragones para esto, y que junto con Cianelijáis a los hombres que os acompañarán. — Moirá visualizó en su mente el cuadro general, los detalles —. Me gustaría que Niall se quedase, si os parece bien, para que vaya con el resto de nosotros. Ahora iré a encargarme de que preparen las provisiones que necesitaréis para el viaje.

Cuando ella hubo hecho todo lo que estaba en sus manos, y confiando en haberse tranquilizado, Moirá fue a la habitación de Cian. Llamó a la puerta y a continuación la abrió sin esperar a que él respondiese. Con las cortinas corridas, apenas había luz suficiente para ver dónde pisaba, de modo que agitó la mano ligeramente, dirigiendo su poder hacia una de las velas. La forma en que brotó la llama fue un claro indicio de que no estaba tan tranquila como había esperado.

Cian estaba metiendo en un talego lo que se llevaba en el viaje.

— No me habías dicho nada de estos planes.

— No.

— ¿Pensabas marcharte en mitad de la noche, sin una palabra?

— No lo sé. — Cian dejó por un momento lo que estaba haciendo y la miró. Había demasiadas cosas que él no podía darle, o pedirle, pensó. Al menos la honestidad era una virtud que ambos podían compartir —. Sí — añadió —, al menos al principio. Pero entonces, una noche, llamaste a mi puerta y mis planes cambiaron. O fueron pospuestos.

— Pospuestos. — Moirá asintió lentamente —. Y cuando llegue Samhain y todo pase, ¿te marcharás también sin decir nada?

— Las palabras serían inútiles, ¿no crees?

— No para mí. — Al comprender que se estaban acercando al final, sintió el pánico crecer en su interior. ¿Cómo pudo no haberse dado cuenta de que ese sentimiento estaba allí, esperando para abrirse paso y ahogarla?

— Las palabras serían algo precioso para mí. Quieres marcharte. Puedo verlo. Quieres irte.

— Tendría que haberme marchado antes. Si hubiese sido más rápido, habría cruzado esa puerta y desaparecido antes de que vinieses a mí. Habrías estado mucho mejor para afrontar esto. Esto..., conmigo, no es bueno para ti.

— ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hablarme como si fuese una niña que quiere demasiados dulces? Estoy harta de que me den lecciones acerca de lo que debería pensar, sentir, tener, hacer. Si quieres marcharte, hazlo, pero no me insultes.

— Mi marcha no tiene nada que ver con lo que hay entre nosotros. Es sólo algo que debo hacer. Tú misma has estado de acuerdo, igual que todos los demás.

— Te habrías marchado de todos modos, aunque ellos y yo no hubiésemos estado de acuerdo.

Cian la miró mientras se sujetaba la espada a la cintura. El dolor estaba ya abriendo las heridas en ambos, como sabía que ocurriría en el mismo instante que puso sus manos sobre su piel.

— Sí, pero de este modo es menos complicado.

— ¿Has terminado conmigo entonces?

— ¿Y qué si fuese así?

— Pues tendrías que combatir en dos frentes, bastardo.

Cian se echó a reír sin poder evitarlo. Se dio cuenta de que entre ellos no había sólo dolor, y haría bien en recordarlo.

— Entonces, es una suerte para mí que no haya terminado contigo. Moira, anoche tú sabías que tenías que ser la que acabase con lo que una vez había sido un chico al que conocías, por el que sentías afecto. Yo también lo sabía, de modo que me abstuve de hacerlo yo, de evitarte ese momento. Sé que debo marcharme y por ahora hacerlo sin ti. Tú también lo sabes.

— Pero eso no hace que resulte más fácil. Es posible que nunca más volvamos a estar solos, que nunca más podamos estar juntos como lo hemos estado. Quiero más tiempo... no hemos tenido tiempo suficiente y necesito más. — Se acercó a él y lo abrazó con fuerza—. Ni siquiera hemos tenido nuestra noche. No ha durado hasta la mañana siguiente.

— Pero las horas son lo importante, cada minuto de ellas.

— Soy codiciosa. Y estoy furiosa porque tú te marchas y yo debo quedarme.

«No sólo hoy», pensó Cian. Los dos sabían que ella no se estaba refiriendo sólo a ese día.

— ¿Las mujeres de Geall siguen la tradición de despedirse de sus hombres con un presente?

— ¿Qué te gustaría llevarte?

— Un mechón de tu pelo.

El sentimiento que había en aquello lo sorprendió a él mismo, y lo hizo sentirse ligeramente incómodo. Pero cuando Moira retrocedió, él supo que su petición le había agradado.

— ¿Conservarás esa parte de mí contigo?

— Lo haría si me la dices.

Moira se tocó el pelo y luego alzó la mano.

— Espera, espera, tengo una cosa. Voy a buscarla. — En ese momento se oyó el sonido de las trompetas llamando a los dragones—. Oh, ya están preparados. Te lo llevaré fuera. No te marches. Prométeme que esperarás hasta que yo llegue para despedirte.

— Allí estaré.

«Esta vez», pensó Cian mientras ella abandonaba rápidamente la habitación.

Fuera del castillo, protegido por las sombras, Cian estudió a los dragones que Larkin había escogido y a los hombres que ambos habían convenido que les acompañarían en esa misión.

Luego frunció el cejo al ver la bola de barro endurecido que Glenna le ofrecía.

— Te lo agradezco, pero he comido demasiado en el desayuno.

— Muy gracioso. Pero es una bomba.

— Pelirroja, es una bola de barro.

— Sí, una bola de tierra... encantada que contiene una bola de fuego en su interior. Si la lanzas desde el aire... — Glenna movió las manos hacia abajo al tiempo que silbaba, luego hizo un ruido con la boca simulando una explosión—. En teoría — añadió.

— En teoría.

— La he probado, pero no desde un dragón en vuelo. En algún momento puedes probarla por mí.



Cian volvió a fruncir el cejo e hizo girar la pelota de barro entre las manos.

— ¿Sólo debo lanzarla?

— Exacto. En algún lugar seguro.

— ¿Y no hay ninguna posibilidad de que me estalle en las manos y yo me convierta en una bola de fuego?

— Necesita velocidad y fuerza. Convendría que te encontrases a buena altura cuando estalle. — Se alzó de puntillas y lo besó en ambas mejillas—. Ten cuidado. Nos veremos en un par de días.

Con el cejo aún fruncido, Cian aseguró la bola de barro dentro de uno de los bolsillos del arnés para armas que Blair había ideado para cuando Larkin se convertía en un dragón.

— Estaremos vigilando. — Hoyt apoyó una mano en el hombro de Cian—. Trata de mantenerte alejado de los problemas hasta que vuelva a reunirme contigo. Y tú también — le dijo a Larkin.

— Ya le he advertido que le patearé el culo si se deja matar. — Blair cogió a Larkin del pelo, tiró de él para que bajase la cabeza y lo besó con fuerza en la boca. Luego se volvió hacia Cian.

— No nos daremos un abrazo de grupo.

Blair sonrió.

— Estoy de acuerdo contigo en eso. Mantente alejado de los objetos de madera puntiagudos.

— Esa es la idea.

Miró por encima del hombro y vio que Moira corría hacia el establo.

— Pensaba que iría más rápida — dijo casi sin aliento—. Veo que ya estáis preparados para partir. Larkin, ten mucho cuidado.

Le abrazó con fuerza.

— Tú también. — Larkin le dio un último abrazo—. ¡Montad en vuestros dragones! — gritó y, con una última sonrisa dirigida a Blair, cambió de forma.

— Tengo lo que me has pedido. — Moira le dio a Cian un relicario de plata mientras Blair ajustaba el arnés al cuerpo de Larkin—. Mi padre se lo dio a mi madre cuando nació para que ella pudiese guardar en él un mechón de mi pelo. He sacado el que había y he metido otro.

Y también toda la magia que había podido generar.

Se alzó de puntillas y colocó la cadena alrededor del cuello de Cian. Para dejar las cosas claras ante cualquiera que estuviese mirando, cogió el rostro de él entre las manos y le dio un largo, cálido y tierno beso en la boca.

— Tendré otro de éstos esperándote — dijo — . De modo que no cometas ninguna tontería .

Cian se puso la capa, cubriéndose la cabeza con la capucha y asegurándola. Montó sobre Larkin y miró a Moira a los ojos .

— En dos días — dijo él .

Un momento después, se elevaba hacia el cielo en el dragón dorado . Otros dragones fueron tras ellos lanzando berridos .

Mientras los observaba, mientras esos destellos de color se hacían más pequeños con la distancia, a Moira le sacudió una súbita certeza: la seguridad de que los seis no regresarían del valle al castillo como un círculo .

Detrás de ella, Glenna le hizo un gesto a Hoyt para que se alejase . Luego enlazó con un brazo la cintura de Blair y con el otro la de Moira .

— Muy bien, chicas, vamos a concentrarnos en preparar todo lo necesario para que podáis reuniros con vuestros hombres .

## CAPÍTULO 16

Deseaba que lloviese o, al menos, que un espeso manto de nubes atenuase el calor del sol. La maldita capa era más caliente que el infierno al que finalmente estaba destinado. No estaba acostumbrado a soportar temperaturas extremas.

El hecho de ser un muerto viviente, reflexionó Cian, acababa echando a perder a un hombre.

Volar a lomos de un dragón era una experiencia realmente excitante, de eso no cabía ninguna duda. Durante los primeros treinta minutos aproximadamente. Y otros treinta más para admirar el paisaje verde y bucólico que se extendía a cientos de metros debajo de ellos.

Pero después de una hora en una jodida sauna de lana, era sencillamente una tortura.

Si tuviese la paciencia y la dignidad de Hoyt, supuso que cabalgaría erguido y decidido hasta el día del juicio final. Incluso con aquel calor insostenible fundiendo la pulpa de sus huesos. Pero su hermano mellizo y él ya se diferenciaban en algunas cosas básicas incluso antes de que Cian se convirtiese en vampiro.

Podía dedicarse a meditar, pensó, pero no parecía un recurso muy inteligente arriesgarse a un trance autoinducido. Tenía el sol pegando encima de su cabeza, a la espera de freírlo como si fuese un trozo de beicon, y una bomba mágica atada al cuerpo de Larkin que, por lo que él sabía, podía estallar en llamas sólo por diversión.

¿Por qué, exactamente, había pensado que podía hacer la idiotez que estaba haciendo?

Ah, sí. Deber, honor, amor, orgullo... todos esos pesos emocionales que arrastran a un hombre hacia el fondo del estanque, aunque luche con todas sus fuerzas para mantener la cabeza por encima de la superficie. Bueno, ya no había vuelta atrás. Ni en el vuelo ni en los sentimientos que se agolpaban en su interior.

Dios mío, la amaba. Moira la estudiosa, Moira la reina. La tímida y la valiente, la astuta y la apacible. Amarla era algo estúpido, destructivo, imposible. Pero era mucho más real que cualquier cosa que hubiese conocido en mil años.

Podía sentir el relicario que le había colocado alrededor del... otro peso. Ella lo había llamado bastardo y un minuto después, le había entregado lo que estaba seguro de que era uno de sus tesoros más preciados.

En una ocasión, ella le había apuntado con una flecha al corazón, y luego se había disculpado con una llana sinceridad y una ruborizada mortificación. Probablemente en ese momento fue cuando se enamoró de ella. Como mínimo un poco.

Continuó estudiando el terreno desde las alturas mientras su mente vagaba. Un buen terreno de cultivo, pensó, con una tierra rica y margosa y suaves elevaciones. Arroyos y ríos rebosantes de peces discurriendo entre bosques en los que abundaba la caza. Las montañas a distancia, con sus yacimientos de minerales y sus mármoles. Profundas marismas con turba para combustible.

Moira había traído semillas de naranjo a través del portal del Baile de los Dioses. ¿A quién se le podía ocurrir algo semejante?

Habría que plantarlas en el sur. ¿Lo sabía? Un pensamiento estúpido, Moira lo sabía todo, o tenía alguna forma de descubrirlo.

Semillas de naranja y Yeats. Y, por la que él había visto en el escritorio de su habitación, una estilográfica.

De modo que ella cultivaría sus naranjos jóvenes en el invernadero y luego los plantaría en el sur de Geall. Y si prosperaban — ¿y cómo podían no hacerlo? —, un día tendría un huerto de naranjos.

Se dio cuenta de que le gustaría verlo. Le gustaría ver cómo florecían sus naranjos a partir de las semillas que había cogido de su cocina en Irlanda.

Le gustaría ver sus encantadores ojos iluminarse con humor y aprecio mientras servía el zumo de naranja al que tanto se había aficionado.

Si Lilith se salía con la suya, allí no habría huertos, ni flores, ni rastros de vida.

Ya podía divisar parte de esa muerte, parte de la destrucción. Lo que habían sido cuidadas casas y pequeñas cabañas eran ahora montones de piedra y madera quemadas. Vacas y ovejas seguían pastando en los campos, pero había también reses muertas pudriéndose al sol bajo una nube negra de moscas.

Ganado matado por desertores, decidió. Revolviendo entre la carroña donde y cuando podían.

Tendrían que ser cazados y destruidos, hasta el último de ellos. Si uno solo conseguía sobrevivir, se alimentaría y procrearía. El pueblo de Geall y su reina tendrían que mostrarse atentos y vigilantes aun mucho después de pasado Samhain.

Comenzó a concentrarse en ese problema en particular hasta que, por fin, Larkin empezó a descender describiendo amplios círculos.

— Gracias a todos tus dioses — musitó Cian mientras lo hacían.

Era una granja cuidada y bonita, como solía ser habitual. Los soldados estaban fuera, entrenando, ocupando los puestos de guardia. Había mujeres entre ellos, trabajando a la par que los hombres. El humo que escapaba de la chimenea esparcía un aroma que le dijo que había un estofado en el fuego, probablemente cociéndose lentamente durante todo el día.

Desde tierra, se protegían los ojos con las manos mientras miraban hacia arriba o saltaban y se agitaban lanzándoles saludos de bienvenida.

Les rodearon en cuanto Larkin aterrizó. Cian desmontó y comenzó a descargar los suministros. Dejaría que fuesen Larkin y los otros hombres quienes respondieran a las preguntas. Él necesitaba refugiarse en las sombras.

— No hemos tenido ningún problema.

Isleen le sirvió una buena ración de estofado que Cian no quería, pero pensó que sería mejor esperar a ocuparse de su provisión de sangre cuando tuviese un poco de privacidad.

Larkin se abalanzó sobre su cuenco en cuanto se sentaron a la mesa.

— Gracias — dijo con la boca llena —. Está muy bueno.

— Sois muy bien venidos. Yo me estoy encargando de la cocina, de modo que creo que nuestros soldados están comiendo mejor que los demás. — Isleen sonrió y se le formaron unos hoyuelos en las mejillas —. Hemos seguido el entrenamiento, todos los días, y nos encerramos bajo llave al ponerse el sol. No hemos visto a ninguno de ellos desde que llegamos y enviamos al resto de los soldados a otro puesto.

— Es bueno saberlo. — Larkin cogió la jarra que había junto a su cuenco de comida —. ¿Podrías hacerme un favor entonces, Isleen querida? ¿Podrías ir a buscar a Eogan... el Eogan de Ceara? Tenemos que hablar con él.

— Sí, por supuesto, iré ahora mismo. Ah, y podéis acostaros aquí, o arriba, si lo preferís.

— Continuaremos viaje a la segunda base dentro de un rato y dejaremos aquí a tres hombres de los que han venido con nosotros.

— Por cierto, he visto que habéis traído también al pelirrojo Malvin. — Isleen hizo el comentario con pretendida indiferencia y un esbozo de sonrisa —. Me pregunto si él es uno de los hombres que dejaréis aquí.

Larkin sonrió y se sirvió más estofado.

— Eso no sería un problema en absoluto. Irás a buscar a Eogan ahora, ¿verdad, querida?

— Has tenido algo con ella, ¿no es así? — preguntó Cian.

— Tuve... No. — Luego sus ojos leonados brillaron con humor—. Bueno, algo hubo, pero podría decirse que nada importante.

— ¿Cómo quieres manejar esto?

— Eogan es un hombre razonable y fuerte. Los que han venido con nosotros ya deben de haberle contado lo que pasó con Tynan, de modo que yo responderé a las preguntas que tenga que hacer respecto a ese asunto. Me gustaría que fueses tú quien repasaras nuevamente con él las órdenes y las precauciones que deben tomarse. Luego, si no hay nada más que informar aparte de lo que nos ha dicho Isleen, dejaremos aquí a Malvin y a otros dos hombres y seguiremos hasta el otro puesto. ¿No tienes hambre?

— Sí, de hecho sí, pero puedo esperar.

— Ah. — Larkin asintió—. ¿Tienes lo que necesitas en ese aspecto?

— Sí. Los caballos y las vacas están a salvo.

— He visto animales muertos en los campos. No parecía que un ejército se hubiese alimentado de ellos, sino unos pocos carroñeros. ¿Dirías que han sido desertores?

— Eso es exactamente lo que yo diría.

— Ahora es una ventaja que ella pierda tropas aquí y allá — dijo Larkin—. Más tarde será un problema.

— En efecto.

— Ya pensaremos en algo. — Larkin desvió la mirada cuando la puerta se abrió—. Eogan. Tenemos mucho de que hablar y muy poco tiempo para hacerlo.

En el siguiente puesto de avanzada no había demasiadas novedades, pero en el tercero, Lilith había dejado su impronta.

Dos de los edificios exteriores estaban totalmente quemados y las cosechas habían sido también pasto de las llamas. Los hombres les contaron de una noche de fuego y humo, y de los horribles quejidos de los animales al ser sacrificados.

Cian estudió junto con Larkin la tierra calcinada.

— Es como dijisteis Blair y tú que ella arrasaría las granjas y las casas.

— Piedra y madera.

Larkin meneó la cabeza.

— Ganado y cosechas. Sudor y sangre. Casas y hogares.

— Todo lo cual puede ser criado y cultivado, cubierto y construido otra vez. Tus hombres resistieron el asedio sin sufrir bajas. Lucharon y no cedieron terreno... y enviaron al infierno a parte de las fuerzas de Lilith. Tu vaso está milagrosamente medio lleno, Larkin.

— Tenías razón, ahora lo sé, pero espero que si Lilith trata de beber lo que queda en el vaso, sus entrañas se vuelvan negras por el fuego. Continuaremos hasta la siguiente base.

Cuando llegaron, vieron que había tumbas recién cavadas, tierra quemada y hombres heridos.

El miedo que atenazaba el estómago de Larkin por fin se esfumó cuando vio que su hermano pequeño, Oran, salía cojeando de la casa. Corrió hacia él y, a la manera de los hombres, le dio un golpe en el brazo y luego un abrazo.

— A nuestra madre le agradecerá saber que te encuentras entre los vivos. ¿Cómo están tus heridas?

— Sólo unos arañazos. ¿Cómo están las cosas en casa?

— Movidas. He visto a Phelan en uno de los otros puestos y está bien.

— Es bueno saberlo. Pero tengo malas noticias, Larkin.

— Lo sabemos. — Apoyó una mano sobre el hombro de Oran. Su hermano era poco más que un niño cuando él se marchó de casa, pensó. Ahora era un hombre, con todo lo que eso implicaba — . ¿Cuántos más aparte de Tynan?

— Tres. Y otro que mucho me temo que no pasará de esta noche. Se llevaron a dos más, vivos o muertos, no puedo decirlo. Fue un niño, Larkin. Un niño vampiro el que mató a Tynan.

— Iremos dentro y hablaremos de ello.

Se instalaron en la cocina y Cian se sentó lejos de la ventana. Entendía por qué Larkin escuchó todo el relato de Oran, aunque su amigo conocía o podía imaginar la mayor parte de la historia. Oran tenía que volver a contarlo, tenía que revivirlo de nuevo.

— Yo había tenido el turno de guardia anterior al de Tynan y estaba dormido cuando oí la alarma. Ya era demasiado tarde para Tynan, Larkin, ya era demasiado tarde. El salió de la casa solo, pensando que allí fuera había un niño herido, perdido y aterrado. El niño lo atrajo mediante engaños lejos

de la casa, y aunque había hombres apostados y con los arcos preparados, cuando el niño lo atacó ya era demasiado tarde.

Oran se humedeció la garganta con un poco de cerveza.

— Los hombres salieron corriendo para ayudarlo. Yo era el segundo al mando, y debí haberles ordenado que no salieran. Era demasiado tarde para salvar a Tynan, pero ¿cómo íbamos a dejar de intentarlo? Y al hacerlo perdimos a más hombres.

— Tynan hubiese hecho lo mismo por ti, por cualquiera de vosotros.

— Esos monstruos se llevaron su cuerpo. — El joven rostro de Oran estaba marcado por la pena y sus ojos parecían los de alguien muy viejo —. Lo buscamos. A la mañana siguiente salimos a buscarles, a Tynan y a los otros dos hombres, pero sólo encontramos sangre. Tememos que les hayan convertido en vampiros.

— A Tynan no. — Ahora habló Cian, y esperó a que la mirada cansada de Oran se fijase en sus ojos —. No podemos saber qué ocurrió con los otros dos, pero a Tynan no lo convirtieron en vampiro. Su cuerpo fue llevado de regreso al castillo. Ha sido enterrado esta mañana.

— Al menos doy gracias a los dioses por ello. Pero ¿quién llevó su cuerpo al castillo?

Mientras Larkin se lo explicaba, las facciones de Oran volvieron a endurecerse.

— El joven Sean. No pudimos salvarle cuando nos tendieron una emboscada en el camino. Salieron de debajo de la tierra como fieras. Aquel día perdimos buenos hombres, y también a Sean. ¿Está en paz ahora? — Oran miró a Cian —. Ahora que lo que se lo llevó ha desaparecido, ¿está en paz?

— No tengo respuesta para esa pregunta.

— Bueno, yo creeré que lo está, igual que Tynan y los otros hombres a los que hemos enterrado. Ni hombres ni dioses pueden hacerlo responsable de lo que le hicieron.

Al llegar la noche, doblaron la guardia y, siguiendo instrucciones de Cian, llenaron pequeños pellejos con agua bendita. Estos pellejos se sujetarían a las flechas. Con eso, aunque no se alcanzara el corazón del vampiro, le causarían un daño considerable, y posiblemente la muerte.

Además se habían colocado más trampas. Los hombres que no podían dormir pasaban el tiempo fabricando estacas.

— ¿Crees que Lilith intentará una incursión esta noche? — le preguntó Larkin a Cian.

Estaban sentados en lo que había sido un pequeño salón y ahora se utilizaba como depósito de armas.



— A una de las otras bases, es posible. Aquí no tendría mucho sentido, a menos que esté aburrida... o quiera que algunos de sus soldados se entrenen. En esta base ya ha hecho lo que tenía previsto.

Puesto que estaban solos, Cian se sirvió un poco de sangre de un cuenco de cerámica.

— ¿Qué harías si fueses ella?

— Enviaría grupos pequeños para que distrajeran y acosaran. Para reducir gradualmente el número de tropas enemigas y minar su moral en todas las bases. El problema con esa clase de estrategia es que vuestros hombres tienden a mantenerse firmes y leales, mientras que sabemos que algunos de los soldados de Lilith desertan. Pero en cambio, vuestras pérdidas individuales os hacen mucho daño, mientras que las de Lilith significan para ellos menos que nada.

Cian bebió otro trago.

— Pero yo no soy ella. Siendo yo, lo que me gustaría sería salir en busca de uno de sus grupos de avanzada, sorprenderlos antes de que pudiesen llegar a su objetivo, y matarlos a todos.

— Es curioso — dijo Larkin con una sonrisa—. No soy ella, y tú tampoco, pero tenía exactamente el mismo pensamiento en la cabeza.

— Muy bien. ¿A qué esperamos entonces?

Dejaron a Oran a cargo de la base. Aunque hubo considerables discusiones y debates sobre la cuestión, Larkin y Cian se fueron solos. Un dragón y un vampiro, según el razonamiento de Cian, podían viajar más deprisa, y sin ser detectados.

Si encontraban una partida de enemigos y decidían bajar a tierra para un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, el arnés de Larkin iba bien provisto de armas. Cian se aseguró una aljaba a la espalda y cargó unas cuantas estacas más en su cinturón.

— Será interesante ver cómo funciona la idea de la guerra aérea.

— ¿Estás preparado entonces? — Larkin se transformó nuevamente en dragón y esperó, dorado y sinuoso, a que Cian ajustara el arnés con las armas.

Ambos convinieron que sería una misión corta y sencilla. Volarían en círculos progresivamente más amplios buscando cualquier señal de una partida de vampiros o de un campamento. Si descubrían alguno, atacarían: rápido y limpio.

El vuelo hacia una luna casi llena fue excitante. La libertad de la noche embargó a Cian. Volaba sin capa ni abrigo, recreándose en el frío y la oscuridad.

Debajo de él, Larkin volaba en silencio, sus alas de dragón apenas un susurro en el aire, y tan finas que Cian podía ver el brillo de las estrellas a través de ellas cuando barrían el aire.

Las nubes flotaban a la deriva, delgados jirones que se deslizaban como gasa bajo las estrellas, y navegaban como barcos fantasmas bajo la luna.

Abajo, mucho más abajo, los primeros dedos de niebla comenzaban a reptar sobre los campos.

El placer del vuelo compensaba la sofocante incomodidad que Cian había soportado en el viaje de ida. Como si él también lo sintiera, Larkin comenzó a elevarse, describiendo largos y perezosos giros. Durante un venturoso instante, Cian cerró los ojos y simplemente disfrutó del momento.

Entonces lo sintió, como una suave caricia sobre su piel. Unos dedos fríos y exploradores que parecían deslizarse hacia su interior y dar vueltas en su sangre. Y un susurro dentro de su cabeza, un suave canto de sirena llamando a lo que él era bajo la apariencia de un hombre.

Y cuando Cian miró, vio debajo de ellos el paisaje salvaje del campo de batalla.

El absoluto silencio que reinaba en él era un grito de violencia. Le quemaba como si fuese acero fundido, brillante y oscuro, profundo y primitivo. Las hojas de hierba eran afiladas y salvajes, las rocas, puntiagudas, letales. Luego, incluso ellas desaparecerían en negros pozos de abismos y cuevas donde nada se atrevía a morar.

Protegido por las altas montañas, aquel terreno maldito esperaba la sangre.

Cian sólo tenía que inclinarse hacia adelante — una distancia tan corta — y hundir los dientes en el cuello del dragón para encontrar allí la sangre de un hombre. Humana y rica, aquel chorro de vida, y un sabor que no podía ser igualado por ningún otro ser vivo. Un sabor que él se había negado durante siglos. ¿Y por qué? ¿Para vivir entre ellos, para sobrevivir llevando la máscara de uno de ellos?

Estaban muy por debajo de él... como las pulgas en un perro.

No eran más que carne y sangre, creados para que él los cazara. El hambre le mordió las entrañas, y el deseo, la excitación primitiva de ese apetito bombeaba en su interior como si fuese los latidos del corazón.

El recuerdo de la caza, de aquel primer chorro de vida caliente llenando su boca, bajándole por la garganta, era maravilloso.

Temblando como un adicto en pleno síndrome de abstinencia, Cian luchó contra ello. Él no acabaría de esa manera. Él no volvería a ser un prisionero de su propia sangre.

Era más fuerte que eso. Se había convertido en más que eso.

Su estómago estaba acalambrado por la necesidad y la náusea mientras se inclinaba hacia Larkin.

— Desciende aquí. Conserva la forma de dragón. Prepárate para volar otra vez, para abandonarme si es necesario. Lo sabrás.

Aquel terreno maldito lo atraía con fuerza mientras descendían hacia él. Le murmuraba, le cantaba, le prometía. Y le mentía.

El calor lo envolvió como una fiebre cuando saltó a tierra. Juró que no se convertiría nuevamente en un vampiro, y que no mataría a un amigo como había intentado hacer una vez con su hermano.

— Es este lugar. Es nocivo.

— Te he dicho que no cambiaras de forma. ¡No me toques!

— Puedo sentirlo dentro de mí. — La voz de Larkin era serena —. A ti debe de quemarte por dentro.

Cian se volvió, los ojos rojos, la piel cubierta por el sudor de su batalla interna.

— ¿Eres estúpido?

— No. — Pero Larkin no había sacado antes ninguna arma y no la sacó tampoco entonces —. Estás luchando contra ello y conseguirás derrotarlo. Sea lo que sea lo que este lugar te despierte, en ti hay más. Está lo que Moira ama.

— No tienes idea de la fuerza de este deseo. — En el fondo de su garganta se agazapaba un gruñido. Canturreaba en los oídos de Cian y, con él, podía oír el latido del corazón de Larkin —. Puedo olerte, puedo oler lo humano.

— ¿Acaso hueles miedo en alguna parte?

Los temblores recorrían todo su cuerpo, tan intensos, que pensó que los huesos se le quebrarían. Su cabeza no dejaba de gritar, pero era incapaz de bloquear el sonido, la perversa tentación de aquel corazón humano que no cesaba de latir.

— No. Pero podría hacerlo. Podría hacer que lo sintieses. El miedo endulza la sangre. Dios, Dios, ¿qué mano enferma creó este lugar?

Sus piernas se negaban a sostenerlo, de modo que se sentó en el suelo y luchó por mantener el endeble control sobre su voluntad. Mientras lo hacía, aferró con fuerza el relicario que Moira le había colgado alrededor del cuello.

La náusea remitió un poco, como si una mano fría se hubiese apoyado sobre una frente afiebrada.

— Ella me trae la luz, eso es lo que hace. Y yo la tomo y me siento como un hombre. Pero no lo soy. Éste es un doloroso recordatorio de que no soy un hombre.

— Yo veo un hombre cuando te miro.

— Pues te equivocas. Pero esta noche no beberé, no de ti. No de un humano. Esta noche no me devorará. Y no volverá a sorprenderme de esta manera ahora que lo sé.

El rojo se estaba esfumando de sus ojos mientras miraba a Larkin.

— Eres un estúpido por no haber sacado un arma.

Por toda respuesta, Larkin alzó la cruz de su cadena.

— Podría haber sido suficiente — consideró Cian. Se secó las palmas sudorosas en las rodillas de los vaqueros —. Afortunadamente para ambos, no hemos tenido que probarlo.

— Te llevaré de vuelta.

Cian miró la mano que Larkin le tendía. Humanos, pensó, confiados y optimistas. La cogió y se puso de pie.

— No, seguiremos adelante. Necesito cazar alguna cosa.

Él había ganado la batalla, pensó Cian mientras volvían a elevarse en el aire, pero no negaría que se sentía aliviado al alejarse de aquel lugar.

Y se sintió oscuramente excitado al avistar movimiento en tierra.

Una docena de soldados, comprobó, a pie y moviéndose con la veloz agilidad propia de los de su especie. A pesar de la velocidad que llevaban, en sus filas había un orden y una precisión que le confirmaron que se trataba de soldados entrenados y veteranos.

Percibió el cambio en el cuerpo del dragón cuando Larkin los vio y, una vez más, Cian se inclinó hacia adelante.

— ¿Por qué no probamos la nueva arma de Glenna? Cuando ellos crucen el siguiente campo, quiero que vuelas directamente por encima del centro del pelotón. Hay arqueros entre ellos, de modo que, una vez que este chisme estalle, tendrás que hacer algunas maniobras evasivas.

Mientras Larkin se colocaba en posición, Cian buscó en el bolsillo del arnés y sacó la bola de barro.

¿Qué semejanzas guardan un dragón y un avión?, se preguntó, y aprovechó sus siglos de experiencia como piloto para calcular la velocidad relativa, la distancia y la altura.

— Bomba lanzada — murmuró y dejó caer la bola.

La creación de Glenna chocó contra el suelo, provocando que el desconcertado pelotón se detuviera y sacara a relucir las armas. Cian estaba

a punto de declarar inservible el experimento de Glenna cuando se produjo un violento estallido de fuego. Los que se encontraban más cerca de la bomba simplemente desaparecieron, mientras que varios más fueron alcanzados por las llamas.

Mientras observaba las escenas de pánico y oía los gritos, Cian colocó una flecha en su arco. Como patos en un estanque, pensó, y acabó con los que quedaban.

Larkin volvió a tocar tierra y abandonó su forma de dragón.

— Bueno. — Pateó con indiferencia un montón de cenizas—. Eso ha sido muy rápido.

— Me siento mejor por haber matado algo, aunque lo haya hecho de manera lejana e impersonal. Al estilo humano. No produce el mismo placer que una verdadera cacería. Por la misma razón que para ésta no se usan fusiles o armamento moderno — añadió Cian—, porque no habría nada de emoción en ello.

— Lo siento por ti, pero a mí el resultado me ha parecido muy satisfactorio. Y la bola de fuego de Glenna muy eficaz, ¿verdad?

Larkin comenzó a reunir las armas que habían quedado esparcidas por el suelo. Cuando se agachó, una flecha silbó por encima de su espalda y alcanzó a Cian en la cadera.

— ¡Oh, mierda! Uno de ellos ha debido de escapar.

— Coge el arnés. — Larkin se lo lanzó a Cian—. Y monta.

En un instante, se convirtió nuevamente en dragón, y Cian montó de un salto después de considerar que la flecha podría entorpecer su marcha si continuaba a pie. Cogió la siguiente flecha en el aire antes de que alcanzara su blanco. Luego Larkin ascendió y descendió mientras viraba bruscamente para evitar las flechas.

— Allí están, ahora puedo verlos. Un segundo pelotón completo. Es probable que se trate de una partida de caza en busca de humanos rezagados o de cualquier cosa que puedan encontrar.

Cian volvió a utilizar el arco, y acabó con varios de ellos mientras huían y buscaban refugio.

— Así no es divertido — decidió. Sacó la espada de su vaina, saltó del lomo de Larkin y cayó diez metros hasta tocar tierra.

Si los dragones pudieran maldecir, Larkin hubiese hecho que el aire se volviera azul.

Dos hombres y tres mujeres se acercaron a Cian como los vértices de un triángulo. Cortó en dos con su espada la flecha dirigida a él y luego hizo girar la hoja para bloquear el ataque.

El sedimento de lo que había sentido en el campo de batalla estaba dentro de él, y lo utilizó. Una necesidad imperiosa de sangre, si no para beberla, sí para derramarla. Al principio, sólo se dedicó a herir a sus enemigos y, de ese modo, poder olerla... el rico aroma a cobre, y dejarse llevar por él mientras golpeaba y cortaba.

A modo de diversión, Cian giró y lanzó una violenta patada contra el rostro de uno de los vampiros. Cuando éste se tambaleó, le cogió la cabeza al tiempo que se arrancaba la flecha de la cadera y se la clavaba en el corazón a otro vampiro que lo atacaba por la izquierda.

Se dio otra vez la vuelta y vio que Larkin había cambiado de forma y estaba clavando una flecha en el corazón del último de los vampiros.

— ¿Es todo? — preguntó Larkin sin aliento —. ¿Era el último de ellos?

— Según mi cuenta.

— Ya. Porque la última vez has contado muy bien, ¿verdad? — Se levantó y se sacudió el polvo en que se habían convertido los vampiros —. Maldito polvo. ¿Te sientes más tú mismo ahora?

— En la cima del mundo, mamá. — Cian se frotó con indiferencia la cadera herida. Como brotaba sangre, se rasgó la manga de la camisa —. Échame una mano, ¿quieres? Un rápido vendaje de campo.

— ¿Quieres que te coloque un vendaje en el culo?

— No es en el culo, idiota.

— Bastante cerca. — Pero Larkin se acercó a echar un vistazo —. Bájate los calzoncillos entonces, cariño.

Cian le lanzó una mirada sombría pero obedeció.

— ¿Y cuál crees que será el estado de ánimo de Lilith cuando ningún miembro de sus partidas de caza o de ataque regrese a su base?

— Estará cabreada. — Cian giró la cabeza hacia atrás para ver el trabajo que estaba haciendo Larkin en la zona herida —. Muy cabreada.

— Hace que uno se sienta bien, ¿verdad? Tendrás un bonito agujero en la nalga durante algún tiempo.

— Cadera.

— A mí me parece tu culo. Creo que es hora de que regresemos y disfrutemos de una buena comida y unas jarras de cerveza. Tengo bastante hambre como para comerme un burro, con pellejo y todo. Bien, esto ya está. Hemos hecho un buen trabajo nocturno, ¿no te parece? — añadió, cuando Cian volvió a subirse los pantalones.

— Así han venido las cosas. Podrían haber sido de otra forma cuando estábamos en el valle, Larkin.

Éste, pensativo, arrancó unos manojos de hierba para limpiarse de las manos la sangre de Cian.

— No creo que eso sea verdad. No creo que las cosas hubiesen sido muy distintas a como han sido. Ahora, si el culo no te duele mucho, ayúdame a juntar todas estas bonitas armas para añadirlas a nuestra provisión.

— Deja mi culo fuera de esto.

Entre los dos comenzaron a recoger espadas, arcos y flechas.

— Estoy seguro de que esa parte de tu cuerpo muy pronto estará en condiciones. Si no es así, Moira le dará un beso para que se cure cuando lleguen aquí.

Cian miró a Larkin mientras éste silbaba una melodía y cargaba las espadas en el arnés.

— Eres un tío divertido, Larkin. Un tío jodidamente divertido.

En Geall, Moira se apartó de la bola de cristal para quedarse de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados.

— ¿Estoy equivocada o les dijimos que fuesen a inspeccionar las bases y que no corrieran riesgos?

— No han obedecido — convino Blair —, pero tienes que reconocer que ha sido una buena pelea. Y esa bola de fuego es excelente.

— El retraso en la explosión representa un pequeño problema. — Glenna continuó observando mientras Larkin y Cian volaban de regreso hacia la base —. Trabajaré en ello. Pero estoy un poco más preocupada por el efecto que ha tenido sobre Cian el campo de batalla.

— Ha conseguido superarlo — contestó Hoyt —. Fuera lo que fuese lo que quisiera atraparle, él lo ha vencido.

— Sí, eso dice mucho en su favor — convino Glenna —. Pero ha sido una victoria muy dura, Hoyt. Es algo sobre lo que tendremos que pensar. Quizá podamos hacer un conjuro que lo ayude a bloquear esa influencia.

— No. — Moira habló sin volverse —. Cian se encargará de hacerlo. Necesitará hacerlo. ¿Acaso no es su voluntad lo que lo hace ser como es?

— Supongo que tienes razón. — Glenna percibió los hombros rígidos de Moira —. Del mismo modo que supongo que ambos necesitaban salir esta noche y hacerlo que han hecho.

— Es posible. ¿Ya han llegado a una zona segura?

— Están a punto — contestó Blair—. Y sin novedad en el frente occidental\*. Bueno, en el frente oriental en este caso, pero eso no tiene el mismo significado literario.

— Sin novedad... por el momento. — Moira se volvió hacia ellos—. Creo que es razonable decir que esta noche estarán a salvo dentro de la base y que es poco probable que Lilith intente otra incursión. Creo que todos deberíamos tratar de dormir un poco.

— Buena idea.

Glenna cogió la bola de cristal.

Se desearon buenas noches y se alejaron en diferentes direcciones. Pero ninguno de ellos se fue a dormir. Hoyt y Glenna se dirigieron a la torre, a seguir trabajando. Blair se fue a entrenar en el salón de baile vacío.

Moira, por su parte, decidió ir a la biblioteca y buscar todos los libros que hablasen de las leyendas e historias del Valle del Silencio.

Leyó y estudió hasta que apuntó la primera luz del amanecer.

Cuando finalmente se durmió, acurrucada en el banco de la ventana, como había hecho a menudo cuando era pequeña, soñó con una gran guerra entre dioses y demonios. Una batalla que se había estado librando durante más de un siglo. Una contienda en la que se había derramado sangre de ambos bandos hasta que ésta formó un océano.

Y el océano se convirtió en un valle, y el valle se convirtió en Silencio.

\*Hace alusión a la novela de Erich María Remarque, Sin novedad en el frente.



## CAPÍTULO 17

— Sinann, deberías estar acostada.

Con la mano apoyada en el vientre, Sinann miró a Moira y meneó la cabeza.

— No podía dejar que mi padre se marchara sin despedirme de él. O de ti. — Sinann echó un vistazo alrededor del patio, donde hombres, caballos y dragones se preparaban para el viaje —. Todo esto parecerá tan vacío ahora, con tan pocos de nosotros dentro de estos muros.

Sinann consiguió esbozar una leve sonrisa al ver que su padre alzaba a su nieto en el aire.

— Volveremos y el ruido será ensordecedor.

— Moira, por favor, tráelos de regreso al castillo. — La tensión comenzaba a filtrarse ahora a través de sus ojos, de su voz —. A mi padre, a mis hermanos, haz que vuelvan a mí.

Moira cogió los brazos de Sinann.

— Haré todo lo que pueda para cumplir tus deseos.

Sinann apretó la mano de Moira contra su vientre.

— Aquí hay vida. ¿Puedes sentirla? Dile a Phelan que has sentido cómo se movía su hijo.

— Lo haré.

— Yo cuidaré tus plantas en el invernadero y mantendré una vela encendida hasta que todos hayáis regresado a casa. Moira, ¿cómo lo sabremos? ¿Cómo haremos para saber si vosotros...?

— Lo sabréis — prometió Moira —. Si los dioses no os envían una señal de nuestra victoria, entonces lo haremos nosotros. Te lo prometo. Ahora ve a besar a tu padre y yo besaré a todos tus otros hombres por ti cuando los vea.

Moira se acercó a su tía y apoyó la mano sobre el brazo de Deirdre.

— He hablado con los hombres que puedo dejar con vosotros para que os protejan. Mis órdenes son claras y sencillas y deben seguirse al pie de la letra. Las puertas del castillo deben permanecer cerradas y nadie debe abandonarlo, ya sea de día o de noche, hasta que se reciban noticias de que la guerra ha terminado. Cuento con vos como cabeza de mi familia que queda aquí para que esas órdenes se cumplan. Sois mi regente hasta que yo haya regresado. O en el caso de mi muerte...

— Oh, Moira.

— En el caso de que yo muera, vos reinaréis hasta que sea elegido el legítimo sucesor al trono. — Se quitó un anillo que había pertenecido a su madre y lo puso en el dedo de Deirdre—. Éste es el símbolo de vuestra autoridad, en mi nombre.

— Honraré tus deseos, tus órdenes y ese nombre. Te lo juro, Moira. — Cogió las manos de su sobrina entre las suyas—. Lamento que discutiésemos.

— Yo también.

Aunque sus ojos estaban húmedos, Deirdre consiguió esbozar una trémula sonrisa.

— Aunque ambas nos separemos creyendo que teníamos la razón de nuestra parte.

— Y así es. Pero no os amo menos por ello.

— Mi niña. — Deirdre la atrajo hacia sí—. Mi dulce niña. Todas las plegarias que conozco te acompañarán. Regresa a nosotros. Diles a mis hijos que tienen mi corazón y mi orgullo.

— Lo siento — las interrumpió Blair tocando el hombro de Moira—. Todo está preparado para la marcha.

— Me despido de vos, Blair. — Deirdre avanzó unos pasos para besarla en las mejillas—. Y confío en que sepáis mantener a mi hijo mayor a salvo.

— Haré todo lo posible.

— Será necesario. Larkin es muy difícil de controlar. — Abrió la boca para añadir algo más y, luego, inspiró profundamente—. Iba a decir que tengáis cuidado, pero no es eso lo que los guerreros quieren oír. De modo que os digo que luchéis bien.

— Podéis contar con ello.

Montaron en caballos y dragones sin pompa ni ceremonias de ninguna clase. Los niños estaban reunidos en grupos, controlados por sus madres, que permanecían detrás de ellos. Los ancianos se apoyaban en bastones o en los brazos de los más jóvenes.

Las lágrimas brillaban en los ojos de todos. Aunque a través de ese húmedo velo estuviesen mirando a los seres queridos que los dejaban atrás, Moira sabía que también la estaban mirando a ella.

Traedlos de regreso a mí. ¿Cuántos albergaban en sus corazones y en sus mentes ese único y desesperado deseo? No todos lo verían satisfecho, pero ella, tal como le había jurado a Sinann, haría todo lo posible.

Y no les dejaría ni los guiaría con lágrimas en los ojos.

Moira le hizo una señal a Niall, que se encargaría de comandar las fuerzas terrestres. Cuando ordenó que se elevaran las puertas, alzó la

espada de Geall hacia arriba, y, al frente de las últimas tropas del castillo de Geall, disparó un arco de fuego hacia el pálido cielo de la mañana.

Los jinetes de los dragones fueron los primeros en llegar a destino y movilizar a las tropas. Éstas abandonarían la primera base para emprender la siguiente etapa de la marcha hacia el campo de batalla. Se cargaron suministros y armas, y los hombres montaron en caballos y dragones. Los que marchaban a pie eran flanqueados por los jinetes... por aire y por tierra.

Y así siguieron viajando a través de las tierras y el cielo de Geall.

Al llegar a la siguiente parada, descansaron y dieron de beber a sus monturas.

— Aquí tenéis té, mi señora.

Ceara se reunió con Moira cerca de un arroyo donde bebían los dragones.

— ¿Qué? Oh, gracias.

Moira cogió la taza.

— Nunca he visto un espectáculo semejante.

— No. — Moira continuó observando a los dragones, y se preguntó si alguno de los que allí estaba volvería a ver otra vez ese espectáculo —. Cabalgarás junto a tu esposo, Ceara.

— Lo haré, mi señora. Ya estamos casi listos.

— ¿Dónde está la cruz que ganaste, Ceara? La que llevas es de cobre.

— Yo... — Ceara se llevó la mano a la cruz de cobre —. Se la dejé a mi madre. Majestad, quería que mis hijos estuviesen protegidos si...

— Por supuesto que lo hiciste. — Rodeó la muñeca de Ceara con sus dedos y se la apretó —. Por supuesto.

Se volvió cuando Blair se acercó a ellas.

— Es hora de reunidos a todos. Las monturas están descansadas y abrevadas. Las armas y los suministros han sido cargados, excepto lo que dejaremos aquí con los hombres que protegerán esta base hasta mañana.

— Las tropas que vienen detrás de nosotros deberían llegar bastante antes de que el sol se haya puesto. — Moira miró el cielo —. ¿Cuentan con protección suficiente si se produce un cambio en el tiempo? ¿Natural o de otra clase?

— Es posible que Lilith tenga algunos francotiradores y exploradores repartidos por esta zona, pero nada que nuestras tropas no puedan resolver. Tenemos que seguir adelante, Moira. Avanzar de esta manera, alternándonos unos y otros, impide que los soldados queden expuestos y

sean vulnerables a los ataques del enemigo durante la noche, pero lleva tiempo.

— Y tenemos un horario que cumplir — convino Moira —. Puedes dar la orden entonces y continuaremos viaje.

Ya había pasado el mediodía cuando los primeros llegaron a su destino final. Por debajo de donde ella sobrevolaba, los hombres dejaron lo que estaban haciendo y les saludaron alborozados. Vio que Larkin salía de la casa y alzaba la vista. Luego se convirtió en dragón y ascendió para reunirse con ellos.

Moira vio también la tierra oscura de las tumbas recién excavadas.

Larkin voló alrededor de ellos con movimientos rápidos y llamativos, luego se colocó al lado del dragón que montaba Blair. Moira se quedó sin aliento cuando Blair se puso de pie sobre el lomo de su dragón y luego saltó al vacío. Los vítores de los que estaban en tierra se elevaron como un trueno cuando Blair aterrizó sobre Larkin y lo guió hacia abajo.

Como si fuese un festival, pensó Moira, mientras otros jinetes ejecutaban vistosos giros y picados. Quizá necesitaban el espectáculo y las tonterías durante esas últimas horas de luz. La noche caería pronto.

Ella se habría encargado de su propia montura, como lo había hecho durante todo el viaje, pero en cuanto tocó tierra, Larkin la alzó, la hizo girar y la besó.

— Con eso no conseguirás endulzarme — dijo ella —. Tengo una cuestión pendiente contigo. Se suponía que debíais recorrer las bases, recoger información y quedaros en un lugar seguro. No salir a buscar problemas.

— Hacemos lo que tenemos que hacer cuando debemos hacerlo. — Larkin volvió a besarla —. Y todo está bien, ¿verdad?

— ¿Lo está?

— Sí. Él lo está. Puedes entrar. Aquí hay muchos hombres que pueden encargarse de los caballos y los dragones. Habéis hecho un viaje muy largo. Blair me ha dicho que no habéis tenido problemas durante el camino.

— No, ningún problema.

Moira dejó que Larkin la condujese al interior de la casa.

En el hogar, había una olla con estofado cociéndose a fuego lento y el olor a comida, a hombres y a fango impregnaba el aire.

Había varios mapas desplegados sobre una mesa alrededor de la cual imaginó que acostumbraba a reunirse una familia. Las cortinas que cubrían

las ventanas eran caseras y alegres, y las paredes estaban limpias y encaladas.

Había armas junto a cada puerta y ventana.

— Si quieres descansar un rato, hay una habitación arriba.

— No, estoy bien. Pero bebería un poco de whisky si tenéis.

— Tenemos.

Moira pudo ver por la expresión de Larkin que Blair estaba ya dentro de la casa.

— Ya se han encargado de las monturas — explicó Blair—. Han descargado las provisiones y las armas. Hoyt está en ello. ¿Cuál es la situación aquí?

— Tenemos tropas instaladas en el establo, el granero, el palomar y el ahumadero además de aquí. Hay un desván bastante espacioso, y lo estamos utilizando como una especie de barracón.

Larkin sirvió el whisky mientras hablaba, hizo un gesto interrogativo hacia Blair con la cabeza pero ella meneó la suya.

— El salón se ha convertido en el arsenal principal — continuó Larkin—. Y tenemos armas almacenadas en todos los edificios. Los hombres montan guardia por turnos día y noche. El entrenamiento continúa a diario. Se han producido incursiones, como ya sabes, pero ninguna desde que llegamos Cian y yo.

— Os encargasteis de que así fuera, ¿verdad? — preguntó Moira antes de beber.

— Así es y le dimos a Lilith una buena patada en el culo. Ayer perdimos a otro hombre, uno que había resultado herido durante el ataque que mató a Tynan. Su muerte no fue rápida.

Moira clavó la mirada en su whisky.

— ¿Hay más heridos?

— Sí, pero todos pueden caminar. Hay una especie de sala que da a la cocina y la hemos estado utilizando para atender a los heridos.

— Glenna les echará un vistazo y dispondrá las cosas como lo considere mejor. Bien. — Bebió el resto del whisky que le quedaba en el vaso—. Sabemos que no hay sitio para que todas las tropas estén a cubierto. Esta noche hay aquí casi mil hombres y en los próximos días llegarán otros tantos.

— Entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra para montar un campamento — dijo Blair.

Había algo de orgullo en todo ello, descubrió Moira, al ver a tantos de los suyos — hombres y mujeres, viejos y jóvenes — trabajando juntos. Las tiendas de campaña comenzaron a desplegarse sobre el terreno mientras se juntaba leña y turba para hacer fuego para cocinar. Las provisiones fueron descargadas de los carros y apiladas.

— Ya tienes tu ejército — dijo Glenna a su lado.

— Espero que un día, aquí se plante grano en lugar de tiendas. Hay tantas. Nunca ha habido tantas tiendas antes. ¿Puedes contenerlas a todas dentro de un círculo protector?

El rostro de Glenna se endureció con una expresión de absoluta determinación.

— El perro de Lilith se las ingenió para proteger toda su base, espero que no estés sugiriendo que Hoyt y yo no somos capaces de estar a su altura.

— Jamás se me ocurriría tal cosa.

— Es un círculo jodidamente grande el que debemos crear — reconoció Glenna—. Y el sol ya se está ocultando, de modo que debemos comenzar a hacerlo ya. Podríamos contar con tu ayuda.

— Esperaba que lo hicieras.

Moira recorrió el terreno de un extremo a otro junto a Glenna y Hoyt y, tal como Glenna le había pedido, recogió hierbas, piedras pequeñas y puñados de tierra. Los tres se reunieron nuevamente en el centro.

Al extenderse el rumor de que harían magia, los hombres guardaban silencio. En medio de esa quietud, Moira oyó los primeros susurros de poder.

Invocaron a los guardianes, este y oeste, norte y sur. A su patrona, Morrigan. Ella recitó la invocación junto con ellos, como Hoyt y Glenna le habían enseñado.

— En este lugar y en esta hora, invocamos a los antiguos poderes para que atiendan nuestras necesidades y escuchen nuestra súplica de que protejan a todos en esta compañía. Sobre esta hierba, esta tierra, esta piedra, concedednos protección ante cualquier daño. Sólo la vida en toda su expresión puede cruzar este anillo, y ninguno puede entrar si su intención es causar perjuicio. En el interior de este círculo que ha sido trazado, no pueden entrar el enemigo ni sus armas. Noche o día, día o noche protegerá la tierra y el aire dentro de su luz. Ahora, nuestra sangre sellará este escudo y rodeará este círculo.

Tanto Hoyt como Glenna y Moira se hicieron un corte en la palma de la mano con una daga ceremonial y luego cerraron el puño para que la sangre cayese en la tierra, la hierba y las piedras que habían juntado en el terreno.

El calor — el suyo y el de Hoyt y Glenna — latió y se estremeció violentamente dentro de Moira, y el viento que levantaron sopló en círculos cada vez más amplios, azotando las tiendas, cantando a través de la hierba, hasta que se arremolinó en torno a los bordes del terreno en un ciclón de luz.

Los tres arrojaron hacia arriba la tierra empapada en sangre, y el suelo tembló bajo sus pies cuando brotaron tres llamas pequeñas que se extinguieron poco después. Luego, cuando se cogieron de las manos, sus cuerpos se arquearon hacia atrás a causa de la fuerza que los había unido.

— Elévate y rodea — gritó Moira con Hoyt y Glenna —, rodea y cierra y obstruye este lugar a todos nuestros enemigos. Aquí la sangre y el fuego se mezclan libremente, como lo haremos nosotros, que así sea.

Las llamas se elevaron alrededor del terreno, y cuando la tierra quedó calcinada, describiendo un círculo blanco perfecto, las llamas se extinguieron con un estallido.

A Moira se le nubló la vista, y las voces que le hablaban también parecieron empañarse, como si el mundo se encontrase súbitamente debajo del agua.

Cuando volvió en sí, estaba de rodillas. Glenna la cogía de los hombros y repetía su nombre.

— Estoy bien. Estoy bien. Es sólo que... ha sido demasiado. Necesito recuperar el aliento.

— Tómate tu tiempo. Es un conjuro muy poderoso, y más aún porque hemos utilizado sangre.

Moira se miró el corte que tenía en la palma de la mano.

— Cualquier cosa es un arma — afirmó —. Como dice Blair. Cueste lo que cueste, siempre que funcione.

— Yo diría que ha funcionado — opinó Hoyt.

Siguiendo la dirección de su mirada, Moira vio a Cian de pie, fuera del círculo. Aunque la capa lo protegía de los últimos rayos de sol, podía ver sus ojos y la furia que había en ellos.

— Muy bien. Dejaremos que los hombres terminen de montar el campamento.

— Apóyate en mí — le dijo Glenna —. Estás blanca como una sábana.

— No, prefiero no hacerlo. — Sus rodillas todavía parecían de gelatina —. Los hombres no pueden ver que me derrumbo ahora. Sólo tengo el estómago revuelto, eso es todo.

Mientras ella atravesaba el campamento, Cian giró sobre sus talones y echó a andar de regreso a la casa.

Estaba esperando dentro de la casa y algo de su humor había debido de traslucirse, ya que estaba solo.

— ¿Acaso estáis tratando de matarla antes de que Lilith tenga oportunidad de hacerlo? — preguntó—. ¿En qué estabais pensando, arrastrándola hacia esa clase de conjuros mágicos lo bastante poderosos como para crear un huracán?

— La necesitábamos — contestó Hoyt simplemente—. No es una tarea sencilla tender una red sobre un área tan extensa y que contiene a tanta gente. Y el conjuro funciona, ya que te ha mantenido en el borde del círculo.

No sólo lo había detenido allí, sino que le había enviado descargas eléctricas. Le sorprendía no tener los pelos de punta.

— Moira, tú no eres lo bastante fuerte para...

— No me digas para qué no soy lo bastante fuerte. He hecho lo que era necesario hacer. ¿Y no es eso lo que tú me dirías si yo osara preguntarte por tu temerario viaje por el valle? Ambas cosas ya están hechas, y los dos estamos aquí para discutir sobre ellas, de modo que yo diría que ambas han estado bien hechas. Me han dicho que dispongo de una habitación en la parte superior de la casa. ¿Alguien sabe dónde puede estar?

— La primera puerta a la izquierda — contestó Cian.

Cuando ella subió la escalera, con aire arrogante pensó él, Cian maldijo y la siguió.

Moira se sentó en un sillón, con la cabeza entre las rodillas, junto a un fuego que aún no habían encendido.

— Estoy mareada, y no necesito que me eches un sermón. Volveré a ser yo misma dentro de un momento.

— A mí me pareces bastante tú misma. — Cian vertió un poco de agua en un cuenco y lo bajó para que ella pudiera verlo—. Bebe esto. He visto cadáveres que tenían más color que tú.

— Un comentario realmente encantador.

— La verdad raramente es bella.

Ella se recostó en el sillón y lo estudió mientras bebía el agua.

— Estás enfadado, y eso es bueno, puesto que yo también estoy enfadada contigo. Sabías que estaba aquí, pero no has bajado.

— No, no he bajado.

— Eres un estúpido, eso es lo que eres, si has pensado que te ibas a desembarazar de mí, que yo dejaría que lo hicieras. Sólo disponemos de unos días antes de acabar este asunto, de modo que adelante, da todos los pasos necesarios para alejarte de mí. Yo continuaré acercándome hasta arrinconarte. No sólo he aprendido a pelear, también he aprendido a no



pelear limpio. — Moira se estremeció — . Hace frío. Después del conjuro no me ha quedado energía para encender el fuego.

Cian se acercó al hogar y, antes de que se inclinase para buscar el yesquero, ella le cogió la mano y la apretó contra su mejilla.

Ese gesto lo quebró, casi pudo oír un crujido como de cristal al romperse. La levantó del sillón y la sostuvo a varios centímetros del suelo mientras su boca devoraba la de Moira. Ella le rodeó el cuerpo, desenfrenadamente, con brazos y piernas.

— Sí, eso está mejor — dijo ella casi sin aliento — . Mucho más calor ahora. Las horas se me han hecho interminables desde el instante en que te vi marchar. Tan poco tiempo, tan poco, para la eternidad.

— Mírame. Sí, aquí está ese rostro.

Él la abrazó de modo que la cabeza de Moira se apoyó sobre su hombro.

— ¿Has echado de menos mi rostro?

— Sí. No hace falta que pelees sucio, ya estás metida dentro de mí.

— Es más fácil estar enfadado. Duele menos. — Ella cerró los ojos con fuerza por un momento y luego, cuando Cian volvió a depositarla en el suelo retrocedió — . He traído aquella especie de violín. Pensé que te gustaría tenerlo, tocarlo. Deberíamos tener música, lo mismo que deberíamos tener risas y luz, y todas aquellas cosas que sirvan para recordarnos por qué estamos dispuestos a morir.

Moira se acercó a la ventana.

— El sol se está ocultando. ¿Volverás a ir el campo de batalla esta noche? — Miró tras ella cuando vio que Cian no respondía — . Vimos cómo lo visitabas con Larkin, hace dos noches, y te vimos anoche, cuando fuiste solo.

— Cada vez que voy a ese lugar me siento un poco más fuerte. No será bueno para ti y tampoco para mí si lo que empapa esa tierra me transforma.

— Tienes razón y esta noche iré contigo. No pierdas el tiempo discutiendo, Cian — dijo Moira cuando él intentó protestar — . Iré. Después de todo, Geall es mío, así como cada centímetro de su suelo, no importa lo que se pueda ocultar debajo. No he visitado ese lugar desde que era niña, excepto en mis sueños. Necesito verlo otra vez, y hacerlo de noche, como será durante Samhain. De modo que iré contigo, o iré sola.

— Pero ¡yo quiero ir! Quiero hacerlo. ¡Por favor, por favor, por favor!

Lilith se preguntó si su cabeza realmente podía estallar a causa de los incesantes gemidos y ruegos de Davey para conseguir lo que deseaba.

— Davey, he dicho que no. Samhain está demasiado cerca y es muy peligroso que abandones la casa.

— Soy un soldado. — Su pequeño rostro adoptó una expresión firme y malvada—. Lucio lo dijo. Tengo una espada.

Davey desenvainó la pequeña hoja que Lucio había forjado para él — algo de lo que Lilith ahora se arrepentía— después de su primera muerte en el campo de batalla.

— Es sólo una partida de caza — comenzó a decir Lilith.

— ¡Yo quiero cazar, quiero luchar! — Davey agitó su pequeña espada en el aire—. ¡Quiero matar!

— Sí, sí, sí. — Lilith hizo un gesto con la mano para que se retirase—. Y lo harás a tus anchas. Después de Samhain. ¡Y no quiero oír una palabra más!

Lilith escupió la orden mientras el blanco de sus ojos se teñía de rojo.

— Ya he tenido suficiente por un día. Eres demasiado joven y demasiado pequeño. Y no se hable más de este asunto. Ahora vete a tu habitación y juega con ese maldito gato al que quieres tanto.

Los ojos de Davey relampaguearon con un fulgor rojo, y sus labios se tensaron con un gruñido que hizo desaparecer incluso la máscara de la inocencia humana.

— No soy demasiado pequeño. Odio a ese gato. Y te odio a ti.

Abandonó la habitación furioso, sus pequeñas piernas temblando de ira. Mientras se alejaba, blandía su espada violentamente, cortando el torso de un criado humano que no fue lo bastante rápido para apartarse de su camino.

— ¡Maldición! Mira ese desastre. — Lilith alzó las manos hacia la sangre que salpicaba las paredes—. Este niño me está volviendo loca.

— Necesita una buena paliza, si quieres mi opinión.

Lilith, con el rostro lívido, se volvió hacia Lora.

— ¡Cierra la boca! No me digas lo que necesita. Soy su madre.

— *Bien sur.* Pero no la tomes conmigo porque él sea un mocoso malcriado. — Lora, enfurruñada, se dejó caer en un sillón. Su rostro ya estaba casi curado, pero las cicatrices que le quedaban la quemaban por dentro como un veneno—. Veremos adonde lo lleva su jodida actitud.

Lilith comenzó a cerrar una de sus manos, sus uñas rojas, curvadas como garras.

— Tal vez eres tú quien necesita una buena paliza.

Sabiendo que, en el estado de ánimo que tenía, Lilith podía hacerle algo peor que darle una paliza, Lora se encogió de hombros.

— No he sido yo quien te ha estado machacando durante la última hora, ¿verdad? Yo te he apoyado con Davey y ahora tú la tomas conmigo. Es posible que todos estemos nerviosos e irritables, pero tú y yo deberíamos mantenernos unidas.

— Tienes razón, tienes toda la razón. — Lilith le pasó las manos por el pelo—. Davey me ha provocado un horrible dolor de cabeza. Imagínate.

— Él sólo está, ¿cómo se dice?, representando un papel. Se siente muy orgulloso de sí mismo por haber provocado esa muerte en el campo de batalla.

— No puedo permitir que salga.

— No, no. — Lora agitó una mano—. Has hecho lo que era correcto. Hemos perdido una partida de caza y un pelotón de ataque, fuera no es un lugar seguro para Davey. Y sigo diciendo que deberías haberle dado una buena bofetada por contestarte como lo ha hecho.

— Es posible que aún reciba una. Encárgate de que alguien limpie esto. — Hizo un gesto vago en dirección al cuerpo sin vida del criado al que Davey había matado—. Luego asegúrate de que la partida de caza se ponga en marcha. Tal vez esta noche tengan más suerte y encuentren el rastro de esos humanos. Los soldados ya están cansados de beber sangre de oveja.

— Ah, una última cosa— dijo cuando Lora se marchaba—. Me gustaría comer algo... para calmarme. ¿Nos queda algún niño?

— Lo comprobaré.

— Algo pequeño, en cualquier caso. No tengo mucha hambre esta noche. Haz que lo envíen a mi habitación. Necesito tranquilidad.

Una vez que se quedó a solas, Lilith comenzó a pasearse por su cuarto como si estuviese enjaulada. Tenía los nervios destrozados, lo reconocía. Tenía tantas cosas en la cabeza, tantos detalles, tantas responsabilidades ahora que finalmente el final del círculo se acercaba...

La pérdida de tropas era algo exasperante y preocupante. Los desertores también habían sido un problema, pero ella había enviado carroñeros todas las noches para que los cazaran y destruyeran. Simplemente no era posible que dos pelotones enteros hubiesen desertado.

¿Más trampas humanas?, se preguntó. Le estaban haciendo mucho daño... pero a los humanos les costaría mucho más cuando hubiese acabado con ellos.

Nadie era capaz de entender la presión a la que estaba sometida, el peso de su responsabilidad. Tenía mundos que arrasar. Su destino comenzaba a pesarle y estaba rodeada de imbéciles e incompetentes.

Ahora su dulce Davey, su propio y querido niño, se estaba comportando como un mocoso insoportable y caprichoso. Realmente le había replicado en forma impertinente, algo que no aceptaba de nadie. No estaba segura de si debía sentirse orgullosa o furiosa.

A pesar de todo, pensó, a Davey se lo veía tan guapo y feroz blandiendo aquella espada en miniatura. ¿Y acaso no había casi cortado en dos a aquel estúpido criado para luego alejarse bailando, casi jactándose, sin siquiera mirar atrás?

Era irritante, desde luego, pero ¿cómo podía no sentirse orgullosa?

Caminó hasta la puerta y salió de la habitación para poder sentir cómo la noche se deslizaba sobre ella, dentro de ella. Se sentía atrapado dentro de aquella casa, pobre Davey. Ella también. Pero pronto...

¡Por supuesto, por supuesto, era una madre horrible! Dispondría una caza allí mismo, en los terrenos protegidos. Sólo ellos dos. Eso le serviría para estimular su apetito, su ánimo. Y Davey estaría encantado.

Satisfecha con la idea, entró nuevamente en la casa y, pasando por encima del cuerpo ensangrentado del criado, subió al piso de arriba.

— Davey. ¿Dónde está mi pequeño niño malo? Tengo una sorpresa para ti.

Abrió la puerta de su habitación. Percibió primero el olor. Había una cantidad considerable de sangre, en el suelo, en las paredes, en la ropa de cama que ella misma había hecho para él con seda azul cobalto.

Había trozos de gato esparcidos por toda la habitación. Era, recordó, un gato muy grande.

Suspiró y luego sintió que la risa crecía en su interior. ¡Qué carácter tenía su querido niño!

— Davey, eres un niño travieso. Sal de dondequiera que te hayas escondido o podría cambiar de idea acerca de la sorpresa que te tengo. — Puso los ojos en blanco. Ser madre era un trabajo muy duro—. No estoy enfadada contigo, mi amor. Últimamente he tenido muchas cosas en la cabeza y me he olvidado de ti, necesito un poco de diversión.

Mientras hablaba, iba recorriendo la habitación buscando a Davey, luego, al no encontrarlo, frunció el cejo. Al salir de ella sentía pequeñas punzadas de preocupación. Lora apareció arrastrando a una mujer detrás de ella por una argolla que llevaba al cuello.

— Nos hemos quedado sin niños, pero esta mujer es pequeña.

— No, ahora no. No encuentro a Davey.

— ¿No está en su habitación? — Lora echó un vistazo—. Ah, muy creativo. Se está escondiendo en alguna parte porque estás enfadada con él.

— Siento algo... — Lilith apoyó una mano sobre su vientre — . Algo anudado dentro de mí. Quiero que lo encuentren. Ahora mismo.

Organizaron una búsqueda, registraron a fondo la casa principal, los edificios anexos, los campos dentro del área protegida. La tensión en el estómago de Lilith aumentó, hasta convertirse en un nudo sofocante cuando descubrieron que el pony de Davey había desaparecido.

— Se ha ido. Se ha escapado. Oh, ¿por qué no me he asegurado de que estuviese en su habitación? Tengo que encontrarlo.

— Espera. Espera — insistió Lora, y cogió con fuerza el brazo de Lilith — . No puedes arriesgarte a salir del área protegida.

— Davey es mío. Tengo que encontrarlo.

— Y lo encontraremos. Lo encontraremos. Enviaremos a nuestros mejores rastreadores. Usaremos a Midir. Iré yo misma.

— No. — Haciendo un esfuerzo para tranquilizarse, Lilith cerró los ojos — . No puedo dejar que te arriesgues. Lucio. Busca a Lucio y dile que se reúna conmigo en la madriguera de Midir. Date prisa.

Lilith enfrió su sangre y su mente. Gobernar exigía calor, ella lo sabía, pero también requería hielo. Y ahora lo que más necesitaba era hielo para mantenerse fuerte hasta que el príncipe estuviese otra vez a salvo.

— Dependo de ti, Lucio.

— Mi señora, yo lo encontraré. Os doy mi palabra; daría mi vida para verlo en casa a salvo.

— Lo sé. — Apoyó la mano sobre su hombro — . No hay nadie en quien confíe más que en ti. Trae al príncipe junto a mí y te daré cualquier cosa que me pidas.

Lilith se volvió hacia Midir.

— ¡Encuéntralo! ¡Encuentra al príncipe con tu bola de cristal!

— Estoy buscándolo.

En la pared había un gran óvalo de cristal. En él se reflejaba el mago vestido con sus largas túnicas negras, la habitación donde realizaba su magia negra y ninguno de los tres vampiros que lo miraban.

Una nube de humo se deslizó sobre el cristal, giró y se repartió a lo largo del borde. A través de él comenzó a brotar la noche. Y con la noche llegó la sombra de un niño que montaba un pony.

— Oh, ahí está. — Lilith lanzó un breve grito y cogió la mano de Lora — . Mira qué bien que monta, qué erguido va en la silla. ¿Dónde está? ¿Dónde en esta maldita tierra está el príncipe?

— Está detrás de la partida de caza — dijo Lucio mientras estudiaba la visión reflejada en el cristal—. Y se dirige hacia el campo de batalla. Conozco ese terreno, señora.

— De prisa entonces, de prisa. Obstinado chiquillo — musitó—. Esta vez seguiré tu consejo, Lora. Cuando regrese, recibirá una buena tunda. Mantenlo en ese cristal, Midir. ¿Puedes enviarme junto a él, una ilusión de mí?

— Pedís demasiada magia al mismo tiempo, majestad.

Haciendo ondear sus túnicas negras, Midir se acercó al caldero y, moviendo las manos por encima del gran recipiente, hizo surgir un humo color verde pálido.

— Necesitaré más sangre — dijo.

— Humana, supongo.

Los ojos de Midir brillaron.

— Eso sería lo mejor, pero también puedo emplear la sangre de un cordero o una cabra.

— Estamos hablando del príncipe — espetó ella con voz cortante—. No utilizaremos la sangre de un animal. Lora, haz que traigan a esa mujer que iba a ser mi cena. Midir puede usarla a ella.

Davey cabalgaba velozmente en la oscuridad. Se sentía fuerte y feroz y bien. Les demostraría a todos que era el guerrero más grande que jamás había existido. El Príncipe de la Sangre, pensó con un atisbo de sonrisa. Haría que todo el mundo lo llamase por ese nombre. Incluso su madre.

Ella le había dicho que era pequeño, pero no lo era.

Había pensado en seguir el rastro de la partida de caza para luego avanzar entre ellos y ordenarles que le dejaran tomar el mando. Ninguno se atrevería a cuestionar al Príncipe de la Sangre. Y él causaría la primera muerte.

Pero algo lo estaba apartando de ellos, del olor de los de su propia especie. Algo poderoso y tentador. Él no necesitaba quedarse con una partida de caza, seguirles como si fuese un bebé. Todo ellos eran menos que él.

Quería seguir la música que canturreaba en su sangre y el olor de la muerte antigua.

Ahora cabalgaba lentamente y con la excitación bullendo en su interior. En la oscuridad había algo maravilloso. Algo maravilloso y suyo.

Vio el campo de batalla bajo la luz de la luna, y la belleza de ese lugar le estremeció igual que cuando su madre lo dejaba entrar en ella y cabalgarla como si fuese un pony.

Mientras esa sensación lo quemaba por dentro, vio unas figuras en el terreno elevado. Dos humanos, pensó, y un dragón.

Los liquidaría a todos, los mataría, les vaciaría la sangre y llevaría sus cabezas para arrojarlas a los pies de su madre.

Nadie volvería a llamarlo pequeño otra vez.

## CAPÍTULO 18

Moirá sentía algo duro en el centro del pecho, como un puño preparado para golpear. Le costaba respirar, pero permaneció junto a Cian, en el borde del Silencio.

— ¿Qué es lo que sientes? — le preguntó.

— Siento que tiran de mí — contestó Cian —. No debes tocarme.

— ¿Tirando de ti cómo?

— Como con cadenas en los tobillos, alrededor de la garganta, tirando en direcciones opuestas.

— Dolor.

— Sí, pero es un dolor mezclado con fascinación. Y sed. Puedo oler la sangre en la tierra. Es densa y rica. Puedo oír los latidos de tu corazón, saborear tu olor.

Sus ojos, sin embargo, eran los ojos de Cian, pensó ella. No ardían rojos, como lo habían hecho la noche en que fue allí con Larkin.

— Ellos serán más fuertes aquí que en otro lugar.

Cian la miró y se dio cuenta de que debió saber que ella entendería eso.

— Sí, ellos serán más fuertes aquí. Habrá más de ellos que de vosotros. Impulsados por lo que ha sido procreado en este sitio, así como por el poder de Lilith sobre ellos, la muerte no significará para ellos lo mismo que para los vuestros. Ellos llegarán y seguirán llegando sin pensar por un instante en su propia supervivencia.

— Crees que perderemos. Que moriremos aquí, todos nosotros.

«La verdad — pensó él — la protegerá mejor que las evasivas.»

— Creo que las posibilidades de derrotarlos disminuyen.

— Es posible que tengas razón. Te diré lo que yo sé de este lugar, lo que he leído y lo que creo que es verdad de todo ello.

Ella miró nuevamente a través de esa tierra salpicada de hoyos llamadas dunas.

— Hace mucho, mucho tiempo, antes de que los mundos se separasen y donde en vez de muchos había uno, sólo había dioses y demonios. El hombre aún debía aparecer para interponerse entre ellos, para luchar contra unos u otros, para tentar a unos u otros. Unos y otros eran fuertes,



codiciosos y salvajes, y unos y otros querían el dominio. Pero aun así, los dioses, a pesar de su crueldad, no querían cazar y matar a los de su propia especie, ni querían cazar y matar a los demonios para divertirse o alimentarse.

— ¿De modo que ésa era la frontera entre el bien y el mal?

— Tiene que haber una línea, aunque sólo sea eso. Hubo una guerra. Eones de guerra que condujeron a este lugar. Aquí tuvo lugar su última batalla. Y creo que fue la más sangrienta, la más cruel y la más estéril de todas las que se habían librado. No hubo victoria para ninguno de los dos bandos. Sólo un océano de sangre en este valle inhóspito; con el paso del tiempo, la sangre fue desapareciendo y empapando la tierra cada vez más profundamente.

— ¿Por qué aquí? ¿Por qué en Geall?

— Creo que cuando los dioses crearon Geall, pensaron que viviría durante siglos en paz y prosperidad, y este valle fue el precio. El equilibrio.

— ¿Y ahora hay que pagar?

— Siempre se ha tratado de eso, Cian. Ahora los dioses encargan a los humanos la tarea de librar la batalla contra ese demonio que comenzó como humano. Vampiros contra los que son su origen y su presa. Aquí todo se equilibra o todo se derrumba. Pero Lilith no entiende lo que puede suceder si ella gana esta guerra.

— Que nos extinguiremos. Mi especie. — Cian asintió al haber llegado a la misma conclusión que Moira —. Nada prospera en el caos.

Ella se quedó callada por un momento.

— Ahora estás más tranquilo porque estás pensando.

Él dejó escapar una breve risa.

— Tienes razón. Aun así, es el último lugar en este mundo, o en cualquier otro, donde yo quisiera organizar una comida campestre.

— La tendremos a la luz de la luna después de Samhain. Hay un lugar que es el favorito de Larkin y mío. Está...

Aunque él le había dicho que no lo tocara, ahora cogió la muñeca de Moira.

— Chis. Algo...

Sin decir nada, Moira llevó una mano a la aljaba que cargaba a la espalda y sacó una flecha.

Entre las sombras, Davey sonrió y sacó su preciosa espada. Lucharía de la manera en que se suponía que debía luchar un príncipe. Cortaría y clavaría y mordería.

Y bebería, bebería, bebería.

Se inclinó sobre la silla de montar dispuesto a lanzar un grito de guerra, cuando Lilith apareció delante de él.

— ¡Davey!, quiero que des la vuelta inmediatamente con este pony y que regreses a casa.

La expresión de fiereza de su rostro se convirtió en un puchero infantil.

— ¡Estoy cazando!

— Cazarás cuándo y dónde yo te diga. No tengo tiempo para estas tonterías, para esta preocupación. Tengo una guerra que librar.

Ahora, en el rostro de Davey apareció una expresión obcecada que hizo aparecer arrugas en su frente. Sus ojos brillaron intensamente en la oscuridad.

— Voy a luchar. Voy a matar a los humanos y entonces dejarás de tratarme como a un bebé.

— Yo te hice y puedo deshacerte. Harás exactamente lo que yo... ¿qué humanos?

Davey hizo un gesto con la espada señalando hacia adelante. Cuando ella se volvió, y vio a Cian y Moira, un miedo cervical atenazó el estómago de Lilith. Trató inútilmente de coger las riendas del pony, pero su mano pasó a través del cuello del animal.

— Escúchame, Davey. Sólo uno de ellos es humano. El hombre es Cian. Es muy poderoso, muy fuerte, muy viejo. Tienes que escapar de aquí. Haz que este pony corra a toda velocidad. No debes estar aquí. No debemos estar aquí ahora.

— Estoy hambriento. — Sus ojos empezaron a cambiar de color y deslizó la lengua sobre los labios y los colmillos—. Quiero matar al viejo. Quiero beber la sangre de la mujer. Ellos son míos, son míos. ¡Soy el Príncipe de la Sangre!

— ¡Davey, no lo hagas!

Pero con un violento golpe de sus talones, Davey se lanzó al galope con su pony.

Fue todo tan rápido como un relámpago, pensó Moira. El sonido de la espada de Cian al salir de la vaina, el movimiento de su cuerpo para colocarse delante del suyo a modo de escudo. El jinete salió de la oscuridad como una exhalación, pero ella tenía el arco preparado para disparar.

Entonces vio que se trataba de un niño, un niño pequeño montado sobre un pony fuerte y ruano. Su corazón dio un pequeño vuelco y su cuerpo se sacudió. La flecha erró el blanco.

El niño gritaba, aullaba, gruñía. Un cachorro de lobo de caza.

Lilith volaba detrás del pony, un demonio en verde esmeralda y dorado, atravesando el aire con las manos convertidas en garras y los colmillos brillando en la oscuridad.

La segunda flecha de Moira pasó a través de su corazón y se perdió en el aire.

— ¡Ella no es real! — gritó Cian—. Pero el niño sí lo es. Monta en el dragón y lárgate de aquí.

Cuando ella buscó una tercera flecha, Cian la empujó a un lado y saltó sobre el pony.

Un niño pequeño, pensó Moira. Un niño pequeño con los ojos rojos y ardientes y los colmillos como puñales. Agitaba en la mano una espada en miniatura mientras refrenaba su pony. Los gritos de Lilith eran como lanzas de hielo que atravesaron el cerebro de Moira cuando el niño cayó del pony y su cuerpo golpeó con violencia contra el suelo rocoso.

Sangraba donde las rocas lo habían golpeado y arañado, y Moira vio que lloraba como lo haría un niño que se hubiese caído.

Contuvo el aliento negando, cuando Cian avanzó con la imagen ilusoria de Lilith tratando de clavarle las uñas con sus manos intangibles. Con el corazón y la mente descompuestos, Moira bajó el arco.

El segundo jinete emergió como una furia de la oscuridad iluminada por la luna. Ahora no se trataba de un niño, sino de un hombre armado para el combate, su ancha espada de dos filos hendiendo el aire.

Cian giró sobre sí mismo y enfrentó el ataque.

Las espadas chocaron con violencia, la música mortal de los aceros resonando a lo largo del valle yermo. Cian saltó y desmontó al jinete con un terrible golpe en la garganta.

Al no tener un disparo limpio, Moira lanzó el arco al suelo y sacó la espada. Antes de que pudiese correr a luchar junto a Cian, el niño se apoyó sobre manos y rodillas. Alzó la cabeza y la miró con ojos brillantes.

Lanzó un gruñido.

— No lo hagas. — Moira retrocedió un paso cuando Davey se agachó para saltar sobre ella—. No quiero hacerte daño.

— Te cortaré la garganta. — Davey mostró los dientes mientras caminaba alrededor de ella—. Y beberé y beberé. Deberías huir. Me gusta más cuando tratan de huir.

— No huiré. Pero tú sí deberías hacerlo.

— ¡Davey, corre! ¡Corre ahora!

Davey giró la cabeza hacia Lilith y gruñó como un perro rabioso.

— ¡Quiero jugar! ¡Aléscodite! ¡A la peste!

— No jugaré contigo.

Moirá giraba con él, tratando de mantenerlo a distancia agitando la espada.

Davey había perdido su pequeña espada al caer del pony, pero Moira se dijo que usaría la suya si saltaba sobre ella porque él no estaba desarmado; ningún vampiro lo estaba nunca. Y sus colmillos refulgían, afilados y puntiagudos.

Ella giró y lanzó una patada, apuntando hacia abajo para golpear a Davey en el estómago y obligarle a retroceder.

La forma ilusoria de Lilith se agazapó sobre él siseando como una serpiente.

— Te mataré por esto. Te arrancaré la piel de los huesos antes de acabar contigo. ¡Lucio!

Éste intentó asestarle una estocada a Cian. Ambos estaban manchados de sangre, y también tenían los ojos inyectados en ella. Los dos saltaron y chocaron violentamente en el aire.

— ¡Corre, Davey! — gritó Lucio — . ¡Corre!

Davey dudó y algo apareció en la expresión de su rostro. Moira pensó por un instante que estaba viendo al niño que el demonio había devorado. El miedo, la inocencia, la confusión.

Echó a correr como lo hacen los niños, cojeando con las rodillas arañadas. Y cogió velocidad, con esa elegancia pavorosa de que disponen los vampiros, mientras se dirigía hacia las espadas afiladas.

Moirá dejó caer la suya y recogió el arco. Un segundo demasiado tarde, ya que Davey saltó sobre la espalda de Cian y lo atacó con colmillos y puños. Si disparaba, la flecha podía atravesar al niño y clavarse en Cian.

Un chasquido. Más fogonazos de tiempo. El niño salió despedido por el aire, impulsado por un golpe feroz. Apoyó las manos sobre sus ojos ardientes y se echó a llorar llamando a su madre.

Lilith volvió a gritar:

— ¡Lucio, el príncipe! ¡Ayuda al príncipe!

Su lealtad, sus años de servicio le costaron caro. Cuando Lucio giró la cabeza una fracción de segundo hacia Lilith, Cian se la cortó con un solo golpe de su espada.

Davey se levantó con el terror pintado en el rostro.

— Acaba con él — gritó Cian cuando Davey echó a correr—. Dispárale.

Ahora los fogonazos de tiempo se ralentizaron. Gritos salvajes, llanto salvaje, resonando a través del aire. La figura de un niño corriendo con sus piernas cansadas y cubiertas de sangre. Lilith, con el rostro lleno de horror y miedo, de pie entre Moira y el niño, los brazos extendidos en un gesto de defensa o de súplica.

Moira miró a Lilith a los ojos mientras los suyos se empañaban.

Luego, con el corazón desgarrado, parpadeó hasta ver con claridad y lanzó la flecha.

Cuando la flecha pasó a través de Lilith, el chillido fue horriblemente humano. El grito siguió y siguió mientras la flecha continuaba su vuelo, recto y preciso, hasta encontrar el corazón de quien una vez había sido un niño pequeño que jugaba en la cálida espuma de las olas junto con su padre.

Luego, Moira estaba de nuevo sola con Cian en el borde de un valle que parecía susurrar con el hambre de más sangre.

Cian se agachó y recogió las espadas.

— Tenemos que salir de aquí. Ahora. Ella ya debe de haber enviado soldados.

— Ella le quería. — La voz de Moira sonó extraña y débil a sus propios oídos—. Ella amaba a ese niño.

— El amor no es algo exclusivo de los humanos. Tenemos que irnos.

Con la mente ofuscada, Moira trató de concentrarse en Cian.

— Estás herido.

— Y no tengo intención de dejar más sangre aquí. Monta.

Moira asintió, recogiendo sus armas antes de subir a lomos del dragón.

— Ella lo había matado — murmuró Moira mientras Cian montaba detrás de ella—. Pero le amaba.

No dijo nada más mientras se alejaban volando del campo de batalla.

Glenna se hizo cargo de ellos en cuanto regresaron al castillo, llevándolos a ambos al salón para una primera cura.

— No estoy herida — insistió Moira, pero se dejó caer pesadamente en un sillón—. No me han tocado.

— Quédate sentada. — Glenna comenzó a desabrochar la camisa de Cian—. Fuera la camisa, guapo, para que pueda echarle un vistazo a las heridas.

— Unos cortes, algunos pinchazos. — Reprimió un gesto de dolor mientras se quitaba la camisa—. Ese tío era bueno con la espada, y muy rápido.

— Yo diría que tú has sido mejor y más rápido que él. — Blair le alcanzó un vaso de whisky—. Esa mordedura que tienes en la espalda es una mordedura muy fea, amigo. ¿Qué pasa? ¿Ese tío peleaba como una chica?

— Ha sido el niño — dijo Moira antes de que Cian pudiese contestar. Meneó la cabeza ante el vaso de whisky que Blair le ofrecía—. El niño de Lilith, el que ella llamaba Davey. Nos ha atacado montado en un pony y agitando en el aire una espada no más grande que una de juguete.

— No era un niño — la contradijo Cian rotundamente.

— Sé lo que era.

Moira cerró los ojos.

— ¿Un pequeño vampiro te ha hecho todo esto? — preguntó Blair.

— No. — Cian la miró con el cejo fruncido—. ¿Por quién me tomas? El soldado, veterano y entrenado, que Lilith había enviado tras su cachorro es quien me lo ha hecho, excepto esa mordedura.

— ¿Cómo debo tratarla? — le preguntó Glenna—. ¿La mordedura de un vampiro a otro vampiro?

— Como cualquier otra herida. Puedes ahorrarte la jodida agua bendita. Se curará rápidamente como las otras.

— Ir allí ha sido correr un riesgo estúpido — dijo Hoyt.

— Era necesario — replicó Cian—. Para mí. Y nuestras buenas noticias son que lo que sea que haya en ese lugar no ha impedido que convirtiese a otro vampiro en un montón de polvo. Moira.

— Cian esperó hasta que ella abrió los ojos y lo miró—. Tenías que hacerlo. Podía haber habido otros que viniesen detrás del que Lilith llamaba Lucio. Si yo hubiese ido tras ese niño, me habría llevado tiempo y te hubieses quedado sola. No era menos enemigo para ti porque fuese pequeño.

— Sé lo que era — repitió Moira—. Él era lo que mató a Tynan, lo que trató de matar a Larkin. Lo que nos habría matado esta noche a los dos si las cosas hubiesen salido de otro modo. Sin embargo, he visto su rostro... debajo de lo que era. Era joven y dulce. He visto el rostro de Lilith y era el de una madre aterrada por la suerte de su hijo. Le alcancé con una flecha cuando huía llamando a su madre. No importa lo que pueda suceder a partir

de ahora, nada de lo que haga será peor que eso. Y sé que puedo vivir con ello.

Dejó escapar el aire mientras su cuerpo se estremecía.

— Creo que ahora aceptaré ese whisky después de todo. Me lo llevaré a mi habitación si no os importa. Estoy cansada.

Cian esperó a que Moira abandonase el salón.

— Lilith irá a por ella. Es posible que no pueda entrar físicamente en la casa, pero lo hará en sueños o como una ilusión.

Hoyt se levantó.

— Me encargaré de ello, me aseguraré de que la protección que tenemos es lo bastante fuerte.

— Moira no querrá verme ahora — murmuró Larkin—. A ninguno de nosotros — añadió mirando a Cian—. Necesitará quedarse a solas con todo esto durante un rato. Y podrá vivir con ello, tal como ha dicho. — Ahora Larkin se sentó frente a Cian—. ¿Dices que el que luchó contra ti se llamaba Lucio?

— Así es.

— Fue con él y con el niño vampiro con quienes tuve aquella escaramuza cuando estuve en las cuevas. Yo diría que has liquidado a uno de los hombres más importantes de Lilith. Lucio era una especie de general. Me parece que ésta será una noche muy dura para Lilith, gracias a ti y a Moira.

Y ella vendrá con más fuerza ahora debido a ello. Hemos destruido o dañado a los más cercanos a ella, y Lilith vendrá a buscar su maldita venganza.

— Dejemos que venga — dijo Blair.

Por ella, habría ido en ese mismo momento; tan demencial era su furia, su desesperación, su dolor. Se necesitaron seis guardias y la magia de Midir para inmovilizarla mientras Lora le hacía tragar una dosis de sangre narcotizada.

— ¡Os mataré a todos! A cada uno de vosotros por esto. Quitadme las manos de encima antes de que os las corte y las arroje a los lobos.

— ¡Que no se mueva! — ordenó Lora, y obligó a Lilith a beber más sangre—. No puedes ir a su base esta noche. No puedes ir allí y atacarlos sin el ejército. Todo lo que has trabajado y planificado se perdería.

Todo se ha perdido. Ella lo ha atravesado con una flecha.

Lanzó la cabeza hacia adelante, con los colmillos desnudos, y los hundió en una de las manos que la sujetaban. Sus propios gritos se mezclaron con los alaridos de dolor del herido.

— Si la sueltas, yo me encargaré de algo más que de tu mano le advirtió Lora—. Ya no hay nada que podamos hacer por él, mi amor, querida mía.

— Es un sueño. No es más que un sueño. — Lágrimas de sangre corrían por las mejillas de Lilith—. No puede estar muerto.

— Ya, ya, así. — Haciendo una seña a los guardias para que se apartasen, Lora cogió a Lilith entre sus brazos—. Dejados solos. Todos vosotros. ¡Fuera de aquí!

Se sentó en el suelo, meciendo a Lilith, acunándola mientras sus lágrimas se mezclaban.

— Él era mi tesoro — sollozaba Lilith entre sus brazos.

— Lo sé. Lo sé, y elmío.

— Quiero que encuentren a ese pony. Y lo quiero muerto.

— Así se hará.

— Davey sólo quería jugar. — Buscando consuelo, frotó la nariz contra el hombro de Lora—. En unos días yo le habría dado todo. Ahora... arrancaré la piel de los huesos de esa mujer y verteré su sangre en una tina de plata. Me bañaré en esa sangre, Lora, lo juro.

— Nos bañaremos juntas mientras bebemos de ese renegado que mató a Lucio.

— Lucio, Lucio. — Las lágrimas corrieron más abundantes por sus mejillas—. Él ha entregado su eternidad tratando de salvar a nuestro Davey. Haremos una estatua de él, de ambos. Moleremos los huesos de los humanos y la levantaremos con su polvo.

— Ellos estarían encantados. Ahora ven conmigo. Necesitas descansar.

— Me siento tan débil, tan agotada... — Con la ayuda de Lora se puso de pie—. Encárgate de que todos los humanos que tenemos en existencia sean ejecutados y vaciados. No, no, torturados y vaciados. Lentamente. Quiero oír sus gritos mientras duermo.

Moira no soñó. Simplemente cayó en el vacío y se quedó allí flotando. Tenía que agradecerle a Hoyt esas horas de paz, pensó mientras comenzaba a despertarse. Unas horas de paz en las que no había visto el rostro de un niño confundido con el de un monstruo.



Ahora había trabajo que hacer. Los meses de preparación se habían reducido a días que podían contarse por horas. Mientras la reina de los vampiros lloraba su pérdida, la reina de Geall haría todo lo que fuese necesario hacer en cada momento.

Se desmereció y se sentó en la cama. Y vio a Cian sentado en el sillón, junto al fuego que ardía lentamente.

— Todavía no ha amanecido — dijo él—. Podrías dormir un poco más.

— Ya he dormido suficiente. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

— No llevo la cuenta del tiempo.

Ella había dormido como los muertos, pensó. Él no había llevado la cuenta del tiempo transcurrido, pero sí la de los latidos de su corazón.

— ¿Y tus heridas?

— Curándose.

— Podrías haber recibido menos, pero fui débil. No volverá a pasar.

— Te dije que te fueras. ¿No confiabas en que fuese capaz de enfrentarme a dos de ellos, especialmente cuando uno era de la mitad de mi tamaño? Menos aún.

Ella se apoyó en el respaldo de la cama.

— Muy inteligente de tu parte tratar de convertir esto en una cuestión de falta de confianza mía en tus habilidades para el combate en lugar de falta de temple por mi parte.

— Si hubieses tenido menos temple y más juicio, te habrías marchado cuando te dije que lo hicieras.

— Y una mierda. El tiempo de huir ya ha pasado, y yo jamás te hubiera dejado solo. Te amo. Tendría que haber acabado con ese niño vampiro con la espada, rápidamente. En cambio, tuve un momento de vacilación y traté de encontrar alguna manera de ahuyentarlo para no tener que ser yo quien lo matase. Ese momento de debilidad podría habernos costado la vida. Puedes creerme cuando te digo que eso me consume.

— ¿Y la culpa equivocada que acompaña esa muerte?

— Eso puede que me lleve un poco más de tiempo, pero no interferirá en lo que deba hacer. Sólo nos quedan dos días. Dos días. — Miró hacia la ventana—. Todo está en silencio. En este momento, justo antes del alba, todo está en silencio. Lilith mató a un niño y llegó a amar aquello en lo que lo había convertido.

— Sí, pero eso no hace que sean menos monstruosos.

— Dos días — repitió ella, casi en un susurro. Algo en su interior ya había comenzado a morir— . Si ganamos, te marcharás cuando todo esto

haya terminado, si no lo hacemos, volverás a atravesar el Baile de los Dioses. Nunca volveré a verte, a tocarte, o a despertarme y ver que has estado velándome en la oscuridad.

— Me marcharé — fue todo lo que Cian dijo.

— ¿Te vas a acercar, me abrazarás ahora, antes de que salga el sol?

Cian se levantó y se acercó a la cama. Se sentó junto a Moira y la cogió entre sus brazos de modo que su cabeza quedó apoyada en su hombro.

— Dime que me amas.

— Como no he amado nunca a nadie. — Cuando Moira alzó la cabeza, él la besó en los labios.

— Tócame. Saboréame. — Cambió de posición de modo que quedó encima de él, con el cuerpo estremecido y los labios buscándolo —. Tómame.

¿Cómo podía no hacerlo? Ella lo estaba envolviendo, saturando sus sentidos, atizando sus necesidades hasta hacer que ardiesen. Ofreciendo tanto como pedía mientras apretaba los labios de él contra sus pechos.

— Toma más. Más y más.

Sentía la boca de ella caliente y desesperada mientras se quitaba la ropa, sus dientes mordisqueando su barbilla con mordiscos rápidos y afilados mientras su aliento se estremecía.

Ahora estaba viva, ardiendo y viva, con todo lo que crecía en su interior y la lastimaba. ¿Cómo podía apartarse de aquello? ¿Del amor, del calor, de la vida?

Si estaba destinada a morir en la batalla lo aceptaría. Pero ¿cómo podría vivir, día tras día, noche tras noche, sin corazón?

Se colocó a horcajadas sobre Cian, tomándolo dentro de ella, con las caderas agitándose violentamente mientras trataba de sentir más, de tomar más. De saber más.

Sus ojos brillaron intensamente, casi con locura, y permanecieron fijos en los de Cian. Luego se inclinó sobre él y su pelo cayó, cubriéndoles a ambos, atrapándolo a él en su textura y fragancia.

— Ámame.

— Lo hago.

Sus dedos se hundieron en sus caderas mientras ella lo conducía hacia el borde dentado de la cumbre.

— Tócame, saboréame, tómame. — Con un grito, ella bajó la garganta hacia sus labios, apretó aquella carne suave y blanda, con su sangre palpitando contra él —. Transfórmame.

Estaba más allá de su control detener la marea que surgía a chorros a través de él, caliente, intensa, turbulenta... y también a través de Moira; él lo sabía mientras el cuerpo de ella se agitaba y estremecía. Y, temblando, ella frotó ese pulso palpitante contra sus labios.

— Conviérteme en lo que eres. Dame la eternidad contigo.

— Basta. — Mientras su cuerpo también se estremecía, la apartó de él con suficiente fuerza como para casi lanzarla al suelo —. ¿Usarías lo que soy contra mí?

— Sí. — Su pecho ardía con las lágrimas que se derramaban a través de su voz —. Cualquier cosa, a cualquiera. ¿Por qué debíamos encontrar esto sólo para perderlo? Dos días, sólo quedan dos días. Quiero más.

— No podemos tener más.

— Podríamos tenerlo. Lilith amaba lo que había creado, yo lo vi. Tú me amas ahora, y yo te amo. Eso no dejará de ser así con la transformación.

— Tú no sabes nada de eso.

— Sí, sí lo sé. — Ella cogió la mano de Cian cuando éste salía de la cama —. No hay nada que yo no haya leído. ¿Cómo podemos simplemente separarnos y seguir adelante? ¿Por qué debería elegir la muerte en el campo de batalla en lugar de por tu mano? No sería una verdadera muerte si tú me transformas.

Cian se liberó de su mano y luego pareció suspirar. Con una ternura que ella no podía ver en sus ojos, él le cogió el rostro entre las manos.

— Por nada del mundo.

— Si me amases...

— Esa frase es un pobre truco femenino. No es digno de ti. Si te amases menos, podría hacer exactamente lo que me pides. Lo he hecho antes.

Cian se acercó a la ventana. El amanecer estaba sobre ellos, pero no había necesidad de correr las cortinas, pues había llegado acompañado de lluvia.

— Una vez, hace mucho tiempo, hubo una mujer que me importaba. Ella me amaba, o amaba lo que creía que yo era. Yo la cambié porque quería conservarla a mi lado. — Se volvió hacia donde Moira estaba arrodillada en la cama, llorando en silencio —. Era inteligente, divertida y hermosa. Pensé que seríamos unos buenos compañeros. Y lo fuimos durante casi una década, hasta que ella se topó con una antorcha certera.

— No sería así.

— Ella era el doble de asesina que yo. Le gustaban sobre todo los niños. Era inteligente, divertida y hermosa... y la transformación no había

cambiado un ápice esas características. Sólo que, una vez que fue igual que lo que yo era, utilizó esas cualidades para atraer a los niños.

— Yo nunca podría...

— Sí podrías — dijo él categóricamente—. Y sin duda lo harías. No convertiré en un monstruo a la luz más radiante de mi vida. No, nunca te veré como yo soy.

— Yo no veo a ningún monstruo cuando te miro.

— Volvería a serlo si hiciera lo que me pides. No serías sólo tú quien cambiase, Moira. ¿Acaso quieres volver a condenarme?

Ella apretó las manos contra sus ojos.

— No. No. Quédate entonces. — Dejó caer las manos—. Quédate conmigo, tal como somos. O llévame contigo. Una vez que Geall esté a salvo, puedo dejarlo en manos de mi tío, o...

— ¿Y qué? ¿Vivir conmigo en las sombras? No puedo darte hijos. No puedo darte ninguna clase de auténtica vida. ¿Cómo te sentirás dentro de diez, veinte años, cuando hayas envejecido y yo no? ¿Cuando te mires en el espejo y veas en tu naturaleza lo que nunca podrás ver en la mía? Ya hemos robado estas semanas. Tendrán que ser suficientes para ti.

— ¿Pueden serlo para ti?

— Estas semanas han sido más de lo que nunca tuve o soñé tener. No puedo ser un hombre, Moira, ni siquiera para ti. Pero puedo sentir cuando me lastiman, y ahora tú lo estás haciendo.

— Lo siento, lo siento. Es como si estuviesen oprimiendo todo lo que hay en mi interior. Mi corazón, mis pulmones. No tenía derecho a pedirte eso, lo sé. Lo sabía incluso mientras lo hacía cuando lo hice. Sabía que era algo egoísta y equivocado. Y débil — añadió—, cuando había jurado que no volvería a ser débil. Sé que no puede ser. Sé que no es posible. Lo que no sé es si puedes perdonarme.

Cian se acercó y se sentó junto a ella.

— La mujer a la que transformé no sabía lo que yo era hasta aquel momento. Si lo hubiese sabido, habría huido lanzando alaridos de terror. Tú sabes lo que soy. Me lo has pedido porque eres humana. Yo no necesito pedirte que me perdones por ser lo que soy, por tanto, tú no necesitas pedirme que te perdone por ser lo que eres.

## CAPÍTULO 19

Moira pasó con Glenna la mayor parte del día, fabricando y encantando las bolas de fuego. Aproximadamente cada hora, dos o tres hombres subían a la torre y se llevaban lo que ya estaba hecho para apilarlo fuera.

— Nunca pensé que diría esto — comentó Moira después de la cuarta hora de trabajo ininterrumpido —, pero la magia puede ser muy aburrida.

— Hoyt diría que lo que estamos haciendo aquí es casi tanto ciencia como magia. — Glenna se secó el sudor del rostro con el brazo—. Y sí, ambas cosas pueden ser jodidamente aburridas. Sin embargo, al ayudarme a hacer esto, se reduce el tiempo y se aumenta la carga explosiva. Hoyt lleva todo el día encerrado con Cian, estudiando mapas y decidiendo estrategias.

— Algo que probablemente es igual de aburrido.

— Apuesto a que más.

Glenna recorrió nuevamente la fila de bolas endurecidas que ambas habían fabricado, con las manos extendidas y los ojos fijos, al tiempo que recitaba el conjuro. Moira podía ver cómo el uso constante de poder se estaba cobrando su precio en su amiga.

Las sombras que había debajo de los ojos verdes de Glenna parecían hacerse más profundas a cada hora que pasaba. Y cada vez que desaparecía el rubor que el escaso calor llevaba a sus mejillas, su piel parecía más pálida, más agotada.

— Deberías dejarlo durante un rato — dijo Moira cuando Glenna terminó de encantar la última bola—. Tomar un poco de aire, comer un bocado.

— Quiero acabar este lote, pero primero me tomaré un minuto. Aquí apesta a azufre. — Fue hasta la ventana y se inclinó hacia afuera para respirar el aire fresco y puro—. Oh. Esto es un verdadero espectáculo. Moira, ven a ver a esto. Los dragones vuelan alrededor de las tiendas de campaña.

Moira se acercó a la ventana para contemplar el vuelo de los dragones, la mayoría de ellos montados por jinetes que los entrenaban para descender o girar cuando se lo ordenasen. Los dragones aprendían rápidamente, pensó ella, y constituían un brillante espectáculo contra el cielo plomizo.

— Seguro que estás deseando poder tomar una fotografía o, al menos, hacer un boceto.

— Me pasaré los próximos diez años haciendo bocetos e ilustraciones de todo lo que he visto en estos últimos meses — contestó Glenna.

— Te echaré terriblemente de menos cuando todo esto haya acabado y ya no estés aquí.

Glenna, comprensiva, rodeó los hombros de Moira y luego le besó el pelo.

— Sabes que si existe alguna forma de venir, lo haremos. Te visitaremos. Tenemos la llave, tenemos el portal, y si lo que hemos hecho aquí no merece la bendición de los dioses, no sé qué podría merecerla.

— Lo sé. A pesar de lo horribles que han sido estos últimos meses, en muchos sentidos, me han dado mucho. Tú y Hoyt, y Blair. Y...

— Cian.

Moira mantuvo la mirada fija en los dragones.

— Cian no volverá a visitarme, con o sin la bendición de los dioses.

— No lo sé.

— No lo hará, aunque fuese posible para él, no regresará a mí.

— Pequeñas muertes, pensó Moira, cada hora, cada día —. Siempre lo he sabido. Querer que sea diferente no cambia lo que es, o lo que no puede ser. Es una de las cosas que Morrigan me decía, acerca del tiempo de la certeza. Usar mi corazón y mi cabeza juntos. Tanto mi corazón como mi cabeza saben que no podemos estar juntos. Si lo intentásemos nos desgarraría hasta el punto de que ninguno de los dos sería capaz de sobrevivir. Yo he intentado negar eso, degradándome, lastimándolo.

— ¿Cómo?

Antes de que Moira pudiese contestar, Blair irrumpió en la habitación.

— ¿Qué ocurre? ¿Una pequeña pausa femenina? ¿Cuál es el tema? ¿Moda, comida u hombres? Oh-oh — añadió cuando ellas se volvieron y Blair vio sus rostros —, el tema deben de ser los hombres, y yo sin chocolate para repartir. Escuchadme, me iré dentro de un momento, sólo quería deciros que han sido avistadas las últimas tropas que salieron del castillo. Estarán aquí dentro de una hora.

— Es una buena noticia. No, quédate un momento, ¿quieres? — le pidió Moira —. Deberías saber lo que estaba a punto de confesar. Ambas habéis puesto el corazón y la sangre en todo esto. Habéis sido las mejores amigas que he tenido nunca, o que tendré.

— El tono de tu voz es muy serio, Moira. ¿Qué hiciste? ¿Decidiste pasarte al lado oscuro y salir de paseo con Lilith?

— No vas muy desencaminada. Le pedí a Cian que me transformase.

Blair asintió mientras se acercaba a ella.

— No veo ninguna mordedura en tu cuello.

— ¿Por qué no estáis enfadadas o al menos sorprendidas? Ninguna de las dos.

— Yo creo — dijo Glenna lentamente — que en tu lugar yo habría hecho lo mismo. Sé que lo hubiera deseado. Si salimos con vida de esto, Blair y yo nos marcharemos con nuestros hombres. Tú no puedes hacer lo mismo. ¿Y crees que vamos a juzgarte por tratar de encontrar alguna manera de cambiar eso?

— No lo sé. Podría ser más fácil si lo hicierais. Utilicé sus sentimientos hacia mí como si fuesen armas. Le pedí... prácticamente le supliqué que me hiciera como él cuando estábamos en un momento muy íntimo.

— Debajo del cinturón — afirmó Blair —. Si yo fuese a hacer lo mismo, ése sería el método que habría elegido. Y él te rechazó, una actitud que me confirma que no hay ninguna duda sobre lo que tú significas para él. Volviendo a mí, me sentiría mejor sabiendo que él iba a estar tan solo y triste como lo estaría yo después de que él se marchase.

Moira dejó escapar una breve risa sorprendida.

— No hablas en serio.

— Lo he dicho para alegrar un poco el ambiente, pero ¿quieres que te diga la verdad? No lo sé. Tal vez sí. Lamento que seas tú quien se lleve la peor parte en esto. Sinceramente.

— Ah, bueno, quizá tenga un poco de suerte y muera en la batalla mañana por la noche. Después de todo, de ese modo no me quedaría triste y sola.

— Pensamiento positivo. Eso es lo que hace falta.

En lugar de chocolate, Blair le dio un abrazo. Y miró a Glenna por encima del hombro de Moira.

Era importante, y Moira lo sabía, que las últimas tropas que llegaban fuesen recibidas por su reina, y mostrarse ante la mayor cantidad de ellas en las últimas horas antes de la marcha final. Caminó entre las tiendas de campaña junto a otros miembros de la familia real mientras avanzaba el crepúsculo. Habló con todos los que pudo. Iba vestida como un guerrero, con la capa sujeta con un simple broche *claddagh* y la espada de Geall a un costado.

Ya había caído la noche cuando regresó finalmente a la casa, y a lo que ella sabía que sería la última reunión con su círculo para planear la estrategia.

Ellos ya estaban reunidos alrededor de la gran mesa, y sólo Larkin estaba de pie, mirando el fuego con el cejo fruncido. Algo nuevo, pensó ella con un ligero temblor en el estómago. Algo más.

Se quitó la capa mientras estudiaba los rostros de aquellos a quienes había llegado a conocer tan bien.

— ¿Qué planes estáis haciendo que tienen tan preocupado a Larkin?

— Siéntate — le dijo Glenna —. Hoyt y yo tenemos algo. Si funciona — continuó diciendo mientras Moira se acercaba a la mesa — podemos ganar esta batalla.

El ligero temblor de su estómago se convirtió en un nudo helado mientras Moira escuchaba. Tantos riesgos, pensó, tantas contingencias y tantas maneras de fracasar. Sobre todo para Cian.

Pero cuando lo miró a los ojos, comprendió que él ya había tomado su decisión.

— Depende sobre todo de ti — le dijo Glenna a Cian —. Escoger el momento oportuno... si falla por un segundo...

— Depende de todos nosotros. Todos sabíamos a lo que nos enfrentábamos cuando empezamos esto.

— Ninguno de nosotros debería arriesgarse más que los demás — interrumpió Larkin —. ¿Podemos sacrificar a uno de nosotros sin necesidad, sin...?

— ¿Crees que planteo esta cuestión a la ligera? — Hoyt habló con voz calmada —. Ya perdí a mi hermano una vez, luego volví a encontrarle. Encontré más, creo, de lo que ambos teníamos antes. Y ahora, al hacer esto, al hacer lo que me encargaron los dioses, puedo volver a perderlo.

— No percibo una sensación de confianza en mis capacidades. — Encima de la mesa había una jarra, y Cian la cogió para servirse cerveza amarga —. Aparentemente, el hecho de haber conseguido sobrevivir durante novecientos años no se considera un punto fuerte en mi currículum.

— Yo te contrataría — dijo Blair, y levantó su copa —. Sí, es una empresa arriesgada, un montón de pasos, muchas variables, pero si funciona será fantástico. Estoy segura de que lo conseguirás. De modo que el plan cuenta con mi voto.

— No soy una estratega — comenzó a decir Moira —. Y mi magia es limitada. ¿Puedes hacerlo? — le preguntó a Hoyt.

— Creo que puede hacerse.

Buscó la mano de Glenna.

— De hecho, sacamos la idea de algo que dijiste cuando estábamos en el castillo — le explicó Glenna —. Y estaríamos utilizando los símbolos de



Geall. Todos ellos. Sería una magia muy poderosa, y creo que pura, aunque necesita sangre para ligarla.

— Por otra parte, me parece que tenemos más verdadero poder que Midir. — Hoyt estudió los rostros de sus compañeros—. Juntos lo aplastaremos, a él y a los demás.

Moira se volvió hacia Cian.

— ¿Si tú te quedabas atrás? Una señal dirigida a ti, a todos nosotros una vez que se hayan dado todos los pasos...

— La sangre de Lilith en el campo de batalla es esencial. Ella tiene que ser herida al menos por uno de nosotros seis. Y Lilith es mía — dijo Cian categóricamente—. Lo consiga o no, ella es mía. Por King.

Por King, pensó Moira, y también por él. En otro tiempo, él también había sido inocente. En otro tiempo, él había sido una víctima y le habían arrebatado la vida. Lilith había derramado su sangre, lo había alimentado con la suya. Ahora, lo que ambos compartían podía ser vital para la supervivencia de la humanidad.

Se levantó, con el peso de todo eso sobre sus hombros, y se acercó a Larkin.

Ya lo habéis decidido. — Volvió la vista hacia los cuatro que estaban sentados a la mesa—. Cuatro de seis, de modo que lo haremos como habéis planeado, no importa lo que Larkin y yo votemos. Pero es mejor si estamos juntos. Si el círculo está de acuerdo, sin divergencias, sin dudas. — Cogió la mano de Larkin—. Es lo mejor.

De acuerdo. De acuerdo. — Larkin asintió—. Entonces estamos juntos.

Repasémoslo una vez más. — Moira regresó a la mesa—. Los detalles y los movimientos, luego les comunicaremos el plan a los jefes de escuadrón.

Sería como un baile sangriento y brutal, pensó Moira. Espada, sacrificio y magia llevando el ritmo. Y la sangre, por supuesto.

Siempre tenía que haber sangre.

Los primeros preparativos durante la mañana, entonces.

Se había levantado para servir y repartir a todos pequeños vasos de whisky—. Luego, cada uno de nosotros hará su parte y, si los dioses quieren, acabaremos esto. Y lo acabaremos, apropiadamente pienso, con los símbolos de Geall. Muy bien, por nosotros y al infierno con ellos.

Cuando todos hubieron bebido, Moira se acercó al instrumento que había traído con ella del castillo.

— ¿Querrías tocar para nosotros? — le preguntó a Cian — . Deberíamos tener música. Toquemos música y hagamos que se oiga a través de la noche. Espero que Lilith pueda oírla y tiemble.

— Pero tú no tocabas ningún instrumento, Cian — comentó Hoyt.

— En una época, tampoco hablaba chino cantones. Las cosas cambian.

No obstante, Cian se sentía un tanto extraño, sentado allí con aquella especie de violín, probando las cuerdas para afinarlas.

— ¿Qué es esa cosa? — preguntó Blair — . ¿Como un violín con gota?

— Bueno, sería su antecesor.

Cian comenzó a tocar, lentamente, sintiendo que retrocedía de la guerra a la música. La sensación de extrañeza se disipó con las notas apacibles y persistentes.

— Es hermoso — dijo Glenna — . Aunque un tanto desgarrador.

No pudo evitarlo, y fue en busca de papel y carboncillo para hacer un boceto de Cian mientras tocaba.

Desde fuera, comenzaron a sonar flautines y arpas, uniendo sus notas a las de Cian.

Cada nota como si fuese una lágrima, pensó Moira.

— Tienes talento para eso — le dijo Larkin cuando las notas se extinguieron — . Y mucho sentimiento para la música, ésa es la verdad. Pero ¿podrías tocar algo que fuese un poco más animado? Ya sabes, ¿con un poco de chispa?

Larkin se llevó la flauta a los labios y sopló unas cuantas notas rápidas y alegres, de modo que los ecos melancólicos de la música de Cian fueron barridos por la alegría. Desde el exterior, volvieron a unirse flautines y arpas, al tiempo que Cian acompañaba el ritmo y la melodía. Con una exclamación de aprobación, Larkin comenzó a zapatear, sus rodillas como goznes sueltos, mientras Moira seguía el ritmo con las palmas.

— Ven. — Larkin le lanzó la flauta a Blair y cogió las manos de Moira — . Vamos a enseñarles cómo se baila en Geall.

Moira se echó a reír y comenzó a girar con Larkin en lo que Cian consideró que era un baile cercano al *step dance* irlandés. Pies rápidos, hombros quietos, todo energía. Se inclinó sobre su instrumento, sonriendo ligeramente ante la persistencia del corazón humano, mientras las sombras y la luz del fuego jugaban sobre su rostro.

— No permitiremos que ellos nos ganen.

Hoyt cogió a Glenna, obligándola a levantarse.

— No puedo bailar eso — protestó ella.

— Por supuesto que puedes. Se lleva en la sangre.

Las tablas del suelo resonaron bajo las botas y el baile, la melodía y las risas fluyeron hacia la noche. Era tan propio de los humanos, pensó Cian; tomar la alegría. No sólo usarla, sino exprimirla hasta la última gota.

Allí estaba su hermano, el hechicero, que estimaba su dignidad tanto como su poder, girando por el salón con su bruja pelirroja y sensual que se reía como una niña mientras intentaba seguir los pasos.

La cazadora de vampiros te-pateo-la-cara-y-el-culo bailaba mezclando un poco de *hip-hop* del siglo XXI con la danza tradicional para hacer reír a su vaquero, el que cambiaba de forma.

Y la reina de Geall, fiel, devota y llevando el peso de su mundo sobre los hombros, con el rostro encendido y resplandeciente por el simple placer de la música.

Podían morir mañana, todos ellos, pero esa noche estaban bailando. Lilith jamás podría entenderlos a pesar de todos sus eones, todo su poder y su ambición. Y la magia de ellos, la luz de ellos, quizá pudiera triunfar.

Por primera vez creyó —sobreviviese él o no— que la humanidad triunfaría. No podía ser extinguida, ni siquiera por sí misma. Aunque él había visto, con demasiada frecuencia, que lo había intentado.

Había muchos otros como aquellos cinco, que lucharían y sudarían y sangrarían. Y bailarían.

Continuó tocando cuando Hoyt hizo una larga pausa para beber una jarra de cerveza.

— Envíasela a ella — musitó Cian.

— Mira a mi Glenna, bailando como si lo hubiera hecho toda la vida. — Hoyt frunció el cejo —. ¿Qué has dicho?

Cian alzó la vista y ya no sonreía, a pesar de que la música que estaba tocando era tan alegre como un globo rojo.

— Envíale la música a Lilith, envíala hacia la noche, como ha dicho Moira. Puedes hacerlo. Restreguémosle la música por la cara.

— Lo haremos. — Hoyt apoyó una mano en el hombro de Cian —. Puedes estar seguro de que lo haremos.

El poder se agitó calentando el hombro de Cian mientras tocaba y tocaba.

En la oscuridad, Lilith observaba a sus tropas mientras libraban otra batalla de entrenamiento. Hasta donde podía ver —y sus ojos eran muy agudos— vampiros, medio vampiros y criados humanos estaban repartidos en un ejército que ella había construido a lo largo de cientos de años.

A l día siguiente caería sobre los humanos como una plaga hasta que el valle se convirtiese en un lago de sangre.

Y en él ahogaría a esa puta que se llamaba a sí misma reina, por lo que le había hecho a Davey.

Cuando Lora se reunió con ella, se enlazaron la cintura con los brazos.

— Los exploradores ya han vuelto — dijo Lora—. Superamos en número al enemigo en una proporción de tres a uno. Midir está en camino, como ordenaste.

— Es una buena vista la que se disfruta desde aquí. Davey hubiera disfrutado viendo esto.

— Mañana, a esta hora o poco después, será vengado.

— Oh, sí. Pero no acabará ahí. — Sintió la presencia de Midir mientras subía hacia donde se encontraban Lora y ella—. Comienza lo antes posible — ordenó Lilith sin volverse—. Si me fallas, te cortaré personalmente la garganta.

— No fallaré.

— Mañana, cuando comience, estarás en tu posición. Quiero que te sitúes en las tierras altas que se alzan hacia el oeste, donde todos puedan verte.

— Majestad...

Lilith se volvió hacia él, con los ojos azules y helados.

— ¿Pensabas acaso que permitiría que te quedaras aquí, encerrado y protegido por este escudo? Estarás donde yo digo, Midir. Y estarás en esas colinas para que nuestras tropas y las de ellos puedan ver tu poder. Un incentivo para ellos y para ti — añadió—. Asegúrate de que tu magia sea poderosa o pagarás el precio por ello durante la batalla o después de que haya terminado.

— Os he servido fielmente durante siglos y todavía no confiáis en mí.

— No hay confianza entre nosotros, Midir. Sólo ambición. Prefiero que vivas, por supuesto. — Lilith sonrió ahora, débilmente—. Tengo trabajo para ti incluso después de mi victoria. En el castillo de Geall hay niños. Cuando haya caído la noche, los quiero ver a todos. De entre ellos escogeré al próximo príncipe. Los otros servirán para un apetitoso banquete. Tú estarás en esa colina — añadió mientras se volvía otra vez—. Y proyectarás tu oscura sombra. No hay motivo para preocuparse. Después de todo, ya has visto el resultado de esta batalla en el humo. Y así me lo has explicado miles de veces.

— Os sería de mayor utilidad aquí, con mi...

— ¡Silencio! — replicó Lilith con tono cortante, y alzó una mano — . ¿Qué es ese sonido? ¿Lo oís?

— Suena como si fuese... — Lora frunció el cejo mirando hacia la oscuridad — . ¿Música?

— Su hechicero la envía. — Midir levantó el rostro y las manos — . Puedo sentirle extendiendo su pequeño y pálido poder a través de la noche.

— ¡Haz que pare! No quiero que se burlen de mí en vísperas de la batalla. No lo aceptaré. Música — dijo, escupiendo las palabras — . Basura humana.

Midir bajó los brazos y cruzó las manos.

— Puedo hacer todo lo que deseéis, mi reina, pero ellos están haciendo un intento pequeño y ridículo para enfureceros. Observad a vuestras propias tropas, entrenando, empuñando las armas, preparándose para la batalla. ¿Y qué hace vuestro enemigo en estas horas finales? — Hizo un gesto despectivo con los dedos, que chisporrotearon en el aire — . Juegan como niños imprudentes. Desperdiciando el poco tiempo que aún les queda, con música y bailes antes de la matanza. Pero si lo deseáis...

— Espera. — Volvió a alzar la mano — . Dejemos que disfruten de su música y que se dirijan bailando hacia la muerte. Regresa a tu humo y tu caldero. Y quiero que estés preparado para ocupar mañana tu lugar y mantenerlo. O brindaré por mi victoria con tu sangre.

— Como vos digáis, majestad.

— Me pregunto si Midir ha dicho la verdad — comentó Lora cuando estuvieron nuevamente a solas — . O si no se ha atrevido a enfrentar su poder con el de ellos.

— No tiene importancia. — Lilith no podía permitir que eso le preocupase, no cuando estaba tan cerca de la conclusión de todo lo que ella había deseado — . Cuando todo sea como quiero, cuando aplaste a esos humanos y beba la sangre de sus hijos, Midir habrá acabado su servicio.

— *Certainement*. Y una vez tenga lo que quiere, su poder podría volverse contra ti. ¿Qué propones que hagamos con Midir?

— Prepararé una comida con él.

— ¿La compartirás?

— Sólo contigo.

Lilith continuó junto a la ventana observando el entrenamiento de sus tropas. Pero la música, aquella maldita música, la había deprimido el ánimo.

Ya era tarde mientras Cian yacía junto a Moira. En aquellas últimas horas, el círculo se había dividido en tres partes. Él había visto avivarse el fuego y chisporrotear las velas, y supo que Hoyt y Glenna estaban fundidos el uno con el otro.

Como lo había estado él con Moira. Como imaginó que lo estaría Larkin con Blair.

— Desde siempre estaba destinado a ser de esta manera — comentó Moira con voz suave—. Nosotros seis formando el círculo, y cada uno de nosotros estableciendo un vínculo más fuerte con otro. Para estar juntos, para aprender. Para conocer el amor. Y esta noche, la casa resplandece de amor. Es una forma de magia, y tan poderosa como cualquier otra. Nosotros la tenemos, y no importa lo que suceda. — Moira alzó la cabeza para mirarlo—. Lo que te pedí que hicieras era una traición.

— No hay necesidad de hablar de eso.

— No, quiero decírtelo. Fue una traición hacia ti, hacia mí, hacia los demás y hacia todo lo que hemos hecho juntos. Tú fuiste más fuerte, ahora yo también lo soy. Te amo con todo mi ser. Eso es un regalo para los dos. Nada puede destruirlo o cambiarlo.

Ella levantó el relicario que Cian llevaba al cuello. Contenía algo más que un mechón de su pelo, pensó. Contenía su amor.

— No lo dejes atrás cuando te marches. Quiero saber que lo llevas contigo, siempre.

— Siempre iré a donde yo vaya. Tienes mi palabra. Te amo con todo lo que soy, y todo lo que puedo ser.

Ella volvió a dejar el relicario sobre el corazón de Cian y luego apoyó una mano sobre el silencio de su pecho. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero luchó para reprimirlas.

— ¿Te arrepientes de algo?

— De nada.

— Por los dos. Hazme el amor otra vez. Hazme el amor por última vez antes de que amanezca.

Fue tierno y lento, saboreando cada caricia, cada gusto. Los besos largos y suaves eran una especie de droga contra cualquier dolor, las caricias un bálsamo sobre las heridas que deberían soportar. Ella se dijo que ahora su corazón latía con suficiente fuerza para los dos, esa última vez.

Sus ojos permanecieron abiertos y fijos en los de Cian de modo que, en el clímax, vio cómo él se deslizaba junto a ella.

— Dímelo otra vez — musitó ella—. Una vez más.

— Te amo. Eternamente.

Luego permanecieron acostados en medio del silencio. Todas las palabras habían sido dichas.

En la última hora antes del amanecer, los seis se levantaron a fin de prepararse para la marcha final hacia la batalla.

Viajaron a caballo, en dragón, a pie, en carros y carretones. Encima de ellos, las nubes se desplazaban por el cielo, pero no bloqueaban la luz. El sol brillaba a través de ellas con dedos que resplandecían débilmente y súbitos fogonazos que alumbraban el camino hacia el Valle del Silencio.

Los primeros llegaron allí para colocar trampas en medio de las sombras y en las cuevas, mientras los guardias volaban o cabalgaban sobre y alrededor del valle con sus ojos alerta para anticipar cualquier ataque.

Y también encontraron trampas que habían sido colocadas para ellos. Debajo de los pies de un hombre aparecía súbitamente una charca de sangre que se lo tragaba. El cieno, negro como la brea, burbujeaba hirviendo y quemaba la carne a través de las botas.

— Esto es obra de Midir — dijo Hoyt mientras otros corrían para tratar de salvar a los que pudiesen.

— Bloquea su poder — ordenó Cian —. O tendremos una oleada de pánico entre manos antes de empezar.

— Medio vampiros. — Blair gritó la advertencia desde el lomo de un dragón —. Alrededor de cincuenta. Primera línea, adelante.

Se lanzó con el dragón en picado para dirigir el ataque.

Las flechas atravesaron el aire y las espadas cruzaron sus aceros. En la primera hora, las fuerzas de Geall perdieron quince hombres, pero mantuvieron sus posiciones.

— Sólo querían que probásemos un poco. — Blair desmontó con el rostro salpicado de sangre —. Les hemos dado un poco de su propia medicina.

— Los muertos y los heridos también tienen que ser atendidos. — Endureciéndose, Moira miró a los caídos y luego apartó la vista —. Hoyt está rechazando el conjuro de Midir. ¿Cuánto le está costando hacerlo?

— Hoyt tendrá todo lo que necesite tener. Voy elevarme otra vez en el dragón y daré un par de vueltas. Veré si ella nos tiene preparadas más sorpresas. — Blair montó de un salto en el dragón —.

Mantened la línea.

— No estábamos tan preparados para las trampas, para un ataque a la luz del día, como deberíamos. — Larkin envainó su espada manchada de sangre y se acercó a Moira —. Pero hemos hecho un buen trabajo. Y lo haremos mejor todavía.

Apoyó la mano sobre el brazo de su prima y la llevó aparte para que sólo ella pudiese oír lo que tenía que decirle.

— Glenna dice que algunos de ellos ya están aquí, bajo la tierra. Hoyt no puede trabajar con ella ahora, pero Glenna cree que entre Cian y ella podrían encontrar al menos a algunos de ellos y encargarse del problema.

— Bien. Aunque sólo sea un puñado, será una victoria. Necesito reforzar a los arqueros.

El sol ascendió hacia el mediodía, y luego continuó su viaje. En dos ocasiones, vio cómo la tierra se abría donde Glenna sostenía una azada. Luego, el resplandor de fuego cuando el demonio que se escondía bajo tierra recibía la luz del sol y ardía.

«¿Cuántos más? — se preguntó—. ¿Un centenar? ¿Quinientos?»

— Está bloqueado. — Hoyt se enjugó el sudor que perlaba su frente al reunirse con ella—. Las trampas de Midir están cerradas.

— Le has obligado a retroceder.

— No estoy seguro. Tal vez haya comenzado a trabajar en otra cosa. Pero por el momento está bloqueado. Esta tierra hace que se estremezca el alma de un hombre. Rezuma maldad y te ahoga. Iré a ayudar a Cian y Glenna.

— No, necesitas descansar un momento, reservar tus energías. Yo los ayudaré.

Hoyt asintió sabiendo que necesitaba reponerse. Pero su mirada era sombría mientras estudiaba el valle y se detenía donde Glenna y Cian estaban trabajando.

— No podrán encontrarlos a todos. No en este terreno.

— No. Pero cada uno es uno menos.

No obstante, cuando llegó donde estaba Glenna, Moira vio que el trabajo estaba dejando sus huellas. Glenna estaba pálida y tenía la piel húmeda y fría como la de Hoyt.

— Es hora de descansar — le dijo Moira—. Debes recuperar las fuerzas. Yo seguiré trabajando un rato.

— Esto está más allá de tu poder. Está en el límite del mío. — Glenna aceptó agradecida el pellejo con agua que le ofrecía Moira—. Sólo hemos conseguido desenterrar a una docena de ellos. Un par de horas más y...

— Ella necesita parar. Tú necesitas parar. — Cian cogió a Glenna del brazo—. Estás casi al borde de tus fuerzas y lo sabes. Si estás exhausta cuando se ponga el sol, ¿de qué habrá servido esto?

— Sé que hay más. Muchos más.



— Entonces estaremos preparados cuando esta tierra los escupa fuera de sus escondites. Ve. Hoyt te necesita. Está hecho polvo.

— Una buena estrategia — le dijo Cian a Moira cuando Glenna se alejó —. Usar a Hoyt.

— Sí, pero también es verdad. Los estamos agotando a los dos. Y a ti también — añadió —. Puedo oír en tu voz lo cansado que estás. De modo que te diré lo mismo que le he dicho a Glenna: si estás exhausto cuando se ponga el sol, ¿de qué habrá servido esto?

— La jodida capa me sofoca. Por otra parte, la alternativa no es muy agradable. Necesito alimentarme — admitió.

— Ve entonces a las tierras altas y ocúpate de ello. Ya hemos hecho casi todo lo que estaba en nuestro poder, todo lo que teníamos intención de hacer hasta ahora.

Moira vio que Blair y Larkin se habían reunido con Glenna y Hoyt. Los seis juntos, mientras el sol se ocultaba lentamente en el horizonte, podrían volver a renovar sus fuerzas. Atravesaron el accidentado terreno, superaron un islote de roca agujereada e iniciaron el ascenso por la empinada ladera.

Todo en ella se estremeció cuando alcanzaron la cima. Incluso sin el conjuro de Midir, la tierra parecía tirar de ella hacia abajo.

Cian cogió un pellejo de agua que ella sabía que contenía sangre.

— Te esperan a ti — dijo Blair —. Muchos de tus soldados están muertos de miedo.

— Si quieres decir que no mantendrán sus posiciones y lucharán...

— No vuelques sobre mí todo el orgullo de Geall. — Blair alzó una mano en son de paz —. Lo que ellos necesitan es saber de ti, que los animen. Necesitan su discurso del Día de San Crispín.

— ¿Qué es eso?

Blair miró a Cian y enarcó las cejas.

— Supongo que pasaste por alto *Enrique V* cuando segaste la biblioteca de Cian.

— Después de todo, había muchos libros.

— Se trata de levantarles el ánimo — le explicó Glenna —. De prepararlos para el combate, incluso para la muerte. De inspirarles y recordarles la razón de que estén aquí.

— ¿Debo hacer todo eso?

— Nadie más tendría el mismo impacto. — Cian cerró el pellejo —. Tú eres la reina, y aunque el resto de nosotros podamos ser generales, por decirlo de algún modo, es a ti a quien buscan.

— Yo no sabría qué decirles.

— Ya se te ocurrirá algo. Mientras te encargas de ello, Larkin y yo reuniremos a tus tropas. Añadiremos un poco de *Braveheart* a *Enrique V*— le dijo a Blair—. Subidla a un caballo.

— Excelente idea.

Blair fue en busca del caballo de Cian.

— ¿Qué fue lo que dijo ese Enrique? — preguntó Moira.

— Lo que sus hombres necesitaban oír. — Glenna apretó la mano de Moira—. Y tú también lo harás.

## CAPÍTULO 20

No tengo nada en la cabeza.

— No vendrá de allí. O no sólo de allí. — Glenna le alcanzó a Moira su pequeña corona—. Cabeza y corazón, ¿recuerdas? Escucha a ambos y, digas lo que digas, será lo correcto.

— Entonces me gustaría que fueses tú quien lo dijese en mi lugar. Es una tontería tener miedo de hablar con ellos — dijo Moira con una débil sonrisa—. Y no tener miedo de morir con ellos.

— Ponte esto. — Blair sostuvo la capa de Moira—. Una buena vista, la capa agitándose al viento. Y habla alto y claro, pequeña. Tienes que proyectar la voz hacia los que ocupan el gallinero.

— Te preguntaré más tarde qué significa eso. — Moira respiró profundamente y luego montó en Vlad—. Allí vamos entonces.

Avanzó unos metros y el corazón le dio un vuelco. Allí estaba su gente, más de mil soldados, de pie, con el valle a sus espaldas. Mientras el sol se hundía cada vez más en el cielo, sus rayos arrancaban destellos de espadas, escudos y lanzas. La luz bañaba sus rostros, los de todos los que habían ido hasta aquí dispuestos a dar sus vidas.

Y su cabeza entendió las palabras que anidaban en su corazón.

— ¡Pueblo de Geall!

Todos la vitorearon mientras hacía trotar el caballo por delante de sus líneas. Incluso aquellos hombres que ya habían sido heridos gritaron su nombre.

— Pueblo de Geall, soy Moira, la reina guerrera. Soy vuestra hermana; soy vuestra servidora. Hemos venido a este lugar y en este momento por orden de los dioses y para servir a los dioses. No conozco todos vuestros rostros, todos vuestros nombres, pero sois míos, cada hombre y mujer que está aquí. — El viento agitó su capa mientras ella miraba los rostros—. Esta noche, mientras el sol se oculta, os pido que luchéis, que defendáis esta tierra amarga que hoy ya ha probado vuestra sangre. Os pido esto, pero no lucháis por mí. Vosotros no lucháis por la reina de Geall.

— ¡Nosotros luchamos por Moira, la reina! — gritó alguien. Y, nuevamente, su nombre se elevó por encima del viento en vítores y cánticos.

— ¡No, no, vosotros no lucháis por mí! No lucháis por los dioses. No lucháis por Geall, esta noche no. No lucháis por vosotros, ni siquiera por

vuestros hijos. No lucháis por vuestros maridos o esposas. Vuestros padres y madres.

Las tropas guardaron silencio mientras Moira continuaba revistando las líneas, mirando los rostros, encontrando los ojos.

— No es por ellos por quienes habéis venido a este amargo valle, sabiendo que vuestra sangre puede quedar derramada en este suelo. Habéis venido aquí por toda la humanidad. Vosotros sois los elegidos. Vosotros sois los bendecidos. Todos los mundos y cada corazón que late en ellos es ahora vuestro corazón, vuestro mundo. Nosotros, los elegidos, somos un solo mundo, un solo corazón, un solo propósito.

Su capa se sacudió al viento mientras el caballo corveteaba y el sol agonizante refulgía sobre el oro de su corona y el acero de su espada.

— Esta noche no fracasaremos. No podemos fracasar. Porque cuando uno de nosotros caiga, habrá otro que recoja su espada, su lanza, para luchar con estacas y puños contra la pestilencia que amenaza a la humanidad y todo lo que existe. Y si el siguiente de nosotros también cayera, vendrá otro y otro más, y muchos más, porque nosotros somos el *mundo* aquí, y el enemigo jamás ha conocido a nadie igual.

Sus ojos eran como el humo del infierno en un rostro iluminado por la pasión. Su voz se elevaba en el aire de modo que las palabras resonaban fuertes y claras.

— Aquí, en este suelo, los empujaremos hasta más allá del infierno. — Moira continuó gritando por encima de los vítores que proferían hombres y mujeres y que se propagaban como una ola —. Esta noche no saquearemos, esta noche no fallaremos, esta noche no cederemos hasta conseguir la victoria. Vosotros sois el corazón que ellos nunca podrán tener. Vosotros sois el aliento y la luz que ellos jamás volverán a conocer. Se cantará acerca de este Samhain, acerca de la Batalla del Silencio en cada generación futura. Las gentes se sentarán junto a sus fuegos y hablarán de la gloria que nosotros conseguimos aquí. Esta noche. El sol ya se oculta.

Moira desenvainó su espada y apuntó hacia el oeste, donde el sol había comenzado a teñirse de rojo.

— Cuando llegue la oscuridad, alzaremos la espada, el corazón y la mente contra ellos. Y cuando los dioses vean esto, lo juro, haremos que el sol vuelva a salir.

Moira lanzó una lengua de fuego a través de su espada y la dirigió hacia el cielo.

— No demasiado trillado — dijo Blair mientras las tropas estallaban nuevamente en gritos y vítores —. Tu chica sabe manejar las palabras.

— Ella es... brillante. — Cian no podía apartar los ojos de ella —. ¿Cómo podrán los vampiros resistir tanta luz?

— Ella dice la verdad — dijo Hoyt—. Ellos nunca han visto a nadie como nosotros.

Los jefes de escuadrón separaron a las tropas para que pudiesen empezar a ocupar sus posiciones. Moira cabalgó de regreso y desmontó.

— Es la hora — dijo, extendiendo las manos.

Los seis formaron un círculo para forjar aquel último vínculo. Luego se soltaron.

— Os veré en la contraportada del disco — dijo Blair con una sonrisa luminosa—. A por ellos, vaquero.

Saltó sobre el dragón y se elevaron hacia el cielo.

Larkin montó en el suyo.

— El último en llegar al pub cuando todo esto haya terminado paga las rondas.

Y se elevó alejándose de Blair.

— Benditos seáis. Y ahora vayamos a patear unos cuantos culos.

Glenna se alejó en compañía de Hoyt hacia sus puestos, pero había visto la mirada que habían cruzado ambos hermanos.

— ¿Qué ocurre con Cian? No me mientas ahora que podríamos estar tan cerca de la jodida muerte.

— Cian me ha pedido que le diese mi palabra. Si somos capaces de hacer funcionar el conjuro, me ha hecho prometer que no le esperaremos.

— Pero no podemos...

— Ha sido lo último que me ha pedido. Rezo para que no tengamos que elegir.

Detrás de ellos, Moira estaba junto a Cian.

— Lucha bien — le dijo ella— y vive otros mil años.

— Es mi mayor esperanza. — Él cubrió su mentira cogiendo sus manos una última vez y llevándoselas a los labios—. Lucha bien, *mo chroí*, y vive.

Antes de que Moira pudiese decir nada más, Cian montó en su caballo y se alejó al galope.

Desde el aire, Blair impartía órdenes, dirigiendo a su dragón con las piernas y examinando el terreno en busca de lo que pudiese surgir de la oscuridad. El sol se ocultó, sumiendo el valle en la noche, y en esa noche la tierra se abrió. Ellos surgieron de todas partes, de debajo de la tierra, de las rocas, de las grietas, en cantidades innumerables.

— Empieza el espectáculo — susurró Blair para sí, girando hacia el sur mientras las flechas lanzadas por Moira y sus arqueros caían como una lluvia sobre el enemigo — . Esperad, esperad.

Una rápida mirada hacia donde las voces de los soldados de Niall se elevaban como cantos, le confirmó que Niall estaba esperando la señal.

Un poco más, un poco más, pensó mientras los vampiros inundaban el valle, y las flechas atravesaban a algunos de ellos mientras otras fallaban el blanco.

Blair agitó su espada flamígera y se lanzó hacia abajo. Cuando los hombres atacaron, ella tiró de la cuerda de su arnés y dejó caer la primera bomba.

El fuego y la metralla ardiendo se esparcieron por el terreno y se oyeron los gritos de los vampiros calcinados por las llamas. Y aun así, seguían brotando de la tierra y avanzando sus líneas hacia los soldados de Geall.

Cian, despojado ya de su capa protectora, frenó su caballo y alzó la espada para detener a los hombres que lo seguían. Las bombas seguían estallando, quemando el suelo y a las fuerzas enemigas. Pero los vampiros seguían avanzando, escabulléndose y rodando, saltando y desgarrando. Lanzando un grito de guerra, Cian agitó la espada y guió a sus tropas hacia la tormenta de fuego.

Con los cascos de su caballo y el acero de su espada, consiguió abrir una brecha en la línea de vanguardia del enemigo. Pero ésta volvió a cerrarse, rodeándolos a él y a sus hombres.

Los gritos se convirtieron en un torrente.

En su meseta inclinada, Moira cogió con fuerza su hacha de armas. El corazón le golpeó la garganta cuando vio que los vampiros conseguían atravesar la línea hacia el este. Dirigió el ataque al tiempo que Hoyt encabezaba el suyo, de modo que llevaron a sus guerreros en una corriente de acero y estacas para flanquear las líneas enemigas.

Por encima de los gritos, el choque del acero y el fuego, llegó la llamada de trompeta a los dragones. La siguiente oleada del ejército de Lilith estaba avanzando.

— ¡Flechas! — gritó Moira mientras vaciaba su aljaba y otra, llena, era lanzada a sus pies.

Lanzó una flecha tras otra hasta que el aire estuvo tan saturado de humo que el arco era una arma inútil.

Alzó su espada y corrió con sus hombres al centro del combate.

De todo lo que había temido, de todo lo que había conocido, de todo lo que había visto en las visiones que los dioses le habían enviado, lo que

vislumbró a través del humo y el hedor que le llegó, era peor. Hombres y mujeres muertos en masa, cenizas de los enemigos destruidos cubriendo la tierra como si fuese un manto de nieve fétida. La sangre brotaba como una cascada pintando de rojo la hierba amarilla.

Chillidos, humanos y de los vampiros, resonaban en la oscuridad debajo de la pálida luna creciente.

Bloqueó una estocada y su cuerpo se movió con el instinto nacido del duro entrenamiento para girar, esquivar y bloquear el siguiente golpe. Cuando saltó por encima de una estocada baja, sintió el viento de la espada debajo de las botas y, lanzando un grito, cortó la garganta de su enemigo.

Ahora, a través del humo, vio que el dragón que montaba Blair descendía en espiral hacia tierra con el costado atravesado por las flechas. El suelo estaba cubierto de estacas. Cogió una con su mano libre, corrió hacia adelante y la clavó en la espalda de un vampiro que atacaba a Blair, atravesándole el corazón.

Gracias. Agáchate. — Blair apartó a Moira de un manotazo y le cortó a otro vampiro el brazo con que sostenía la espada — . ¿Larkin?

— No lo sé. Siguen viniendo.

Blair saltó en el aire, golpeando con los pies, y luego atravesó con una estaca al vampiro al que había pateado.

Un momento después, se perdió entre las oleadas de humo, y Moira se encontró luchando nuevamente por su vida.

Cuando Blair se abrió paso con su espada a través de la línea enemiga, los vampiros la rodearon. Ella golpeó, utilizó la espada y la estaca, luchó para ganar terreno. Y, de pronto, se quedó empapada. Mientras sus enemigos lanzaban horribles alaridos al ser alcanzados por la lluvia de agua bendita, Larkin apareció volando a través del humo y la cogió del brazo para elevarla del suelo y sentarla detrás de él a lomos del dragón.

— Buen trabajo — dijo ella — . Vuelve a bajarme a tierra. Allí, sobre esa gran piedra plana.

— Tú me bajas a mí. Es mi turno de hacer algo por aquí. El agua bendita se ha terminado, pero aún quedan dos bombas de fuego. Ahora Lilith está empujando con fuerza desde el sur.

— Le daré un poco de calor.

Larkin saltó a tierra y Blair volvió a elevarse con el dragón.

Hoyt buscaba con sus ojos y su poder a través de la enorme confusión. Sentía el roce oscuro de Midir, pero la oscuridad era tan densa y hacía tanto frío, que no estaba seguro de la dirección.

Entonces vio a Glenna que avanzaba hacia lo alto de una colina. Y en la cumbre, erguido como un cuervo negro, estaba Midir. Horrorizado, vio

también cómo una mano surgía de un pliegue de tierra y roca y aferraba la pierna de Glenna. Oyó su grito en su mente mientras ella pateaba, mientras clavaba los dedos en la tierra para evitar ser arrastrada hacia la grieta. Echó a correr entre las espadas, aun sabiendo que se encontraba demasiado lejos. Y continuó su carrera incluso cuando la lengua de fuego que Glenna disparó desde las puntas de sus dedos cubrió aquello que la arrastraba.

Midir, percibiendo el poder, lanzó un rayo, negro como la brea, y envió a Glenna volando hacia atrás.

Enloquecido por el miedo, Hoyt luchó como un poseso, ignorando los golpes y los cortes mientras se abría paso hacia ella. Pudo ver la sangre en su rostro mientras Glenna respondía con fuego blanco al rayo de Midir.

La estaca no alcanzó por un pelo el corazón de Cian y el dolor le hizo doblar las rodillas. Mientras caía, lanzó un golpe hacia arriba con la espada cortando a su enemigo casi en dos antes de rodar por el suelo. Una lanza se clavó en el suelo pedregoso detrás de él. La cogió y atravesó con ella el corazón de otro vampiro. Luego, plantándola con fuerza, se elevó en el aire y pateó a otro enemigo, arrojándolo contra las estacas de madera que los geallianos habían hundido en la tierra.

Vio a Blair a través del humo que se desprendía de las bolas de fuego y las flechas ardientes. Se puso en pie de un salto y cogió el arnés de su dragón para montar tras ella un instante antes de que lanzara otra bomba.

— No te había visto — gritó Blair.

— Ya me he dado cuenta. ¿Y Moira?

— No lo sé. Encárgate del dragón. Voy a bajar.

Blair saltó a la mesa de piedra. Cian la vio alejarse lanzando estacas con ambas manos antes de que el humo se la tragara. Hizo girar al dragón, apuntó con su espada y lanzó fuego a través de ella. La tierra seguía tirando de él hacia abajo; su embriagador aroma a sangre y terror le clavaba el miedo en las entrañas igual que si fuera una estaca afilada.

Entonces vio a Glenna que subía por la ladera de una colina luchando contra una candidata de enemigos que la superaban en una proporción de tres a uno. Su hacha de armas lanzaba lenguas de fuego, pero cada vez que liquidaba a un vampiro, otros avanzaban reptando hacia ella.

Cuando vio a la figura negra, de pie en la cima de la colina, comprendió por qué tantos de ellos atacaban a una sola mujer.

El poder del círculo lo impulsó mientras atravesaba el aire en dirección a la mujer de su hermano.



Envió a tres vampiros rodando ladera abajo, hacia las trampas de estacas y pozos de agua bendita con un poderoso golpe propinado por la cola del dragón. Su espada liquidó a otros dos al tiempo que el hacha flamígera de Glenna convertía a sus enemigos en polvo ardiente.

— ¿Te llevo?

Bajó en picado, le enlazó la cintura con el brazo y la levantó en el aire.

— Midir. El muy cabrón.

Cian volvió a elevarse con el dragón, pero cuando golpeó nuevamente con la cola del animal, ésta rebotó como si hubiese chocado contra una roca.

— Está protegido por un escudo. Cobarde.

Con el aliento entrecortado, Glenna buscó a Hoyt en el campo de batalla, y sintió que se liberaba del cerrojo que tenía en los pulmones, cuando lo vio abriéndose paso con su espada colina arriba.

— Déjame en la cima de la colina y vete.

— Y una mierda — dijo Cian.

— Eso es lo que se necesita aquí, Cian. Es una cuestión de magia contra magia. Por eso estoy aquí. Busca a los demás y preparaos, porque te juro por todos los dioses y diosas que vamos a hacer esto.

— De acuerdo, pelirroja. Apuesto todo mi dinero por ti.

Cian voló con el dragón por encima de la colina y se detuvo brevemente para que Glenna pudiese apearse. La dejó allí para que se enfrentase al hechicero negro.

— Muy bien, la bruja pelirroja ha venido hasta aquí para morir.

— No, he venido por el ambiente.

Glenna alzó una mano y atacó agitando su hacha de armas. Los ojos muy abiertos de Midir le indicaron a Glenna que su movimiento lo había sorprendido. El filo en llamas del hacha atravesó el escudo, pero la hoja erró el blanco. Fue lanzada hacia atrás y alzada en el aire para luego caer violentamente al suelo.

Aunque ella contraatacó con su propio poder, el calor ardiente del rayo negro le quemó las palmas de las manos. Las mantuvo extendidas, con el poder contenido en ellas, mientras se ponía dolorosamente de pie.

— No puedes ganar este combate — dijo Midir mientras la oscuridad brillaba tenuemente a su alrededor—. He visto el fin, y también tu muerte.

— Tú has visto lo que el demonio a quien te vendiste quiere que veas. — Lanzó un chorro de fuego y, aunque el mago lo desvió con un giro de la muñeca, supo que había sentido la quemadura lo mismo que ella—. El fin lo hacemos nosotros.

Con una furia helada en el rostro, Midir levantó un viento cortante que sesgó su piel como si fuese un cuchillo.

Los vampiros resistían, pensó Blair. Ella creía que estaban conservando sus posiciones, pero por cada metro que los geallianos conseguían mantener, más vampiros avanzaban sobre él a través de la noche.

Ya había perdido la cuenta de los enemigos que había matado. Una docena al menos con la espada y la estaca, y como mínimo una cantidad similar con los ataques desde el aire. Pero no era suficiente. Los cadáveres cubrían el horrible terreno y sus fuerzas estaban casi al límite.

Necesitaban sacar al conejo de la chistera, y gritó su venganza mientras asestaba un golpe con su espada a un vampiro que había hecho un alto para alimentarse de uno de los caídos.

Giró rápidamente, alcanzó con el filo a otros vampiros y vio a Glenna y Midir en lo alto de la colina, y el terrible combate del poder negro contra el blanco.

Cogió una lanza de una mano muerta y la lanzó como si fuese una jabalina. La punta de la lanza atravesó a dos vampiros que luchaban espalda contra espalda, el asta de madera penetrando en sus corazones.

Algo saltó por encima de su cabeza. Sus sentidos captaron sólo un fragmento, y sus instintos hicieron que ejecutara un salto mortal. Lanzó un golpe con la espada al tocar tierra y su acero chocó contra el de Lora.

— Aquí estás. — Lora deslizó la hoja de su espada hacia abajo hasta formar una V con la de Blair—. Te he estado buscando.

— Estaba por aquí. Tienes algo en la cara. ¡Oh, vaya! ¿Es una cicatriz? ¿Yo te hice eso? ¡Qué lástima!

— Pronto estaré comiéndome tu cara.

— Tú sabes que eso no es más que una formulación de deseos, ¿verdad? Además de ser algo repugnante. ¿Ya está bien de charla para ti?

— Más que suficiente.

Las espadas cantaron al separarse los aceros. Luego, la música fue aumentando cuando las hojas volvieron a chocar.

Un momento después, Blair se dio cuenta de que se estaba enfrentando al enemigo más formidable de su carrera. Lora podía parecer una dominatriz de películas de serie B, enfundada en cuero negro, pero la zorra francesa sabía pelear.

Y encajar los golpes, pensó, cuando finalmente consiguió superar la guardia de Lora y estrellar el puño contra su rostro. Blair sintió que la quemadura trazaba una línea a través de sus nudillos cuando los colmillos le cortaron la carne.

Blair saltó sobre una roca de bordes dentados y lanzó una estocada hacia abajo, que encontró sólo el aire cuando Lora se elevó desde el suelo como si tuviese alas. La espada de Lora pasó rozando el rostro de Blair y con la punta le hizo un corte en la mejilla.

— Oh, ¿te dejará eso una cicatriz? — Lora aterrizó sobre la roca junto a ella — . ¡Qué lástima!

— Se curará. Nada tuyo durará mucho más.

Ella respondió a la primera sangre con un golpe de espada que hirió a Lora en el brazo, seguido de un chorro de fuego a través de la hoja.

Pero la espada de Lora desvió la hoja, y su acero se volvió negro al contener la llama roja. El fuego lanzó un destello y se extinguió.

— ¿Creías que no estábamos preparados para esto? — Lora desnudó sus colmillos mientras ambas golpeaban y giraban y trataban de herirse mutuamente — . La magia de Midir es mucho más poderosa de lo que nunca conseguirán tus magos.

— Entonces, ¿por qué todos vuestros soldados no tienen espadas como la tuya? Midir no fue capaz de conseguirlo.

Blair dio un nuevo salto, y asestó un golpe a Lora con los pies. Su enemiga aprovechó el impulso para elevarse y lanzar luego un golpe con la espada al descender.

Blair levantó la suya para bloquear el mandoble, y no vio el puñal que Lora empuñaba en la otra mano. Se tambaleó por la sorpresa y el dolor cuando la hoja penetró en su costado.

— Mira toda esa sangre. Está manando de tu cuerpo. ¡Yum!

Cuando Blair cayó al suelo de rodillas, Lora se echó a reír, un tintineante sonido de alegría. Y sus ojos se tiñeron de rojo cuando levantó la espada para asestar el golpe mortal.

Con un aullido salvaje, un lobo dorado atacó desde arriba. Garras y colmillos rasgaron el aire cuando saltó sobre la espada, embistiendo y lanzando dentelladas. Cuando se disponía a saltarle a Lora a la garganta, Blair maldijo.

— ¡No! Ella es mía. Me diste tu palabra. — Su respiración era un silbido mientras permanecía de rodillas, con el puñal todavía clavado en un costado — . Apártate, chico-lobo. ¡Atrás!

El lobo se transformó en hombre cuando Larkin retrocedió.

— Acaba con ella entonces — dijo con expresión ceñuda — . Y déjate ya de tonterías.

— Es el calzonazos de su zorra, ¿verdad? — Lora se movió en círculos, intentando tenerlos a ambos en su campo visual, la mujer herida y el hombre

desarmado—. Pero tiene razón, realmente deberíamos dejarnos de tonterías. Tengo un programa muy apretado.

Lanzó un golpe con la espada y Blair alzó la suya para bloquearlo. Los músculos de los brazos se le tensaron dolorosamente, y de la herida del costado le brotó más sangre.

— No soy ninguna zorra — jadeó Blair—. Él no es un calzonazos. Y tú estás acabada.

Se extrajo el puñal del costado y se lo clavó hasta el mango a Lora en el estómago.

— Duele, pero sólo es acero.

— Y éste también.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Blair apartó la espada de Lora y le clavó la suya en el pecho.

— Estás empezando a fastidiarme. — Lora levantó su espada y apuntó hacia abajo—. ¿Quién está acabada ahora?

— Tú — contestó Blair, mientras las llamas surgían de la hoja que Lora tenía clavada en el pecho.

Mientras se quemaba y lanzaba unos horribles alaridos, Lora se tambaleó y cayó de la roca. Blair le extrajo la espada del pecho, la hizo girar y cortó la cabeza en llamas.

— Eso ha estado jodidamente bien.

Blair trastabilló, se inclinó, y habría caído al suelo si Larkin no hubiese saltado hacia adelante para cogerla.

— ¿Es muy grave?

Apretó la mano contra la herida del costado de Blair.

— De lado a lado, creo. No ha afectado ningún órgano. Un vendaje rápido para parar la hemorragia y volveré al campo de juego.

— Eso ya lo veremos. Sube.

Cuando Larkin se transformó en dragón, Blair montó trabajosamente sobre su lomo. Al elevarse, vio a Glenna luchando contra Midir en la cima de la colina. Y vio cómo su amiga caía a tierra.

— Oh, Dios, está herida. Glenna está acabada. ¿En cuánto tiempo puedes llegar allí?

En el interior del dragón, Larkin pensó: «No lo bastante de prisa».

Glenna sintió la sangre en la boca. Y había más manando de la docena de cortes superficiales que tenía en la piel. Sabía que había herido a Midir, sabía que había conseguido alcanzar su escudo, su cuerpo, incluso su poder.

Pero podía sentir que su propio poder la abandonaba junto con su sangre.

Había hecho todo lo posible, pero no había sido suficiente.

— Tu fuego se está enfriando. Apenas te queda un rescoldo. — Ahora Midir se acercó al lugar donde ella yacía, sobre la tierra quemada y cubierta de sangre—. Aun así, podría ser suficiente como para que me tome el trabajo de llevarlo conmigo, junto con lo que te queda de vida.

— Te asfixiará. — Glenna farfulló las palabras. Él sangraría, pensó. Ella le haría sangrar sobre la tierra—. Juro que lo hará.

— Lo absorberé todo. Después de todo, es tan pequeño... Puedes ver lo que ocurre abajo, ¿verdad? Allí donde lo que yo ayudé a forjar pasa sobre vosotros como langostas. Es como lo vaticiné. Nada podrá detenerlo.

— Yo lo haré.

Hoyt apareció en la cima de la colina, golpeado y ensangrentado.

— Ése es mi hombre — consiguió decir Glenna, apretando los dientes para soportar el dolor—. Lo he ablandado un poco para ti.

— Vaya, aquí hay algo más a lo que hincarle el diente.

Midir se volvió y lanzó un rayo negro.

El rayo chocó contra el rayo blanco cegador de Hoyt, chisporroteando y escupiendo llamas rojas. La fuerza los lanzó a ambos hacia atrás, cortando el aire entre los dos. Glenna rodó por el suelo para evitar una llamarada y luego se afirmó con manos y rodillas.

Hizo acopio de todo el poder que aún le quedaba y se lo envió a Hoyt. Cerró una mano temblorosa alrededor de la cruz que llevaba colgada del cuello y concentró su poder en ella y en la cruz gemela que llevaba Hoyt.

Mientras ella realizaba el conjuro, los dos hechiceros — negro y blanco — luchaban en la colina cubierta por el humo y en el aire pestilente que soplaba sobre ella.

El fuego que alcanzó a Hoyt portaba la quemadura del hielo. Buscaba su sangre... la que estaba derramada, la que pretendía derramar, para quitarle el poder.

Le arañó y le cortó mientras el aire refulgía y resonaba con los conjuros mágicos, enviando remolinos de humo que ocultaban la luna. Bajo sus pies, la tierra se resquebrajó, abriendo fisuras bajo la enormidad de la presión.

Mientras sus pulmones trabajaban con dificultad y el corazón le golpeaba contra el pecho, Hoyt ignoró esas exigencias terrenales de su cuerpo, ignoró el dolor de sus heridas y el sudor que vertía sal en ellas.

Él era ahora el poder. Más allá de aquel momento, en el comienzo del viaje, cuando él había vacilado durante un instante sobre el negro. Ahora, en la cima de aquella colina, por encima de la sangre y de la muerte, por encima del coraje del hombre, del sacrificio y de la furia, él era la llama incandescente del poder.

La cruz que llevaba lanzó destellos plateados y brillantes cuando Glenna unió su magia a la suya. Con una mano, cogió la de ella, aferrándola con fuerza cuando sus dedos se entrelazaron, y la ayudó a levantarse. Con la otra, cogió una espada, y el fuego que se desprendió de ella era de un blanco puro.

— Somos nosotros los que te tomamos a ti — dijo Hoyt, y lanzó un poderoso rayo con su espada—. Nosotros que luchamos por la pureza de la magia, por el corazón de la humanidad. Somos nosotros quienes te derrotamos, quienes te destruimos, quienes te enviamos para siempre a las llamas.

— ¡Malditos seáis! — gritó Midir, y alzando ambos brazos, lanzó sendos rayos hacia Hoyt y Glenna. El miedo apareció en su rostro cuando Glenna agitó una mano en el aire y los convirtió en cenizas.

— No. Maldito seas tú.

Hoyt dirigió la espada hacia Midir. El fuego blanco saltó desde la hoja para atravesarle el corazón como si fuese acero.

En el lugar donde cayó y murió, la tierra se volvió negra.

Terreno elevado, pensó Moira. Tenía que regresar al terreno elevado y reagrupar a los arqueros. Ella había oído claramente los gritos que advertían que su línea de defensa había vuelto a romperse en el norte. Las flechas ardientes obligarían a retroceder a aquella fuerza invasora y darían tiempo a sus tropas para recomponer sus líneas otra vez. A través de la confusión, buscó un caballo o un dragón que pudiese llevarla hasta el lugar donde sabía que más la necesitaban. Y al alzar la vista, alcanzó a ver a Hoyt y Glenna bañados por una luz blanca y pura y enfrentándose a Midir. Un atisbo de esperanza renovada hizo que echara a correr hacia ellos. Aunque la tierra parecía aferrarse a sus pies, agitó la espada contra un enemigo que se cruzó en su camino. El corte que le hizo sirvió para frenar su carrera y, cuando se disponía a golpear otra vez, Riddock acabó con él desde atrás.

Con una mueca salvaje, Riddock avanzó con un puñado de hombres hacia la línea rota. El vivía, pensó ella. Su tío estaba vivo. Cuando corrió para reunirse con él, la tierra se agitó bajo sus pies y la hizo caer.

Cuando se estaba levantando, su mirada se encontró con los ojos abiertos y sin vida de Isleen.

— No. No. No.

Isleen tenía un profundo corte en la garganta, la fina tira de cuero de la que Moira sabía que le colgaba una cruz de madera, estaba rota y empapada de sangre. El dolor fue tan fuerte, la golpeó de un modo tan profundo, que se aferró a su cuerpo.

Aún estaba tibia, pensó mientras la acunaba entre sus brazos. Aún tibia. Si hubiese sido más veloz, podría haber salvado a Isleen.

— Isleen. Isleen.

Las palabras eran una imitación burlona cuando Lilith surgió de la densa humareda.

Iba vestida para la batalla, en rojo y plata, y en la cabeza lucía una corona igual a la de Moira. Su espada estaba cubierta de sangre hasta la enjoyada empuñadura. Al verla, Moira sintió que olas de furia y miedo chocaban dentro de ella haciendo que se levantara de un salto.

— Mírate. — La elegancia y destreza con que Lilith movía la espada mientras giraba a su alrededor, le advirtieron a Moira que la reina de los vampiros conocía muy bien el arte de la esgrima—. Pequeña e insignificante, cubierta de barro y lágrimas. Me asombra haber perdido tanto tiempo planeando tu muerte cuando todo es tan sencillo.

— No conseguirás la victoria. — Reina contra reina, pensó Moira al tiempo que bloqueaba el primer golpe lanzado por Lilith. La vida contra la muerte—. Os estamos haciendo retroceder. Nunca nos detendremos.

— Oh, por favor. — Lilith hizo un gesto despectivo con la mano—. Vuestras líneas se están derrumbando como si fuesen de arcilla, y aún tengo doscientos soldados en la reserva. Pero esto no se trata de vencer aquí o allá. Esto es entre tú y yo.

Casi sin pestañear, Lilith cogió por la garganta al soldado que la atacaba y le rompió el cuello. Lo lanzó a tierra con un gesto de indiferencia mientras golpeaba la espada flamígera de Moira.

— Midir tiene sus habilidades — dijo Lilith cuando logró que el fuego se extinguiera—. Quiero tomarme mi tiempo contigo, perra humana. Tú mataste a mi Davey.

— No, tú lo hiciste. Y una vez destruido aquello en lo que lo convertiste, espero que lo que Davey fue alguna vez, la inocencia que tuvo, te esté maldiciendo.

La mano de Lilith salió disparada hacia adelante, relampagueando como los colmillos de una cobra. Sus uñas arañaron la mejilla de Moira.

— Mil cortes. — Lamió la sangre que manchaba sus dedos—. Eso es lo que te daré. Un millar de cortes mientras mi ejército se llena el estómago con los vuestros.

— No volverás a tocarla. — Montado en su corcel negro, Cian se acercó lentamente, como si el tiempo se hubiera detenido—. No volverás a tocarla nunca más.

— ¿Vienes a salvar a tu puta? — Lilith sacó de su cinturón una estaca de oro—. Madera de roble dorada. Ordené que la hicieran especialmente para ti, para el momento en que acabe contigo del mismo modo en que te creé. Dime, ¿no te excita toda esta sangre? Charcos calientes de ella, cadáveres que aún no se han enfriado esperando a ser vaciados. Sé que lo que hay en ti ansia ese sabor. Yo puse eso en tu interior y lo conozco tanto como me conozco a mí misma.

— Tú nunca me conociste. Vete — le dijo a Moira desmontando.

— Sí, puedes echar a correr. Ya te encontraré más tarde.

Lilith voló hacia Cian, luego giró sobre su cabeza agitando la espada. Cuando lanzó el acero hacia abajo, su estaca encontró el aire mientras Cian movía el cuerpo hacia arriba y atrás, con los tacones de las botas rozando el rostro de Lilith.

Ambos se movían tan de prisa, a una velocidad tan pavorosa, que Moira apenas alcanzó a ver algo más que una mancha borrosa, a oír los aceros que chocaban como un trueno de plata. Aquella sería la batalla de Cian, ella lo sabía, la que solamente él podía librar. Pero no le abandonaría.

Montó en el caballo y llevó a Vlad colina arriba a través de las piedras cubiertas de sangre, hasta colocarse por encima de sus cabezas. Desde allí lanzó chorros de fuego con su espada para contener el avance de los soldados de Lilith que pretendían llegar a donde estaba su reina. Juró que ella y la espada de Geall defenderían a su amado hasta el final.

Lilith era muy hábil, y Cian lo sabía. Después de todo, ella había tenido cientos de años para aprender el arte de la guerra, igual que él. Su fuerza y velocidad eran tan grandes como las de él. Tal vez más. Ella bloqueaba sus golpes, lo hacía retroceder, se escabullía de la fuerza de su ataque.

Aquel lugar todavía era de Lilith, era consciente de ello. Aquel reducto de negrura. Ella se alimentaba de aquel lugar mientras que él no se atrevía a hacerlo. Ella se alimentaba de los gritos que resonaban en el aire y de la sangre que parecía empaparla como una lluvia.

Cian luchaba contra Lilith, y contra la guerra que había en su interior; esa cosa que pugnaba por liberarse y revelar lo que era. Aquello en lo que Lilith lo había convertido. Aprovechando su ventaja, ella apartó de un golpe la



espada de Cian y, en el instante en que él quedó descubierto, lanzó la estaca contra su corazón.

La fuerza del golpe lo hizo retroceder, tambaleándose. Pero cuando el grito de triunfo de Lilith se apagaba, él seguía de pie, ileso.

— ¿Cómo? — Fue todo lo que Lilith alcanzó a decir mientras le miraba fijamente.

Cian sentía la marca del relicario de Moira contra su corazón, y el dolor era leve y dulce.

— Una magia que tú jamás conocerás.

Cian se lanzó hacia adelante con la espada, y hundió la afilada punta en la cicatriz del pentáculo. La sangre que comenzó a brotar de la herida era negra y espesa como la brea.

El dolor y la furia hicieron que surgiera el demonio en sus ojos, el rojo asesino. Ahora los gritos de Lilith resonaron en todo el valle cuando se lanzó hacia él con una fuerza nueva y salvaje. Cian repelió el ataque y derramó más sangre mientras el relicario parecía latir como un corazón en su pecho.

La espada de Lilith le alcanzó en el brazo, e hizo que la suya cayese tintineando entre las piedras.

— ¡Ahora tú! ¡Luego tu puta!

Cuando Lilith atacó, Cian cogió con fuerza la muñeca de la mano que sostenía la espada. Ella le sonrió.

— Que sea de este modo entonces. Es más poético.

Ella desnudó los colmillos para morderle el cuello. Entonces Cian le clavó en el corazón la estaca dorada que Lilith había hecho especialmente para él.

— Te diría que te fueras al infierno, pero creo que ni siquiera allí te aceptarían.

Los ojos de Lilith se abrieron enormemente y se volvieron azules. Cian sintió cómo se disolvía la muñeca que aferraba en su mano ensangrentada, pero aquellos ojos aún lo miraron un instante más.

Luego sólo hubo un montón de cenizas a sus pies.

— He acabado contigo — dijo — como tú acabaste conmigo hace mucho tiempo. Eso sí es poético.

La tierra comenzó a temblar bajo sus pies. Bien, pensó Cian, ya viene.

El corcel negro saltó desde las rocas esparciendo las cenizas con los cascos.

— Lo has conseguido. — Moira bajó de Vlad y se echó en sus brazos —. La has derrotado. Has ganado.

— Esto ha sido lo que me salvó. — Sacó el relicario que ella le había dado y le mostró la profunda muesca que presentaba la plata por la fuerza de la estaca—. Tú me has salvado.

— Cian. — Cuando la roca detrás de ella se abrió como un huevo, Moira saltó y su rostro volvió a palidecer—. De prisa. Vete, de prisa. Ya ha comenzado. La sangre de Lilith, su fin, era lo último. Ellos han comenzado el conjuro.

— Tú la has derrotado, tú has ganado. Recuerda siempre eso, Moira.

La atrajo hacia él y aplastó su boca con la suya. Luego montó en su caballo y se marchó a todo galope.

Alrededor de ella todo era un caos. Gritos y chillidos a través del humo, los gemidos de los heridos, la huida desesperada del enemigo.

Un dragón dorado apareció en medio de ese caos con Blair sobre su lomo. Con la tierra ondulándose bajo sus pies, Moira alzó los brazos para que Larkin pudiese sujetarla entre sus garras. Luego voló con él hacia la cima de la colina, sobre la tierra trémula.

Allí arriba, Hoyt cogió con fuerza la mano de Moira.

— Tiene que ser ahora.

— Cian. No podemos estar seguros de...

— Le dimi palabra. Debe ser ahora.

Alzó las manos juntas y todos elevaron sus rostros y sus voces hacia el cielo negro.

— En este lugar una vez maldito, conservamos el poder, y lo ejercemos en esta hora final. Sobre esta tierra se derramó la sangre en la más negra de las noches, la de ellos por la oscuridad y la nuestra por la luz. La magia negra y los demonios han sido derrotados aquí por nuestra mano, y ahora reclamamos esta tierra ensangrentada. Ahora convocamos todo lo que hemos hecho. Ahora, a través de la oscuridad, elevamos el sol. Su luz golpeará a nuestro enemigo. ¡Que así sea!

La tierra tembló y el viento comenzó a soplar con furia.

— ¡Llamamos al sol! — gritó Hoyt—. ¡Llamamos a la luz!

— ¡Llamamos al amanecer! — La voz de Glenna se elevó junto a la de Hoyt, y el poder aumentó cuando Moira cogió su mano libre—. Que se queme la noche.

— Se eleva por el este — cantó Moira, mirando a través del humo que se arremolinaba a su alrededor, mientras Larkin y Blair completaban el círculo—. Se extiende hacia el oeste.

— Ya viene — gritó Blair—. Mirad. Mirad hacia el este.

El cielo se iluminó por encima de las sombras de las montañas, y la luz se extendió y creció hasta que todo se volvió brillante como si fuese mediodía.

En el valle, los vampiros se quemaban hasta quedar convertidos en nada.

En el terreno rocoso y quebrado, las flores comenzaron a abrirse.

— ¿Has visto eso? — La mano de Larkin aferró con fuerza la de Moira, y su voz era ronca y reverente —. La hierba se está volviendo verde.

Moira lo vio y también el dulce hechizo de las flores blancas y amarillas que se extendían sobre aquella alfombra verde. Vio los cuerpos de los que habían caído en la pradera de un valle pródigo y bañado por el sol.

Pero no vio a Cian por ninguna parte.

## CAPÍTULO 21

Aunque la batalla se había ganado, aún quedaba trabajo por hacer.

Moira ayudó a Glenna en la atención de los heridos. Blair y Larkin habían salido con un grupo para cazar a los vampiros que pudieran haberse refugiado del sol, mientras Hoyt ayudaba a transportar de regreso a una de las bases a los hombres cuyas heridas no eran tan graves.

Después de limpiarse una vez más la sangre de las manos, Moira enderezó la espalda y, al ver que Ceara vagaba por el lugar como aturdida, corrió hacia ella.

— Ven, ven, estás herida. — Moira apretó una mano sobre la herida que Ceara tenía en el hombro —. Deja que te venda esa herida.

— Mi esposo. — Su mirada fue de un jergón a otro, mientras se apoyaba pesadamente sobre Moira —. Eogan. No puedo encontrar a mi esposo. Él...

— Aquí. Eogan está aquí. Te llevaré con él. Ha estado preguntando por ti.

— ¿Está herido? — Ceara se tambaleó —. Él...

— No es una herida mortal, te lo prometo. Y, cuando te vea, la herida curará más rápido. Allí está, ¿lo ves? Él...

Moira se interrumpió mientras Ceara lanzaba un grito y corría hasta caer de rodillas junto al jergón donde estaba su esposo.

— Es bueno ver eso, es bueno para el corazón.

Moira se volvió y sonrió a su tío. Riddock, con el brazo y la pierna vendados, estaba sentado sobre un canasto de suministros.

— Me gustaría que todos los amantes pudieran volver a reunirse como ellos. Pero... hemos perdido a tantos... Más de trescientos muertos, y el recuento no ha acabado.

— ¿Y cuántos viven, Moira? — Riddock vio las heridas que su sobrina tenía en el cuerpo, y en sus ojos vio las heridas que tenía en el corazón —. Hay que honrar a los muertos, pero alegrarse por los vivos.

— Lo haré. Lo haré. — Ella siguió recorriendo con la mirada a los heridos y a quienes les atendían, y temía sólo por uno —. ¿Te sientes con fuerzas como para viajar de regreso a casa?

— Me marcharé con los últimos. Yo llevaré a nuestros muertos de regreso a casa, Moira. Déjame a mí esa tarea.

Ella asintió y, después de abrazar a Riddock, volvió a su ocupación. Estaba ayudando a un soldado a beber un poco de agua cuando Ceara volvió a buscarla.

— Su pierna. La pierna de Eogan... Glenna dice que no la perderá, pero...

— Entonces no la perderá. Glenna no os mentiría a ninguno de los dos.

Ceara asintió con la respiración más relajada.

— Puedo ayudar. Quiero ayudar. — Ceara se tocó el hombro vendado — . Glenna me ha hecho una cura y dijo que pronto estaré bien. También he visto a Dervil. Ella ha salido bastante bien librada. Cortes y magulladuras en su mayor parte.

— Lo sé.

— He visto a vuestro primo Oran, y me ha dicho que Phelan, el esposo de Sinann, ya se encuentra de camino al castillo. Pero aún no he podido encontrar a Isleen. ¿La habéis visto?

Moira bajó la cabeza del soldado y luego se levantó.

— Ella no lo consiguió.

— No, mi señora, ella tiene que haberlo conseguido. Vos no la habéis visto. — Ceara volvió a inspeccionar los jergones que se extendían sobre el vasto terreno — . Hay tantos heridos...

— La he visto. Isleen cayó en el campo de batalla.

— No. Oh, no. — Ceara se cubrió el rostro con las manos — . Voy a decírselo a Dervil. — Las lágrimas caían por sus mejillas cuando bajó las manos — . Está tratando de encontrar a Isleen. Se lo diré y nosotras... No puedo entenderlo, mi señora. No puedo.

— ¡Moira! — Glenna la llamó a través del campo — . Te necesito aquí.

— Se lo diré a Dervil — repitió Ceara, y se alejó corriendo.

Moira trabajó hasta que el sol comenzó a ocultarse otra vez, luego, exhausta y enferma de preocupación, voló a lomos de Larkin hasta la granja donde pasaría la última noche.

Él estaría allí, se dijo. Allí sería donde estaría. Protegido de la luz del sol y ayudando a organizar los suministros, el transporte y a los heridos. Por supuesto, él estaría allí.

— Ya casi es de noche — dijo Larkin cuando se hubo transformado — . Y no habrá nada que salga a cazar en Geall esta noche salvo aquello que ha hecho la naturaleza.

— ¿No has encontrado a nadie, ningún superviviente enemigo?

— Cenizas, sólo cenizas. Incluso en las cuevas y en la profundidad del bosque sólo había cenizas. Como si el sol que hemos traído lo hubiese quemado todo, y ninguno de ellos hubiese podido sobrevivir, no importa dónde se hubiese ocultado.

El rostro de Moira, ya pálido, se volvió gris, y Larkin la cogió del brazo.

— Es diferente para él, tú lo sabes. Cian se habrá puesto la capa. La ha debido de conseguir a tiempo. No puedes creer que la magia que hemos creado pudiera hacerle daño a uno de los nuestros.

— No, por supuesto. Por supuesto, tienes razón. Estoy cansada, eso es todo.

— Ahora meterás algo en tu estómago y luego te acostarás.

Larkin la acompañó hasta la casa.

Allí estaba Hoyt en compañía de Blair y Glenna. La expresión de sus rostros hizo que a Moira se le doblasen las rodillas.

— Está muerto.

— No. — Hoyt se adelantó para cogerle las manos —. No, Cian ha sobrevivido.

Las lágrimas que Moira había estado conteniendo durante horas, brotaron de sus ojos y bañaron sus mejillas.

— ¿Lo juras? ¿Cian no está muerto? ¿Lo has visto, has hablado con él?

— Lo juro.

— Moira, siéntate, estás agotada.

Pero ella sacudió la cabeza ante las palabras de Glenna y mantuvo la mirada fija en los ojos de Hoyt.

— ¿Arriba? ¿Está arriba? — Un estremecimiento le sacudió todo el cuerpo al comprender lo que había visto en los ojos de Hoyt.

— No — contestó él lentamente —. No está arriba. Ni en la casa, ni en Geall. Cian se ha ido. Ha regresado.

«Él lo sentía... » ¡Maldición! Lo siento, Moira. Estaba decidido a marcharse inmediatamente. Yo le he dado mi llave y Cian se ha marchado al Baile de los Dioses volando en un dragón. Ha dicho... — Hoyt cogió un papel lacrado que había encima de la mesa —. Me ha pedido que te diese esto.

Moira miró el papel y, finalmente, asintió.

— Gracias.

Ninguno dijo nada cuando Moira cogió el papel y subió sola a su cuarto.

Se encerró en la habitación que había compartido con Cian y encendió las velas. Luego se sentó y sostuvo la carta contra su corazón hasta que tuvo el valor suficiente para romper el sello.

Y leyó.

*M o i r a .*

*Esto es lo mejor. Esa parte razonable de ti lo entiende. Si me quedaba más tiempo no hubiese hecho más que prolongar el dolor, y ya ha habido suficiente dolor para una docena de vidas. Dejarte es un acto de amor. Espero que también entiendas eso.*

*Tengo tantas imágenes de ti en mi cabeza. De ti sentada en el suelo de mi biblioteca, rodeada de libros, absorta en su lectura. De ti riendo con King o Earkin como raramente te reías conmigo durante aquellas primeras semanas. Valiente en la batalla o perdida en tus pensamientos. Nunca supiste cuántas veces te miré, y te quise.*

*Te veré en la neblina del amanecer, extrayendo de la piedra una espada brillante, y volando en un dragón mientras las flechas salen cantando de tu arco.*

*Te veré a la luz de las velas, extendiendo los brazos hacia mí, llevándome hacia una luz que no había conocido antes y que no volveré a conocer.*

*Tú salvaste tu mundo y el mío y todos los otros que pudiera haber. Creo que tenías razón cuando dijiste que estábamos destinados a encontrarnos, a estar juntos para forjar la fuerza, el poder necesario para salvar esos mundos.*

*Ahora ha llegado el momento de dar un paso a un lado.*

*Te pido que seas feliz que reconstruyas tu mundo, tu vida, y que abracés ambos. Hacer menos que eso sería un deshonor para lo que hemos tenido tú y yo. Para lo que tú me diste.*

*De alguna manera contigo, volvía a ser un hombre.*

*Ese hombre te amó más allá de toda medida. Lo que soy que no es un hombre también te amó, a pesar de todo. Siempre te he amado. Si tú me amaste, harás lo que te pido.*

*Vive por mí, Moira. Incluso separados por un mundo, yo sabré que lo haces y seré feliz.*

*C i a n*

M o i r a l l o r ó . U n c o r a z ó n h u m a n o n e c e s i t a b a d e r r a m a r e s e p r o f u n d o p o z o d e l á g r i m a s . A c o s t a d a e n l a c a m a d o n d e s e h a b í a n a m a d o p o r ú l t i m a v e z , e l l a a p r e t ó l a c a r t a c o n t r a s u c o r a z ó n y l o d e j ó v a c í o .



## ***Ciudad de Nueva York***

### ***Ocho semanas más tarde***

Pasaba mucho tiempo en la oscuridad y mucho tiempo con el whisky. Cuando un hombre disponía de la eternidad, Cian suponía que podía tomarse una o dos décadas para rumiar amargamente. Quizá incluso todo un siglo, teniendo en cuenta que había renunciado al amor de su jodida y eterna vida.

Lo superaría, por supuesto. Por supuesto que lo haría. Volvería a encargarse de sus negocios. Viajaría durante un tiempo. Primero bebería un poco más. Uno o dos años de jodida borrachera nunca le habían hecho daño a un muerto viviente.

Él sabía que Moira estaba bien, ayudando a que su pueblo se recuperase de la terrible experiencia por la que habían pasado, planeando el monumento que levantarían en el valle la próxima primavera. Habían enterrado a sus muertos y ella había leído cada uno de los nombres — casi quinientos de ellos — durante la ceremonia.

Lo sabía porque los demás ya habían regresado también y habían insistido en darle detalles que él no les había pedido.

Al menos, Blair y Larkin estaban ahora en Chicago, y no estarían dándole la lata todo el día para hablar o reunirse. Cabía pensar que los humanos, después de haber pasado todo ese tiempo con él, sabrían que su estado de ánimo no era precisamente sociable.

Él iba a revolcarse en la depresión, joder. Y todos ellos, según sus cálculos, estarían muertos antes de que él saliese de ese pozo depresivo.

Se sirvió otra generosa cantidad de whisky. Se dijo que, al menos, aún conservaba algunos principios que impedían que bebiese directamente de la botella.

Y allí estaban Hoyt y Glenna, insistiendo para que pasara la Navidad con ellos. ¡Navidad, por el maldito Judas! ¿Qué podía importarle a él la Navidad? Ojala regresaran a Irlanda y a la casa que les había regalado y lo dejaran en paz.

¿Celebrarían la Navidad en Geall?, se preguntó, deslizando los dedos sobre el relicario de plata abollado que jamás se quitaba del cuello. Nunca había preguntado acerca de esa costumbre en particular... pero ¿por qué debería haberlo hecho? Probablemente allí fuese Navidad, con música y leños ardiendo en los hogares. De todos modos, eso no tenía nada que ver con él.

Moir a la debía de celebrar, encendiendo mil velas y haciendo que el castillo de Geall resplandeciera. Colgando los acebos y pidiéndole a los músicos que tocasen.

¿Cuándo demonios se le pasaría ese dolor? ¿Cuántos océanos de whisky necesitaría para aplacarlo?

Oyó el zumbido del ascensor y frunció el cejo. Le había dicho claramente al tosco portero que no dejase subir a nadie, ¿verdad? Tendría que romperle el cuello a ese idiota como si fuese un palillo chino usado.

Pero no importaba, se dijo, ya que había activado el mecanismo de cierre desde dentro como una segunda línea de defensa.

Podían subir, pero no podían entrar.

Apenas pudo reprimir un insulto cuando la puerta se abrió y vio a Glenna entrando en la oscuridad.

— ¡Oh, por el amor de Dios!

La voz de ella denotaba impaciencia y, un instante después, las luces se encendieron.

La súbita luminosidad le hirió los ojos, y esta vez los insultos fueron estridentes y auténticos.

— Mírate. — Ella dejó sobre una mesa la gran caja envuelta con elegancia que había traído—. Sentado en la oscuridad, como un...

— Vampiro. Vete.

— Aquí apesta a whisky.

Como si fuese la dueña del apartamento, Glenna fue a la cocina y empezó a preparar café. Mientras dejaba la cafetera en el fuego, regresó a la sala de estar, donde Cian seguía exactamente en el mismo lugar.

— Feliz Navidad también para ti. — Ella ladeó la cabeza—. Necesitas afeitarte y un corte de pelo. Y un día, cuando no estés de un humor de perros, te preguntaré cómo haces esa clase de cosas. Afeitarte — repitió—, cortarte el pelo y, puesto que aquí no sólo apesta a whisky, darte un baño.

Los ojos de Cian permanecieron entrecerrados y sus labios se curvaron sin pizca de humor.

— ¿Vas a bañarme tú, pelirroja?

— Si hay que hacerlo... ¿Por qué no te lavas un poco, Cian, y regresas al apartamento conmigo? Nos ha quedado un montón de comida de la cena de Navidad. Hoy es el día de Navidad — dijo ante su mirada inexpresiva—. Casi las nueve de la noche del día de Navidad, en realidad; y he dejado a mi esposo solo en casa porque es tan obstinado como tú, y no vendría nunca sin haber sido invitado.

— Eso ya es algo. No quiero las sobras de la cena de Navidad. Y tampoco ese café que estás preparando en la cocina. — Levantó el vaso — . Ya tengo lo que necesito.

— Muy bien. Puedes quedarte aquí borracho, hediondo y deprimido. Pero quizá quieras tener esto.

Glenna fue hasta la mesa donde había dejado la caja, la cogió y la dejó caer en el regazo de Cian.

— Ábrela.

Ella estudió sin interés.

— Pero yo no tengo nada para ti.

Glenna se arrodilló a sus pies.

— Consideraré el que lo abras como mi regalo. Por favor. Es importante para mí.

— ¿Te largarás de aquí si lo hago?

— Pronto.

Para complacerla, Cian levantó la tapa con su papel plateado y su elaborado lazo y apartó la capa superior de brillante papel de seda.

Y Moira le miró.

— Ah, maldita seas, maldita seas, Glenna. — Ni el whisky ni la voluntad podían resistir la imagen de ella. La emoción le hizo temblar la voz cuando levantó el retrato enmarcado — . Es hermoso. Ella es hermosa.

Glenna la había pintado en el momento en que Moira había extraído la espada de la piedra. El poder y el aire de irrealidad de ese instante, con sombras verdes, nieblas plateadas y la flamante reina de pie, con la espada brillante apuntada hacia el cielo.

— Pensaba, esperaba, que tener ese retrato te recordaría lo que ayudaste a darle a Moira. Ella no hubiese podido conseguirlo sin ti. No habría Geall sin ti. Yo no estaría aquí de no haber sido por ti. Ninguno de nosotros habría conseguido sobrevivir sin cada uno de los otros. — Apoyó una mano sobre la de Cian — . Todavía somos un círculo, Cian. Siempre lo seremos.

— Hice lo correcto por ella marchándome. Hice lo que tenía que hacer.

— Sí. — Glenna le apretó la mano — . Hiciste lo correcto, un acto de amor enorme y puro. Pero el hecho de saber que hiciste lo correcto por todas las razones justas no alivia el dolor.

— Nada lo hace. Nada.

— Yo diría que el tiempo lo consigue, pero no sé si es verdad. — La compasión se reflejaba en su voz, en sus ojos — . Diré, en cambio, que

tienes una familia y amigos que te quieren y que están disponibles para ti. Tienes gente que te ama, Cian, que sufre por ti.

— No sé cómo tomar lo que quieres darme, todavía no. Excepto esto. — Acarició el marco con el dedo —. Gracias por esto.

— De nada. También hay fotografías. Unas que tomé cuando estábamos en Irlanda. Pensé que quizá te gustaría tenerlas.

Cian empezó a levantar las otras capas de papel y luego se detuvo.

— Necesito un momento.

— Por supuesto. Iré a terminar de preparar el café.

Cuando se quedó solo, Cian desenvolvió el gran sobre de papel Manila y lo abrió.

Había docenas de ellas. Una de Moira y sus libros, y con Larkin fuera de la casa. Una de King reinando sobre los fogones de la cocina; de Blair, con la mirada intensa y el sudor haciendo brillar su piel mientras sostenía una espada en la posición del guerrero.

También había una de él y de Hoyt que no sabía que Glenna les hubiese hecho.

Mientras estudiaba cada una de las fotografías, sus sentimientos se agitaban y mezclaban, tristeza y placer.

Cuando finalmente alzó la vista, Glenna estaba apoyada en el quicio de la puerta con una jarra de café en la mano.

— Te debo algo más que un regalo.

— No, no me debes nada, Cian. Regresaremos a Geall para Año Nuevo. Todos nosotros.

— Yo no puedo.

— No — dijo ella después de un momento, y la comprensión que reflejaban sus ojos casi le hace pedazos —. Sé que no puedes. Pero si hay algún mensaje que...

— No puede haber ninguno. Hay demasiado para decir, Glenna, y nada que decir. ¿Estáis seguros de que podréis regresar?

— Sí, tenemos la llave de Moira y la garantía de la propia Morrigan. No te quedaste el tiempo suficiente para recibir el agradecimiento de los dioses.

Glenna se acercó y dejó el café en una mesa junto a él.

— Si cambias de idea, no nos iremos hasta el mediodía, la víspera de Año Nuevo. Si no lo haces, después del viaje, Hoyt y yo estaremos en Irlanda. Esperamos que vengas a visitarnos. Blair y Larkin se quedarán en mi apartamento.

— Vampiros de Nueva York, ¡cuidado!

— Así es. — Se inclinó y lo besó en la mejilla — . Feliz Navidad.

Cian no bebió el café, pero tampoco bebió más whisky. Seguramente aquél era un paso hacia alguna parte. En cambio, se quedó sentado y estudió el retrato de Moira, y las horas pasaron así hasta la medianoche.

Un remolino de luz lo obligó a levantarse del sillón. Puesto que era el arma que tenía más cerca, cogió la botella de whisky por el cuello. Como no estaba tan borracho como para sufrir alucinaciones, decidió finalmente que la diosa que había aparecido súbitamente en su apartamento era real.

— Vaya, éste es un día memorable. Me pregunto si alguien como vos había visitado alguna vez a alguien como yo.

— Eres parte de los seis — dijo Morrigan.

— Lo era.

— Lo eres. Sin embargo, vuelves a mantenerte alejado de ellos. Dime, vampiro, ¿por qué luchaste? No por mí o los míos.

— No, no lo hice por los dioses. ¿Por qué? — Cian se encogió de hombros, y ahora sí bebió directamente de la botella en una especie de desafío o de falta de respeto — . Era algo que hacer.

— Es una estupidez que alguien como tú quiera simular con alguien como yo. Tú creías que era justo, que merecía la pena luchar por ello, incluso entregar tu vida por esa causa. He conocido a tu especie desde que comenzaron a reptar a través de la sangre. Ninguno de ellos hubiese hecho lo que tú.

— Enviasteis a mi hermano aquí para aseguráros de que yo no me apartara del camino correcto.

La diosa enarcó una ceja ante el tono empleado por Cian y luego inclinó la cabeza.

— Envié a tu hermano para que te encontrase. La voluntad de hacerlo fue tuya. Sientes amor por esta mujer. — Señaló el retrato de Moira — . Por esa humana.

— ¿Creéis que no podemos amar? — La voz de Cian tembló de rabia y de dolor — . ¿Creéis que no somos capaces de amar?

— Sé que tú eres capaz de amar, y aunque el amor puede calar hondo en los de tu especie, el egoísmo es igualmente fuerte. Pero no es tu caso. — Con la túnica agitada por el viento, Morrigan se acercó al retrato de Moira — . Ella te pidió que la transformases en uno de los vuestros, pero te negaste a hacerlo. Si hubieses hecho lo que te pedía, podrías haberla conservado a tu lado.

— ¿Como una jodida mascota? ¿Conservarla? Condenarla es lo que habría hecho, matarla, destruir esa luz que hay en ella.

— Le habrías dado la eternidad.

— De la oscuridad, de un anhelo por la sangre de lo que había sido. Condenada a una vida que no es vida. Ella no sabía lo que me estaba pidiendo.

— Ella lo sabía. Con un corazón y una mente tan fuertes como los que tiene, y con ese coraje, ella lo sabía, y sin embargo te habría entregado su vida. A ti te ha ido bien, ¿verdad? Tienes cultura y riqueza, habilidades. Hogares lujosos.

— Así es. He hecho algo con mi ser muerto. ¿Por qué no debería haberlo hecho?

— Y disfrutas de ello... cuando no estás sentado en la oscuridad, rumiando tristemente sobre aquello que no puede ser. Sobre lo que no puedes tener. Disfrutas de tu eternidad, tu juventud, tu fuerza y tu conocimiento.

Ahora Cian sonrió despectivamente, maldiciendo a los dioses.

— ¿Preferiríais que me golpease el pecho por el destino que me ha tocado? ¿Que lamentase eternamente mi propia muerte? ¿Es eso lo que exigen los dioses?

— No exigimos nada. Nosotros pedimos y tú diste. Distes mucho más de lo que pensamos que darías. Si fuese de otro modo, yo no estaría aquí.

— Bien. Ahora podéis volver a marcharos.

— Y tampoco — continuó diciendo la diosa en el mismo tono tranquilo — te daría esta alternativa. Continuar viviendo, ser aún más rico, siglo tras siglo, sin envejecer, sin sufrir enfermedades y contando con la bendición de los dioses.

— Ya tengo todo eso sin vuestras bendiciones.

Los ojos de Morrigan destellaron fugazmente, pero Cian no podía decir — no le importaba tampoco — si era un gesto de diversión o de enfado.

— Pero ahora te son concedidas a ti, el único de tu especie que las tiene. Tú y yo sabemos más acerca de la muerte que cualquier humano. Y la tememos más. No es necesario que haya un final para ti. O puedes tener un final.

— ¿Qué? ¿Estacado por los dioses? — Soltó una risotada y bebió otro largo trago directamente de la botella —. ¿Quemado en el fuego sagrado? ¿Una purificación de mi alma condenada?

— Puedes volver a ser lo que eras y tener una vida que se acabe, como la de todos los mortales. Puedes volver a estar vivo y, de ese modo, envejecer y enfermar y, un día, conocer la muerte como la conoce un hombre.

La botella se deslizó de sus dedos y chocó contra el suelo.

— ¿Qué?

— Ésta es tu alternativa — dijo Morrigan, alzando ambas manos con las palmas hacia arriba —. La eternidad, con nuestras bendiciones para que la disfrutes. O un puñado de años humanos. ¿Qué decides, vampiro?

En Geall había caído una silenciosa nevada, y una fina capa blanca cubría la tierra. La luz de la mañana brillaba sobre ella y arrancaba destellos del hielo que adornaba los árboles.

Moira le devolvió su hija a Sinann.

— Está más guapa cada día que pasa, y podría pasar horas mirándola. Pero nuestra compañía llega después del mediodía y aún no he terminado los preparativos.

— Los trajiste de regreso a casa conmigo. — Sinann acarició a su hija —. Todo lo que yo amo. Me gustaría que tú también pudieras ser feliz, Moira.

— Viví toda una vida en unas pocas semanas.

Moira le dio un último beso a la niña y luego volvió la vista con sorpresa cuando Ceara irrumpió en la habitación.

— Majestad. Hay alguien... abajo, hay alguien que desea hablar con vos.

— ¿Quién?

— Yo... sólo me han dicho que hay un visitante que ha viajado desde muy lejos para hablar con vos.

Moira enarcó las cejas cuando Ceara abandonó rápidamente la habitación.

— Bien, quienquiera que sea ese visitante, no cabe duda de que ha alterado a Ceara. Volveré más tarde.

Salió de la habitación alisándose los pantalones. Habían estado limpiando durante días para preparar el nuevo año y la llegada de sus invitados más esperados por ella. Para verles otra vez, pensó, para hablar con ellos. Para ver la sonrisa de Larkin al conocer a su nueva sobrina.

¿Le traerían alguna noticia de Cian?

Apretó los labios con fuerza, recordándose una vez más que no debía permitir que se viese la pena que sentía por dentro. Era un tiempo de celebración, de festividad. Ella no colocaría un paño mortuario sobre Geall después de todo lo que habían luchado para conservar su mundo.

Un temblor le recorrió la piel cuando empezó a bajar la escalera. Sintió que el temblor subía por su columna vertebral y alcanzaba la base de su cuello, ese lugar donde a su amante le gustaba posar los labios.

Luego, el temblor le alcanzó el corazón, y echó a correr. Ese corazón trémulo comenzó a acelerar sus latidos. Y luego a remontarse.

Lo que ella creía que nunca podría ser, era; y allí estaba él, mirándola.

— Cian. — La alegría brotó de su interior como una música—. Has vuelto. — Ella se habría lanzado a sus brazos, pero ella estaba mirando con tanta intensidad, de un modo tan extraño, que no estaba segura de ser bien recibida—. Has vuelto — repitió.

— Me preguntaba qué vería en tu rostro. Me preguntaba. ¿Podemos hablar en privado?

— Por supuesto. Sí, nosotros... — Moira, turbada, miró a su alrededor—. Parece que estamos solos. Todos se han marchado. — ¿Qué podía hacer con sus manos para impedir que le tocasen?—. ¿Cómo has venido? ¿Cómo...?

— Es la víspera de Año Nuevo — dijo Cian sin dejar de mirarla—. El final del viejo, el comienzo del nuevo. Quería verte en el límite de ese cambio.

— Yo quería verte, no importa cuándo o dónde. Los demás llegarán en pocas horas. ¿Te quedarás? Por favor, dime que te quedarás a la celebración.

— Eso depende.

A ella le quemaba la garganta como si hubiese tragado fuego.

— Cian, sé que lo que dijiste en tu carta era verdad, pero era duro, muy duro no volver a verte. Conservar en la sangre nuestro último momento juntos. Yo quería... — Las lágrimas anegaron sus ojos, y estuvo a punto de perder la batalla para reprimirlas—. Sólo quería un momento más. Ahora lo tengo.

— ¿Aceptarías más de un momento si yo pudiera ofrecértelo?

— No entiendo. — Luego sonrió y reprimió un sollozo cuando Cian sacó de debajo de la camisa el relicario que ella le había regalado—. Aún lo llevas.

— Sí, aún lo llevo. Es una de mis posesiones más preciadas. Yo no dejé nada detrás de mí para ti. Ahora te pregunto, ¿acceptarías más que ese momento, Moira? ¿Aceptarías esto?

Él le cogió la mano y la apretó contra su corazón.

— Oh, temía que no quisieras tocarme. — Dejó escapar el aliento con un ligero temblor—. Cian, tú sabes, tienes que saber, que yo...

Su mano tembló debajo de la de él y sus ojos se abrieron como platos.



— Tu corazón. Tu corazón late.

— Una vez te dije que si podía latir, lo haría por ti. Pues lo hace.

— Está latiendo debajo de mi mano — susurró ella —. ¿Cómo?

— Un regalo de los dioses en los últimos instantes de la Navidad. Ellos me devolvieron aquello que me había sido arrebatado. — Le mostró la cruz de plata que colgaba de su cuello junto al relicario —. Es un hombre el que está frente a ti, Moira.

— Humano — susurró ella —. Estás vivo.

— Es un hombre el que te ama.

Cian la llevó hasta las puertas y las abrió de par en par, dejando que el sol se derramara sobre ambos. Y ante algo tan milagroso, alzó la cara, cerró los ojos, y dejó que la luz bañase su rostro.

Moira ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas ni los sollozos que las acompañaban.

— Estás vivo. Has regresado a mí y estás vivo.

— Es un hombre el que está frente a ti, Moira — repitió él —. Es un hombre el que te ama. Es un hombre el que te pregunta si compartirás con él la vida que le han devuelto, si vivirás con él. Si me tomarás como soy y construirás una vida conmigo. Geall será mi mundo como tú eres mi mundo. Será mi corazón como tú eres mi corazón. Si me aceptas.

— He sido tuya desde el primer momento, y seré tuya hasta el último. Has vuelto a mí. — Moira apoyó una mano en el corazón de Cian y la otra sobre el suyo —. Y mi corazón late otra vez.

Ella le enlazó el cuello con los brazos, y aquellos que se habían congregado en el patio y en la escalera lanzaron vivas de júbilo mientras la reina de Geall besaba a su amado bajo el sol del invierno.

— De modo que vivieron — dijo el anciano — y se amaron. Y así el círculo se volvió más fuerte y formó nuevos círculos, del mismo modo que se forman las ondas que se extienden por las aguas de un estanque. El valle que una vez había estado silencioso cantó con la música de la brisa del verano a través de la hierba verde y con el mugido del ganado. Con las flautas y las arpas y las risas de los niños.

El anciano acarició el pelo de un pequeño que se había subido a su regazo.

— Geall prosperó bajo el reinado de Moira, la reina guerrera, y su caballero. Para ellos siempre brilló una luz, incluso en la oscuridad de la

noche. Y esto lleva la historia del hechicero, la bruja, la guerrera, la erudita, el que adopta muchas formas y el vampiro a su propio círculo.

Dio unas palmadas en la cabeza del niño que se había instalado en su regazo.

— Y ahora salid todos fuera mientras aún brilla el sol.

Hubo gritos y vivas y el anciano sonrió al oír las discusiones que ya habían comenzado a surgir para ver quién sería el hechicero y quién la reina.

Como sus sentidos aún conservaban parte de su agudeza, Cian levantó la mano hacia el respaldo del sillón y cubrió la de Moira.

— Lo cuentas bien.

— Es fácil contar lo que has vivido.

— Es fácil mejorar lo que sucedió — lo corrigió ella, rodeando el sillón —. Pero te has ceñido a la verdad.

— ¿No era la verdad lo bastante extraña y mágica?

El pelo de ella era blanco puro y, cuando sonreía, su rostro mostraba las arrugas que había dejado el paso de los años. Y era más hermoso que cualquier otro que hubiese conocido.

— Sal conmigo a dar un paseo antes de que oscurezca. — Ella le ayudó a levantarse y enlazó su brazo con el de él—. ¿Y estás preparado para la invasión? — preguntó, inclinando la cabeza hacia su hombro.

— Cuando llegue, al menos dejarás de preocuparte.

— Estoy tan ansiosa por volver a verlos. Nuestro primer círculo y los círculos que ellos han formado. Una vez al año para todos ellos es demasiada espera, incluso con las breves visitas de en medio. Y escuchar los pequeños fragmentos de la historia hace que todo vuelva de un modo muy claro, ¿verdad?

— Así es. ¿Te arrepientes de algo?

— Nunca me he arrepentido de nada tratándose de ti. Qué hermosa vida hemos tenido, Cian. Sé que estamos en el invierno de ella, pero no siento el frío.

— Bueno, yo sí lo siento, cuando apoyas los pies en mis nalgas por la noche.

Moira se echó a reír y se volvió para besarlo con todo el calor, todo el amor de sesenta años de matrimonio.

— Ahí está nuestra eternidad, Moira — dijo él, señalando a sus nietos y bisnietos—. Ahí está nuestro «para siempre».

Cogidos de la mano, los dos caminaron bajo la tibia luz del sol. Aunque sus pasos eran lentos y mesurados por la edad, Cian y Moira continuaron su

paseo a través de los patios y los jardines y salieron a través de las puertas mientras el sonido de los niños jugando se oía tras ellos.

Arriba, en lo alto de las almenas del castillo, ondeaban los tres símbolos de Geall, el claddaugh, el dragón y el sol... oro sobre blanco.

Fin

## **GLOSARIO DE TÉRMINOS, PERSONAJES Y LUGARES IRLANDESES**

**A chroi** (ah-REE), término cariñoso gaélico que significa «micorazón», «amado de micorazón», «querido mío».

**Aghrá** (ah-GHRA), término cariñoso gaélico que significa, «amor mío», «querido».

**A stór** (ah-STOR), término cariñoso gaélico que significa «querido mío».

**Aideen** (Ae-DEEN), joven prima de Moira.

**Alice McKenna**, descendiente de Cian y Hoyt Mac Cionaoith.

**An Ciar** (Ahn-CLAR), el actual condado de Clare.

**Baile de los Dioses**, el Baile, lugar desde donde el círculo de los seis pasan del mundo real al mundo fantástico de Geall.

**Ballycloon** (ba-LU-klun).

**Blaire Nola Bridgit Murphy**, uno de los miembros del círculo de los seis, la «guerrera»; una cazadora de vampiros, descendiente de Nola Mac Cionaoith (la hermana pequeña de Cian y Hoyt).

**Burren**, una región rocosa de piedra caliza en el condado de Clare, con cuevas y corrientes de agua subterráneas.

**Cara** (caru), término gaélico para «amigo, pariente».

**Ceara**, una de las mujeres de la aldea.

**Cian** (KEI-an) Mac Cionaoith / McKenna, hermano gemelo de Hoyt, un vampiro, Señor de Oiche, uno de los miembros del círculo de los seis, «el que se ha perdido».

**Cirio**, el amante humano de Lilith.

**Ciunas** (CYOON-as), término gaélico para «silencio»; la batalla se libra en el Valle del Ciunas, el Valle del Silencio.

**Claddagh**, el símbolo celta del amor, la amistad y la lealtad.

**Conn**, cachorro de Larkin cuando éste era pequeño.

**Davey**, el hijo de Lilith, la reina de los vampiros, un niño vampiro.

**Deirdre** (DAIR-dhra) Riddock, madre de Larkin.

**Dervil** (DAR-vel), una de las mujeres de la aldea.

**Eire** (AIR-reh), término gaélico para «Irlanda».

**Eogan** (O-en), esposo de Ceara.

**Eoin** (OAN), cuñado de Hoyt.

**Eternity**, nombre del club nocturno de Cian en la ciudad de Nueva York.

**Faerie Falls**, lugar imaginario en Geall.

**Failte-a Geall** (FALL-che ah GY-al), expresión gaélica que significa «Bienvenido a Geall».

**Fearghus** (FARE-gus), cuñado de Hoyt.

**Gaillimh** (GALL-yuv), la actual ciudad de Galway, capital de Irlanda occidental.

**Geall** (GY-all), en gaélico significa «promesa»; la tierra de donde proceden Moira y Larkin; la ciudad en la que un día reinará Moira.

**Glenna Ward**, uno de los miembros del círculo de los seis la «bruja»; vive en la actual ciudad de Nueva York.

**Hoyt Mac Cionaoith / McKenna** (mac KHEE-nee), uno de los miembros del círculo de los seis, el «hechicero».

**Isleen** (Is-LEEN), una doncella del castillo de Geall.

**Jarl** (Yarl), el amo de Lilith, el vampiro que la convirtió a ella en vampira.

**Jeremy Hilton**, ex novio de Blair Murphy.

**King**, nombre del mejor amigo de Cian, a quien éste protegió cuando era un niño; el gerente de Eternity.

**Larkin Riddock**, uno de los miembros del círculo de los seis, «el que adopta muchas formas»; primo de Moira, reina de Geall.

**Lilith**, la reina de los vampiros, alias la reina de los demonios; líder de la guerra contra la humanidad; amante de Cian, la vampira que convirtió a éste en vampiro.

**Lora**, una vampira; la amante de Lilith.

**Lucio**, el vampiro masculino amante de Lora.

**Mac Dará**, apellido; parte de uno de los títulos de Larkin.

**Malvin**, aldeano, soldado en el ejército de Geall.

**Maniatan**, distrito de la ciudad de Nueva York, donde viven Cian McKenna y Glenna Ward.

**Mathair** (maahir), término gaélico para «madre».

Michael Thomas McKenna, descendiente de Cian y Hoyt Mac Cionaoith.

Mick Murphy, hermano pequeño de Blair Murphy.

**Midir** (mee-DEER), mago vampiro de Lilith, la reina de los vampiros.

**Miurnin** (también miurneach [mournukh]), palabra cariñosa gaélica para «amor/querido/querida».

**Moirá** (MW A-ra), uno de los miembros del círculo de los seis, la «erudita»; princesa y futura reina de Geall.

**Morrigan** (Mo-ree-ghan), diosa de la Batalla.

**Niall** (nile), un miembro de la guardia de Geall.

**Nola Mac Cionaoith**, hermana pequeña de Cian y Hoyt.

**Ogham** (á-gem) (también ogam), alfabeto irlandés de los siglos V y VI.

**Oiche** (EE-heh), término gaélico para «noche».

**Oran** (O-ren), hijo menor de Riddock, hermano pequeño de Larkin.

**Pelan** (FA-len), cuñado de Larkin.

**Pozo de Bridget**, cementerio del condado de Clare, llamado así por santa Bridget.

**Príncipe Riddock**, padre de Larkin, regente de Geall, tío materno de Moira.

**Región de Chiarraí** (kee-U-ree), el actual condado de Kerry, situado en el extremo sudoccidental de Irlanda, llamado a veces «el Reino».

**Riscos de Mohr** (también Moher), nombre dado a las ruinas de los fuertes del sur de Irlanda; sobre un risco próximo a Hag's Head «Moher O'Ruan».

**Samhain** (SAM-en), final del verano (festival celta); la batalla tiene lugar durante la festividad de Samhain, la celebración del final del verano.

**Sean** (Shawn) Murphy, padre de Blair Murphy, un cazador de vampiros.

**Shop Street**, centro cultural de Galway.

**Sinann** (shih-NAWN), hermana de Larkin.

**Sláinte** (slawn-che), término gaélico que significa «¡salud!».

**Sldn agat** (shlahn u-gut), término gaélico que significa «adiós» y que se le dice a la persona que se queda.

**Sldn leat** (shlahn ly-aht), término gaélico que significa «adiós» y que se dice a la persona que se va.

**Tuatha de Danaan** (TOO-aha dai DON-nan), dioses galeses.

**Tynan** (Ti-nin), guardián del castillo de Geall.

**Vlad**, caballo de Cian.

